



**CHRISTIAN
MARTINS**

SERÉ SOLO

para ti

D.J.57

Seré solo para ti

CHRISTIAN MARTINS

1.^a EDICIÓN FEBRERO 2017

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS

Y dicen que una historia
siempre nos llevará hasta otra...
Esperemos que el amor
nos lleve muy lejos entre
páginas blancas y muchas
letras manchadas de tinta.

Tú ya lo sabes de sobra.
Gracias, simplemente gracias.
Porque existen los escritores a turnos y
porque nunca dejas que me rinda.
Gracias.

1ª PARTE

1

Victoria tomó un sorbo de la taza de café y observó a su amiga, Mónica, con nerviosismo.

—Entonces, ¿qué? —insistió—. ¿Te gusta más el de palabra de honor o el de encaje?

Mónica frunció el ceño y puso los ojos en blanco, desesperada. Comenzó a mordisquear la galletita de chocolate que le habían dado con el café, percatándose entonces del hambre que tenía y de que aún no había desayunado, mientras ignoraba a su amiga.

—Moni, ¡por dios! ¿Cuál te gusta más?

—Vicky, cariño, habías decidido que te quedabas con el vestido de palabra de honor —le recordó, exasperada— y mira que has tardado en decidirte, ¿eh? Así que, ¡deja de volverte y volverme loca!

Victoria asintió en silencio, aparentemente complacida con la respuesta de su amiga. Llevaba días con los nervios a flor de piel y cualquier decisión tomada era digna de ser revisada cien mil veces más. Nada parecía ser suficiente ni terminar de convencerle.

—Lo siento —susurró, mientras removía el café con leche. Se le había quedado frío de tanto hablar—. Es que..., estoy muy nerviosa. Quiero que todo sea perfecto.

—Y lo será, cuchufleta. Confía en mí.

—Sí, claro, si yo sí que confío en ti pero... ¡madre mía, Moni! —sollozó— ¡Quiero ser la novia más guapa de la historia, por favor!

—Y lo serás —repitió su amiga— pero cálmate, mujer, o no llegarás al día de la boda con tanto nerviosismo —rió, mientras se levantaba de la mesa—. Voy a por unos cruasanes, me muero de hambre. ¿Quieres que te traiga uno?

Victoria frunció el ceño y miró a su amiga con la nariz arrugada.

—¿En serio?

—Vale, vale... —canturreó Mónica con rin tintín— nada de comer, no vaya ser que se te hinchen los pies y no te entren los zapatos.

Las dos soltaron una carcajada y rieron al unísono, mientras Mónica se alejaba hacia la barra. El característico sonido del iPhone comenzó a silbar anunciando una llamada entrante y Victoria vació su bolso sobre la mesa hasta dar con él. Era Alex.

—Cariño —saludó, nada más descolgar la llamada—. ¿Qué tal?

—Hola, amor —la voz de Alex se escuchaba lejana— muy bien, estoy conduciendo. Voy camino de la oficina, nos han llamado para avisarnos de que hoy nos toca papeleo. Saldremos tarde, ¿vale?

—¿Cómo de tarde? —repitió Victoria, alarmada, mientras jugueteaba con un bolígrafo que había sacado del bolso cuando buscaba el móvil—. Recuerda que esta tarde tenemos que ir a las pruebas del banquete y a las siete hemos quedado con mi madre para escoger las flores.

—Saldré tarde, cielo, bastante tarde —suspiró—. Mira, ¿por qué no llamas a Mónica y le pides que te acompañe? Todo lo que escojáis me parecerá genial, de verdad. Y así puedo tomarme las cosas con calma y no andar agobiado, ¿te parece?

Victoria reprimió las ganas de echarse a llorar y, decepcionada, respondió:

—Estoy con Mónica, Alex. Me ha acompañado a las pruebas del vestido y la semana pasada también me acompañó a la confirmación de la orquesta. Me caso contigo, no con ella —gruñó— aunque visto lo visto, cualquiera dudaría de ello.

—Ya empezamos... —resonó—. Procuremos estar bien, ¿vale? Deja de enfadarte por todo, amor. Mañana te lo compensaré. Te quiero, adiós.

Y dichas esas últimas palabras, colgó.

Desesperada con la situación, se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes. Desde que se habían prometido, la relación había ido cuesta abajo y sin frenos. Victoria lo achacaba a los nervios pre-boda que estaban sufriendo los dos y Mónica aseguraba que era “cosa de hombres” y que lo llevaba claro si esperaba que el suyo se fuera a involucrar de alguna manera en las preparaciones.

—¡Madre del amor hermoso, Vicky! —soltó su amiga, con la sonrisa iluminada—. Levanta tu culo flacucho de esa silla y vete ahora mismo a la barra a pedir un bollo o lo que te apetezca.

Victoria levantó la mirada y observó a su amiga, que se mordía el labio exageradamente mientras gesticulaba sin parar con las manos.

—¡No te imaginas lo buenorro que está el camarero! —Rió, y al ver que la futura novia no entraba en razón, añadió—: ¿Quieres que lo contrate para tu despedida de soltera?

—Alex trabaja —respondió— toooooo la tarde. Así que vuelve a dejarme tirada con los preparativos.

Su amiga dejó la bandeja de cruasanes encima de la mesa y se sentó junto a ella.

—Solo te diré una cosa, cuchufleta, así que escúchame con atención: no necesitas a tu prometido para organizar la boda. Conmigo te sobra y te basta —sentenció, mientras le guiñaba el ojo y le apretaba la mano en señal de apoyo— y si sigue así, siempre puedes zurrarle un ¡no, no me quiero casar! en pleno altar y dejarle en mal lugar delante de todos los invitados. Y ahora cómete un cruasán de estos, que tienen una pinta tremenda, y podré volver a la barra para entregar el plato y hablar con el hombre de mis sueños.

Las dos amigas se echaron a reír y, divertidas, terminaron de desayunar contándose los últimos cotilleos que habían sucedido en la oficina.

Mónica y ella habían sido amigas desde la infancia hasta la adolescencia; el destino separó sus caminos mientras cursaban el bachillerato en institutos diferente de Madrid y, por casualidades de la vida, retomaron el contacto en la universidad. Mónica estudiaba “dirección y gestión de empresas” y Victoria “relaciones públicas y marketing” en la misma facultad.

Realizaron las prácticas correspondientes a sus grados en la misma empresa y, una vez más, el destino intervino y quiso que las contrataran a las dos. Llevaban ya cinco años trabajando allí y, hasta entonces, ninguna de las dos tenía quejas al respecto. Las condiciones laborales eran buenas, todos los compañeros eran majísimos y su jefa de equipo, María, era un sol. Aunque, según los últimos rumores, María había solicitado el cambio de departamento para poder tener una reducción de jornada —estaba embarazada de cinco meses— y aquel mismo día entraba a trabajar el nuevo jefe.

—Yolanda dice que se lo cruzó en recepción el otro día —cuchicheaba Mónica — y que debe de estar como un quesito.

—Estoy prometida, Moni. No me interesa si está como un quesito —contestaba Vicky, malhumorada aún por la conversación que había tenido con su futuro marido— con que no nos fastidie y nos trate como María, me conformo.

—Bueno, tú estás prometida, yo no —sonrió con picardía— y no te engañes, un quesito en la oficina le alegra la vista a cualquiera.

Terminaron el segundo café y, tras despedirse, quedaron en encontrarse en unos minutos en la oficina.

Mónica pasó con su Megane por delante de Vicky, mientras ésta descendía su Vespa blanca y se colocaba el casco en la cabeza. Arrancó la moto y, mientras el aire golpeaba su rostro y los problemas se esfumaban junto a él, condujo por la Castellana con la última canción de Melendi resonando en su cabeza:

Yo te prometo que yo
Seré quien cuide tus sueños
Y cuando tu estés despierta
El que te ayude a tenerlos
Yo te prometo una luna desnuda
Que sea testigo de nuestra locura
Que al final de nuestros días
Nos va a sombrar una sombra
Que no cortare mas flores solo por adornar otras
Que confundirás tus manos con las mías
Yo te prometo amor que eres lo mas bonito
Que he visto en mi vida (...)

Cuando giró a la izquierda para tomar la desviación hacia la oficina, un semáforo de obras con el que no contaba cambió de ámbar a rojo en un abrir y cerrar de ojos y tuvo que clavar los frenos de la moto para no saltárselo. Lo que no sabía es que el coche que iba detrás —que tampoco se había percatado de la presencia del nuevo semáforo— no había tenido tiempo de frenar. Un porche negro mate golpeó la parte trasera de la moto a cincuenta kilómetros por hora de velocidad y Vicky y su Vespa salieron disparadas hacia la cuneta.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

El mundo le daba vueltas y sentía unos pinchazos agudos incrustándose en su cráneo.

Inconscientemente, Vicky se llevó las manos a la cabeza y tocó el casco de la moto. ¡Bien, aún lo llevaba puesto! Aquello significa que su cabeza continuaba intacta y no partida en dos mitades como un melón.

—Por favor, señorita, si me escucha, respóndame. El samur está en camino.

—Sí, sí..., estoy bien, creo.

Abrió los ojos con lentitud y sintió cómo los pinchazos de la cabeza se agudizaban. Frunció el ceño y soltó un gritito ante el dolor y, antes de volver a cerrar los ojos, observó al hombre que le había hablado y que tenía delante. Unos ojos azul intensos la miraban fijamente con gesto de preocupación.

—Mejor no se mueva —recomendó él— quédese donde está..., se ha dado un golpe bastante feo.

—Me han dado un golpe bastante feo —corrigió Victoria.

A parte del dolor agudo que recorría su sien, sentía las piernas entumecidas y el brazo le ardía. Intentó, aún con los ojos cerrados, incorporarse un poco para poder adoptar una mejor postura y poder inspeccionar sus heridas. Le dolía el cuerpo entero, así que la situación no tenía muy buena pinta.

—¿Cómo se llama? —murmuró el hombre de los ojazos.

—Victoria. Victoria Román.

Cuando se sintió en una postura más cómoda y segura, abrió los ojos y recorrió su cuerpo, mareada. Tenía las piernas repletas de rozaduras y en la rodilla izquierda se apreciaba una quemadura bastante grande. El brazo derecho parecía estar amoratado y la cabeza..., la cabeza simplemente le daba vueltas. Se llevó las manos al casco para poder soltárselo cuando unas fuertes y firmes manos la sujetaron con firmeza.

—Será mejor que no se lo quite hasta que la examinen —las manos que la aprisionaban la liberaron para poder colocarle una chaqueta encima—. No tardarán mucho en llegar. Me llamo Lorenzo Moretti y, para nuestra desgracia mutua, soy el que le ha propinado el golpe feo.

De pronto, Victoria fue consciente de todas las tareas que tenía que llevar a cabo durante aquel fatídico día y sintió unas terribles ansias de asesinar al morenazo que tenía plantado ante ella. ¿Cómo narices iba a acudir a las pruebas del banquete? ¿A la floristería? Sentía cómo la cara se le enrojecía de rabia.

—Lo siento mucho, señorita Román —aunque parecían unas disculpas sinceras, aquello no iba a mejorar su día—. ¿Quiere que avise a alguien?

Ella asintió, complacida, mientras buscaba su Vespa con la mirada. ¡Mierda! La moto estaba destrozada, con el lateral hundido y la parte trasera aplastada en su totalidad. Parecía un acordeón.

Observó también el Porche negro que estaba aparcado en una esquina de la calzada; no estaba tan mal. Dejando de lado un pequeño golpe en la parte delante y un foco fundido, el coche parecía poder seguir circulando por sus propios medios y sin necesidad de ninguna reparación.

—Sí, por favor. En el apartamento que hay debajo del asiento encontrará mi bolso, allí tengo mi teléfono, si podría traérmelo...

—Claro, sí, ahora mismo.

El morenazo salió corriendo en dirección a la Vespa, que había sido apartada y que yacía en la cuneta. La calle, ahora cortada, estaba abarrotada de gente que se había detenido a observar el pequeño accidente. Los obreros también habían pausado su faena y se aglomeraban alrededor de ellos y de los vehículos para

poder examinar mejor la situación. Las sirenas de la ambulancia aproximándose inundaron la calle.

Divisó al tal Lorenzo aproximándose de vuelta mientras la muchedumbre se hacía paso en la calzada para dejar circular a la ambulancia.

—El asiento ha quedado hundido, no puedo sacar el bolso de su interior. Está atrancado.

Victoria suspiró, agotada.

—Está bien. ¿Podría usted llamar a Innova Digital Agency? Es la empresa que está al final de esta calle, trabajo allí. Avíseles de que Victoria Román, del departamento de marketing y publicidad ha tenido un accidente de tráfico. Les puede contar que le tocó el carné de conducir en una tómbola y que por eso le es ajeno el término “distancia de seguridad”

—¿Me está tomando el pelo? —sonrió el morenazo—. ¿Acabo de atropellar a una de mis empleadas?

¡Oh, no! ¿Cómo que una de sus empleadas? ¿Era su nuevo jefe? ¿Acababa de llamarle estropicio al volante? ¿De verdad?

—Soy el nuevo jefe de departamento, señorita Román —se presentó de nuevo, formalmente, mientras los auxiliares del samur acudían al rescate—. Será un verdadero placer informarles de lo peligroso que resulto al volante. ¡Ah! No se preocupe, tómese el tiempo que necesite para recuperarse y, cuando se encuentre con fuerzas, solucionaremos los papeles del seguro.

Victoria frunció el ceño, abochornada por los acontecimientos. El día, que había comenzado de la mejor manera posible, se había transformado completamente en su peor pesadilla.

Por fin la habían trasladado a planta y descansaba en una de las blanquecinas habitaciones del hospital de Gregorio Marañón. Según el traumatólogo que la había tratado, no tenía de que preocuparse porque no mostraba ninguna lesión de gravedad. Tenía un esguince en la muñeca izquierda, varias quemaduras en las piernas y en los brazos y una contusión en la cabeza. En resumen, le dolería la espalda un par de días, tendría que echarse cremas y cambiarse las vendas de las quemaduras y no podría escribir en unas semanas (sí, era zurda).

Se sentó en la camilla y marcó el teléfono del despacho de Alex. Al no responder, la llamada pasó a la secretaria del bufete.

—J&L Gomez Abogados, ¿en qué podemos ayudarle?

—Hola, Jimena, soy Victoria —saludó, al otro lado del teléfono— ¿Podrías pasarme con Alex? Es importante.

—¡Ah, Victoria! —Respondió con su característica alegría—. Pues Alex no está, pero puedo dejarle un recado si quieres.

Victoria suspiró, desesperada. ¿Qué más podía pasarle aquella mañana? O mejor dicho, mediodía, porque ya rondaban las tres de la tarde. A pesar de que Alex y

ella llevaban más de dos años de noviazgo, Vicky jamás había terminado de aprenderse su número de teléfono, al contrario que el de su despacho que, por arte de magia, había sido uno de los primeros que su memoria clasificó.

—No, necesito hablar con él, Jimena —repitió— es muy, muy importante que le localice.

—Vale, Vicky. Dame un segundo que pregunte por aquí, a ver si sabe alguien dónde está. No cuelgues.

—Vale, gracias.

Escuchó cómo Jimena la colocaba en llamada de espera y, mientras esperaba a que la llamada se retomase, observó el gotero que poco a poco iba vaciándose.

—¿Vicky? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, aquí estoy, Jimena.

—Mira, me cuentan que Alex tiene el día libre. La semana, en realidad. ¿No te había dicho nada?

Y de pronto, el mundo pareció que se le venía encima. Había hablado con él esa misma mañana sobre lo atareada que estaba teniendo la semana, que le estaba siendo imposible abandonar el despacho a su hora y que tantas horas comenzaban a pasarle factura y se sentía cansado. ¿Cómo narices...? ¿Qué ocurría? ¿Le estaba engañando con otra? ¿Alex? ¿Su Alex? ¿Su prometido? No, no era posible. Iban a casarse en menos de dos meses. Se querían, sí, se querían mucho. Eran prácticamente la pareja perfecta, nunca discutían. Era imposible que Alex le estuviese engañando...

—¿Victoria? ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí, Jimena... —respondió, aturdida— Si podrías volver a preguntar... Me ha parecido que esta mañana me contaba que tenía que entregar unos papeles allí, o algo así.

La recepcionista se mantuvo en silencio unos segundos.

—Vicky, Alex no ha pasado por el despacho en toda la semana. Me lo acaban de confirmar —su voz parecía confusa, como si sintiese lástima hacia ella—. Prueba a llamarle a su teléfono móvil, a ver si te responde porque, desde luego, aquí no le vas a encontrar.

—¿Podrías darme su número de teléfono, Jimena? —Sentía cómo las palabras se le atragantaban en algún lugar de su interior—. He perdido mi móvil.

—Sí, claro. Dame un segundo.

Apuntó el número en un pedazo de papel que había en la mesilla, junto al teléfono. Cuando colgó, se sintió incapaz de llamar a su prometido. Temía lo que pudiese encontrar si lo hacía y un remolino de malas sensaciones le aprisionaba

el pecho.

—¡Cuchufleta! ¿Pero qué pasa contigo? —Mónica irrumpió en la habitación como un torbellino— ¡No se te puede dejar sola dos segundos!

Y cuando las lágrimas por fin se apoderaban de ella y comenzaba a desahogarse, el señor Moretti entraba tras Mónica en la habitación, vestido con un elegante traje oscuro de Adolfo Domínguez y un ramo de tulipanes en su mano derecha.

—¡Por Dios, señorita Román! —exclamó el morenazo, impresionado—. ¿Tan mal se encuentra?

—¿Qué pasa? ¿Qué te duele? —Preguntaba Mónica, nerviosa, mientras rebuscaba en su bolso para encontrar el paquete de clínex y se sentaba a su lado, en la camilla—. ¿Quieres que avise al médico?

—Nada, yo solo, solo..., solo estoy cansada, nada más —tartamudeó Victoria, mientras se sonaba los mocos y se secaba las lágrimas.

—Venga, anda, cielo. Tranquilízate. El señor Moretti me ha dado el día libre para que me asegure de tu supervivencia —anunció su amiga, animada— parece que ya te has dado a conocer al jefe nuevo, ¿eh?

Lorenzo soltó una sonora carcajada y colocó los tulipanes en la mesilla.

—Son para usted, señorita Román. Siento mucho lo ocurrido.

—Llámeme Victoria, por favor. No estamos en el despacho y creo que, después de pasarme por encima con un coche, los formalismos han quedado en un segundo plano —soltó a bocajarro.

No quería sonar desagradable, pero tampoco se encontraba de humor para aguantar visitas. Ahora mismo, necesitaba espantar al morenazo que tenían por jefe y quedarse a solas con Mónica. ¡Necesitaba consejo! Una torta bien dada que la espabilase, alguien que le dijese qué hacer y cómo actuar.

—Tiene razón, Victoria, los formalismos han pasado a un segundo plano —repitió él, mientras recolocaba los tulipanes que le había traído—. ¿Le ha dado ya el doctor algún diagnóstico?

—¡Ajá! ¡Como una rosa estoy! —se burló Vicky—. Tan solo tengo unas cuantas quemaduras, un esguince y un golpe en la cabeza.

Lorenzo arrugó la frente con gesto de preocupación. Realmente parecía perturbado por ella.

—No puedes imaginar cuánto lo siento, de verdad.

Mónica, que estaba junto a la ventana, observaba la situación con gesto divertido. ¿Qué pasaba entre aquellos dos? Vale, siendo sinceros... el nuevo jefe no estaba naaaaaada mal, pero Vicky jamás tonteaba con ningún hombre, y jamás es ¡jamás! Ni siquiera en aquel viaje que hicieron juntas a Mallorca se permitió

desmelenarse un poco y dejarse llevar. Pero entre el jefazo y ella saltaban chispas, y tenías que estar terriblemente ciego para no percartarte de ello.

—Bueno, yo solo he venido a traerte las flores y claro, bueno, sí, también para disculparme de nuevo —tartamudeó Lorenzo Moretti, que parecía bastante avergonzado y cabizbajo con la situación— Tómame el tiempo que necesites para recuperarte y, bueno... cualquier cosa, llámame. Te dejo mi tarjeta.

El morenazo dejó su tarjeta personal en la mesilla del teléfono, Victoria le agradeció la atención y después se marchó, dejando a las dos amigas en soledad.

—¿Peeero qué narices pasa aquí? ¡Madre mía, cuchufleta! ¿Has visto cómo te miraba el buenorro de nuestro jefe?

Victoria puso los ojos en blanco, exasperada. No estaba de humor para tonterías.

—Ya puedes contarme todo con detalle, cielo —suplicó su amiga, mientras daba saltitos en la cama— vas a ser el nuevo cuchicheo de la oficina.

—Mónica... —susurró, mientras los lagrimales comenzaban a hincharse—. Creo que Alex me está engañando con otra.

La alegría de Mónica cesó de un plumazo para dejar paso a la consternación. La observó con los ojos como platos, incapaz de asimilar las palabras que le acababa de decir su amiga y guardó silencio para permitirle continuar. Necesitaba más datos.

Victoria, que había comenzado a llorar descon –soladamente, le contó a su amiga la última llamada a la oficina, lo que Jimena le había dicho y que Alex le había estado mintiendo y había ido cada día “al bufete a trabajar”.

—Estará preparándote alguna sorpresa para la boda o algo así —razonó—. ¿Cómo te la va a estar pegando con otra a semanas de la boda? ¡Es imposible!

La esperanza se iluminó en el rostro de su amiga mientras sopesaba aquella idea. Sí, podía tratarse de ello.

—Llámale ahora mismo, Vicky, y salgamos de dudas.

Obedeció. Con la mano temblorosa pero más segura que hacía media hora gracias al apoyo de su amiga, marcó el número de teléfono móvil de su prometido y colocó la llamada en el altavoz. Los tonos se repitieron sucesivamente hasta que el buzón de voz saltó.

—Llama otra vez, cielo. Tú insiste.

Volvió a pulsar los botones y los pitidos comenzaron a sonar en el aire.

—¿Sí?

La voz ronca de Alex inundó la habitación.

—Cariño, soy yo —susurró Victoria, que no sabía muy bien qué decir.

—¿Qué pasa, amor? Estoy trabajando, Vicky, te he dicho que tenía un día bastante liado.

Las dos amigas se miraron a los ojos, incrédulas con lo que acababan de escuchar.

—Oye, Vicky, ¿qué pasa? —repitió al ver que nadie le respondía—. No puedo estar pegado al teléfono, de verdad.

—¿Dónde estás? —se envalentó.

—Ya te lo he dicho, estoy en la oficina, tenemos mucho lío que resolver.

Mónica observó cómo la vena del cuello de su amiga comenzaba a hincharse y temió que el teléfono fuese a pagar la impotencia y acabase estampado contra la pared de la habitación.

—No estás en el bufete, así que no me mientas, Alex. No estoy de humor —amenazó con decisión— Tienes dos minutos para explicarme dónde estás y dónde has estado toda la semana y de verdad, por tu bien, espero que suene creíble.

—¿Cómo? —la voz de su prometido sonó ahogada.

Victoria miró a Mónica en busca de apoyo y ésta, anonadada con la situación, confirmó con un gesto de la cabeza que iba bien encaminada.

—Claro que estoy en la oficina —repitió con poca convicción.

—Te queda un minuto, Alex.

—Amor..., yo..., lo siento mucho..., yo... —comenzó a tartamudear—. Puedo explicarlo.

Las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro. ¡Sí, su futuro marido, el hombre que desde hacía dos años había amado con locura le estaba engañando con otra! Mónica se colocó a su lado y la abrazó con delicadeza, mientras que con la manga del jersey le retiraba las lágrimas.

—¡Eres un embustero, Alexander! ¡Olvídate de casarte conmigo, cabrón!

Y dichas esas últimas palabras, el teléfono salió volando contra la pared.

3
(TRES MESES DESPUÉS)

Victoria ya se había recuperado del accidente y de las heridas físicas que

éste le había causado. De lo que todavía no se había terminado de recuperar era de la mala experiencia y del engaño que había vivido con Alex. Estaba tan convencida de que compartiría su vida entera con él, que fue incapaz de asimilar la traición que había cometido a sus espaldas.

Después de la llamada y de varios intentos de contactar con Victoria, Alex terminó por acudir a Mónica. Cinco llamadas después confesaba su infidelidad, achacando la culpa a los nervios de la boda, y suplicando clemencia y perdón. Aunque Vicky tenía claro que algo así era imposible de ser perdonado, todavía no había encontrado la valentía para devolverle el anillo de pedida que, todavía entonces, decoraba su dedo.

Había retomado el trabajo con aspereza y sin ilusión y se sentía terriblemente destrozada. Después de sufrir la tarea de llamar de uno en uno a todos los invitados de su boda, pensó que la depresión jamás la abandonaría y que no sería capaz de recuperar las ganas por vivir.

Mónica había recogido sus pertenencias de su antiguo hogar y se había mudado a un pequeño apartamento que estaba junto al parque del retiro, donde cada mañana salía a pasear o a correr. Agradecía profundamente no haber tenido que cruzarse con Alex ni una sola vez desde la ruptura.

Los días, que hasta entonces habían sido recibidos con ilusión, habían pasado a ser números que tachar en un calendario. Los minutos y las horas se le hacían tediosos y pesados, y hacía tiempo que había perdido el apetito. Pesaba siete kilos menos que hacía tres meses, estaba ojerosa y prácticamente no se molestaba en cuidar su imagen personal.

Lorenzo Moretti, que había sido totalmente informado de su situación gracias a los cotilleos de la oficina y de su amiga Mónica (que, a pesar de lo mucho que la quería, no sabía estarse callada) había sido comprensivo y le había concedido cada día festivo que ésta solicitó.

Aquella mañana Victoria se había despertado particularmente desganada, así que preparó una copa de vino y agua caliente espumada en la bañera y se hundió en el agua, sin intenciones de salir de allí en la próximas horas.

Era domingo y al día siguiente tendría que armarse de valor para poner una sonrisa y volver a la oficina.

El teléfono de su apartamento comenzó a sonar hasta que el contestador de voz saltó.

—Anda, cuchufleta, sé que estás ahí... —la voz de Mónica sonaba dulce y preocupada a su vez— cógeme el teléfono, por favor. No puedes seguir así — guardó silencio unos segundos, comprobando si su amiga contestaba— Vicky,

por favor, tienes que olvidar a ese cerdo. Eres joven, guapa y divertida, ya aparecerá alguien que merezca la pena, pero tienes que cambiar el chip. Tienes que pasar página, cielo, o acabarás consumida —volvió a guardar silencio—. Bueno, mira, llámame, por favor. Te quiero. Saldrás de ésta, cuchufleta.

Vicky suspiró, abatida. ¿Salir de aquella? Que alguien le explicase cómo... Porque ella era incapaz de encontrar la manera de hacerlo.

Salió de la bañera, se secó con el albornoz y se dispuso a preparar algo de comida. Las tripas le rugían impacientes y era incapaz de recordar cuándo había ingerido comida por última vez. La nevera, como era de esperar, estaba vacía. Al igual que los armarios. Hacía días que tampoco sacaba fuerzas para hacer la compra.

A pesar de su desgana, el hambre venció la batalla y se vistió unas deportivas, unos vaqueros cómodos y una sudadera para salir a comprar algo. Terminó por acercarse hasta “La montería”, uno de los bares de tapas que se encontraba cerca del retiro y que presumía de una variedad de raciones, platos combinados, bocadillos y sándwiches para llevar, junto con una multitud y variedad de vinos. Se acercó a la barra, pidió al camarero un sándwich mixto y unas patatas para llevar (las calorías también habían dejado de importarle demasiado) y un crianza para tomar allí mientras esperaba.

—¿Victoria Román?

Vicky se giró sorprendida y se topó cara a cara con los ojazos de su jefe.

—¡Oh, Lorenzo! —saludó, desganada.

¿Es que no podía tener un domingo tranquilo? ¿Quién narices le había mandado salir de casa a por comida? ¿Y por qué narices había salido a la calle con esas pintas de quinceañera desaliñada ridícula?

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó, sorprendido.

Vicky le devolvió la sonrisa sin mostrar demasiado entusiasmo.

—Te he pedido mil veces que no me trates de usted... Recuérdalo, Lorenzo, por muy jefe mío que seas, me has pasado por encima del esqueleto con tu cochazo.

Él le respondió con una carcajada y asintió.

—Estoy de acuerdo contigo, Victoria. Pero eso no responde a mi pregunta, ¿qué haces por aquí?

—No me apetecía cocinar —mintió— y vivo aquí al lado, cerca de la puerta de Murillo.

—¡Oh!

Lorenzo Moretti chasqueó los dedos en busca de la atención del camarero.

—Póngame... —meditó unos segundos— lo mismo que está tomando la señorita

y cóbreme lo suyo y mi copa.

Vicky fue corriendo a protestar, pero Moretti llevó su dedo índice hasta sus labios, suplicándole con aquel gesto tan íntimo que no dijese nada al respecto.

—Bueno, pues..., gracias. —murmuró, sonrojada.

—No hay de qué, aunque, si quieres agradecerérmelo, se me ocurren unas cuantas ideas —Victoria le miró consternada y Lorenzo comenzó a reír—. No se asuste, mujer, que no iba con segundas intenciones. Si quiere agradecerérmelo, podría quedarse aquí conmigo a cenar.

—Trátame de tú, Lorenzo. Y... no sé, creo que no es el momento idóneo.

—¿Estabas ocupada? —replicó.

Vicky se encogió de hombros, sin saber qué contestar.

—¿Eso qué significa? ¿Qué sí cena conmigo?

Aceptó, aunque sin mucho entusiasmo.

Se sentaron juntos en una de las mesas del fondo y, mientras ella devoraba sin piedad su sándwich mixto y sus patatas bravas como si llevase días sin comer, Lorenzo comía un combinado de pechuga con pimientos de la temporada y bebía vino con delicadeza.

Si alguien en aquel lugar se hubiese parado a observarles, hubiese pensado que provenían de mundos completamente diferentes.

—¿Sueles venir mucho a este lugar?

—Sí, la verdad es que sí —respondió con sinceridad, odiaba cocinar— está muy cerca de casa y entre el trabajo y demás, me queda muy poco tiempo para las tareas del hogar.

—Supongo que con las tareas te refieres a cocinar... —murmuró, mientras le guiñaba un ojo— a mí tampoco me agrada en exceso —confesó— Lo que no entiendo es qué has querido decir con “demás”. ¿En qué inviertes tu tiempo cuándo estás fuera del trabajo, Román?

Los mofletes de Vicky se encendieron instantáneamente. Si tenía que ser sincera, no dedicaba el tiempo a nada. Bueno, sí, a llorar. Comer, llorar, dormir. Comer, llorar, dormir. De vez en cuando, quizás y en los mejores días, algún paseo por el parque. El resto, para no variar: comer, llorar dormir.

—Bueno..., —murmuró, mientras ponía en marcha su cabeza y pensaba con rapidez— me gusta pasear, leer... Ya sabe, ése tipo de cosas.

—Y el vino —puntualizó él— creo que es la primera mujer que conozco a la que le guste el vino.

Sí, culpa de Alex, pensó. En sus años de noviazgo, le había obligado a beber vino en cada comida especial que celebraban juntos o cada vez que salían en

pareja a tomar algo. Al principio, Victoria lo había aborrecido, pero con el tiempo terminó por pillarle el gustillo.

—Sí, bueno, también me gusta el vino.

Lorenzo Moretti se quedó observando a la chica que tenía delante, intentando descifrarla. Desde aquel día, el del accidente, había notado en ella algo especial, algo diferente. Pero supuso que las circunstancias que la joven había vivido la habían obligado a cerrarse en banda y a protegerse de los demás. Sentía que había mucho, muchísimo, dentro de ella, pero que no dejaba que ninguna de las personas de su alrededor lo viese por miedo a salir herida. Sintió impulsos de agarrarle la mano que reposaba sobre la mesa y susurrarle que, si le dejaba, cuidaría de ella. Se contuvo. Sabía que aquel acto estaría completamente fuera de lugar.

—¿Le apetece pasear por el parque? —preguntó sin pensárselo dos veces.

—¿Te apetece dejar de tratarme de usted?

Los dos sonrieron, cómplices de aquellas palabras.

Victoria llegó a su casa y se dejó caer en el sofá, exhausta. En las últimas semanas no había hecho nada más que comer y dormir, y su cuerpo parecía feliz y contento de no tener que desplazarse a ningún lado caminando ni realizar grandes esfuerzos.

El paseo con Lorenzo, que había durado más de dos horas, se le había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Suspiró, contrariada con sus sentimientos, mientras se servía una copa de vino que quizás le ayudase a meditar.

Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, Vicky no había pensado ni un solo segundo en Alex. Había olvidado por completo la boda, el engaño... su

vida. Había disfrutado, nada más. Y por alguna extraña razón, sabía que la culpa de aquel “ficticio bienestar” era de él. De Lorenzo. Se había sentido a gusto, relajada y confiada con él. Había sentido cómo conectaban de la misma y se habían dedicado a conversar largo y tendido. Él le había contando cómo había acabado viviendo en España desde hacía tiempo. Que cuando era crío, su familia se había trasladado desde Italia a Barcelona para abrir la empresa (sí, esa empresa en la que trabajaba ella) y que se había criado allí. Le contó que no llevaba más que un par de días en Madrid cuando la atropelló con el coche y que allí se sentía solo. Que no conocía a nadie y que le estaba costando bastante entablar amistad con la gente. Según le dijo, en la oficina todo el mundo le trataba con respeto (como era debido, claro) y con ningún compañero terminaba de hacer migas como para irse a tomar algo después de trabajar. Tampoco había conocido a nadie en su tiempo de ocio; Madrid parecía funcionar a una gran velocidad y la gente no detenía su vida para mirar a su alrededor.

Victoria, que llevaba toda su vida viviendo en Madrid, no tenía más que palabras buenas para su ciudad. En algún momento, se sorprendió a sí misma ofreciéndose como guía turística y antes de poder rectificar, Lorenzo aceptó encantado aquel plan.

Habían quedado al día siguiente al salir de la oficina para “descubrir Madrid”. Y aunque los ánimos de Vicky no habían sido los más entusiastas aquella última temporada, sintió que las ganas se apoderaban de ella y que por fin podía distanciarse por algunos minutos de su depresión. Su cerebro, agradecido por aquel descanso que le proporcionaba, tanteó las posibilidades de vestimenta del día siguiente. Algo cómodo, desde luego, porque seguramente terminarían recorriendo a pie la ciudad. Camperas o botines bajos, vaqueros y una camisa. Aquel conjunto tan sencillo y, a su vez, elegante, nunca fallaba.

De pronto, el teléfono de casa comenzó a resonar distrayéndola de sus pensamientos. Aprovechó su instantáneo buen humor para responder la llamada antes de que éste le abandonase. Era Mónica, seguramente seguiría preocupada.

—Hola, Moni —saludó de buen humor.

—¡Por fin! Pero, ¡por el amor de Dios! —Protestó su amiga—. ¿Tanto te cuesta responder al puñetero teléfono? ¡Me tenías muuuuuy preocupada!

—Estoy bien, no te preocupes tanto —le tranquilizó— hoy he tenido un buen día y me siento mucho mejor.

—¡Genial! —Suspiró aliviada—, porque tengo una buena noticia. Bueno, en realidad, es buena según se mire. Para mí sería una noticia genial pero, dadas las circunstancias, no sé yo qué tal te lo irás a tomar...

Victoria se sorprendió. ¿Qué noticia? ¿Se había echado novio?

—¿No has mirado el correo electrónico, verdad? —continuó Mónica.

—No, hoy no he mirado nada...

—Pues, ¡enhorabuena! Tu amigo, el morenazo que tenemos por jefe y que te pasó por encima con su cochecito, ha mandado el boletín de la próxima campaña hace menos de dos minutos y, ¿sabes qué? Debes de caerle realmente genial, eso, o se siente culpable. No te lo vas a crees...

—Venga, al grano, Moni —ronroneó asustada, sin saber qué esperar al respecto — sorpréndeme.

—¡Te encargarás tú de dirigirla! ¡Felicidades, cuchufleta! —Exclamó entusiasmada— ¡Te la ha dado a ti!

Victoria se quedó muda. ¿De verdad Lorenzo había confiado en ella para dirigir y encargarse de la próxima campaña publicitaria? Sería la primera vez que realizaba dicha tarea y, siendo sinceros, aquella última temporada había estado bastante ausente en la oficina y no se había enterado de nada. En realidad, había ido a su puesto de trabajo y había dejado correr el tiempo mientras trasteaba en el ordenador y jugaba al solitario del Windows.

—¿Vicky? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí —respondió, aún en shock— estoy aquí.

—¡Por Dios, Vicky! ¡Di algo! —Mónica parecía realmente emocionada— ¡Te han dado la campaña!

—Es genial, realmente genial pero...

—¿Pero, qué? —protestó—. Nada de peros. Te vendrá genial salir de Madrid y desconectar unos días.

—¿Salir de Madrid? —Repitió— ¿dónde se rodará la campaña?

Escuchó la risita de Mónica al otro lado de la línea y supo inmediatamente que algún dato le ocultaba.

—Es en Bilbao, un pequeño cortometraje publicitario para Jhon Kruege. Un importante artista inglés que presentará su nueva colección en el museo Guggenheim dentro de cuatro meses.

—¡Ah!

Bilbao no le disgustaba. Había estado en una ocasión, de pasada, y le recordaba bastante a Madrid; aunque considerablemente más pequeño.

—Y no te vas a creer qué es lo mejor de todo...

—Sorpréndeme de nuevo, por favor. No te dejes nada, ¿eh? —rió. No sabía muy bien cómo tomarse la noticia.

—Aunque trabajarás con el equipo de marketing, no viajarás sola... Adivina

adivinanza, ¿qué sé que tú no sabes?

—¡Venga ya, Moni! ¡Suéltalo, anda!

—El morenazo de ojos azules que tenemos por jefe te acompañará en todo momento para no dejarte solita... No vaya ser que te pierdas por las vascongadas y no sepas cómo volver a la gran capital solita...

Vicky se quedó helada. ¿Lorenzo iba a viajar con ella? ¿Le había dado la campaña y, además, le acompañaría hasta allí? ¿Por qué iba a acompañarla? Tal vez no terminase de confiar en ella para la tarea, aunque... Pensándolo bien, si no confiaba en ella, ¿por qué le había dado la dirección? Había mandado el email con el comunicado después del paseo que por el Retiro... Tal vez, podría ser que... ¿le hubiese gustado? ¿Querría pasar más tiempo con ella? No, no, no, no. Aquellas ideas eran absurdas y no tenía sentido profundizar en ellas.

—Vaya... —acertó a decir.

—¡Prepara la maleta porque os vais el Martes! —exclamó Mónica.

Se quedó muda. El martes estaba a la vuelta de la esquina y tan solo tenía un día para preparar la maleta. No sabía nada, absolutamente nada, sobre la campaña publicitaria que se iba a dirigir en su dirección y sentía cómo los nervios a flor de piel iban haciéndose con el control de su cuerpo y sus pensamientos.

—El martes... —ronroneó, pensativa, mientras propinaba pequeños golpecitos de impaciencia al suelo del apartamento—. ¿En Bilbao hace frío? —acertó a preguntar.

—Tú preocúpate por llevar un paraguas, que parece que allí están todos pasados por agua y deben de haberse vuelto inmunes o algo así.

Vicky echó a reír mientras observaba su escueto paraguero. Solo le quedaba un paraguas (tenía la mala costumbre de perderlos cada vez que los sacaba de paseo) y el pobre estaba ya entrado en años y merecía una honorable jubilación.

—Tendrás que dejarme uno —contestó con felicidad, mientras se sorprendía a sí misma de su repentina recuperación psíquica.

Sobre la mesa auxiliar del salón, el iPhone de Vicky pitó anunciando con su característico sonido la entrada de un mensaje y la pantalla se iluminó:

Lorenzo Moretti: ¿desayunamos mañana? A las 8:00 en la cafetería que hay frente a la empresa. No acepto un negativo.

Su amiga continuaba hablándole al teléfono, cotorreando como había hecho siempre y poniéndole al día sobre los últimos cotilleos de la oficina. Vicky releió el mensaje que la pantalla le mostraba y decidió que era un buen

momento para colgar.

—Moni, te tengo que dejar, que estoy liada con la cena... — mintió.

—Vale cuchufleta, te veo mañana —se despidió con alegría—. ¡¿Qué no te robe nada la sonrisa, eh?!

Agarró el iPhone y sin pensárselo dos veces respondió: Señor Moretti, recuerde que solo puede darme órdenes en la oficina. Allí estaré. Ciao.

Suspiró hondo y, con una sonrisa de oreja a oreja y una extraña sensación de mariposas recorriéndole vientre, se dejó caer en el sofá.

—¡Victoria!

Alberto corría hacia ella con una bandeja repleta de tazas sucias tambaleándose de un lado a otro. Vicky le sonrió desde la distancia y, prediciendo una catastrófica caída descomunal, tomó asiento en su antigua mesa habitual y observó la escena, como buena espectadora. Efectivamente, dos segundos después, las tazas estaban rotas, los clientes se habían levantado de sus asientos (excepto ella, que continuaba sentada) alarmados por el alboroto de los cristales rotos y Alberto había caído en plancha al suelo, en mitad de la cafetería. Un señor de mediana edad se acercó hasta él y le ayudó a levantarse. Vicky también hizo un ademán, pero Alberto, que no le quitaba ojo desde que había entrado por la puerta, le pidió con un gesto despreocupado que le esperase sentada.

Alberto era el hijo mayor del dueño de la cafetería y llevaba trabajando allí desde que era un niño. Vicky lo conoció nada más comenzar a trabajar en la empresa, en el descanso del café que tenían cada día a las once de la mañana. Mónica, que creía que Alberto estaba cómo “un quesito”, se deshizo en intentos por captar su atención y entablar una conversación diaria para poder tener al muchacho cerca. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que Alberto solo tenía ojos para Victoria y que ella no es que quedase en un segundo plano, es que por desgracia, ni si quiera existía para él.

—¿Todavía no ha pedido nada la señorita?

Lorenzo la distrajo de sus pensamientos de un plumazo. Victoria levantó la cabeza y negó en silencio, con una sonrisa bobalicona pintada en el semblante. Le observó de arriba abajo. Estaba guapísimo con aquel traje de Armani azul marino y esa camisa blanca. Vicky, que nada más despertarse había desechado la idea de las camperas del día anterior, corroboró que iba a su altura con un pequeño repaso a su vestuario. En un último momento, se había decidido por una blusa blanca de manga francesa, unos pantalones chinos de tiro alto grises y unos

zapatos de vestir negros con medio tacón. Se había peinado con un recogido despeinado y, por primera vez desde hacía semanas, se había maquillado con esmero y no solamente para disimular las ojeras o la mala cara.

—Lo siento, había tráfico —se disculpó, mientras tomaba asiento frente a ella— Madrid es horrible por las mañanas.

—Tranquilo, ya me lo imagino. De todas maneras, acabo de llegar hace dos minutos.

—¿Qué quieres tomar? —Preguntó él, mientras observaba al camarero retirar los cristales del suelo—. Si me acerco a pedir, terminaremos antes.

Victoria le pidió un vaso de zumo natural y un cruasán con mermelada. Por primera vez desde hacía tiempo, había dormido más de ocho horas del tirón y se sentía descansada y repleta de energía, así que descartó el café.

Lorenzo se levantó y se dirigió a la barra de la cafetería, mientras ella observaba cómo cada fémina del local giraba la cabeza en su dirección para poder analizarle con la boca abierta. Se sorprendió a sí misma sintiendo una punzada de celos, pero no tardó en sentirse estúpida y agachar la mirada. Lorenzo Moretti era su jefe, nada más. Quizás, con el tiempo, podían incluso llegar a ser amigos... y ya está. Ni era sano tener una relación sentimental con alguien de la oficina (menos con un jefe), ni Lorenzo se fijaría en ella jamás. Era guapo, rico y un empresario poderoso. Seguramente, estaría más que acostumbrado a salir con modelos o con ese tipo de empresarias sexys que se ven en las películas.

Lorenzo regresó a la mesa y volvió a tomar asiento. Se dio cuenta de que cada vez que Victoria se quedaba a solas, terminaba sumergida en sus propios pensamientos y, de una manera u otra, muy lejos del mundo que la rodeaba. Se preguntó en qué pensaría aquella chica de aires misteriosos, pero no se atrevió a preguntárselo.

—Nos lo trae ahora a la mesa el camarero torpe —informó.

Victoria rió divertida.

—¡Pobre Alberto! Con lo majo que es...

—¡Ah! ¿Es que le conoces? —preguntó, curioso.

—Sí, llevo ya años tomando el café aquí y ha terminado convirtiéndose en un buen amigo.

Sin darse cuenta, prefirió evitar contar aquello de que Alberto llevaba años detrás de ella y que, hacía ya muchísimo, le había concedido el beneficio de la duda y habían tenido un par de citas que no habían terminado por alcanzar ningún puerto.

—¡Victoria! —Saludó Alberto, que se había acercado a la mesa con un café, una tostada, el zumo y un cruasán con mermelada de frambuesa—. Empezaba a pensar que te habían abducido o algo así.

Lorenzo puso los ojos en blanco ante la absurdez del chico. No soportaba a la gente así.

—He pasado una temporadita complicada —explicó ella, mientras se incorporaba en su asiento para poder darle dos besos en la mejilla.

Él, respondió a aquel gesto con un abrazo que, según le pareció a Lorenzo, se alargaba bastante más de lo necesario.

—¿Qué ha pasado?

Parecía sorprendido y preocupado.

—Aquí, el jefe, que me da más trabajo del que a una le gustaría tener —rió Vicky, mientras señalaba a Lorenzo y procuraba restarle peso a la conversación —. Alberto, te presento al máximo jefazo, Lorenzo Moretti.

Se estrecharon la mano con un intenso duelo de miradas hasta que Alberto volvió a centrar su atención en ella.

—¡Vaya, cuánta confianza para ser el jefe! —respondió con ritintín.

Victoria pensó que aquella conversación se estaba poniendo más fea de lo que había imaginado y decidió devorar el desayuno evitando miradas. Quizás así, Alberto pillaría la indirecta y se marcharía a realizar sus tareas laborales.

—¡Vaya, cuánta confianza para un simple camarero! —contraatacó Lorenzo.

—Bueno, Vicky y yo tenemos nuestra pequeña historia. Creo que puedo considerarme algo más que un simple camarero.

Victoria, que ante la sorpresa del comentario había escupido sin querer el zumo que se disponía a tragar, agarró la servilleta y se tapó el rostro mientras notaba cómo las mejillas se le enrojecían y el calor invadía su cuerpo. ¿Por qué narices había dicho eso Alberto? Había estado completamente fuera de lugar.

Observó a Lorenzo, que parecía terriblemente ofendido y que continuaba con la mirada clavada en el camarero, y rezó porque algún milagro resolviese aquella incómoda situación.

—Bueno, Vicky, ya nos veremos y nos pondremos al día —se despidió Alberto —, un placer, Lorenzo. Espero verte más por aquí.

Él respondió con un gesto afirmativo, seco, silencioso. Y Victoria, complacida de que les dejase a solas, le dijo adiós con una sonrisa de eterno agradecimiento.

—No me cae nada bien ese tipo —sentenció Lorenzo en cuanto se marchó—. ¿Qué ha querido decir con eso de “habéis tenido vuestra pequeña historia”?

—Eso, que nos conocemos desde hace muchos años y que es un buen amigo. Ya

sabes, las mañanas de café contando penas, quejándonos del trabajo...

—¿Os habéis visto fuera de la cafetería?

Aquella pregunta volvió a pillarla por sorpresa y una vez más, terminó con la cara como un tomate.

—No, que yo recuerde —mintió.

No sabía el por qué de aquella mentira, pero por alguna extraña razón, se sentía intimidada por la pregunta.

—Bueno, quiero salir de aquí. Cuando no me gusta el personal de un sitio, procuro evitarlo —respondió él, que parecía más serio que nunca—. Vete pensando a dónde vamos a ir cuando te termines el cruasán.

—¿A dónde vamos a ir? —repitió, mientras observaba el reloj de su muñeca y comprobaba que faltaban veinticinco minutos para que dieran las nueve y, por ende, para entrar a la oficina.

—Ya he avisado de que hoy no pasaré por allí y creo que al único que tienes que avisar tú, lo tienes delante. Así que, señorita Román, puede tomarse el día libre. Además, como supongo que ya sabrá, mañana le espera un viaje y debería comenzar a prepararse la campaña nada más la deje de vuelta en casa. Lleva unos días bastante distraída.

Victoria puso los ojos en blanco con un divertido gesto de desesperación.

—¿Volvemos a tratarnos de usted?

Lorenzo le guiñó un ojo.

—Mientras nos tratemos, me da igual cómo. ¿Sabes ya a dónde vamos a ir?

—Sí, lo tengo decidido —sentenció.

Terminaron de desayunar y, sin despedirse de Alberto, se encaminaron hacia el lujoso Porche de Lorenzo que había visto totalmente reparado.

—¿Dirección? —preguntó él, con una sonrisa pícaro que a Victoria le pareció de lo más sexy que había visto jamás.

—A la Plaza de España, ¿te indico?

—Tranquila, creo que sé llegar.

Lorenzo puso la radio y arrancó el coche. Comenzó a circular por las carreteras de Madrid como si las hubiese conocido desde siempre. Cosa que a Victoria le sorprendió, ya que familiarizarse con el tráfico de Madrid solía ser algo costoso para todo aquel visitante que se aventuraba a adentrarse motorizado en él. Justo cuando doblaban esquina junto al Palacio Real, la canción de Melendi comenzó a sonar y a Victoria se le encogió el corazón:

Yo te prometo que yo,

Seré quién cuide tus sueños

...

Lorenzo, que no desviaba la atención de ella, se percató de que comenzaba a tararear vagamente y subió el volumen de la radio. Victoria le miró, agradecida, y él le devolvió un guiño de ojo.

—Es preciosa —corroboró él, mientras la canción alcanzaba su final y ellos llegaban a su destino.

Aparcaron el coche junto a la Plaza de España y dieron un paseo por sus jardines. Vicky se sentó frente al monumento a Miguel de Cervantes, para poder contemplar aquellas estatuas de Sancho Panza y Don Quijote que tan pintorescas le parecían.

—Aquella es la Torre de Madrid —señaló ella—. Es la construcción más alta que tenemos. Y aquél —señaló— es el edificio de España, que ahora se encuentra vacío. Creo.

Lorenzo asintió y observó el paisaje. Le agradaba aquella plaza, rodeada de jardines y con aquel estanque. Caminaron en silencio hasta el museo del Cerralbo mientras él se dejaba guiar y ella disfrutaba de la silenciosa compañía y de recorrer su ciudad (que hacía muchísimo tiempo que no lo hacía). A pocos metros, alcanzaron el templo de Debod, rodeado de sus aguas y menos concurrido de lo que cabía esperar.

—El mejor momento para visitarlo es el atardecer —susurró Victoria, mientras continuaba caminando agarrada del brazo de Lorenzo—. Fue un regalo de Egipto a España. Es precioso.

Lorenzo, que parecía más fascinado por ella que por el templo, agarró a la chica de los hombros y la colocó frente a él.

—Tú eres preciosa —susurró, mientras apresaba su rostro entre las manos y presionaba los labios contra los suyos.

Temió que Victoria se sobresaltara y se apartase, pero ella se dejó llevar por el momento. El instante culminó y Vicky se dio cuenta de que continuaba con los ojos cerrados. Abrió los párpados con lentitud y se encontró el morenazo de su jefe (que por alguna extraña razón no le parecía su jefe) frente a ella, sonriente. Parecía feliz y por un segundo se permitió no recriminarse que aquello no era correcto.

Victoria jamás, pero jamás de los jamases, se habría imaginado paseándose por el hotel Ritz de Madrid. Pero allí se encontraba, cruzando el majestuoso hall que se extendía a sus alrededores mientras el personal saludaba a su jefe como si lo conociesen de toda la vida. Se preguntó un par de veces a sí misma qué narices hacía allí, pero cuando Lorenzo la llevó hasta la terraza de la azotea y le mostró las impresionantes vistas hacia el parque del retiro, su cabeza se despejó por completo y pensó que, a veces, la vida hace regalos que no se pueden corresponder.

Pasaron buena mañana allí sentados, mientras hablaban de sus vidas, de la oficina, del viaje que tenían previsto a Bilbao, etc. Hasta que el frío comenzó a azotar y Lorenzo se levantó.

—Ven conmigo —le susurró, mientras agarra su mano y la conducía dentro del lujoso hotel.

Victoria sentía cómo los nervios recorrían cada esquina de su cuerpo y cómo las extremidades le temblaban. Cuando entraron en la inmensa suite, pensó que corría el riesgo de desvanecerse allí mismo y se agarró a Lorenzo con los dos brazos.

—¿Te gusta? —preguntó él, que parecía totalmente divertido con la reacción de Victoria.

La habitación era enorme y estaba equipada con todo tipo de lujos. El salón, circular, contaba con enormes tapices y alfombras que parecían haberse escapado de otra época lejana. Una enorme chimenea de mármol se alzaba imperiosa en el centro, dotando aquellas paredes de un encanto singular.

—¡Madre mía! —exclamó, incrédula.

Una noche en aquella habitación debía de costar lo equivalente a su sueldo de todo el mes, o de todo el año, pensó. Lorenzo tiró de ella con suavidad y la llevó hasta la habitación principal.

—Esta suite tiene dos baños, dos habitaciones, la recepción y la sala estar. Éste es mi dormitorio.

El dormitorio, con decoración de la Belle Époque, contaba con una inmensa cama de matrimonio y un escritorio. Vicky observaba todo, silenciosa, hasta que cayó en la cuenta de lo que Lorenzo acababa de decirle.

—¿Y quién duerme en la otra habitación? —preguntó, curiosa.

—Mis invitados.

—Es increíble —ronroneó ella, fascinada—. ¿Vives aquí?

Lorenzo Moretti sonrió, satisfecho por la impresión que había causado. Recuperó aquella sonrisa pícara que tan sexy le parecía a Victoria y volvió a atrapar su rostro entre las manos para poder besarla. Vicky, que parecía encontrarse inmersa en un profundo sueño de princesas, no podía creer lo que estaba viviendo. Hacía unos meses, aquello se le hubiese tornado totalmente imposible. Su vida, que hasta entonces había sido simple y monótona, había comenzado a dar una vuelta de trescientos sesenta grados y temió que se encontrase girando a demasiada velocidad como para poder detenerse sin recibir un golpe.

El beso se prolongó y evitó pensar, mientras notaba cómo sus lenguas jugueteaban y Lorenzo pegaba su cuerpo al suyo. Sintió su miembro crecer y presionar su cuerpo con apremio y notó cómo el calor recorría cada parte de su ser, pero, sobretodo, cómo alcanzaba su zona íntima. Lorenzo, impaciente, tiró de la blusa de ella para poder sacársela por la cabeza. Victoria escuchó cómo la tela cedía y se desgarraba ante las prisas y la fuerza de él, pero el momento la mantenía hipnotizada y no reaccionó. Mientras continuaba explorando su boca, la aupó en brazos y la llevó hasta la enorme cama de matrimonio.

—Me moría de ganas de hacer esto —susurró en su oreja—. No te imaginas cuánto.

Victoria gimió, mientras Lorenzo le quitaba los zapatos para poder sacar sus pantalones. Cuando ya se encontraba en tanga y sujetador, expuesta sobre la cama, Lorenzo comenzó a desnudarse con lentitud. Victoria se incorporó para ayudarle, pero él la detuvo volviéndola a tumbar sobre la cama. Se sentía expuesta, pero el deseo de tenerle sobre ella era tan intenso que por primera vez en su vida, olvidó sus defectos y sus dos kilitos demás. Lorenzo se desnudó por completo y dejó caer su bóxer al suelo. Victoria le observó con deseo. Tenía una tableta de chocolate capaz de derretir a cualquier mujer y unos hombros musculosos y definidos. Le arrancó la ropa interior, impaciente por tenerla, antes de abalanzarse sobre ella. La besó con impaciencia, mordisqueó sus pezones y

masajeó su clítoris hasta que la hizo la gritar de placer. Cuando introdujo su erecto miembro dentro de su humedad, Victoria creyó que iba a desmayarse de placer. Vino una embestida detrás de otra, cada cual más fuerte y varonil, mientras le mantenía las muñecas sujetas detrás de la cabeza y la besaba con pasión descontrolada. No tardó en alcanzar el clímax y todo su cuerpo comenzó a temblar. Pocos segundos después, una última embestida que sintió hasta su estómago tuvo lugar y él se dejó caer sobre ella, mientras le besaba el cuello con ternura y la aprisionaba entre sus brazos.

—Eres lo más bonito que he visto jamás —murmuró.

Y Victoria les suplicó a los dioses que aquel cuento de hadas no llegase a su fin jamás.

Cuando regresó a su apartamento, comprobó los mensajes que su iPhone marcaban: dos mensajes de Moni, que estaba preocupada y no sabía por qué no había ido a trabajar aquella mañana. Un mensaje de Alberto; quería quedar para charlar, como en “los viejos tiempos”.

Suspiró hondo y se dejó caer en el sofá. Le dolía cada centímetro del cuerpo y se sentía agotada, exhausta. Aquel día había resultado... ¿cómo decirlo? Embriagador. Mágico. Diferente. Especial.

Se levantó para servirse una copa de vino tinto y regresó al sofá. Se merecía la copa, sí. Y despejar la cabeza. Desde que Lorenzo la había dejado en casa, no había sido capaz de pensar en otra cosa que en él. Había rememorado su encuentro en repetidas ocasiones, procurando revivir y recordar cada detalle de aquel mágico y morboso día en la ciudad.

Cuando los sentimientos comenzaron a dejarle paso a la razón, Victoria se dio cuenta de que al día siguiente se tenía que marchar a Bilbao para rodar la campaña del artista aquel. Aún le quedaba preparar la maleta (que podía volverse una tarea tediosa y eterna), revisar los documentos de la campaña publicitaria, los cuales todavía no había sido capaz de abrir (tenía pinta de ser todavía peor que preparar la maleta) e informarse de a qué hora tenía el vuelo. Agarró el iPhone, dispuesta a trastear e investigar un poquito, cuando comenzó a sonar. La pantalla iluminada le indicaba que la llamada entrante era de Lorenzo. Suspiró, sonrió y con la risita tonta de una niña enamorada se quedó mirando el teléfono y el nombre sin capacidad para responder. El móvil continuó sonando hasta que cesó, y fue entonces cuando se sintió realmente estúpida por no contestar. Sentía nervios, como si hubiese regresado a la adolescencia y tan solo fuese una primeriza enamorada platónicamente del guaperas del instituto. El iPhone comenzó a sonar de nuevo.

—¡Por Dios, Victoria, responde el maldito teléfono! —se recriminó en voz alta.

Le dio un largo sorbo a la copa de vino y respondió.

—¿Hola?

—Buenas noches, señorita Román.

Vicky sonrió, divertida.

—Buenas noches, jefe.

—Bueno, te llamo para asegurarme de que has cumplido con tu deber, te has informado sobre Jhon Kruege y estás preparada para realizar con éxito su campaña.

—Señor Moretti, ¿a caso duda de mi profesionalidad? Me siento ofendida.

Tomó otro sorbo de la copa, mientras sonreía como una estúpida. Le encantaba aquel juego que se traían entre manos, aquel tira y afloja.

—Desde luego que no.

A Victoria le pareció escuchar la risa de Lorenzo al otro lado del teléfono.

—Hoy he podido comprobar por mis propios medios que es usted una gran profesional, señorita Román.

—Me alegra escuchar eso.

Por un instante, se había quedado sin palabras y no sabía qué más decir. Notaba el calor invadiendo su rostro y sintió, con necesidad primordial, que le urgía darse una buena ducha de agua helada.

—¿Le parece bien si la recojo a las seis?

—¿De la tarde?

Lorenzo rió.

—¿Ni siquiera ha comprobado los billetes de avión, Victoria?

¡Pooooor Diosos!

—Me ha mantenido usted demasiado atareada...

La risa de Lorenzo, dulce, volvió a resonar a través del auricular.

—De la mañana. A las seis de la mañana.

—¡Ah! Sí, claro... —ronroneó Vicky, que por alguna extraña razón no podía dejar de sentirse estúpida.

—Nuestro vuelo sale a las tres de la tarde, pero si no tiene ningún inconveniente, me gustaría que me acompañase a una cita previa.

—¿Y es de primera necesidad que me haga levantarme a las 5:30 de la madrugada, o es que disfruta usted torturándome, señor Moretti?

—Disfruto torturándola, señorita Román. La duda ofende.

Victoria se echó a reír como una loca y suspiró. Se hicieron unos extraños segundos de silencio y creyó que, muy a su pesar, había llegado el momento de la despedida.

—Bueno, jefe, nos vemos mañana. Creo que debería descansar.

—Buenas noches, Victoria. Hasta mañana.

Y dicho esto, colgó.

Sentía un extraño nudo en el estómago y tenía la sensación de que aquella no era su vida. Había cambiado tanto en tan poco tiempo...

Se terminó la copa de vino, se acurrucó en el sofá y comprobó la hora. Eran las nueve y media de la noche y pensó que, después de aquel largo y agotador día, podía permitirse descansar un rato antes de ponerse manos a la obra con la maleta.

—Cariño, despierta, cielo...

La voz de Alex sonaba lejana.

Abrió los ojos y lo vio, dando vuelta por el salón y recogiendo el bol de las palomitas que se habían comido la noche anterior. Supuso, aunque se encontraba bastante desorientada, que era lunes, porque todos los domingos eran de noche de manta, peli y palomitas.

—Ayer te quedaste dormida, aunque no me extraña... —gruñó— menudo bodrio de película nos tragamos. Jamás entenderé el sentido del terror de la gente. ¿De verdad esperan que un ejército de zombis imbéciles acabe con el planeta? Pero vamos a ver, ¿somos tan lerdos o qué?

Se incorporó en el sofá con un dolor agudo en las sienes. Se sentía mareada, dolorida y desorientada.

—¿Cariño?

Alex lo debió notar, porque se acercó a ella con el ceño fruncido y la preocupación patente en el rostro.

—¿Todavía te duele? Creo que deberíamos volver a que te mire el médico, Vicky. Al fin y al cabo, ese gilipollas de tu jefe te pegó un buen porrazo.

¡Lorenzo!

De repente, recordó. Recordó el accidente, la infidelidad de Alex, la depresión y el malestar al suspender la boda, el día que pasó con Lorenzo por Madrid, el viaje... El viaje para grabar la campaña en el Guggenheim...

—¿No debería estar en Bilbao?

Alex la miró extrañado.

—Creo que voy a llamar al médico—respondió, mientras colocaba la mano en su frente para comprobar su temperatura corporal—. Me estás preocupando.

—Alex, ¿no debería estar en Bilbao? —repitió.

Un remolino de sentimientos que colisionaban entre sí la invadió por completo. Una pequeña parte de su ser se alegraba de tener a Alex allí, con ella. De regresar a la tan deseada rutina y a su aburrida vida. Pero otra parte, otra muchísimo más grande que la anterior, sentía odio, náuseas y repugnancia con

tan solo observarle. Sentía rabia e impotencia por todo el mal que le había causado aquella persona que tanto había querido... Aquella a la que estuvo a punto de dar el “sí, quiero” y con la que pensaba compartir su vida.

— Está pasando otra vez —Alex resopló, aparentemente irritado— quédate en el sofá, llamaré al neurólogo para coger cita.

— ¡No!

Vicky se sentía desorientada, no entendía qué narices hacía allí Alex, pero recordaba cada detalle de las últimas semanas y sabía de sobra que algo extraño estaba sucediendo allí.

Alex le sujetó ambas manos entre las suyas.

—Fuiste a Bilbao hace dos meses, con el gilipollas ese de tu jefe. Vicky, por favor, ya está. Te divertiste, te vengaste de mí, me hiciste darme cuenta de todo lo que te había hecho sufrir con ella... con... ya sabes, la otra. Pero volví a por ti

—Alex levantó su mano izquierda para que pudiese observar el anillo de oro blanco que llevaba en ella— me has perdonado, con todas. Y yo he aprendido la lección. Hemos retomado el proyecto de la boda, nos queremos. Nos conocemos. Tú y yo, y nada más.

Antes de que Alex pudiese terminar de hablar, se dio cuenta de que se estaba riendo como una loca histérica. ¿Ya está? ¿Así de fácil?

—Esto también te pasó hace unas semanas. Borraste todo. Me borraste a mí.

No podía parar de reír; se sentía patética.

—Te voy a querer y a cuidar como nunca antes lo había hecho. No volveré a hacerte daño —la voz de Alex sonaba sincera. Le acarició el pelo como a ella tanto le gustaba que hiciera y por unos instantes, el odio que sentía desapareció — voy a darte cada segundo de mi vida.

Y, ¡puf! Todo se quedó en negro.

El timbre sonó repetidas veces inundando el apartamento. Victoria se encontraba hecha un ovillo en el sofá, acurrucada debajo de la manta mientras las lágrimas se deslizaban sigilosamente por sus mejillas. Cuando se despertó y comprendió que todo había sido un sueño (tal vez, fruto del maravilloso encuentro que había pasado con Lorenzo) no supo si alegrarse o llorar. Primero rió y, cuando se quedó sin más fuerzas, lloró en silencio. ¿Tal vez se sintiera culpable?, ¿quizás no le había olvidado aún?

Sabía de sobra que odiaba a Alex. Un odio, o mejor dicho un rencor hacia él, que había crecido en sus entrañas y se había apoderado de los recuerdos que tenía a su lado como si se tratase de un veneno. Un veneno que mata, que destruye.

Pero añoraba su vida. Mejor dicho, añoraba su antigua vida. Había sido tan sencilla vivirla... Le encantaba la rutina, el saber qué iba a ocurrir después, el despertarse un lunes con la semana al completo planeada, sin sorpresas. Sabiendo que los martes, comería vainas, que los miércoles, esperaría a Alex en casa mientras leía un buen libro, que los sábados era el día de pasear y de una buena cena en su restaurante favorito. Todo tan sencillo y tan planeado, que parecía imposible que hubiese podido salir mal. Parecía imposible que no se hubiese dado cuenta, ni siquiera sospechado, de que le estaba siendo infiel con otro. Parecía imposible.

El timbre volvió a resonar golpeando las paredes de la casa y captando la atención de Victoria. Se secó las lágrimas con un pañuelo que había sobre la mesa auxiliar y prendió la luz de la sala antes de incorporarse para abrir la puerta.

Miró por la mirilla y...

—¿Lorenzo? —dijo, mientras abría la puerta y se hacía a un lado para dejarle pasar—. ¿Qué haces aquí?

El morenazo de su jefe entró y cerró la puerta tras de sí. Se quedó en la entrada, observándola de arriba abajo una y otra vez con aires divertidos y una sonrisa bobalicona anclada en el rostro.

—¿Todavía estás así?

—¿Cómo?

Vicky miró la hora que reflejaba el decodificador del televisor: 6:00.

—¡Mierda!

¡Se había dormido!

Se llevó las manos a la cabeza y se dirigió de un salto a su habitación, mientras murmuraba en voz alta “lo siento, lo siento, lo siento”. ¿Cómo narices había podido dormirse?

—¡Estás en tu casa! —gritó, antes de cerrar la puerta de su habitación.

Cuando se observó en el espejo, creyó que el mundo se le venía encima y se le caía bajo los pies. ¡Estaba horrible! Llevaba un moño mal hecho en la cabeza, unos pantalones de chándal tan viejos que tan solo podías darles uso para estar en casa y, dada su comodidad, se habían terminado convirtiéndose en un pijama provisional. Suspiró hondo, cogió una toalla y ropa interior limpia y salió de su habitación para meterse en la ducha.

Antes de entrar al baño, se asomó a la sala. Lorenzo estaba en su cocina americana pegándose con la cafetera.

—Tienes capsulas debajo de ese cajón —indicó.

Él le devolvió una sonrisa capaz de derretir a cualquier fémina.

—¿Tienes hecha la maleta?

Vicky puso los ojos en blanco.

—¡Madre mía, niña! Eres un desastre...

—Ayer me quedé dormida. Ni si quiera he desecho la cama —dijo, mientras señalaba el sofá.

—Ya resolveremos eso más tarde.

Un calor se extendió por todo su cuerpo invadiendo sus partes femeninas. ¡Dios! ¡Aquel hombre la traía completamente loca!

Se metió en el baño, se desnudó y encendió la ducha. Le encantaba ducharse con agua caliente, muy caliente. Le gustaba que todo se llenase de vapor y calor. Se introdujo bajo el grifo y cerró los ojos. Se sentía exhausta, agotada. Y la cabeza le dolía horrores. ¿A dónde narices quería llevarla Lorenzo a las seis de la mañana?

De pronto, recordó lo que Alex había dicho en su sueño: “te vengaste de mí”. ¿Estaba permitiendo que ocurriese aquello con Lorenzo para vengarse de su ex prometido?, ¿o de verdad deseaba hacerlo? Al fin y al cabo, Lorenzo era su jefe. O terminaban dándose un “sí, quiero”, lo que Victoria tenía bastante claro que no iba a suceder, o terminaba despedida y de patitas en la calle.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que ni siquiera se percató de que la puerta del baño se abría, hasta que la sombra de Lorenzo cruzó la pared. Vicky se sobresaltó y se tapó con las manos, como si aquel hombre jamás la hubiese contemplado desnuda y estuviese actuando con descaro.

—No te escondas, Victoria —susurró con voz sexy, mientras se desabrochaba la camisa y la dejaba doblada en el lavabo—. Eres preciosa.

Vicky sintió cómo los nervios se apoderaban de cada milímetro de su cuerpo. Lorenzo se terminó de desnudar, con parsimonia, y se introdujo en la ducha con ella. Se quedaron mirándose, en silencio, analizando aquellos dos cuerpos desnudos que no escondían nada más que pasión.

Se sorprendió a sí misma cuando se lanzó a sus brazos, cediendo al calor que le invadía. Lorenzo la aupó sobre él, agarrándole las nalgas mientras le mordisqueaba el cuello. ¡Dios! ¿Cómo podía sentirse tan excitada con tan solo un beso?

Buscó sus labios con ansia y le besó con pasión, mientras sus lenguas, ya conocidas, volvían a jugar y entrelazarse entre ellas. Lorenzo la empujó hasta la pared y se apartó de ella, para poder observarla.

—Eres preciosa —ronroneó con los ojos en blanco.

Vicky se quedó inmóvil, sumisa, mientras notaba cómo la excitación que sentía su cuerpo aumentaba por segundos y cómo se humedecía cada vez más. Lorenzo agarró el bote de gel de ducha, se echó un chorro sobre las manos y se volvió a acercarse a ella.

Comenzó a masajear sus hombros, bajando hasta sus pechos y tomándose su tiempo para masajear y pellizcar sus pezones. Vicky gimió de placer, las tiemblas le temblaban. Dejó bajar las manos por sus caderas hasta que llegó a su sexo. Lo masajeó por fuera, apretando y pellizcando su clítoris de la misma manera que lo había hecho con sus pezones. Después introdujo un dedo en su interior y Victoria tuvo que agarrarse a la pared para no caer de placer. Alargó una mano para coger su miembro, que estaba enorme y erecto, y poder jugar con él, pero Lorenzo la detuvo.

—No, tú estate quieta.

Ella protestó, pero él le agarró la mano y se la colocó detrás de la espalda, mientras introducía y sacaba dentro de ella dos dedos y mordisqueaba con la boca sus pezones.

—Dios mío... —gemía.

Si continuaba así, no aguantaría mucho más.

Lorenzo le agarró las dos manos y le dio la vuelta, dejándola de cara a la pared, con las dos manos sujetas en la espalda. Vicky, muerta de placer, arqueó la espalda y gimió mientras notaba cómo su pene jugueteaba con su trasero. De una embestida, se introdujo completamente dentro de ella. Notó el frío de la pared contra sus pechos y el calor de su cuerpo palpitar bajo la piel. Lorenzo le tenía las dos manos sujetas en la espalda y continuaba embistiéndola, una y otra vez, mientras los dos gemían de placer. Disminuyó un poco el ritmo para poder agarrar el grifo de la ducha y meterlo entre las piernas de Victoria, que ya no podía aguantar más aquello. Mientras él continuaba entrando y saliendo en su cuerpo, el chorro de agua caliente que salía del grifo golpeaba directamente su clítoris, provocándole un placer extremo.

—No puedo más... —ronroneó.

Estaba completamente excitada y notaba que él se sentía igual. Lorenzo dejó caer el grifo y aumentó el ritmo. Había soltado sus manos y Victoria podía apoyarse en la pared para no ceder al placer, mientras él entraba una y otra vez, una y otra vez, cada vez más fuerte y más rápido hasta que los dos sucumbieron al placer.

Lorenzo la abrazó desde detrás y le besó el cuello. Vicky se dejó mimar, exhausta por el remolino de sensaciones que habían invadido su mente y su cuerpo en las últimas cuarenta y ocho horas del día.

Se enjabonaron el uno al otro, con gestos tan íntimos y románticos que, por un instante, Victoria creyó que podría llegar a enamorarse de él. Sintió que, por alguna extraña razón, estaba comenzando a querer a quien no debía.

Salieron de la ducha, se vistieron y se sentaron en la barra de la cocina a tomarse un café que les despertara del aletargamiento que había provocado el vapor de la ducha en sus mentes. Lorenzo miró la hora en repetidas ocasiones.

—¿Tenemos prisa?

—Un poco, sí.

Victoria suspiró. Todavía tenía la maleta sin hacer y ni siquiera le había podido pegar un repaso al informe de la campaña.

—No pasa nada, haremos la maleta cuando regresemos —la tranquilizó él, que parecía haberle leído la mente.

—¿Haremos? —rió ella—. Empiezas a parecer un novio, en vez de un jefe.

Una sonrisa de niño travieso se extendiendo en la mirada de Lorenzo.

—Quizás quiera ser un novio, y no un jefe.

Victoria se ruborizó y, aunque se sentía totalmente halagada, se preguntó cómo narices acabaría aquello. Sospechaba que no llegaría a buen puerto.

—No te preocupes —susurró él.

Una vez más, parecía haberle leído la mente.

—Todavía no voy a pedirte matrimonio.

Se sonrieron con una de esas sonrisas cómplices que solamente los propios autores de las mismas son capaces de entender.

Cuando bajaron a la calle y Lorenzo introdujo en el GPS de su porche la calle de Ramón Pérez de Alaya,

Victoria se sorprendiendo camino a Vallecas en plena madrugada y... feliz. Se sorprendió a sí misma sintiéndose, por primera vez en la vida, plena y feliz.

El cielo anaranjado se extendía sobre sus cabezas y, bajo sus pies, disfrutaban de la gran capital.

Las vistas eran tan mágicas como inigualables. Desde el alto de aquellas colinas (también conocidas como las siete tetas) podías contemplar Madrid en su plenitud: la sierra, el centro, la zona financiera... Un lugar privilegiado donde dos desconocidos podían sentirse dueños y dioses de la tierra, o de unos mismos. Lorenzo sonrió ante la mirada perpleja de Victoria que, al parecer, jamás se le había ocurrido subir a aquel parque al amanecer.

—¿Cómo lo encontraste?

—Soy una criatura nocturna y, además, adoro conducir.

—Es precioso —susurró Vicky—. ¿Te he dicho ya que adoro Madrid?

—No estoy seguro, pero creo que sí.

Lorenzo se arrimó a ella para poder pasarle el brazo por encima de los hombros y pegar sus cuerpos.

—¿Has estado en Bilbao?

—No, solo de pasada —confesó—. Creo que no soy muy viajera. Me gusta donde vivo y soy una persona de ideas fijas. Si no necesito más para ser feliz, no lo cojo.

—Yo adoro viajar. Me encanta descubrir qué hay en otros lugares... Ya sabes, otras culturas, idiomas, paisajes, climas...

Vicky suspiró. Eran tan diferentes... que parecían de otro mundo.

—Mi hermana pequeña es como tú —continuó él— odia viajar. Le encanta Italia y, si por ella fuese, jamás habría salido de su tierra. Pero ya sabes, el negocio es el negocio y hay que cumplir con el deber. Al fin y al cabo, es nuestro futuro.

—¿Tienes una hermana? —se sorprendió Victoria.

—Sí, Alessia. Creo que os llevaríais bien.

Lorenzo le guiñó un ojo y le regaló un beso en la frente. Por alguna extraña razón, aquel hombre tenía el poder de embrujarla.

—¿Dónde está ahora? Has dicho que tuvo que dejar su país...

—Nuestro país —corrigió él—. Emigrar siempre resulta duro, te guste viajar o

no. Una cosa son unas vacaciones y otra muy diferentes es marcharte a vivir al extranjero. Mi hermana, Alessia, vive aquí, en Madrid.

—¿Vive aquí? —preguntó Victoria, totalmente sorprendida—. Creo que nunca la he visto en la oficina...

—Ella trabaja desde casa, se encarga del tema de los inversores y de la comunicación y, como se escapa a Italia cada vez que puede, no para mucho por su casa.

—Y si trabaja desde casa, ¿por qué no se queda en Italia y lo lleva desde allí?

—Es complicado. La gente no se fía de una voz que sale de un auricular. Quiere reunirse, conocer la cara que hay detrás de ese nombre y saber dónde y con qué personas trabaja. No ocurre siempre pero, la mayoría de las veces tiene que concertar reuniones y acudir a citas. Si pudiese encargarme yo de todo, lo haría. Pero solo es imposible y, además, la mitad de las acciones de la empresa son tuyas. También debe poner de su parte, como hacemos el resto.

Victoria asintió en silencio, mientras observaba las nubes prendidas en fuego desplazarse sobre los edificios de Madrid.

—Mañana la conocerás.

—¿Cómo? ¿Viene a Bilbao?

—Sí, vendrá a Bilbao. Fue ella quien consiguió cerrar el trato con Jhon Krueger, así que vendrá. Dentro de unos días cenaremos con él y con su representante los cuatro.

—¿Los cuatro?

—Nosotros dos, Alessia y su secretaria.

Victoria se quedó pensativa.

—Bueno, creo que tendré que darle las gracias cuando la vea por haberme conseguido la campaña.

Lorenzo atrapó su rostro entre las manos.

—Señorita Román, las gracias me las tiene que dar a mí, que soy su jefe y, además, quien le ha dado la campaña. ¿Se le ocurre alguna manera de dármelas?

Vicky se echó a reír y, sin pensárselo dos veces, se lanzó a sus labios. Sí, definitivamente, aquello era imposible que terminase bien.

Con horario anormalmente europeo y el estómago rugiendo, se encaminaron al Gran Casino antes de las doce del mediodía en busca de un restaurante donde poder comer en condiciones.

Se adentraron en L'Etoile que, a pesar de que ninguno de los dos había estado nunca, habían escuchado maravillas sobre él. La comida, a buen precio,

debía tener una calidad excelente.

En el interior de las salas de juego, encontraron el restaurante. A pesar de lo que se pudiera predecir, el ambiente era tranquilo y acogedor, con una decoración clásica que vestía al restaurante con cierta elegancia. Se decidieron por comer un menú de temporada en el lujoso comedor que incluía bogavante, setas y conejo trufado. Después de comer, pasearon por los alrededores agarrados del brazo, en silencio, pensativos, antes de retomar el rumbo hacia el apartamento de Vicky para hacer la maleta.

Victoria odiaba volar. Recordaba unas navidades de su infancia en las que había viajado a París con su familia y les habían retenido más de tres horas en el avión por el temporal y el frío. La abundante niebla no permitía el despegue y las alas del avión estaban congeladas. Vicky, que iba con su padre junto a la salida de emergencia, no dejó de preguntar en todo el trayecto a ver cómo se abría la ventana en caso de accidente. El alivio que sintió cuando el piloto aterrizó en el aeropuerto de vuelta a casa fue indescriptible.

A la una y media se encontraban en el aeropuerto de Barajas y esperando para facturar las maletas. Victoria, que se había vestido en conjunto con Lorenzo, parecía una importante ejecutiva a su lado. Mientras esperaban a que los paneles indicasen la puerta de embarque que les correspondía, se tomaron un expreso y charlaron sobre la familia. Lorenzo venía de una familia de bien, que siempre había poseído diversas capitales y empresas por Europa y América. Victoria, en cambio, venía de una familia obrera que había luchado por mantener aquello que tenía. Aunque gracias al esfuerzo de sus padres nunca le había faltado absolutamente nada, su infancia no había tenido nada que ver con la de él. Los viajes a la nieve, a Suiza, Alemania, Irlanda, Nueva York y demás países de los que Lorenzo le hablaba, le parecían lejanos e imposibles. Descubrió que, al contrario de ella que era hija única, Lorenzo tenía no una, sino dos hermanos. Alessia y Luka. Luka debía de ser un alma libre descontrolada, por lo que le había contado. Se había marchado a vivir, en contra de los deseos de sus padres, a Brasil. Trabajaba allí donde encontraba oficio y vivía al día disfrutando de la playa, el surf y la buena vida. Por la forma en la que hablaba de él, Victoria supuso que muy en el fondo Lorenzo envidiaba la vida que llevaba su hermano. O quizás aquello que envidiase no fuese su vida, si no su libertad y la capacidad de tomar sus propias decisiones sin que nadie más intercediera en ellas. Llevaban sin verse más cinco años y el último encuentro, según Lorenzo, había sido un fracaso total. Luka había vuelto a casa en Navidad con una despampanante brasileña, sin avisar de que acudiría en compañía de una amiga

(o lo que fuera que fuese aquella chica). Sus padres, indignados, le pidieron amablemente a aquella jovencita que se marchase por donde había venido, pues querían mantener la intimidad de la familia en aquellas fechas festivas tan importantes para ellos. La brasileña se subió a un avión de vuelta y, junto a ella, Luka. No se molestaron en discutir, ni decir adiós. Tampoco en volver a llamar o regresar a casa. Lorenzo desconocía por completo la vida de su hermano y, aunque hablaba de ello con una inmensa pena reflejada en la mirada, comprendía a la perfección las decisiones que habían tomado sus padres. Victoria pensó que, si hubiese tenido la suerte de tener hermanos, habría sido capaz de cualquier cosa por no perder la relación con ellos. Aunque de niña siempre había sentido envidia por aquellos que tenían una familia numerosa, Vicky había tenido la suerte de tener los mejores padres del mundo (según ella) y una hermana postiza que jamás la había abandonado en los malos momentos. Mónica había estado siempre y en ella había encontrado una sonrisa cómplice y un hombro en el que llorar.

La puerta de embarque número seis con el vuelo hacia Bilbao salió reflejada en los paneles de información y Lorenzo y Victoria se encaminaron hacia ella.

Embarcaron y, sin imprevistos ni complicaciones, el avión despegó. Lorenzo le había dejado a Victoria sentarse junto a la ventana (por alguna extraña razón, a ella le parecía más seguro viajar ahí). El vuelo era corto, tan solo tenían una hora de trayecto que pasó volando (nunca mejor dicho). Frente a ellos viajaban dos pequeños gemelos de seis años de edad: Diego y Adrián. Eran dos gotas de agua y tan parlanchines como encantadores. En aquel viaje, Victoria pudo ver el corazoncito que su rico y sexy jefe escondía detrás de aquellos pectorales. A Lorenzo le encantaban los niños. Se pasó gran parte del vuelo jugando con ellos y hablándoles de aviones. Cuando Lorenzo les contó que en Italia tenía una flota de helicópteros que sobrevolaban los cielos como pájaros, Vicky temió que se tratase de la realidad. ¿Había algo que no tuviera?

Cuando llegaron al aeropuerto de Bilbao y encendió el móvil, Victoria se encontró con cinco mensajes de Mónica (como siempre, estaba preocupada), un mensaje de su madre (hacía mucho que no sabía de ella y le pedía que le devolviese la llamada; añadía que, gracias a Moni, ya sabía que estaba volando a Bilbao y le felicitaba por la campaña), un mensaje de Alberto (¿tomar algo? A las 10 en el café...) y tres llamadas de Alex. ¡Alex! ¿Para qué narices le había llamado Alex? Decidió, antes de que empeora la situación, bloquear las llamadas entrantes de su número.

—¿Ése no es tu ex? —preguntó Lorenzo, que se había plantado detrás de ella y estaba fisgoneando la pantalla del teléfono.

—¡Ey! ¿No se supone que cotillear es de mala educación?

—Quizás en España... Yo no tenía nada oído —dijo, mientras le guiñaba un ojo—. Cuéntame, ¿ése no es el insustancial con el que te ibas a casar?

—Exacto. Ése mismo.

Un todoterreno negro, de ésos que ves por la calle y te apartas porque sabes que lleva dentro a alguien importante, a alguien que no es como los demás, había acudido a buscarles al aeropuerto.

—No sabía que todavía manteníais relación... —quiso saber.

Lorenzo metió en el maletero el equipaje sin apartar la vista de Victoria. Esperaba la respuesta, ansioso.

—No tenemos relación.

—Entonces, ¿para qué te ha llamado?

Lo mismo quería saber ella. ¿Para qué le había llamado después de tanto tiempo? Recordó el sueño que tuvo la noche anterior y un extraño nudo se le formó en la boca del estómago.

—¿Y? ¿Para qué te ha llamado?

Victoria levantó la mirada y, por primera vez, encontró un Lorenzo de ojos vidriosos y mirada ansiosa que parecía... ¿celoso?, ¿preocupado?

—No tengo ni la más mínima idea —respondió, sin poder ocultar el malestar que a ella le invadía.

—Bueno —dijo, mientras rebuscaba en sus bolsillos— he preparado esta ruta de turismo. Ya sé que es un viaje profesional pero, supongo, tendremos algún pequeño hueco para disfrutar.

Vicky, sorprendida, dejó al imbécil de su exprometido a un lado y agarró el papel que Lorenzo le tendía con curiosidad.

—Gazzzztelugatxe... —pronunció, con una risa tonta.

—Una ermita preciosa en mitad del mar.

—¿No hay demasiadas escaleras?

Observó la fotografía. Una ermita de piedra se erguía sobre un pedrusco de roca rodeada de mar. Para llegar hasta ella, una zigzagueante escalera que parecía flotar mágicamente sobre las aguas saladas emergía para unir tierra y ermita entre sí.

—Quiero ir —sentenció. Parecía un lugar mágico.

—Dicen que hay que tocar la campana tres veces y pedir un deseo.

—¿Si la tocas seis puedes pedir dos? Necesito demasiadas cosas.

Lorenzo rió ante la ocurrencia de la chica.

—Pídeme lo que quieras y yo te lo daré.

—Bueno... Si es así... —continuó Victoria, mientras imitaba la mejor de las sonrisas de Daniel el travieso— el otro día vi en la tele una playa que..., que creo que era la Riviera Maya. Nunca me había llamado la atención México pero, pensándolo bien, creo que me apetecen unas buenas vacaciones. Playa, sol, calorcito y unos daiquiris. ¿Cómo lo ves?

—Te llevaré a México, entonces —respondió Lorenzo, que la observaba con seriedad.

—Aunque, bueno... —Victoria observó a través de la ventanilla del cristal con aires de soñadora— Nueva York en invierno tiene que ser tan romántico...

—No soy un hombre romántico.

—Pero yo sí soy una mujer romántica.

Se miraron fijamente a los ojos, como si aquel juego se hubiese transformado en un peligroso duelo del que tan solo uno de los dos saldría bien parado.

—Además —añadió Vicky— me has dicho que me llevarías a donde quisiera.

—Te llevaré a donde quieras —sentenció.

El chofer, que parecía demasiado concentrado en la carretera, ignoraba la conversación. Fuera había comenzado a llover, como bien habían pronosticado los del tiempo de televisión española. Allí, según había escuchado Vicky, se pasada el día lloviendo. Sonrió y pensó que, tal vez, Bilbao necesitaba verse a través de esa cortina de agua para poder ser apreciada en su totalidad. El verde se extendía por doquier y Victoria, que no despegaba la mirada del exterior, contemplaba el paisaje que iban dejando atrás mientras procuraba capturar todo aquello bajo su retina.

—Disculpenme, señor. ¿Podría recordarme dónde se alojan? —preguntó el chofer.

Lorenzo Moretti sacó su teléfono del bolsillo y leyó:

—Gran Hotel Domine.

—Excelente elección, señor. Mis clientes suelen hablar maravillas de él.

Lorenzo asintió sigilosamente con la cabeza y observó a Victoria, que continuada sumergida en las vistas de la ciudad y parecía encontrarse, a pesar de tenerla a su lado, bastante lejos de allí. Rozó su mano con el dedo índice y, cuando por fin captó su atención, la besó en los labios.

El Gran Hotel Domine se encontraba en un lugar privilegiado de Bilbao. Cuando Victoria se bajó del coche, observó su alrededor con un “guau” insonoro en los labios. El museo Guggenheim se alzaba frente a ella, junto a la ría de Bilbao, con un innovador diseño curvilíneo cubierto de planchas de titanio y cortinas de cristal. A su lado, su fiel guardián, Puppy. Un cachorro de raza Terrier de doce metros de altura y quince toneladas de peso que, a pesar de su tierna apariencia y de estar recubierto de flores, protege y vigila el museo y la vía de Bilbao de todos aquellos malhechores que no se acercan con buenas intenciones. El puente de La Salve, con sus veinticuatro metros de altura, se integra perfectamente en la visión que ofrece el museo creando una ciudad contemporánea.

—Su hermano gemelo está en Conneticut.

Lorenzo señalaba al grandioso cachorro de flores.

—¡Guau! —exclamó Victoria.

Al otro lado de la carretera se encontraba la cristalera del hotel. Entraron en el hall y una espiral de escaleras que parecían ascender hasta el cielo los recibió con un diseño arquitectónico y modernista. Lorenzo había reservado dos habitaciones “premier view” que resultaron ser impresionantes.

Las enormes vistas panorámicas hacia el Guggen –heim hacían de aquel lugar una experiencia inolvidable.

Vicky deshizo el equipaje y se dejó caer sobre la elegante cama. El sueño que hacía unos días había comenzado a vivir, no hacía nada más que intensificarse desmesuradamente. Le resultaba todo tan maravilloso que, inconscientemente, sentía un miedo continuo a caer de aquella nube en la que tan alto se encontraba flotando.

Allí tirada, sobre la cama, el cansancio comenzó a apoderarse de ella y los párpados no tardaron en ceder.

Cuarenta y cinco minutos después, el sonido de su iPhone vibrando en su bolso le despertó de un sueño reparador.

—¿Vicky? —la voz de su madre sonaba preocupada.

—¡Mamá!

—Ay, cariño... ¡Qué bien que me coges el teléfono, hija! —suspiraba—. Me tenías preocupada. ¿Qué tal el viaje, cielo?, ¿qué tal te encuentras?

—Todo bien, mamá —respondía, mientras observaba la impresionante habitación en la que se encontraba. Mejor no podía estar —el vuelo ha sido muy tranquilito.

—¡Qué bien, hija! Cómo me alegro... Ya sabes que esas cosas escapan al control de uno, y con el miedo que te dan a ti lo aviones, cariño... ¿Qué tal estás, hija? No sabemos nada de ti...

—Mamá, por favor. Tranquilízate. Si no llamo, es porque estoy bien.

—Moni no nos ha dicho lo mismo...

—Mónica exagera todo. Ya sabes cómo es, mamá.

Victoria se levantó de la cama y se encaminó hacia el servicio. Se miró al espejo: tenía mala cara y unas ojeras negras resaltaban bajo sus ojos verdosos.

—¿Cómo lo llevas, hija? Ya sabes a qué me refiero...

—Lo llevo bien, de verdad —suspiró irritada.

No quería hablar de la boda y no entendía por qué todo el mundo se empañaba en sacar el maldito tema.

—Ya sabes que a mí no me puedes engañar, hija... Puedes contarme lo que sea —suspiró—. Yo voy a apoyarte en todo.

—Lo sé, pero de verdad, estoy bien. Lo estoy superando, mamá —repitió Victoria.

Se lo había repetido tantísimas veces a ella misma que había terminado por creérselo desde el primer día.

—Vale, hija —cedió—. ¡Felicidades por la campaña! Ya me ha dicho Moni que

es un gran paso en tu carrera... Me siento muy orgullosa de ti.

—Ay, mamá, a ver si dejáis de conspirar contra mí y os dedicáis a hablar del tiempo, o yo qué sé. ¿Solo tenéis un tema de conversación?

—Anda, cariño... No te enfades, solo nos preocupamos por ti. Te tengo que dejar, cielo, le he pedido a tu padre que me cuelgue un cuadro y por los golpes que escucho creo que está tirando la casa a bajo. Te llamo más tarde, ¿vale?

—Vale, mamá. Un beso.

—Un beso, cariño. Te quiero.

Dejó el teléfono junto al lavabo y observó la bañera. Sí, necesitaba un buen baño relajante. Giró los grifos, llenó la bañera de agua casi hirviendo y, cuando se encontraba a punto de introducirse en aquella fuente de vapor, sonó la puerta. Tres golpes fuertes y serenos resonaron en el habitáculo. Vicky supuso que, o bien se trataba de personal del hotel, o bien se trataba de de Lorenzo. Lo segundo le pareció bastante improbable, ya que habían madrugado en exceso (él más que ella) y seguramente se encontraría igual de cansado. Vestida con el albornoz blanco que estaba colgado junto al lavabo, se dirigió a la puerta.

—¡Guau! No espera encontrarte así...

Se encontró a Lorenzo tras ella. Vestía unos Levis oscuros y un polo blanco con los cuellos azules. “Y aquí tenemos su versión sport”, pensó Victoria, mientras una sonrisa de oreja a oreja surcaba su rostro.

—¿Y cómo esperabas encontrarme?

Lorenzo la apartó con delicadeza y entró en la habitación sin pedir permiso. Victoria frunció el ceño, sorprendida por aquel acto de confianza. Cada hora que pasaban juntos, mejor se conocían y más naturalidad se permitían entre ellos. Lorenzo, que parecía tener la capacidad de leer sus pensamientos, se acercó hasta ella.

—Esperaba encontrarte desnuda y sobre la cama —ronroneó en su oreja.

El rubor que sintió resultó patente cuando sus mofletes se tiñeron de rosado. Era tener a aquel hombre cerca e inconscientemente la respiración se le aceleraba a ritmos vertiginosos. Sintió el calor recorrer todas sus extremidades y el deseo palpar dentro de ella. Le encantaba Lorenzo, le volvía terriblemente loca. ¿Para qué iba a negarlo?

Victoria le devolvió la mirada de deseo mientras, sin darse cuenta, se mordía el labio. Se sentía hechizada, fuera de control. Lorenzo sonrió y comenzó a desabrocharse los pantalones.

—¿Qué haces? —preguntó ella, procurando guardar la compostura.

—Voy a comerte enterita.

Su voz sonó ronca y varonil y a Victoria le recorrió un escalofrío que se expandió por su columna vertebral

—Quédate quieta —susurró.

Lorenzo se quitó los bóxers y los dejó caer al suelo con parsimonia. Ella, muerta de deseo, observaba su palpitante miembro con las pupilas dilatadas. Se acercó a ella con lentitud.

Continuaba inmóvil, observándole, mientras la rodeaba y se colocaba detrás de su espalda. Lorenzo desabrochó el albornoz y tiró de él para que cayera al suelo. Victoria sentía cómo se humedecía cada vez más y, aunque sentía la necesidad de tirarse sobre él, continuó quieta, tal y como le había ordenado. Lorenzo pasó sus manos por debajo de sus brazos y atrapó sus pezones. Empezó a masajear sus pechos y a pellizcarle mientras le mordisqueaba el lóbulo del oído. Victoria gimió y Lorenzo la giró para poder encontrarse frente a frente con sus carnosos y rosados labios. Ella movió las caderas en un acto de desesperada excitación para poder rozar su erecto pene. Lorenzo comenzó a lamer y mordisquear sus arrugados pezones mientras ella le tiraba del pelo y ronroneaba.

—¡Por Dios! —gimió, mientras arqueaba la espalda muerta de placer.

Su guapo italiano la cogió en brazos y, adivinando el porqué Victoria vestía tan solo un albornoz, la llevó hasta el baño y la dejó caer en la bañera. El agua estaba tibia, pero todavía no se había enfriado. Lorenzo se introdujo en la bañera, detrás de ella, y abrió sus piernas con una mano. Victoria jadeaba con la cabeza echada hacia atrás, sobre sus hombros. Comenzó a masajear sus clítoris con movimientos circulares mientras notaba cómo ella cedía al placer y comenzaba a mover las caderas hacia atrás, rozando su pene. Introdujo un dedo en su humedad, mientras con la otra mano continuaba masajeando su clítoris. Victoria, que notaba la dura erección en su espalda, no podía evitar rozarse contra él de una manera desesperada mientras intentaba aliviar el dolor que crecía entre sus piernas.

—¡Por Dios! —jadeaba—. ¡No puedo más!

Lorenzo agarró sus caderas y la elevó, subiéndola sobre él para después dejar que cayera bajo su pene. Victoria se colocó el erecto miembro bajo ella y notó como se le clavaba de una estacada. Comenzó a mover la cadera con movimientos circulares y desesperación, mientras notaba sus fuertes manos clavarse en su cadera para guiar los movimientos.

—Tienes que parar, o el que no podrá más seré yo —susurró en su oído.

Aquello la hizo enloquecer. Ella tampoco aguantaría mucho más, pero quería

explotar de placer junto a él y el deseo que sentía comenzaba a descontrolarse desmesuradamente. Lorenzo no tardó en notar su reacción y la levantó de golpe desde la cadera.

—Te he dicho que pares... —jadeó— señorita Román, es usted muy malvada.

Victoria suspiró y le observó entre las pestañas fingiendo su mejor cara de niña buena. Él se levantó y le tendió la mano para invitarla a hacer lo mismo.

—Creo que te mereces un buen castigo.

Victoria, que notaba su entrepierna empapada y creía que iba a morir, tarde o temprano, de placer, le siguió hasta la cama del dormitorio.

—Túmbate —ordenó.

Estaba tan excitada, que ni siquiera se atrevía a contestar por miedo a que el juego terminase. Lorenzo se agachó para recoger el cinturón del albornoz.

—Túmbate boca abajo.

Un poco insegura, obedeció.

Lorenzo se acercó hasta ella y masajeó su culo con movimientos circulares, para después introducir la mano en su entrepierna y frotar enérgicamente su clítoris. Continuó varios segundos, mientras se excitaba observando a la obediente y sumisa Victoria tumbada en la cama. Era suya, enterita para él. Se acercó hasta la cabecera, pasó el cinturón del albornoz entre los barrotes y después ató sus muñecas. Victoria continuaba en silencio, con la espalda arqueada de placer. Le gustaba sentir que alguien tenía el control sobre ella, le resultaba excitante. Lorenzo se tumbó sobre ella, introdujo el pene en su humedad y, mientras aprisionaba sus pechos entre las manos, comenzó a embestirla con fuerza. Le pareció que emitía un gemido de dolor, pero un segundo después se había convertido en un grito de placer desesperado.

—No puedo más... —gritaba Vicky, que sentía sus partes íntimas hinchadas y a punto de ceder— no aguanto más...

Lorenzo comenzó a entrar y salir con más fuerza y rapidez y, cuando sintió cómo el orgasmo envolvía a la mujer sobre la que estaba, no necesitó más para estallar. Él se dejó caer a su lado, con lentitud, para poder desabrocharle las muñecas. Vicky se dio la vuelta y se hundió bajo el pecho de Lorenzo.

—Me ha gustado —le susurró.

Él sonrió, mientras le acariciaba el cuero cabelludo.

—Dúchate y vístete. Vamos a cenar con mi hermana.

Moni siempre había dicho que la diferencia entre un ligue y un novio estaba “en la familia”. Si te habían presentado o le habías presentado a algún familiar, automáticamente entraba en la categoría de novio formal. Si no había conocido a tus familiares ni a tus amistades, podía seguir siendo un ligue independientemente del tiempo que llevases quedando con él.

Victoria sintió un extraño manojito de nervios apoderándose de ella después de que Lorenzo le dijese que iban a cenar con su hermana y la dejase sola en la habitación. ¿Qué significaba aquello? Se dio cuenta de la ilusión que sentía y pensó que se estaba comportando como una niña pequeña. Aquello de ninguna manera iba a terminar bien; sabía de sobra que mezclar trabajo y amor no era

algo posible.

Se rizó en pelo, se enfundó un elegante vestido negro que resaltaba su figura y unas sandalias rojas que había comprado para la boda de una amiga y no había vuelto a utilizar. Tenía un taconazo que provocaba vértigo con tan solo mirarlo, y Vicky solía pensar que, por muy bonitos que fuesen, el sufrimiento no merecía la pena. Pero aquella ocasión merecía el esfuerzo, sin duda.

Se maquilló con especial esmero y se pintó los labios con un rojo vino que hacía juego con los taconazos. Cuando se observó en el espejo, se sorprendió al encontrar una atractiva mujer que parecía más segura de sí misma de lo que jamás había soñado ser. No parecía ella. La imagen de la mujer que el espejo le devolvía salpicaba misterio, elegancia y, sobretodo, pasión y sensualidad.

El reloj le mostraba que acababan de dar las nueve y media de la noche y Victoria pensó que Lorenzo no tardaría en aparecer en su busca. Se sentó sobre la cama y, con la cabeza dándole vueltas a diez mil por hora, se dispuso a relajarse y replantearse las cosas. Iba a conocer a Alessia, a presentarse formalmente como la nueva “novia” de Lorenzo. Se sorprendió a sí misma entrecomillando la palabra “novia” en su cabeza. ¿Es que a caso no lo era?, ¿qué se supone que eran? Bueno, una cosa tenía clara: Lorenzo quería dar un paso más allá. Aunque, si lo pensaba fríamente... ¿por qué estaba tan ilusionada? Solo llevaban un par de días quedando y ninguno de los dos había dicho nada al respecto. Vicky suspiró, abatida. En el fondo, aquella vida que acababa de empezar a conocer, no solo le entusiasmaba, si no que le encantaba. Le encanta él, su mirada, esa sonrisa sexy y juguetona que le hacía parecer un niño travieso, sus músculos tan marcados y varoniles, su manera de hablar del mundo, como si todo lo que sucediese en él le fuese ajeno... Sabía que poco a poco se estaba enamorando de Lorenzo y sabía que, en aquel instante, no se encontraba ni remotamente preparada para sufrir otra decepción semejante a la última que había vivido.

La puerta de la habitación sonó y Victoria se apresuró hasta ella para abrir. Un impresionante Lorenzo Moretti vestido de Adolfo Dominguez, apareció ante ella para recordar el por qué de su repentino atontamiento emocional.

— Está usted muy elegante, señor Moretti — bromeó Vicky.

Lorenzo se había quedado mudo. Observaba a la atractiva mujer que tenía ante sus ojos y se preguntaba si era la misma que unos meses atrás había atropellado con su coche. Por mucho que buscase, era imposible reconocer en ella a la dolida y triste Victoria.

— No se imagina lo elegante que está usted, señorita Román.

Vicky se ruborizó y agradeció el cumplido restándole importancia, pero había visto la mirada de Lorenzo y sabía de buena mano que había logrado impresionarle por completo.

— Bajemos al restaurante, nos están esperando.

Y sin mediar más palabra, Lorenzo se giró y comenzó a caminar con paso decidido por el pasillo. Vicky cogió su bolso y el iPhone y corrió para alcanzar a Lorenzo, que ya había llamado al ascensor y se encontraba esperándolo.

— ¿Qué pasa?

— No pasa nada.

Fuera había comenzado a llover y Victoria se sorprendió a sí misma pensando en el tiempo para distraerse mientras un callado y refunfuñón Lorenzo miraba hacia la nada sin mediar ni una sola palabra. Victoria sabía que le pasaba algo pero pensó que aquel no era un buen momento para insistir.

Entraron en el elegantísimo restaurante del hotel. El diseño modernista le hacía justicia al resto del establecimiento. Victoria observó su alrededor. Tan solo había tres mesas ocupadas: en la primera se encontraban un matrimonio con sus tres hijas, en la segunda cinco hombres con pinta de ejecutivos importante discutían acaloradamente y en la tercera dos atractivas mujeres revisaban la carta de vinos.

Vicky observó mientras seguía a Lorenzo que, todavía sin decir una sola palabra, caminaba decidido hacia ellas.

— ¡Hermana! — saludó Lorenzo.

Una chica morena de treinta y pocos años se levantó de su asiento con una sonrisa en el semblante.

— ¡Il mio Lorenzo!

Vestía un ajustado y corto vestido negro que dejaba al descubierto unas piernas esbeltas y largas.

— ¡Bello come sempre! — sonrió.

Vicky ya estaba avisada de la pasión que sentía Alessia por su tierra, así que no le sorprendió cuando escuchó a la joven hablar en italiano.

La otra mujer que estaba sentada también se levantó de la mesa. Era atractiva, como Alessia, pero desprendía un aire misterioso que no pasaba desapercibido. Una larga cabellera rubia caía hasta su cintura y un provocativo vestido violeta dejaba sus pechos al descubierto con un escote en pico fabricado para hombres sin imaginación.

Victoria observó cómo la mujer se acercó hasta Lorenzo, le sujetó la barbilla

y en un gesto que, a su parecer, resultaba muy íntimo, le besó la mejilla y le susurró algo al oído que tan solo él pudo escuchar. Un punzante sentimiento de celos golpeó su estómago y Vicky pensó que se encontraba al borde del desmayo.

— Alessia, Laila, os presento a Victoria Román — dijo Lorenzo — será la encargada de llevar la campaña del Guggenheim.

Alessia le tendió la mano y corroboró que la extraña sospecha que la había invadido desde que Lorenzo había acudido en su busca era real: no la iba a presentar cómo novia, si no cómo empleada.

— Incantata...

— Lo mismo... — murmuró Vicky, que seguía ensimismada.

La otra mujer, Laila, dibujó un amago de sonrisa falsa y recuperó su asiento sin decir nada más.

— Alessia, procura hablar castellano. Victoria no...

— Tranquilo — interrumpió la nombrada — entiendo bastante bien el italiano. Una cosa es hablarlo pero entenderlo...

— Mi scusi — Alessia sonrió con una de esas sonrisas encantadoras que cautivan a quien sea — hablaré en castellano, no hay problema.

Se sentaron en la mesa y la velada transcurrió... digamos que, simplemente, transcurrió. Cualquiera ser humano con dos dedos de frente que hubiese visto a Laila y a Lorenzo, sabría que entre ellos había (o había habido) algo. Se encontraban sentados el uno a la par del otro y Laila, que parecía totalmente ajena a la conversación que se mantenía sobre el artista, no dejaba de murmurarle cosas al oído a Lorenzo. Como cabía esperar (o como Lorenzo esperaba que ocurriese) Victoria se mostró educada e indiferente. Se centró en la conversación que Alessia le daba y procuró ignorar el resto de los acontecimientos que tenían lugar a su alrededor. Alessia resultó ser una mujer muy trabajadora y profesional y, para vergüenza de Vicky, le informó en un periquete de todo aquello que necesitaba saber para llevar a cabo la campaña de publicidad. Cómo quería que se hiciesen las cosas Jhon Krueger, qué tipo de obra iban a tratar y a quién iría dirigido todo aquello... Mientras los nervios y los celos la mataban por dentro, guardó silencio y escuchó con atención deseosa de acabar con aquello. Sin darse cuenta, observaba de reojo al capullo de su jefe y a la secretaria de Alessia y comprobaba cómo las carantoñas por parte de Laila subían de tono...

— No les hagas ni caso — dijo Alessia, que parecía haberse dado cuenta del

malestar que le causaba aquella escenita a Victoria — siempre están igual, pero lo importante es que luego cumplen cuando tienen que cumplir.

Victoria soltó una pequeña carcajada cargada de amargura y, mientras Lorenzo y Laila continuaban ajenos a la conversación, Alessia le susurró al oído:

— No llegará el día que decidan casarse y hacerlo público.

Las náuseas atacaron su cuerpo sin previo aviso y tuvo que taparse la boca con la mano para no vomitar en mitad de la mesa. El malestar golpeó su pecho y, por un instante, sintió la ira necesaria para agarrar de la cabeza a aquel tipejo y a aquella barbie y arrancárselas. Gracias a Dios, al cielo o a quién hubiese que dárselas, se contuvo.

— Lo siento, Alessia — murmuró con voz ronca.

Ni siquiera sentía fuerzas para excusarse. Lo único que quería y necesitaba era salir de allí.

— No me encuentro muy bien — continuó — creo que voy a retirarme. Mañana seguiremos.

Se levantó de la mesa sin decir nada más y agarró su bolso.

— ¡Oh! — Alessia pareció sorprenderse, pero, mostrándose lo más humanitaria que fue capaz, procedió — está bien. Riposa. A domani...

Victoria le devolvió una torcida sonrisa y comprobó la cara de circunstancia que había puesto Lorenzo. Antes de que ninguno de ellos pudiese añadir nada más, se marchó con paso acelerado.

No había llegado a la puerta del restaurante cuando los ojos se le inundaron y un mar de lágrimas comenzó a deslizarse por sus mejillas. Un camarero pareció darse cuenta y comenzó a caminar hacia ella, pero Victoria aceleró el paso hasta las escaleras y corrió hacia su habitación. Sentía tanta rabia, tanto odio... No entendía si el problema era ella o es que todos eran iguales. No entendía cómo Lorenzo, después de aquellos maravillosos días, había podido hacerle eso. Entró a su habitación y lanzó su bolso con fuerza contra el espejo de la habitación. Éste cayó al suelo hecho un millar de añicos que se esparcieron por la alfombra del dormitorio. El cacho de espejo que aún se sostenía en la pared, le devolvió una mujer que se había esforzado demasiado por impresionar y que ahora mismo no era más que un mar de lágrimas con un rímel corrido. Lanzó los zapatos de tacón con furia y se tumbó en la cama. Durante varios minutos, se permitió el lujo de llorar a pleno pulmón sin importarle quién la escucharía ni qué pensarían de ella. Lloró hasta que sintió que sus pulmones no guardaban fuerzas para emitir ningún sonido más y después, más calmada, se sentó sobre la almohada y suspiró. Una pequeña parte de ella ya sabía que todo

aquello no iba a acabar bien. Lo sabía de sobra y el momento para asimilarlo acababa de alcanzarla. Tenía que superarlo y regresar al trabajo; tenía que ser consciente de que aquello tan solo era otro golpe más en la vida.

Pero, a pesar de ello y por alguna extraña razón, Victoria se sentía más dolida aún que con el desengaño que se llevó con Alex. Aquello, de alguna manera, había rematado su decepción y sentía que, después de todo, jamás sería capaz de volver a confiar en nada, ni nadie. Había sido la gota que colmaba el vaso.

Cuando sacó su iPhone del bolso para llamar al servicio de limpieza del hotel, se encontró con dos mensajes que la dejaron ojiplática. Tuvo que leer varias veces cada uno de ellos para poder asimilar aquello que contenían. El primero, cómo no, era de Lorenzo. Le preguntaba qué le pasaba y si se encontraba mejor. Solamente el leerlo provocó que la rabia que sentía hacia él aumentase desmesuradamente. Sabía perfectamente en qué habitación se alojaba y, si de verdad hubiese tenido algo que explicar, habría acudido a ella muchísimo antes de mandar ese triste mensaje. A pesar de todo lo sucedido, no podía permitirse el lujo de perder su trabajo. Aguantaría allí un tiempo y buscaría otra cosa mientras tanto. El segundo mensaje era de Moni; Alex le había mandado flores a la oficina y una tarjeta que rezaba “perdóname”. Realmente era incapaz de entenderlo. ¿Qué narices había hecho ella en esa vida para merecer aquello?

La puerta sonó varias veces y, con los nervios a flor de piel y la mejor cara que fue capaz de componer, se levantó a abrirla.

Una mujer uniformada de blanco y un carrito de limpieza espera al otro lado.

— ¿Es ésta la habitación en la que se ha roto el espejo?

La decepción debía de ser patente en el rostro de Victoria, porque la pobre mujer pensó que se había equivocado de lugar.

— Sí, es aquí. Perdona, espero una visita.

La mujer de la limpieza asintió y entró en la habitación sin decir nada más.

— ¡Madre mía, cómo está esto! ¡Y usted descalza!

Victoria se colocó unas chanclas de baño que había traído para andar por la habitación y tranquilizó a la mujer.

— No se preocupe por mí, mujer, he andado con mucho cuidado.

— Eso espero... Si se le clava una de estas astillitas creo que no podría sacársela ni con pinzas.

Victoria le agradeció su preocupación y se dirigió al servicio con ánimo de llenar la bañera por segunda vez consecutiva en aquel día.

Se entretuvo quitándose el maquillaje para dejar a la mujer trabajar tranquila y después regresó al dormitorio y encendió la televisión.

— Ya está, todo listo — informó ella.

— Pues muchísimas gracias por todo, ya me dirá el hotel que le debo por el espejo...

— No creo que le cobren nada, mujer, éstas cosas ocurren...

Agarró su carrito de limpieza y se dispuso a abandonar la habitación.

— Por cierto, casi se me olvida.

La mujer se detuvo y sacó una tarjeta amarilla (idéntica a la que abría la puerta de su habitación).

— He encontrado esta llave debajo de la cama, se le ha debido de caer...

Victoria la observó. Era la llave de la habitación 208 y ella estaba alojada en la 115.

— Se le habrá caído al anterior huésped... — susurró, mientras intentaba cuadrar las cosas. ¿De dónde había salido aquella llave? — Si no le importa, déjela en recepción.

La mujer asintió y se despidió de Victoria.

Cuando se quedó sola, con la televisión como única compañía, sintió los celos y la rabia regresar a ella y las ganas de gritar y de marcharse de Bilbao aumentaron. Quería volver a Madrid, a su casa... ¿Cómo había sido capaz de hacerle eso? Era otro gilipollas, otro cerdo más. Como Alex. Y pensar que hacía unas horas que se habían acostado...

De pronto, una idea fugaz cruzó su mente y Victoria salió disparada de la habitación en busca de la chica de la limpieza. Encontró a la mujer esperando el ascensor.

— Perdona, lo siento... — la llamó, sofocada por la carrera que acababa de pegarse — se me había olvidado. Ha debido de caérsele a mi compañera de trabajo, que también está alojada en el hotel. Nos hemos reunido antes en mi habitación y...

— ¿Quiere que se la deje en recepción o prefiere entregársela usted?

— Se la entregaré yo misma. No se preocupe, tenemos un par de asuntos más que tratar y subiré a verla de todas maneras...

La mujer le entregó la tarjeta y se despidió de ella con amabilidad. Victoria, que no sabía muy bien qué era lo que estaba haciendo, observó aquella llave como si se tratase de un objeto mágico y poderoso. Tenía la llave de la habitación de Lorenzo, pero no sabía con qué fin podría servirse de ella.

Regresó a su habitación y se metió en la bañera mientras permitía al

sentimiento de odio y malestar crecer y planear una buena venganza. Desde luego, no podía permitirse dejar el trabajo, ni montarle un numerito a Lorenzo y darle una perfecta excusa para que le despidiese él. Se vengaría por su cuenta, de manera que nadie pudiese demostrar que había sido ella. Seguro que encontraba algo con lo que urdir su plan en la habitación del susodicho.

Después de ducharse, se secó el pelo, respiró hondo y se aventuró al segundo piso del hotel. El reloj señalaba las dos de la mañana y el establecimiento se encontraba a oscuras. Caminó sigilosamente por el pasillo hasta dar con la habitación 208 y, sin importarle quién pudiera estar acechando, se tiró al suelo y observó por debajo de la ranura de la puerta que no había ninguna luz. O bien Lorenzo estaba dormido, o bien se había marchado con aquella barbie asquerosa. Rezó para se tratase de la segunda opción porque tal era el sentimiento de rabia y rencor hacia él, que se sentía incapaz de esperar veinticuatro horas más para llevar a cabo la venganza.

Introdujo la llave y comprobó que la habitación se encontrase a oscuras. Así era. La luz del pasillo le mostró una suite bastante más grande que en la que ella se alojaba, con una enorme cama de metro cincuenta y un pequeño saloncito con una mesa redonda y su televisor. El escritorio decoraba la esquina del habitáculo y a su lado estaba el ventanal que mostraba con orgullo el museo Guggenheim. Victoria observó la cama hecha y vacía y detectó una pequeña luz que se filtraba por alguna ventana de la habitación. Cerró la puerta con sigilo y caminó hacia el escritorio. Su vista ya se había adaptado a la escasa luminiscencia y podía ver los muebles para no tropezar con ellos.

No tardó demasiado en comprender de dónde provenía aquella luz. El enorme dormitorio estaba separado de la habitación con una gigantesca cristalera. La luz del enorme servicio que había al otro lado, estaba encendida de manera tenue. En vez de bañera, una enorme ducha cruzaba el baño de pared a pared, con los chorros de agua en el techo que imitando la lluvia del cielo. Victoria se quedó inmóvil observando aquello que la cristalera le mostraba: una espectacular Laila aupada sobre los musculosos brazos de Lorenzo y frotándose frenéticamente contra él. Laila, que se encontraba de cara a la habitación pero que mantenía los ojos cerrados por el placer, subía y bajaba agarrándose a los hombros de Lorenzo para permitir que su enorme y erecto pene se clavase en ella. Gemía y murmuraba su nombre y echaba la cabeza hacia atrás mientras la excitación invadía su cuerpo y estremecía su entrepierna. Lorenzo, que también murmuraba preso del placer, apretaba los músculos de las nalgas y sostenía a la mujer mientras la embestía con fuerza, de tal manera que, sin darse cuenta, la

empotraba contra la pared. Laila agarró el toallero que colgaba sobre su cabeza y continuó subiendo y bajando mientras Lorenzo la manejaba cómo a una muñequita. Abrió los ojos un segundo y detuvo el ritmo. Había alguien en la habitación, al fondo, observándoles... Pero tal era el inmenso placer y excitación que la sacudía que los dos segundos que tardó en reconocer la figura no dijo ni detuvo del todo el ritmo.

— No pares, Laila, sigue... sigue... — jadeó Lorenzo.

Laila agarró de nuevo el toallero y, más excitada y cachonda que nunca, continuó subiendo y bajando mientras sentía cómo el erecto pene de Lorenzo se clavaba en sus entrañas y cómo una inmóvil Victoria les observaba. Se preguntó qué hacía allí parada y si se sentiría excitada observando aquella escena, pero no dijo nada. Lorenzo la bajo de sus brazos y la colocó de espaldas contra la pared, de manera que Laila perdió de su campo de visión a Victoria. Lorenzo agarró a la mujer de la cintura con una mano y con la otra le pegó un sonoro cachete. Laila sentía que el placer estaba alcanzando su límite y la sensación que le desencadenaba el saber que ella les estaba observando no le ayudaba demasiado a contenerse. Lorenzo chupó dos de sus dedos y, separando sus nalgas, los introdujo en su orificio anal. Laila jadeó cuando sintió sus dedos abrirse paso dentro de ella y echó las caderas hacia atrás para facilitar su introducción. Lorenzo repitió la acción varias veces y después introdujo su pene. Laila gritó de placer y le suplicó que no parase. Victoria seguía inmóvil observando la escena... No podía creer aquello que estaba observando. Sabía que Laila la había visto allí pasmada y no entendía por qué había actuado como si no estuviese. Quizás quería restregárselo por la cara. Respiró hondo y, a pesar de que su cabeza quería salir de allí a toda prisa, la humedad en su sexo y la excitación que sentía por la escenita de la que era testigo no le permitían moverse. Sí, sentía odio hacia él. Mucho odio. Pero era tan sensual y extraño todo que no podía evitar estudiarlo... Observó cómo Lorenzo estiraba de su pelo y entraba y salía con fuertes sacudidas de su trasero. Victoria imaginó que aquello debía de resultar bastante doloroso para la asquerosa barbie, pero se sorprendió al escucharla gritar de placer y suplicarle que no parase.

— ¡Oh Dios, Laila! — exclamaba él —. Me voy a correr...

Vicky sintió que regresaba a la realidad por un pequeño instante y aprovechó la salida del trance para abandonar la habitación.

Recorrió el pasillo y bajó las escaleras al primer piso en sigilo y con mil imágenes y pensamientos golpeándole las sienes sin parar. ¿Qué esperaba encontrar allí? Ya se veía lo que pasaba entre aquellos dos y, si no se veía, ya se

había preocupado Alessia por aclararlo.

Victoria sabía de sobra que aquella situación comenzaba a superarle de todas las maneras posibles. Era una persona tranquila, una mujer de rutinas y costumbres que adoraba no cambiar. Se sentó unos segundos en la cama del dormitorio, aún con la llave de la 208 sostenida entre sus dedos. No tardó mucho tiempo más en decidir que, costase lo que le costase o significase lo que significase, había llegado el momento de hacer las maletas y marcharse de vuelta a Madrid.

No había dormido mucho aquella noche. Recordaba haber observado el reloj a las cinco de la mañana antes de quedarse dormida. Se despertó a las siete y media y, con los ojos aún llorosos por todas las decepciones que se había llevado en aquel último tiempo, hizo las maletas y se dispuso a bajar a desayunar. El desayuno, que estaba incluido en la estancia del hotel, estaba compuesto por zumo de naranja recién exprimido, café, tostadas con mermelada casera, jamón ibérico, huevos revueltos y dos cruasanes recién horneados. A pesar de su malestar interior, se sentía hambrienta y se permitió disfrutar de aquel manjar mientras escribía una nota para Lorenzo:

Señor Moretti:

Creo que delegar la dirección de la campaña en mis manos ha resultado ser un error. No me siento capacitada para llevar a cabo la tarea que me ha encomendado y, sintiendo muchísimo las molestias que le haya podido ocasionar, le comunico que regreso a mi puesto original en la oficina de Innoval Original Agency. Espero que, a pesar de haber rechazado la campaña, me permita usted continuar conservando mi puesto de trabajo habitual. Sintiendo mucho aquellas molestias que le haya podido ocasionar, se despide,

Victoria Román

Terminó de tomarse su café, recogió sus maletas de la habitación y, tras dejar la nota a nombre de Lorenzo en recepción, se marchó en un taxi al aeropuerto.

Como tan habitual decían que era en Bilbao, la lluvia continuaba cayendo a

sus anchas y el temporal parecía estar concorde con los sentimientos tan poco pacíficos que se arremolinaban en el pecho de Vicky.

El aeropuerto de Loiu, que no era demasiado grande, le proporcionó un grato refugio. Se alegraba de haber salido de aquel hotel y sentía unas terribles ansias de regresar a Madrid. Necesitaba estar en su pequeño apartamento, abrazar a su amiga... Moni. Quizás, pensó, había llegado el momento de llamarla.

Sacó su teléfono y marcó su número de memoria. Los tonos sucedieron uno detrás de otro...

— ¡Cuchufleta mía! Ya me preguntaba yo qué tal te estaría yendo por las Vascongadas...

Victoria se secó una lágrima rebelde y contestó con el mejor tono de voz que fue capaz de producir.

— La verdad es que no muy bien, me vuelvo a Madrid.

— ¿Cómo?, ¿qué ha pasado?

Su tono de voz se tornó preocupado.

— Nada, tranquila... En realidad, no ha pasado nada. Ya sabes que llevaba unas semanitas bastante “out” y todavía no me sentía preparada...

— ¡Para, para, para! — interrumpió — . Vicky, soy yo. A mí no me intentes engañar, por favor...

Victoria suspiró. Sabía, antes de realizar la llamada, que si contestaba al teléfono tendría que contarle la verdad sí o sí. Aún con ésas, no sabía muy bien cómo hacerlo.

— Me marcho yo, porque quiero. Lorenzo y yo hemos tenido algo y...

— guardó silencio unos instantes.

Esperaba que tras decir aquellas palabras Mónica la interrumpiera con exclamaciones del estilo de “¡Qué dices! ¡¿Lorenzo y tú?!, cuenta, cuenta...”, pero no ocurrió. Mónica guardó silencio y esperó pacientemente a que su amiga del alma continuase hablando:

— Bueno, no ha salido bien. Ya sé que no éramos nada y todo eso pero... No estoy preparada para complicaciones ni necesito más desilusiones en mi vida.

— ¿Te ha desilusionado? — preguntó seriamente Moni.

Vicky no podía creer que la persona que tenía al otro lado del teléfono fuera su Mónica... Su amiga de siempre hubiese saltado hacía rato y, tras escuchar las últimas palabras, hubiera continuado con un “¡Qué te ha hecho ese gilipollas! ¡Dímelo, que lo pienso dejar sin cabeza!”

— Sí, me ha desilusionado. Le he pillado dándose una ducha calentita con la secretaria de su hermana...

Escuchó a Mónica resoplar.

— Dame un segundo, ahora te llamo.

Y colgó.

Victoria se quedó con un nudo en el estómago y unas cataratas a punto de estallar en sus lagrimales. ¿Qué narices le pasaba a Mónica? ¿Cómo podía haberle colgado el teléfono después de confesarle eso? Suspiró hondo, pidió un café con leche en vaso, bien calentito, y se sentó en la mesa que más alejada se encontraba de la muchedumbre. Necesitaba no pensar, distraer la cabeza. Y lo peor de todo es que no conocía manera de lograrlo.

Trasteó en su iPhone en busca de algún artículo que leer. Ninguno le parecía interesante, así que, sin prestarle demasiada atención, se detuvo en uno del apartado de literatura en el que contaban cuáles eran las técnicas de escritura del terrífico autor Stephen King. Pensó que entre esas letras no encontraría ni un ápice de romanticismo y, cómo no, acertó.

Quince minutos después y con un café que hacía rato se había quedado helado aferrado entre sus manos, su iPhone comenzó a silbar sobre la mesa de la cafetería con el nombre de Mónica en mitad de la pantalla. Esa vez fue Victoria la que respondió sin mostrar demasiado entusiasmo.

— ¡¿Pero qué narices acabas de contarme?! — la voz de Moni sonaba como siempre y Victoria pensó que, por fin, su amiga había regresado a la vida real.

— ¿Qué te pasaba? — preguntó, curiosa.

¿Por qué le había contestado así antes?

— Olvídalo. Centrémonos en el sinvergüenza de nuestro jefe...

— No, Moni. Dímelo anda, lo quiero saber — insistió Vicky — . Además, de lo último que me apetece hablar es de él.

— No me pasaba nada, aunque... bueno, hay algo...

— ¿Qué pasa?

Victoria había estado tan inmersa en sus propias preocupaciones que le sorprendió darse cuenta de que poco (o mejor dicho, nada) sabía sobre los últimos acontecimientos de la vida de su amiga.

— Es que..., hay algo que no te he contado.

— ¡Pues dispara! — la animó.

Mónica guardó silencio durante unos segundos.

— Es que..., no sé si te sentará bien.

— Te aseguro que, ahora mismo, puedes contarme lo que sea que no me sorprenderé. Creo que después de estos últimos meses, estoy curada de espanto.

— Pues..., es que...

— Venga, por Dios Santo, Mónica. ¡Suéltalo!

— Me he acostado con Alberto.

— ¡Oh!

Guardó silencio unos segundos para sopesar la reacción de su amiga y, después, continuó:

— Ha sido sin querer, te lo juro. En ningún momento lo planeamos... es que, simplemente, surgió.

Victoria se quedó pasmada. En realidad, Alberto le importaba un carajo y tenía suficientes preocupaciones en su vida como para sumarle importancia a aquel suceso. Pero, aún con todas, Mónica había roto el pacto que tenían desde adolescentes: jamás con un tío con el que la otra ya haya estado. Habían escuchado tantísimas amistades romperse por causas similares que, a pesar de los años y de haber madurado, habían continuado llevando el pacto a rajatabla.

— Él me llamó destrozado. Me contó que te había visto con Moretti en la cafetería y que se había sentido un poco “ninguneado” por tu parte. Estaba muy alterado así que le dije que se viniese a casa a tomar una cerveza y que no se tomase tan a la tremenda... Y bueno, no sé muy bien cómo ha podido pasar. Simplemente nos emborrachamos y surgió.

— O sea, para que me quede claro... ¿Me pusiste a parir un ratito con mi exligue y después, para rematar la faena, te lo follaste?

— No digas eso. No te puse a parir. Alberto solo quería desahogarse y no sabía a quién llamar...

— Y fíjate cómo fueron las cosas, que en vez de llamar a un amigo suyo y tomarse unas cañas, fue a parar directo a las bragas de mi mejor amiga. ¡Genial, oye!

Victoria sabía de sobra que se estaba pasando, pero no podía controlarse. La vida, que cada día era más perra y complicada, parecía haberse tornado en su contra y haber decidido acabar con ella.

— No fue así, Vicky, de verdad...

— Estaba ahí, ¿no? Cuando te he llamado... Estaba contigo, ¿no?

Mónica se quedó muda.

— ¡Contesta!

— Sí, estaba conmigo. Nos acabábamos de despertar, pero te juro que no ha escuchado ni una sola palabra de nuestra conversación. Yo..., bueno..., por eso te he colgado el teléfono. Quería echarle de casa y...

— Genial, Mónica, ¡genial!

Y dicho eso, colgó.

Tiró el iPhone sobre la mesa con rabia mientras las lágrimas, que hacía tiempo que suplicaban que las liberase, corrían a sus anchas por sus mejillas.

Eran las once de la mañana y su vuelo a Madrid no embarcaba hasta la una del mediodía. Sentía cómo la pesadez de las horas muertas se le venía encima y cómo la soledad de las circunstancias le hacía arrastrar una terrible pena que pesaba cómo un ancla oxidada. Sentía con exactitud la sensación de estar hundiéndose en un mar abierto sin ser capaz de regresar a la superficie.

Pidió, a lo largo de la mañana, otro par de cafés y un sándwich vegetal que tan solo mordisqueó. Mónica le había llamado seis veces y le había mandado dos mensajes de texto: “lo siento”; “de verdad, no queríamos que pasara eso”. Queríamos. Lo había escrito en plural: que-ri-a-mos. ¿De verdad tenía que creerse esa patraña? Claro que habían querido. El primero de todos, Alberto, que seguro que estaba despechado y le pareció una buena idea ir a donde Moni. Y la segunda, ella. Si no quieres acostarte con alguien, no lo haces, y punto.

La puerta de embarque número 2 salió con destino a Madrid salió reflejada en el panel de información y Victoria se dispuso a recoger sus pertenencias y a dirigirse hacia allí cuando sintió la presión de una mano sobre su hombro.

— ¿A dónde cree usted que va, señorita Román?

Un trajeado y elegante Lorenzo se erguía tras su espalda con las cejas arqueadas. ¡Genial!, pensó. Por un instante, creyó que su día no podía empeorar de ninguna manera. Pero, cómo no, en eso también se equivocaba.

— Ya ha salido mi puerta de embarque. Me marcho a Madrid, Lorenzo — soltó con carrerilla — . Supongo que habrás leído mi nota...

— Sí, claro. Pero no quiero que te marches — su voz sonaba tierna — si realmente te preocupa no ser lo suficiente profesional con la campaña...

— ¿Perdón?

Victoria comprendió entonces que Lorenzo no tenía ni la más remota idea de qué era lo que le sucedía. Comprendió que, seguramente, la barbie asquerosa no hubiese pronunciado ninguna palabra respecto a “la visita” que realizó a su habitación la noche anterior y, por lo visto, Lorenzo era lo suficientemente idiota como para pensar que ella, lo era aún más que él.

— Que no tienes de qué preocuparte — continuó — yo voy a estar contigo en todo momento y no creo que esta campaña te suponga un reto. Va ser muy sencilla de llevar. Además, Jhon Krueger se pierde por las mujeres hermosas, así que lo tendrás muy fácil con él.

— Lorenzo, me marcho — insistió Vicky, mientras sentía cómo sus lagrimales

volvían a recuperarse de la anterior llorera y se preparaban para la acción — Sé lo tuyo con Laila. Habría que haber estado ciego darse cuenta. Además, tu hermana me confirmó las sospechas.

Lorenzo se quedó petrificado y, tras mirarle unos segundos a los ojos, decidió recoger las maletas y continuar su camino.

Sintió cómo aquel enorme hombre echaba a caminar tras ella e, inconscientemente, aceleró el paso hacia la puerta. Si la conversación se demoraba tan solo un segundo más, acabaría echándose a sollozar y de ninguna manera iba a permitir que un solo gilipollas más la viese llorar.

— Victoria, por favor, espera — suplicó, mientras estiraba de su brazo — . Habla conmigo, por favor. Y si aún así decides marcharte, vete.

— Mi vuelo despegará en quince minutos, Lorenzo.

— Te pagaré el siguiente vuelo, el que te dé la gana a ti. Quédate, habla conmigo, por favor.

Le miró a los ojos y se tropezó con una mirada tierna y sincera. Suspiró hondo, reclutando todas aquellas fuerzas que albergaba en su interior, y asintió con poca convicción.

Se sentaron en la mesa del café en la que Victoria había estado calentando la silla hacia pocos minutos. Lorenzo pidió dos capuchinos y regresó a la mesa con parsimonia. Mientras tanto, una Victoria que parecía inmersa en un mar de nerviosismo, intentaba tranquilizar sus sentimientos y evitar echarse a llorar.

Fue Lorenzo el que comenzó la conversación...

— No sé qué te ha contado mi hermana, pero te puedo asegurar que Laila tan solo es una vieja amiga... La conozco desde hace muchísimos años.

— ¿Y llevas muchísimos años acostándote con ella?

Victoria decidió dejar los tapujos a un lado y soltar todo aquello que pensaba con sinceridad. Sus mofletes habían comenzado a humedecerse y la película de agua salada que se había formado en sus ojos le mostraban un difuminado Lorenzo que parecía encontrarse realmente dolido.

— Sí, llevamos acostándonos muchísimos años.

Vicky, tras escuchar aquellas palabras, pensó que se caía de la silla. Aguantó la compostura e, impactada por las palabras, lo único que fue capaz de reproducir fue una irónica risita cargada de sátira.

— Es solo sexo, Victoria. Nada más. Llevamos haciéndolo desde que teníamos quince años y los dos nos conocemos bien. Sabemos qué es lo que nos gusta, cómo nos gusta y de qué manera hacérselo. Es solo sexo, de verdad.

— ¿Perdona? — preguntó Victoria, que era incapaz de contener la risa y de

procesar lo que escuchaba.

¡Estaba enfermo!

— ¿Y lo nuestro qué es, Lorenzo? ¿Qué narices soy para ti? — Vicky suspiró, exhausta — ¡Sabías perfectamente lo que acababa de hacerme pasar mi ex y no desaprovechas ni una sola noche para meter a esa barbie en tu ducha!

— ¿Cómo sabes tú qué...?

— ¿Te das cuenta de lo que significa eso para mí? — le interrumpió — Más desilusiones, más desconfianza.

Había comenzado a llorar desconsoladamente y buena parte del personal de la cafetería se había detenido a observarles.

— Tú me encantas, Victoria — susurró, mientras le apartaba un mechón detrás de la oreja y le secaba las lágrimas — tú me vuelves loco. Para mí no eres solo sexo. No eres Laila, eres Victoria.

Le observó a través de la cortina del aguacero y creyó encontrar en sus palabras un pequeño atisbo de sinceridad.

— No voy a negarte que me gusta el sexo y no voy a engañarte diciéndote que entre Laila y yo no hay nada. Voy a serte sincero, hoy, mañana y siempre que tú quieras que lo sea. Pero no te marches, porque no podría soportar que te subieses a un avión así, como te estoy viendo.

Lorenzo miró detenidamente a Victoria antes de atraerla hacia él. Estaba desnudo, en la cama del hotel de Bilbao, en la habitación de ella. Victoria también estaba desnuda, a horcajadas sobre su cuerpo. Observó su rostro y lo analizó detenidamente: aún conservaba las mejillas y los ojos enrojecidos de tanto llorar, pero estaba igual de preciosa que siempre.

Victoria se incorporó un poco para poder meter la mano entre los dos cuerpo y guiarle hasta su entrada y Lorenzo contuvo la respiración mientras notaba cómo ella comenzaba a mecerse suavemente con movimientos circulares, subiendo y bajando sobre su erecto y duro pene. Cada vez que descendía, Victoria notaba cómo su clítoris se frotaba suavemente con el musculoso cuerpo de Lorenzo y sin poder contener todos aquellos impulsos que le provocaba, comenzó a jadear suavemente en su oreja. Lorenzo, que sentía el orgasmo aproximándose a él, apartó levemente a Victoria y atrapó uno de sus pezones con la boca. Comenzó a succionar y pellizcar con los dientes su arrugado pezón mientras sentía cómo la excitación entre los dos cuerpos ascendía. Lorenzo no tardó mucho en darse cuenta de que Victoria estaba aproximándose al orgasmo antes que él: había aumentado el ritmo de subida y bajada y se mordía el labio inferior fuerte y pasionalmente. Cuando el orgasmo la atravesó, sin darse cuenta, gritó el nombre de él repetidas veces. Lorenzo decidió recuperar las riendas de la situación y, con Victoria aferrada a la cintura, empujó su cuerpo salvajemente hacia arriba. Sintió cómo su pene se hinchaba de placer y cerró los ojos con fuerza cuando alcanzó el clímax.

Notó cómo ella se despegaba de su cuerpo y la sujetó con fuerza mientras la atraía hasta él para no permitir que se escapase.

— No quiero que te vayas — le susurró.

Victoria asintió.

Había decidido darle una segunda oportunidad a Lorenzo e iba a dársela con todas las de la ley. No permitiría que el pasado afectase al futuro. Le gustaba, le gustaba mucho. Aquel hombre tenía algo que le hacía diferente al resto, un *je ne sais quoi* especial que la traía de cabeza y cuesta abajo.

Se abrazó a su caliente y sudoroso torso y le besó la mejilla con delicadeza. Él le

devolvió una tierna sonrisa, de ésas capaces de derretir a cualquier mujer.
— No voy a marcharme — confesó — . No he querido hacerlo en ningún momento.

Tras darse una ducha, Lorenzo y Victoria bajaron a comer al restaurante con el tantísimas veces nombrado Jhon Krueger y Alessia. Laila no apareció, y Vicky no pudo evitar preguntarse si había sido cosa de Lorenzo o meramente casualidad. Jhon Krueger resultó ser un tipo de lo más convencional. No era extravagante, ni prepotente, ni vestía con demasiado excentricismo. Aquella tarde programaron y planificaron la sesión fotográfica que sería la base de la campaña. Vicky no tardó demasiado en enamorarse del buen humor de Alessia y de acomodarse a sus métodos de trabajo. Congeniaron de la misma y Lorenzo, prácticamente, no tuvo nada que hacer.

Tras una breve cena, Victoria se dispuso a retirarse a su habitación. Estaba cansada, pero no se encontraba mal y, después de todo, había sido capaz de recuperarse rápidamente del duro golpe que había recibido. Aún así, todos aquellos sentimientos arremolinados en su pecho habían dejado mella y sentía la fatiga adueñándose de ella.

Cuando subió arriba, se tumbó en la cama sin quitarse el vestido y apagó las luces. Tardó poco más de dos minutos en quedarse dormida.

Se despertó a las dos de la mañana con el movimiento circular de un dedo índice sobre su muslo derecho. Se había quedado dormida en posición fetal y el vestido se le había subido hasta las pantorrillas. Victoria se asustó cuando abrió los ojos y encontró una silueta tumbada junto a ella, pero no tardó en reconocer en aquellas sombras a Lorenzo y tranquilizarse.

— Sssshh...

Susurró, procurando calmarla, mientras acercaba su rostro hasta el de ella y le besaba en la punta de la nariz. Victoria soltó una leve risita y se arrimó a él hasta quedar hundida bajo su pecho. Allí, por alguna extraña razón, se sentía protegida y segura de todo.

Lorenzo continuó moviendo el dedo por su muslo, subiéndolo cada vez más hasta sus empapadas braguitas de encaje negras. La habitación estaba en silencio y oscura, pero la luz de emergencia procuraba la suficiente luminiscencia para reconocer todo aquello que se tenía alrededor. Victoria jadeó en su oído mientras él continuaba haciendo provocadores movimientos circulares por encima de sus

bragas. Impulsó sus caderas hacia su mano en un inconsciente acto de estimulación y Lorenzo aprovechó para arrancárselas y lanzarlas lejos de la cama.

— Te voy a comer enterita... — ronroneó.

Victoria pensó que tenía sobre ella al hombre más sexy del planeta y, mientras jadeaba de placer, le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Lorenzo se deshizo de los brazos de la mujer que tenía a su lado y bajo hasta los pies de la cama, colocándose entre sus piernas. Comenzó a succionar y a chupar su clítoris, mientras introducía y retiraba dos dedos de su humedad. Victoria estaba empapada y aquello le excitó por encima de todo. Extendió la humedad hasta su clítoris y, con la música de sus gemidos de fondo, se volvió a lanzar entre sus piernas para jugar con él. Lo atrapaba entre sus dientes y lo succionaba con pequeños tirones hacia atrás. Sabía que aquel gesto enloquecía a Victoria, pues se retorció de placer sobre la cama mientras arqueaba la espalda. Sintió cómo Victoria estaba más que preparada para ser embestida y se inclinó sobre su cuerpo. Ella arqueó las caderas para facilitarle el paso y que se pudiera deslizar dentro. Los dos sentían cómo el orgasmo se iba apoderando de ellos, así que aceleraron el ritmo hasta que un estallido de placer les inundó por completo.

— No quiero que te marches — ronroneó Lorenzo, mientras le acariciaba la espalda con movimientos circulares.

Parecía que el “haber hecho las maletas” había dejado huella honda en Lorenzo, porque llevaba repitiendo aquella frase todo el día. Se preguntó qué habría sido de Laila; ¿continuaba en el hotel o Lorenzo la había espantado? Por alguna extraña razón, volvía a sentir confianza en ella y misma y, todavía peor, en él. Confiaba en Lorenzo.

Cogió el móvil de la mesilla, mientras él continuaba acariciándola, y observó los mensajes que le marcaba: tres eran de Mónica, que quería hablar con ella y disculparse. Le decía que lo sentía, que no había querido hacerla daño, que le perdonase... Había otro mensaje de Alberto (al parecer Mónica se había encargado de ponerle al día sobre los detalles) cargando con la culpa y pidiéndole que escuchase a su amiga. Otro mensaje más de Alex. Perdón. Eso quería, ser perdonado. Victoria se sorprendió a sí misma recordando el extraño sueño que había vivido la noche antes de marcharse a Bilbao, en el que Alex regresaba a su vida como si nada hubiera ocurrido entre ellos.

— ¿Qué pasa? — preguntó Lorenzo — . Te has puesto tensa.

Vicky soltó el teléfono sobre la mesilla y, procurando despejar la cabeza, se abalanzó sobre él.

— No pasa nada — ronroneó.

Apoyó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos. Un suspiro de placer abandonó su cuerpo y, mientras Lorenzo la tapaba con las mantas, sintió por primera vez en muchísimo tiempo que, allí tirada, se sentía como en casa.

— Te quiero — murmuró.

Y justo después, Morfeo la alcanzó.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, estaba sola en la cama. Las persianas elevadas y el desayuno en la pequeña mesita redonda que había frente al televisor. Había dos vasos de zumo, dos vasos de café, dos cruasanes... Así que supuso que Lorenzo volvería para desayunar. Cerró los ojos y estiró las articulaciones mientras sentía cómo aquel sueño reparador había logrado recuperarla del cansancio y la fatiga. Un cercano murmullo de cañerías le llegó hasta la cama, y Vicky pensó que Lorenzo estaría en la ducha.

Agarró su iPhone, con el fin de entretenerse, y releyó los mensajes que le había dejado Mónica. Se sorprendió cuando abrió la conversación de Alex y encontró otros tres mensajes más de él que, a pesar de no haberlos visto hasta ahora, se encontraban marcados como leídos. En el primero, le decía que estaba destrozado y que su vida sin ella no tenía sentido (¡genial, adoraba los dramatismos!), en el segundo le decía que había ido a su oficina a buscarla y que sabía que estaba en Bilbao y en el tercero le pedía que le llamase o que, al menos, le eliminase de la “lista negra de llamadas” para que él la pudiese llamar. Solo quería hablar, nada más. Supuso que Lorenzo los había leído antes que ella.

Suspiró, ensimismada, y cuando levantó la vista tropezó con el sexy y musculoso torso de él frente a ella.

— Me pasaría la vida contigo en esa cama.

Ella sonrió y él se acercó hasta su rostro para darle un tierno besito en la punta de la nariz. Era la segunda vez que tenía aquel gesto tan cariñoso con ella y a Victoria le encantaba.

Se sentaron en la mesa a desayunar y Vicky desechó el café. No tenía hambre, le dolían hasta los huesos por el sexo que habían tenido el día anterior y lo único que le apetecía era zumo.

— Entonces, ¿es verdad eso de que me quieres?

Victoria, que tenía el zumo en la garganta cuando Lorenzo le preguntó aquello, escupió todo lo que su interior contenía y le observó con los ojos abiertos como platillos.

— ¿Cómo?

— Lo dijiste ayer — continuó, mientras le pegaba un buen mordisco a un cruasán —, antes de quedarte dormida.

— Yo... no sé, ¿dije eso de verdad?

Lorenzo sonrió pícaramente.

— Lo dijiste, sí.

Ella dudaba haberle dicho eso. Pero lo que sí que dudaba de verdad era si en realidad aquellas palabras, en caso de que hubiesen sido dichas, habrían sido sinceras. ¿Quería a Lorenzo? ¿O tan solo era un pasarratos con el que olvidar a Alex? Desde luego, sabía que por mínimo que fuera, algo sentía hacia él. Y no se trataba tan solo de atracción física.

— Bueno, no tienes que contestarme ahora sí no quieres... — murmuró, mientras la atrapaba entre sus brazos y le besaba la frente — . Voy a esperarte. Te lo dije de verdad, no quiero que te marches a ninguna parte. No quiero perderte así, de esa manera, ahora que te estoy conociendo y siento que estás hecha para mí.

Victoria escupió el cacho de tostada sobre la toalla de Lorenzo. ¿De verdad el elegante, rico y sexy de su jefe acababa de decirle eso? ¿Le estaba abriendo su corazón?

— No, no..., no voy a marcharme — tartamudeó, aún asimilando lo que acababa de escuchar.

— No vuelvas a hacerlo, por favor — su voz se había tornado un hilillo agudo que parecía estar timbrado de dolor y de desesperación — Ayer me asusté mucho.

— No vuelvas a meterte en la ducha con otras y no me marcharé — soltó Vicky en un arrebato de sinceridad.

Lorenzo la miró detenidamente.

— Te he dicho que es solo sexo, nada más. Me gusta Laila, pero me gusta físicamente. Te lo expliqué ayer, Victoria...

Lorenzo hablaba suave y distraído, como si aquello que estuviera diciendo no fuese más que la lógica aplastante del universo. ¿Qué narices significaban aquellas palabras?, se preguntó Victoria. “Si aquel imbécil pensaba que podía seguir acostándose con cualquiera y que ella iba a estar allí, esperándole como una tonta, iba bien apañado”.

— Sé que quiero estar contigo. Quiero que vayamos a cenar, a comer, a pasear, al cine... Contigo quiero hacer todo aquello que jamás he hecho con ninguna mujer. Quiero ser tuyo y que seas mía. Pero que entiendas que el sexo no es más que un juego, un juego donde darse placer...

Victoria suspiró profundamente, se levantó de la silla y se acercó hasta la puerta de la habitación con paso firme.

— Lárgate.

Lorenzo enmudeció. Por un instante, Vicky pensó que se encontraba a punto de desmayarse allí mismo, en mitad de la alfombra.

— ¿Quieres que me marche?

— Sí — respondió, procurando guardar la calma — , quiero que te marches y que te pienses las cosas. Cuando las tengas claras, vuelves y me cuentas.

Lorenzo se levantó y agarró sus pantalones vaqueros.

— Quiero que te marches ya — replicó ella, mientras sentía cómo toda aquella rabia que había contenido y procurado contener se descontrolaba peligrosamente en su interior — . Te vistes en tu habitación.

Lorenzo agarró sus pertenencias y se marchó de allí. Mientras, desnudo, con una toalla en la cintura, llamaba al ascensor, se preguntó qué era aquello que había dicho que le hubiese podido sentar tan sumamente mal a Victoria.

Los días transcurrieron con suma tranquilidad. Victoria había decidido comportarse como la profesional que era y demostrárselo al mundo. Junto con el artista contemporáneo Jhon Krueger y Alessia, consiguió sacar adelante una campaña en la que no desaprovechó ni un rayo de sol que hubiese amanecido en los cielos de Bilbao. Lorenzo, que parecía confuso y realmente afectado, las observaba desde la distancia y tomaba notas de las planificaciones que éstas ordenaban. En un par de ocasiones se acercó hasta Vicky y le suplicó que olvidase aquella conversación que habían tenido. Ella, que todavía se sentía rencorosa hacia él, ya había tomado una decisión, aunque no se la había comunicado en voz alta. Había decidido no tener en cuenta aquella conversación y seguir adelante con él, pero antes de eso, para que las cosas quedasen bien claras y evitarse futuros malentendidos, le haría sufrir hasta el final de la campaña.

Los días transcurrieron sin dar tregua al trabajo.

La campaña estaba casi finalizada y todo parecía ir viento en popa a toda vela. Faltaban dos días para regresar a Madrid y Victoria no veía el momento de que ocurriese. Aunque Bilbao no le disgustaba, echaba de menos su ciudad y, cómo no, su hogar. Además, se había imaginado aquella estancia con muchísimo romanticismo y turismo y, dadas las circunstancias, su situación con Lorenzo y el tantísimo trabajo del que se había tenido que hacer cargo, nada de eso había tenido lugar.

Esa noche, después de trabajar duro con Alessia, decidieron que se merecían una buena cena y se marcharon a cenar a un restaurante de la gran vía de Bilbao. Alessia era realmente un encanto. Se desvivía por su trabajo y no trataba a Victoria como a una empleada, si no como una amiga. Aquella noche Vicky le confesó todo lo que había sucedido entre su hermano y ella y le contó cómo había afectado a su relación el encuentro que presenció con Laila. Decidió no guardarse nada y, animada por un par de copitas de vino, le contó la conversación que habían tenido en el aquel fatídico desayuno.

— Mi fratello bello — suspiró — Qué puedo yo decirte, Victoria... Él es así.

La mujer que esté con él tendrá que aceptarle como es.

— No puedo estar con él si sé que está con otras.

— Sobre Laila, bueno... — continuó — . Es muy buena chica. Es buena amiga, gran amiga en realidad. Lleva con nuestra familia desde que tengo consciencia y jamás nos ha fallado. Además, es una trabajadora excepcional, siempre tiene tiempo para el trabajo y siempre está dispuesta a hacer lo que sea. Yo, qué te puedo decir yo... Ella no es la única, y lo sabe. Lorenzo está con todas y no está con ninguna. Le gusta el juego y tontear con las mujeres. Y aunque, como ya te he dicho, Laila no es la única, si es la primera.

— ¿Qué quieres decir con la primera?

— Con ella perdió la virginidad. Laila me lo cuenta todo, es mi confidente y yo soy su confidente. Sé que jamás le ha sido fiel y sé que llevan años, muchos años, acostándose juntos... Lorenzo perdió la virginidad con ella, sí, pero ella también la perdió con él. No sé si debería estar contándote esto pero... Creo que eres buena persona y, además, creo que mi hermano te importa. Laila y él se metieron en un mundo muy... sexual. Orgías, intercambio de pareja, sadomasoquismo... Probaron de todo, juntos. No creo que realmente él sienta nada por ella, más que el cariño de los años y las experiencias que vivieron juntos cuando eran más jóvenes. Pero Laila... Laila siempre estuvo enamorada de Lorenzo. Desde niña.

Victoria escuchaba a Alessia en silencio, pero sentía que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. ¿Intercambio de pareja?, ¿Sadomasoquismo? ¿Orgías!

— Si de verdad quieres estar a su lado, tendrás que aceptarle tal y como es y estar preparada para asimilar lo que venga... Mia niña, Lorenzo es así.

Victoria sintió que las fuerzas y las ganas de seguir con la noche se le esfumaban de un plumazo. Dejó a Alessia en aquel restaurante tomándose una copa y pidió un taxi que la llevase de vuelta al hotel. No podía dejar de pensar en todo aquello que Alessia le había confesado sobre el hombre con el que mantenía una relación. ¿Cómo era posible que un chico como Lorenzo se hubiese querido meter en todo aquel mundillo vicioso? No le entraba en la cabeza. Tal vez la barbie asquerosa de Laila le hubiese incitado a ello. Tal vez..., o tal vez no.

El taxi le dejó en la misma puerta del hotel y, viendo el aguacero que había comenzado a caer, Victoria lo agradeció enormemente. Entró en el hall y se dirigió directamente hacia el ascensor, con la cabeza girando a dos mil vueltas por hora.

— Disculpe, señorita... — gritó recepcionista, que se acercaba hacia ella.

— Es usted doña Victoria Román, ¿verdad?

Vicky asintió, extrañada. ¿Qué sucedía?

— Hace un par de horas vino un hombre en su busca. Le explique que, por motivos de privacidad no podía indicarle la habitación en la que se alojaba y que, a lo sumo, le permitiría llamar a ver si usted se encontraba allí. Llamó en tres ocasiones y se quedó cuarenta y cinco minutos ahí sentado — dijo, mientras señalaba unos sofás granates del hall —, esperándola. Al final, me pidió papel y bolígrafo, le escribió esta carta y se marchó.

El recepcionista, que según indicaba su placa se llamaba Manuel, le tendió un papel blanco doblado por la mitad.

— Gracias — murmuró Victoria.

El ascensor ya había llegado y se subió a él con aire pensativo. Sin poder contener la incertidumbre, abrió el sobre y comenzó a leer mientras ascendía hasta su piso.

Hace mucho tiempo te dije que por ti, iría al fin del mundo. Estoy aquí para recuperarte, para que regreses a mi lado. Y voy a luchar todo lo que sea necesario para me des otra oportunidad.

No he dejado de quererte, Victoria

Alex

¿Qué narices hacia Alex en Bilbao? Lo que le faltaba por ocurrir. Su nuevo “amor” era un obseso sexual, su exprometido había cogido un avión para arrastrarse por ella y, para rematar la faena, su mejor amiga se había acostado con su exligue. Aquello no podía empeorar...

O eso creía Victoria hasta que tropezó con un ramo de flores reposando en la puerta de la habitación. Con los ojos en blanco y un gesto de desesperación en el semblante, abrió la puerta tras recoger el ramo de rosas rojas y entró en la habitación. La nota que acompaña las flores, escrita a ordenador, rezaba así: si aún me quieres, seré solo para ti.

No necesitó pensar mucho para comprender que aquello lo había escrito

Lorenzo. Ni contigo, ni sin ti, pensó. ¿Cómo era posible que todos los hombres en lo que se fijaba fueran unos enfermos? Y lo peor, ¿cómo era posible que todos regresasen suplicando después de haberla fastidiado? Soltó una risita cargada de ironía hacia sí misma y se sentó en la cama de la habitación con el ramo sobre las piernas. Aquello parecía de película, surrealista total. Si alguien le hubiese contado que todo aquello tendría lugar hacia dos meses, jamás le hubiese podido creer. Surrealista, se quedaba corto.

Sonó su iPhone y sacó el móvil del bolsillo. Para variar, era Alex. Quería verla y le preguntaba si había leído su nota. Desesperada, pulsó el botón de contestar y escribió: sí, la he recibido. Y no, no quiero verte. Ni perdonarte. Ni volver a hablar contigo.

Pulsó con rabia el botón que enviaba el mensaje y, con un hondo suspiro, se dejó caer sobre la cama. En aquellos momentos tan extraños de su vida, sentía que necesitaba desesperadamente los consejos de Mónica. Pero ni si quiera la tenía a ella.

Se despertó a las tres de la mañana con el timbre del teléfono de la habitación sonando a pleno volumen. Se frotó los ojos intentando acostumbrarse a la oscuridad y, aún adormecida, respondió la llamada.

— Buenas noches, señora Román. Soy Manuel, le llamo desde recepción...

— Por Dios... — suspiró Vicky, agotada — . ¿Pero sabe usted la hora que es, Manuel?

— Sí, señora. Lo siento mucho pero mire, el hombre del que le hablé antes está aquí abajo y... Bueno, no quiere marcharse.

— ¿Perdone?

— Ha insistido repetidas veces en que se trata de un asunto de vida o muerte y... Bueno, si no desea usted verle llamaré a la policía para que vengan a llevárselo...

— ¿Sigue ahí? — suspiró.

¿Por qué no podía tener una vida tranquilita y normal?

— Sigue aquí, señora.

— Pásele el teléfono, Manuel.

— Sí, señora.

Se escuchó un movimiento de cables y después la respiración ronca de Alex a través del auricular.

— ¿Alex?

— Déjame subir a verte, por favor.

— Alex, no puedes hacer esto. No es sano, no es normal.

— No voy a marcharme del hotel sin verte, Vicky... — murmuró.

A Victoria le pareció detectar que estaba borracho. Arrastraba las palabras y tenía la voz gangosa.

— Déjame subir, cariño. Déjame hablar contigo, por favor.

Resopló agotada.

— Espérame ahí. Ahora bajo yo.

Colgó el teléfono y encendió la luz de la habitación.

Se había quedado dormida con la ropa puesta y sin haberse quitado el maquillaje. Por alguna razón, no quería que Alex la viese “hecha un asco” y se tomó unos minutos para retocarse el maquillaje y peinarse en condiciones. Recogió su bolso y su teléfono (porque no tenía ni idea de cómo acabaría aquella noche) y, tras apagar las luces y colocar sobre el escritorio el ramo de rosas que Lorenzo le había regalado, salió de la habitación. Lorenzo... ¿qué iba a hacer con él? Antes de su charla con Alessia tenía claro que le iba a perdonar y dar una nueva oportunidad, pero después de todo lo que su hermana le había contado ya no tenía tan claras las cosas. ¿De verdad quería perdonarle? ¿Aunque hacerlo significase sufrir? No se sentía preparada para asumir que el hombre con el que estaba saliendo también se acostaba con otra buena pila de mujeres.

Las puertas del ascensor se abrieron dejando paso al enorme hall del hotel. Alex esperaba en los sofás granates en los que Manuel le había contado que la había estado esperando aquella misma tarde.

Se acercó hasta él con paso decidido. En cuanto Alex escuchó los tacones se levantó del asiento y también comenzó a caminar en su encuentro. Aquella extraña reunión adquirió un miembro más cuando Manuel, que también la observaba con gesto de preocupación, abandonó la recepción para dirigirse hacia ellos.

— Disculpen, señores.

Manuel y Alex se miraron con recelo.

— Les tengo que pedir, dadas las altas horas de la madrugada, que abandonen el establecimiento. Nuestros huéspedes están durmiendo y es mi deber velar por su...

— No se preocupe usted, Manuel. Ahora mismo nos marchamos.

Victoria sonrió con amabilidad y echó a caminar hacia la puerta sin siquiera mirar a su exprometido. Éste, confuso, comenzó a caminar detrás de ella sin entender muy bien qué pretendía y qué podría conseguir de aquella velada.

¿Recuperaría a Victoria?

Fuera del hotel golpeaba el frío. Aunque no llovía a raudales, chispeaba de manera continua y hacia un viento helador. Vicky se ajustó el abrigo y metió las manos dentro de las mangas. Observó a Alex detenidamente, esperando a que él rompiera el silencio.

— Perdóname — repitió.

Parecía encontrarse deshecho de verdad. Tenía unas ojeras marcadas y los ojos rojos (no sabía si del alcohol o de llorar). Vicky comprendió que, dadas las circunstancias que la rodeaban, tenía que comportarse de una manera adulta y encauzar su vida.

— Estás perdonado — susurró.

Una ancha sonrisa se expandió por el rostro de Alex y sus ojos se iluminaron con la luz de la esperanza.

— ¿De, de..., de verdad? — tartamudeó, mientras agarraba la mano de ella.

Vicky dio un paso hacia atrás para evitar que la tocara.

— De verdad, Alex. No te guardo ningún rencor y te perdono. Pero no puedo volver contigo.

Victoria observó cómo el atisbo de esperanza que había reflejado su rostro se esfumaba y por unos instantes se sintió una mala persona. Había querido a Alex con locura, le había prometido su mano, quererle y respetarle, cuidarle. Pero todas esas promesas las había roto él, liberándola.

— Por favor... — murmuró.

Sus ojos comenzaron a hincharse de agua. Victoria pensó que aquella sería la primera vez que veía a Alex llorar como a un niño. Se sentía realmente mal por él, pero ella ya había tomado una decisión y tenía que mantenerse firme. Había descubierto que su vida no estaba perdida, que podía recuperarla y que, después de todo, merecía la pena intentar luchar por ella misma aunque después se equivocase. En tan solo unas semanas, había aprendido que el dolor no era eterno y que la angustia, tarde o temprano, desaparece.

— No puedo, Alex. No puedo volver contigo.

— Por favor... — repitió.

Alex caminó un paso hacia delante y la sujetó del brazo con fuerza. Victoria, asustada por el rostro de desesperación que tenía ante sus ojos, intentó zafarse de sus manos. Fue incapaz, Alex la tenía sujeta con fuerza mientras derramaba mares de lágrimas.

— No puedes hacerme esto, Victoria. Tienes que perdonarme de verdad, tienes que darme una nueva oportunidad, ¡joder!

La calle, que estaba vacía, silenciosa y a oscuras, hizo retumbar la ronca voz de Alex. Vicky miró a su alrededor esperando no encontrar a ningún ser nocturno presenciando la escenita y se encontró con una pareja que caminaba resguardada bajo un paraguas hacia ellos todavía en la lejanía. Estiró de su brazo con el fin de recuperarlo, pero Alex la tenía bien sujeta con las dos manos. Intentó soltar sus dedos del contorno de su muñeca, pero aquel acto solo contribuyó a dejar que la atrapase por completo de los dos brazos.

— No puedes dejarme. No voy a dejar que me jodas la vida.

El tono de voz de Alex despertó una inmensa preocupación en Victoria. Estaba desesperado y los hombres desesperados eran capaces de cualquier cosa. Alex la empujó hacia atrás y Victoria chocó contra la pared de espaldas, golpeándose la cabeza.

— Alex, por favor... — susurró, procurando aparentar estar calmada — suéltame. Me estás haciendo daño.

Notó cómo la presión de sus muñecas le cortaba la circulación y apretó los dientes para no soltar un aullido de dolor. Alex abrió las piernas de Victoria con su rodilla e introdujo su pierna, de manera que su erecto miembro chocaba contra su vientre. Notaba el movimiento de su pierna restregándose en su sexo y un ataque de náuseas la invadieron. La pareja del paraguas aún caminaba lejos y, además, se habían cambiado de acera. Seguramente, habían decidido evitar formar parte de aquella desagradable situación.

— Alex, por favor, me estás haciendo daño — repitió Victoria.

Su timbre de voz delataba el nerviosismo que sentía. Él la miró a los ojos con una mirada repleta de ira y dolor.

— Suéltame, Alex.

Notó cómo la presión de la rodilla de él sobre su sexo aumentaba y cómo crecía la dureza de su pene contra su vientre. Alex estaba rabioso y excitado y a Victoria comenzó a invadirle el pánico.

— No puedes dejarme, Vicky. No vas a dejarme — sentenció.

Vicky, que había perdido el control y la calma, empezó a forcejear intentando librarse de él. Alex tenía tres veces más fuerza que ella y se rió ante su intento. Apretó su boca contra los carnosos labios de su ex prometida y le lamió el rostro recordando el sabor que desprendía.

— Si no me sueltas, gritaré — amenazó ella.

No fue capaz de prevenir el golpe. Simplemente, sintió como una de sus muñecas se liberaba y después un intenso ardor en su pómulo. Estaba mareada y tenía frío. Había caído al suelo y notaba el sabor a sangre en la boca.

— Ey, ¿todo bien?

Una voz, que no era de Alex pero sí conocida, sonó en la lejanía.

Unos brazos tiraron de ella para levantarla del sueño, pero Vicky no sentía fuerzas.

— Levántate del puto suelo — ordenó Alex —. Siempre tienes que dar el espectáculo.

— ¿Todo bien? — repitió la voz conocida.

Victoria se levantó y se tapó el rostro con las manos. Le dolía los ojos, el pómulo y la oreja. La boca le sabía a metal y todo a su alrededor le daba vueltas. Levantó la cabeza y encontró a su sexy jefe italiano junto al gilipollas de su ex prometido.

— ¡Victoria!

Lorenzo se lanzó a sostenerla. Observó a la mujer de la que tan rápido se había enamorado y por la que tanto estaba sufriendo aquellas últimas semanas: tenía un ojo hinchado y amoratado y un hilillo de sangre recorría la comisura de sus labios.

— ¿Estás bien? — preguntó.

Vicky notó la preocupación de su tono y, mientras asentía silenciosamente con la cabeza, recuperó la tranquilidad y volvió a sentirse a salvo.

— ¡Hijo de puta!

Sin darle tiempo a más, Lorenzo se lanzó contra Alex. Alguien más gritaba de fondo, pero Victoria no podía escucharlo. Se le estaba emborronando la vista y se sentía muy mareada... De repente, todo se quedó de color negro.

Victoria se despertó desorientada, pero no tardó demasiado en percatarse de dónde se encontraba: estaba en un hospital. Le dolía la cabeza y el latido de su corazón le palpitaba con fuerza a la altura de sus sienes. Trató de incorporarse, pero sintió que no poseía el suficiente equilibrio como para llevar a cabo la tarea y decidió que el mantenerse recostada en la camilla sería lo mejor por el momento.

Detectó una figura a su lado sentada. Era Lorenzo, estaba dormido sobre sus brazos en una butaca que, a primera vista, parecía todavía más incómoda que el suelo. Suspiró hondo y procuró recordar cómo narices había llegado hasta allí. Recordaba la pelea con Alex, el puñetazo... Dios, con ese dolor de cabeza palpitando en las sienes, pensar resultaba una tarea demasiado complicada. Se llevó las manos a la cabeza para masajearse y notó una venda alrededor de su frente. ¿Se dio un golpe en la cabeza? No lo recordaba.

—¿Te duele mucho?

Lorenzo se había despertado y la observaba con una mueca de dolor e impotencia grabada en el rostro.

—Cuando ese hijo de... —Lorenzo suspiró, procurando contener su mal genio— cuando tu exnovio te pegó el puñetazo te mareaste. Perdiste el conocimiento y te caíste al suelo, golpeándote la cabeza.

—Ah...

Vicky se alegraba enormemente de no ser capaz de recordar. Aunque, por desgracia, sí que recordaba todo lo que le había dicho Alessia.

—Victoria, me dijiste que me pensase las cosas y que cuando las tendría claras, regresase.

Sintió un nudo en la garganta y las ganas de vomitar la atacaron. Tiró de las sábanas para apartarlas y vomitó a un lado de la camilla. Lorenzo detuvo su

discurso y corrió a su lado. Mientras le sujetaba el pelo y le masajeaba la espalda, le prometía que de ahí en adelante todo iba a ir bien. Victoria quiso creerle, pero no fue capaz. Cuando el ataque de vómito cesó, Lorenzo avisó al médico de cabecera.

—Bueno, veamos, señorita Román.

El doctor se sentó a su lado y le colocó el pulsímetro en la mano izquierda.

— Mantenga el brazo estirado y respire hondo — indicó —. Su amigo — continuó, mientras señalaba a Lorenzo —, me ha contado cómo ha sufrido el incidente y me encuentro en la obligación de recomendarle encarecidamente que denuncie al agresor ante las autoridades. No ha sufrido heridas graves, la contusión de la cabeza parece no haber tenido más efectos secundarios y los moretones desaparecerán con el tiempo. Aún así, debo...

— Muchas gracias — interrumpió — pero no voy a denunciarle. Lo único que deseo es dejar atrás este episodio de mi vida.

Lorenzo resopló con rabia. Odiaba que las situaciones se escapasen de su control.

— Bueno, de todas maneras, el informe se lo lleva. Por si cambia de idea en algún momento — contestó con amabilidad, mientras comprobaba los números que el pulsímetro indicaba y los apuntaba en una libreta —. Le voy a preparar el papeleo y a revisar los últimos análisis realizados y, si todo es correcto, podrá marcharse en un ratito.

— Gracias — repitió Victoria.

Después de asegurarse de que los reflejos de Victoria estaban correctamente activos, el doctor abandonó la habitación. Lorenzo no le quitaba ojo de encima y ella lo sabía; desde que se había despertado, se sentía observada y vigilada por él.

— No voy a dejarte sola nunca más.

— ¿Cuándo apareciste?

— ¿Cómo?

¿Cómo había llegado o de dónde había salido Lorenzo mientras ella discutía con Alex?

Recordaba la pareja paseando, pero no recordaba haber visto ningún taxi, ni ningún transeúnte más.

— ¿A caso importa? Lo importante es que llegué a tiempo — susurró.

Lorenzo se levantó de la silla y se sentó a su lado en la cama.

— Tengo las cosas claras, Victoria. No voy a dejarte sola — murmuró con voz suave, mientras le recorría el rostro suavemente con el dedo índice — no

cometeré ninguna estupidez. Cuando vi que eras tú... Yo...

Lorenzo la observaba con los ojos acuosos y Victoria tuvo la sensación de que parecía un niño pequeño asustado.

— Si no llegas a desmayarte, lo hubiese matado. Estoy seguro de ello.

Victoria recordó cómo Lorenzo se había lanzado contra Alex.

— Si no quieres que haya más mujeres, no las habrá. Te doy mi palabra — susurró — . Seré solo para ti.

Sintió cómo el nudo de su estómago se le deshacía poco a poco. ¿Acababa de decir aquello? ¿No iba a haber más mujeres? “Seré solo para ti”, repitió en su cabeza. Sonaba demasiado bien como para ser cierto. En realidad, no quería creerlo. Cada vez que las cosas salían bien, tenía que suceder algún horrible acontecimiento que las fastidiase. Siempre ocurría algo.

— Está bien. No más mujeres — repitió en voz alta — . Serás solo para mí.

— Y tú para mí — sonrió, mientras le besaba la punta de la nariz.

Lorenzo la había salvado. Jamás imaginó que Alex podría llegar tan lejos como había llegado... ¿qué pretendía hacerle?, ¿matarla?

Lorenzo se había marchado a la cafetería a por un par de sándwiches y un buen café y aprovechó su ausencia para rebuscar sus cosas. Estaba vestida con la típica bata de hospital que por detrás se queda abierta. Victoria las odiaba.

Tanteó los armarios y en uno de los altos encontró una bolsa que rezaba “Osakidetza” con todas sus pertenencias dentro. Sus zapatos, su ropa, su bolso.

Cogió el bolso y dejó el resto en la bolsa. Antes de volver a tumbarse, aprovechó para mirarse en el espejo del baño. Estaba horrible, realmente horrible. La cara hinchada, el rabio roto, el ojo morado y la cabeza vendada. Peor aspecto que ése no se podía tener. Regresó a la cama y rebuscó su móvil dentro del bolso, pero el teléfono no estaba. Intentó recordar si antes de bajar de su habitación lo había cogido o no... Sí, había cogido el móvil y el bolso por lo que pudiera suceder. ¿Quizás lo habría perdido en el forcejeo?

Cogió el teléfono de la mesilla y marcó su número personal. El auricular le devolvió un mensaje prediseñado avisando al interlocutor de que “el teléfono móvil estaba apagado o fuera de cobertura en esos momentos”. Vicky resopló. Seguro que lo había perdido...

Lorenzo entró en la habitación con los sándwiches en una bolsa y dos cafés para llevar en cada mano. Se sentaron juntos en la cama y, mientras devoraban con apetito el desayuno, pusieron la tele.

— Mira, como si fuéramos novios, ¿eh?

Victoria se rió.

Seguramente, todos los médicos y las enfermeras que los vieron en aquel momento pensaron que eran pareja.

— Me he encontrado con una enfermera ahí fuera... Me ha dicho que los resultados del escáner son correctos. En quince minutos podremos marcharnos — informó, mientras revisaba su hora en el reloj de muñeca — Creo que podremos regresar a Madrid esta misma tarde.

Victoria le observó. ¿Regresaban ya? Estaba cansada. Exhausta, en realidad. Le hubiese gustado haber podido dormir un par de horas más porque, los viajes, por muy cortos que fuesen, siempre resultaban agotadores. Se acurrucó sobre el regazo de Lorenzo como una niña pequeña, con la cabeza a mil por hora recordándole todo aquello que Alessia le había contado. No tenía sentido darle más vueltas, ni contárselo a Lorenzo. Él le había dado su palabra y, por muy insegura que se sintiese al respecto, tenía que confiar. No podía vivir en un remolino de inseguridades porque aquello no era vivir, si no sobrevivir. Suspiró hondo y notó cómo el cuerpo de él se tensaba a su lado.

— ¿Qué piensas, Victoria? — resopló.

Lorenzo era un chico listo. Sabía que había fastidiado las cosas con Victoria y que, después de todo, no iba a ser sencillo que ella recuperase la felicidad y la confianza. Le había hecho mucho daño con sus actos y era plenamente consciente de sus errores. Pero en su defensa, pensó que la experiencia no jugaba un factor a su favor. Jamás se había enamorado, jamás le había importado nadie lo suficiente como para sentir dolor. Y aquella chica tan frágil había conseguido dar un vuelco de trescientos sesenta grados a su vida. Se quedó unos minutos en silencio, esperando su respuesta, pero ésta no llegó. Estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que ni si quiera había escuchado la pregunta.

— No volveré a ver a Laila, si es lo que quieres — murmuró, esperando captar su atención y apaciguar sus miedos.

Vicky levantó levemente la cabeza y le observó con los ojos acuosos.

— Voy a confiar en ti, de verdad — aseguró, mientras volvía a apoyar la cabeza sobre su regazo — voy intentarlo aunque no salga bien. Pero necesito saber que no me fallarás, que no me harás más daño.

Aquellas palabras se clavaron en Lorenzo como un puñal. Sabía que la había hecho daño, pero escucharlo de su boca era diferente... Era..., doloroso. Le levantó el rostro sujetándole la barbilla, le secó las lágrimas y le besó la frente.

— No te haré más daño, jamás. Te lo prometo.

Regresaron a Madrid aquella misma tarde y Victoria sintió que no había recibido de Bilbao todo aquello que tenía para ofrecerle. Lorenzo le había prometido que más pronto que tarde regresarían de vuelta para visitar la ermita que estaba en una piedra en el mar, el pueblito pesquero que tenía bajo sus pies y las playas y lugares mágicos que se escondían allí. Sería una escapada para recordar y disfrutar. Sin trabajo, sin preocupaciones, sin Alessia y lo más importante, sin la barbie asquerosa.

Había arremolinado un odio interior hacia ella y se veía incapaz de pronunciar su nombre en voz alta. La odiaba, la odiaba con todo su corazón, y cuanto más tiempo pasaba con Lorenzo y más se fincaba su relación, más odio y rabia sentía hacia aquella mujer que había visto hacer mantener relaciones con el hombre que amaba. Si no pensaba en Laila, por lo general, Victoria era muy feliz con su nueva vida. Lorenzo, a regañadientes, se mudó al apartamento de ella. Vicky agradeció enormemente que no poseyera demasiadas pertenencias y, sobretodo, que su armario se limitase a una variedad de trajes que, colgados en fila y en perchas, no ocupaban demasiado espacio en su armario.

Dos semanas después de la mudanza, ambos sentían que aquella vida era la única que habían poseído y que, todo lo anterior, no había tenido sentido ni lógica. Simplemente, habían procurado vivir lo mejor posible mientras, inconscientemente y sin saberlo, se esperaban el uno al otro.

Victoria se había enamorado enloquecidamente de aquel hombre y, en algunas ocasiones, cuando se encontraba a solas en casa y veía pequeños detalles que transformaban su hogar en el hogar de él, se preguntaba qué hubiese sido de ella si en vez de olvidar a Alex le hubiese perdonado. Tal vez, su aburrida vida, hubiese continuado siendo aquello que fue: una aburrida vida. Lorenzo le daba pasión, le daba amor y sobretodo le daba fuerza propia. A su lado se sentía fuerte, poderosa, y esos sentimientos hacían que le amase con más fuerza aún.

— ¿Qué opinas del matrimonio? — le preguntó Lorenzo una noche, después de

un duro día de trabajo.

Habían vuelto a casa pronto porque una fuerte tormenta se encontraba acechando Madrid desde hacía unos días y, aunque ninguno de los estuviese acostumbrado a dormirse tan temprano, había poco que hacer en aquellas tardes-noches lluviosas. Victoria, que acababa de ponerse el pijama y se estaba lavando los dientes en el baño de la habitación, asomó la cabeza y le observó con las cejas arqueadas. Dibujó una extraña mueca que significaba “¿qué clase de pregunta es esa?” y regresó al baño para escupir en el lavabo la pasta de dientes que tenía en la boca.

Lorenzo se quedó esperando una respuesta, observándola de hito a hito. Vicky regresó a la habitación con su pijama celeste de pantalón corto y camiseta de tirantes y, poniendo los ojos en blanco, le regaló un beso en los labios antes de meterse en la cama junto a él.

— Eso no es una respuesta — espetó.

Desde su intento fallido de contraer matrimonio con el gilipollas de su ex, no había vuelto a pensar en ello ni un solo instante. No le disgustada la idea y en el fondo sí que quería casarse en un futuro. Pero, en principio, aquel futuro lo veía bastante lejano.

Todavía no se encontraba preparada para desempeñar semejante empresa, ni había terminado de superar sus miedos e inseguridades.

— ¿Qué opinas tú sobre el matrimonio? — preguntó, procurando evitar el tener que dar una respuesta.

Él lo captó enseguida e insistió.

— ¿No quieres volver a casarte?

Victoria se echó a reír. Una sinfonía de carcajadas dulces y divertidas espantó el silencio de la habitación y Lorenzo pensó que aquel sonido era el más bello que había escuchado jamás.

— No me he casado nunca — corrigió.

Se abalanzó a sus brazos. Aquel tema no resultaba de su agrado y, después de aquellas semanas, sabía de sobra cómo desviar la atención de su novio. Lorenzo intentó apartarla fingiendo una mueca de enfado, pero Victoria, que si en algo se llevaba el galardón era en cabezonería, se mantuvo inmóvil sobre su cuerpo mientras deslizaba una mano a través de su torso. Bajó hasta sus caderas y acarició su miembro con suavidad mientras le mordía el labio inferior y gimoteaba en su oreja.

— Cierra esa boca y bésame — le pidió.

Lorenzo no tardó en caer. Arrullado por el placer, tiró de la camiseta de

tirantes de Victoria y se la sacó por la cabeza. Sus pechos, pequeños pero firmes y redondos, quedaron al descubierto y aprovechó para lanzarse a por sus pezones. Mientras masajeara su seno izquierdo, succionaba y chupaba el pezón derecho de aquella manera tan especial que volvía loca de placer a Vicky. Ella notó cómo su erección aumentaba debajo de sus pantalones presionándose contra su vientre. Se liberó de los brazos de Lorenzo y descendió debajo de las sábanas para poder sacarle el pantalón de pijama y liberar su miembro. Su enorme y palpitante erección quedó al descubierto y, mientras le masajeara suavemente, comenzó a lamer y chupar su pene.

— ¡Oh Dios! — gimió.

Lorenzo intentó tirar de ella. Sabía que si comenzaban con aquellos jueguecitos preliminares, no aguantaría demasiado a la hora de la acción. Notaba cómo su glande se humedecía y palpitaba de placer y escuchaba los gemidos roncós de Victoria mientras continuaba lamiéndole. Aquel sonido de placer le volvía loco de remate. Lorenzo tiró de ella y, con un juego de caderas, le obligó a caer sobre la cama y la aplastó con su cuerpo para evitar que se moviera.

— No seas mala y pórtate bien...

Ella dibujó una pícara sonrisa que le aceleró el pulso a cien. La besó con pasión y le mordisqueó el labio mientras bajaba la mano entre sus piernas. Estaba realmente húmeda y dispuesta a recibirle. Le pellizcó suavemente el clítoris y Victoria arqueó la espalda.

— Me encantas — susurró.

— Tú también me encantas — afirmó él —. Te adoro, futura señora Moretti.

Vicky sonrió. Ni sabía si hablaba en serio o qué mosca le había picado, ni se sentía preparada para ello... Pero no podía evitar que, al escucharle decirlo, le diese un vuelco el corazón. Con aquel pensamiento todavía en la cabeza, Lorenzo introdujo su pene en su interior y, mientras le sujetaba el trasero con las dos manos, la elevó para poder acomodarse completamente dentro de ella. Victoria jadeó de placer.

— Ha sido muy mala, señorita Román — ronroneó en su oreja — así que no podré aguantar mucho.

Le daba igual. Quería que él disfrutase y sabía que, como norma general, no era egoísta en la cama. Le encantaba hacerla gozar de todas las maneras posibles y se notaba que, de esa manera, él disfrutaba todavía más. Lorenzo agarró su mano y la llevó hasta su clítoris.

— Tócate — le pidió, mientras le masajeara un pecho y le mordía un pezón.

Las embestidas continuaron. Lorenzo entraba y salía mientras jadeaba

roncamente de placer. Victoria notaba cómo éste iba aumentando el ritmo y sabía que no aguantaría mucho más. Le encantaba ver a su hombre así de excitado. Le volvía loca de remate.

— Tócate para mí.

Casi sonó como una súplica.

Victoria, un poco insegura al principio, comenzó a masajear su clítoris con movimientos circulares. El pene erecto y duro de él entrando y saliendo le rozaba la mano y la excitaba todavía más. Lorenzo se apartó para poder observarla mejor. Vicky, que parecía haber alcanzado el placer extremo, se masajeaba el clítoris con los ojos cerrados y se había llevado la otra mano a uno de sus pechos. Lorenzo sintió que el orgasmo estaba a punto de llegar y aumentó el ritmo descontroladamente. Victoria también lo sintió y, cuando abrió los ojos y vio la mirada salvaje del hombre que tenía sobre ella, explotó. Encontraron el éxtasis simultáneamente.

Lorenzo se apartó suavemente y salió de su interior para poder limpiarse, no sin antes regalarle un tierno beso en la punta de la nariz. Vicky se levantó desnuda y se dirigió al baño, notando la mirada penetrante de Lorenzo en su trasero desnudo. Con él, había dejado de tener complejos y por primera vez en su vida se sentía sexy y bonita. Cuando regresó a la cama, Lorenzo le esperaba con una sonrisa pícaro y la luz pequeña de la mesilla encendida.

— No va a librarse de mí tan fácilmente, señorita Román — sentenció.

Ella suspiró abatida. No era el momento de tener aquella conversación.

— Lorenzo, es una locura y lo sabes.

— Sé que es una locura, sé que no llevamos mucho tiempo juntos pero... Quiero hacerlo. Quiero casarme contigo. Quiero ser tu marido. Quiero ser solo para ti. Y quiero que todo eso sea para toda la vida.

Resopló, le besó los labios y apagó la luz de la mesilla.

— Vamos a dormir y mañana lo hablamos.

Él no desistió. Encendió las luces de la habitación y rebuscó algo en su cajón de la mesilla. Fuera, una tormenta de rayos, luces y centellas enfurecía el techo de Madrid. Escuchó un rayo caer y la habitación quedó sumida en la oscuridad. Victoria soltó una carcajada y le dio gracias a Dios por aquella pequeña ayuda.

— Vamos a dormir — insistió, mientras tiraba de su brazo para que regresase a la cama.

Lorenzo cogió su teléfono móvil y lo colocó con la luz del flash encendido encima de la mesita, de manera que alumbraba el habitáculo más cercano a él de

la habitación. Bajo las sombras de aquel Madrid tormentoso y oscuro, Lorenzo extrajo una cajita azul y se la entregó a Victoria.

— Dime que sí, hazme el hombre más feliz del mundo y cástate conmigo.

Una silenciosa y dolorosa lágrima recorrió el rostro de Victoria hasta alcanzar sus labios. Pasó la lengua sobre ellos y notó el sabor salado del llanto ahogando su garganta. Le quería y estaba dispuesta a seguir a su lado siempre, pero no se encontraba preparada para llevar a cabo ese paso. Ese importante avance en una pareja que tanto miedo y angustia le causaba en el pecho. Era totalmente consciente de que no podría superar otro fracaso más y que, si las cosas salían mal de nuevo, iba a necesitar mucho más que ayuda médica para salir adelante. Su corazón se había tornado de cristal y llevaba tantos golpes que amenazaba con estallar en mil pedazos si le rozaba uno solo más.

— Por favor — suplicó — Abre la caja.

Vicky, que parecía haberse tornado una autómatas, obedeció con la mirada perdida y la cabeza muy lejos de allí. Abrió la caja y encontró un brillante solitario de tamaño considerable guardando su interior.

— ¿Qué me dices?

Suspiró hondo. Sintió el miedo apoderándose de ella con mayor magnitud pero, cuando su mirada tropezó con la de él, encontró la calma y la paz que tanto ansiaba. Sus ojos, penetrantes en su alma, le aportaron la seguridad y la certeza que necesitaba tanto como un salvavidas. Sin apartar sus ojos de él, murmuró un “sí” prácticamente inaudible. Las pupilas de Lorenzo se dilataron y a Vicky le pareció atisbar un centelleo de felicidad en ellas.

— ¿Sí? — repitió, sin poder ocultar su sorpresa.

Por primera vez, encontró a un Lorenzo inseguro que, aún con ésas, era capaz de transmitirle seguridad. Algo contradictorio y surrealista que tan solo aquel hombre era capaz de difundir.

Ella movió la cabeza con un gesto lento y afirmativo y él capturó su rostro entre las manos. Emocionado, le besó cada centímetro del semblante con sumo mimo y delicadeza, como si con cada beso en su piel estuviera palpando una promesa de amor eterno e irrompible. Aquella noche volvieron a hacer el amor entre las sombras de una habitación sin luz que era alumbrada y protegida por un cielo tormentoso que se negaba a despedirse de Madrid.

Lo decidieron juntos. Una mañana de noviembre, Victoria llegó al trabajo y encontró una marea de miradas y cuchicheos a sus espaldas que era incapaz de ignorar. Cuando ella pasaba, los empleados y compañeros de I.O.A clavaban los ojos en su espalda y murmuran sin disimulo. Muchas veces Victoria podía llegar a escuchar pequeños trazos de lo que se decían a la oreja: “es una sacacuartos...”, “solo quiere su dinero...”, “y mira que parecía buena chica...”, “fíjate bien, y parecía una santa...”.

A aquellas alturas ya estaba más que acostumbrada. Lorenzo y ella vivían juntos, así que iban juntos a trabajar, en un mismo coche. Habían pactado que si uno terminaba antes que el otro, se esperarían para marchar a la par. Era de esperar que la gente comentase y se hubiese percatado del romance que mantenían, pero ninguno de los dos esperaba que, a causa de ello, se liberase semejante revuelo entre el personal. Así que, aquella mañana de noviembre, lo decidieron. Victoria se trasladaría al otro departamento de I.O.A y ascendería de puesto. También mejoraría su sueldo, claro. Aunque, ya acostumbrada al nivel de vida que Lorenzo le proporcionaba, le parecía absurdo y estúpido fijarse en aquellos detalles. El dinero era lo de menos y, por mucho que él tuviese o que ella fuera a ganar, tampoco lo necesitaba. Sí, gracias a Lorenzo había degustado los mejores restaurantes de la zona, pero seguía viviendo en su pequeño apartamento, sin lujos excesivos.

Sobre la boda, habían fijado la fecha para marzo del próximo año y habían decidido tratar el asunto con discreción. Todavía no les habían comunicado la noticia a sus familiares, aunque habían tomado la decisión de cómo llevar a cabo dicha empresa. El viernes comerían con Alessia y el sábado iban a cenar en casa de los padres de Victoria. Habían decidido dar la buena nueva personalmente y por escrito.

Vicky había decidido hacer las invitaciones artesanalmente y llevaba meses preparando, con la ayuda de Mónica, las tarjetas. Mónica y ella, como era de esperar, se habían arreglado. No tardó mucho en echarla demasiado de menos y en llamarla con una disculpa. Para su sorpresa, lo de Alberto resultó no ser un

simple rollo de una noche. Mónica y él llevaban saliendo desde entonces y Victoria no pudo más que alegrarse porque su amiga hubiese sentado la cabeza y, de una vez por todas, habría encontrado el amor.

El jueves por la mañana, Victoria se dirigió a correos y envió las tarjetas de invitación. Faltaban cuatro meses para la boda, así que le parecía el momento idóneo. Además, al día siguiente y el sábado se daría la noticia y las invitaciones se recibirían el lunes siguiente. Todo parecía ir sobre ruedas y la vida, por fin, había decidido regalarle un claro de paz y de felicidad. A veces, sentía miedo de que todo aquello pudiese esfumarse entre sus manos como tantas veces le había pasado con las bondades que le había regalado la existencia.

— ¿Las has enviado? — sonrió.

Parecía más emocionado con el asunto de lo que ella estaba, lo que le resultaba totalmente encantador por su parte. Estaba tan involucrado y decidido a que aquel día fuese perfecto, que Victoria sentía que nada malo podría interceder en todos aquellos preparativos.

— He enviado todas. A tu hermano, a tus padres, a los míos... — le tranquilizó — . No me he dejado a nadie.

Lorenzo se levantó de la silla del despacho y se acercó hasta su futura mujer. La agarró de las caderas y tiró de ella hasta que sus cuerpos quedaron unidos.

— Te quiero — susurró, mientras aprisionaba sus labios bajo los suyos.

Victoria le devolvió el beso. Cada día que pasaba, descubría a un Lorenzo más amoroso, cariñoso y cercano. Era un hombre sensible y bueno. Era perfecto, como jamás habría sido capaz de imaginar que sería.

Lorenzo bajó las persianas del despacho y echó el cerrojo en la puerta, sonriendo juguetonamente.

— ¿Qué estás haciendo? — Preguntó ella, sin poder aguantar la risa — . Aquí no, no seas travieso, anda...

Él la atrapó entre sus brazos, y mientras ella protestaba y se intentaba zafar, Lorenzo la besaba apasionadamente en el cuello mientras movía las caderas en un sensual baile que no iba acompañado de música alguna.

— De verdad, aquí no...

— ¿Sabes qué? — susurró en su oreja — . He escuchado que si una mujer se quiere quedar embarazada, tiene que tener sexo en un lugar morboso y correr el riesgo de que les pillen en plena faena.

Victoria abrió los ojos como platos y se quedó mirándole asombrada. ¿De verdad acababa de decir aquello?

— Menos mal que no me quiero quedar embarazada...

Él continuó besándola, manteniéndola atrapada en aquel vaivén sensual de movimientos.

— No aguanto hasta esta noche — jadeó.

Victoria le observó, asustada. ¿Qué le pasaba? Tenía las pupilas dilatadas y el deseo marcado en el rostro.

— Quiero tenerte ahora — apremió, mientras metía una mano debajo de su falda.

Victoria echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Seguramente, todo el departamento se estaría preguntado qué hacían ellos dos ahí metidos con las persianas bajadas. Y lo peor es que por muy mal que pensasen de ellos, acertarían de lleno.

Lorenzo, que parecía consumido por el deseo, la aupó en brazos y la sentó encima del escritorio. Con un brazo, tiró todas las cosas que tenía sobre la mesa, provocando un enorme alboroto, y tumbó a Vicky sobre la mesa.

— Sssssh...

Victoria se llevó un dedo a los labios y observó la puerta. Si no habían empezado a hablar, ya tenían una excusa perfecta. Notó la mano de Lorenzo acariciándole los muslos y cómo su cuerpo también comenzaba a ceder y a excitarse. Advirtió que comenzaba a humedecerse mientras repartía pequeños y sensuales besos encima de sus braguitas y de sus medias. Le quitó los zapatos y retiró las medias con suavidad. Vicky, que comenzaba excitarse por completo, se incorporó en la mesa para poder tocar el musculoso torso de su hombre y besarle. Él la contuvo y, lentamente, le desabrochó la camisa. Su sujetador de encaje granate, a juego con sus bragas, quedó al descubierto. Había engordado un par de kilos aquellos últimos meses y, como a muchas mujeres les sucedía, el primer lugar en el que se le notaban era en los senos, así que la ropa interior comenzaba a quedársele pequeña. Lorenzo observó sus pezones, que sobresalían tímidamente del contorno del sujetador, y llevó su boca hasta ellos con intención de estimularlos. Victoria se sentía totalmente preparada para recibirle y notaba cómo las ganas de tenerle dentro agitaban todo su interior. Sus partes íntimas, húmedas y palpitantes, apremiaban con un impaciente dolor a tener aquel erecto pene en su interior. Lorenzo se tomó su tiempo y se demoró en cada beso, cada lametazo que le regaló en el cuello, en los senos, en los pezones, en el vientre. Subió la falda hasta sus caderas y sonrió cuando tocó sus empapadas braguitas.

— Menos mal que aquí no querías... — sonrió.

Ella le propinó una patada en el hombro con su pie descalzo. Lorenzo,

completamente embriagado de placer, continuó con el juego y le arrancó las bragas. Observó a Victoria con detenimiento, procurando atesorar aquella imagen totalmente sensual de ella. Tumbada en la mesa de la oficina, prácticamente desnuda; su depilado sexo al descubierto, la falda arrugada y remangada en sus caderas y el diminuto sujetador aprisionándole los pechos. Pasó la lengua por su labio interior en un gesto de placer inconsciente que a Victoria no le pasó desapercibido.

Se desabrochó el cinturón y el pantalón y liberó su pene del bóxer. Para entonces Vicky ya empezaba a volverse loca de placer. Él se arrodilló entre sus piernas, retiró sus labios vaginales y, totalmente excitado, comenzó a lamer su humedad y a estimular su clítoris. Ella le agarró del pelo y, en un acto impulsivo de placer, le apartó de su sexo.

— Qué te tengo dicho de ser tan mala... — ronroneó juguetonamente.

Victoria jadeó de placer y sonrió con picardía, mientras observaba cómo él se quitaba la corbata de la camisa.

— Voy a tener que solucionar esto, cariño... — continuó juguetonamente — . Odio que no te sepas estar quieta.

Retiró, también, el cinturón de su pantalón y colocó la corbata sobre la mesa.

— Dame tus manos.

Ella obedeció, sumisa, mientras sentía su sexo palpar dolorosamente. Lorenzo le ató fuertemente las manos con el cinturón y se las colocó encima de la cabeza. Con la corbata, rodeó su cabeza y la dejó totalmente a ciegas.

— Quizás así sepas estarte quieta...

Ella sonrió. Le encantaban aquellos juegucitos.

Escuchó sus pasos por el despacho y después le sintió regresar hasta ella. Algo frío, muy frío, chocó con el calor de su sexo haciéndola estallar de placer. Lorenzo había cogido un hielo de la nevera de su despacho y, mientras metía y sacaba dos dedos de su interior, jugaba con él entre sus labios vaginales. Lo húmeda que estaba Victoria excitó a Lorenzo por encima de todo y, sin poder contener la tentación, frotó su miembro para empapararlo con sus flujos y de una estacada se introdujo en ella. Victoria arqueó la espalda y jadeó de placer. Él le tapó la boca con la mano, pidiéndola con aquel gesto que no levantase en exceso la voz y recordándole dónde se encontraban mientras entraba y salía de ella. Victoria, que a esas alturas de la película le importaba dos cominos si la escuchaban o no, levantaba las caderas para recibir su dura embestida mientras su cuerpo temblaba de placer.

— No aguanto más... — ronroneó ella.

Él aceleró el ritmo, sabiendo que necesitaba poco para acabar y dándole aquello que pedía. Un relámpago de deleite cruzó su columna vertical provocándole un sonoro aullido de placer que enloqueció a Lorenzo y le llevó a alcanzar el clímax.

Vicky se sentó sobre la mesa y se quitó la corbata de los ojos. El despacho estaba completamente destrozado, con la ropa esparcida aquí y allá. Divisó sus bragas rotas tiradas en una esquina del despacho y maldijo el tener que regresar hasta casa con falda y sin ropa interior.

— Eres mi sueño hecho realidad — susurró él, mientras, en aquel gesto que se había convertido tan común entre ellos, le besaba la punta de la nariz. Era su manera de decirse “te quiero”.

— Y tú el mío.

Llegó el día de dar la gran noticia. La comida con Alessia fue fenomenal; parecía emocionada e ilusionada con la boda y Victoria agradeció aquel gesto en el alma. Una parte de ella tenía miedo de que Alessia le rechazase; al fin y al cabo, Laila era amiga suya y había estado mucho tiempo en la vida de su hermano. Cuando llegaron al postre, decidieron, los dos hermanos, llamar a Luka para poder darle “personalmente” la nueva. Lorenzo pensó que una tarjeta era algo demasiado impersonal y que, pasados los años, comenzaba a llegar la hora de recuperar la relación con él. Luka les sorprendió con una reacción atópica. Asombro, extrañeza, desconcierto, confusión y, al final, ilusión y alegría. Les prometió que en marzo viajaría a España y que acudiría a la ceremonia.

Al día siguiente, los padres de Vicky no se tomaron la noticia con el mismo ímpetu que cuando decidió casarse con Alex. Tal vez, al igual que ella, habían desarrollado un terrible sentimiento de temor hacia el dolor y el fracaso y tenían miedo de celebrar algo hasta que no se cantase el *happy ending*.

Era imposible saber, a ciencia cierta, cuáles serían sus razones. Lorenzo se sintió, quizás, un tanto decepcionado y defraudado. Había coincidido con los padres de ella en un par de ocasiones y realmente había tenido la sensación de que les había caído bien.

Vicky no llegó a sorprenderse, aunque le hubiese gustado recibir otra actitud por parte de ellos. En el fondo, les entendía. Cuando Lorenzo le pidió que se casase con ella, en un principio, tampoco había sentido ilusión. Pero con el paso del tiempo se dio cuenta de que aquel “sí, me casaré” había sido la mejor decisión que habría podido tomar en su vida y de que, si en aquel instante hubiese

pronunciado un “no” jamás se lo habría perdonado. Amaba a aquel hombre por encima de cualquier cosa en el mundo.

Y él también la amaba; podía sentirlo en sus entrañas.

Escuchó sonar la alarma despertador del teléfono, pero decidió ignorarla. Estaba agotada y se sentía exhausta. Lorenzo, que había tenido una noche de insomnio, había decidido tenerla en vela hasta las cinco de la madrugada. Y no hablando, o charlando. Nada de leer a caperucita roja. El señorito había buscado formas más adultas de mantenerse entretenido. Vicky, había decidido que aquella mañana abusaría un poquito de su nueva condición de “jefa” en la oficina y se permitiría descansar un par de horitas más de las previstas. Se levantó a las diez, harta del molesto sonido que emitía cada diez minutos el maldito despertador, y se dio una ducha de agua caliente.

Se vistió a toda prisa, pensando que el abuso iba a ser bastante desmesurado, mientras procuraba adecentar y ordenar un poco el apartamento. Aprovechaba, si tenía que ir de la habitación a la sala, para pasar por el baño y tirar la ropa sucia. Recolocar los cojines del sofá, retirar los envoltorios de las chocolatinas que quedaron en la mesa, colocar la pila de revistas que habían esparcidas aquí y allá... Las revistas, sí. Aquella era la nueva. Lorenzo había decidido que aquel apartamento comenzaba a quedárseles pequeño. Se le había metido totalmente en la cabeza que de ahí a unos años querrían ser padres y que aquel espacio resultaba insuficiente. Vicky había insistido en que, llegado el momento, resolviesen la situación. “Cada cosa a su tiempo”, había dicho ella. Pero él, testarudo como no cualquiera, había aparecido día sí y día también con una nueva revista de construcciones, inmobiliarias, etc.

Había desarrollado una nueva táctica que creía que, tarde o temprano, captaría la atención de ella; Lorenzo dejaba las revistas abiertas por el apartamento en la página que más interesante creía, y ella las ignoraba. Si les prestaba atención era para recogerlas y apilarlas en una esquina que había habilitado cercana al sofá. Se calzó los zapatos, comprobó que dejaba apagadas todas las luces, que llevaba consigo las llaves y el móvil y se dispuso a salir pitando a la oficina.

— Victoria — saludó una voz mientras Vicky echaba la llave del apartamento.

Se giró sorprendida y tropezó con Laila. No podía imaginarse qué pintaba

aquella mujer en su apartamento, pero por alguna extraña razón, supuso que no traería consigo nada bueno. Sintió un nudo retorciéndose en sus entrañas y tuvo que tragar saliva antes de responder:

— Hola, Laila. — Procuró que su voz no delatase el nerviosismo que aquella mujer le causaba — . ¿Qué haces por aquí?

La barbie sonrió con amargor. Victoria detectó en aquel gesto la rabia de aquel que desea venganza, o justicia. Aquel que no trae consigo intenciones claras ni limpias.

— Quería hablar contigo — dijo, sin borrar la sonrisa de su rostro — . ¿Tienes un momentito?

Vicky dudó. Aunque tenía curiosidad y necesidad de saber qué narices se traía aquella mujer entre manos, había tomado, hacía tiempo, una importante decisión: no iba a darle a nadie el poder de hacerla daño. Y a oídos sordos...

— La verdad, no. Llego bastante tarde a la oficina — respondió, mientras fingía observar el reloj de su muñeca.

Guardó las llaves en el bolso, pasó junto a ella y llamó al ascensor.

— Que te vaya bien, Laila.

La barbie se quedó observando con desprecio. Vicky, que se sentía la mar de incómoda, volvió a llamar al ascensor con impaciencia mientras daba por finalizado aquel encuentro.

— Toma — dijo Laila — creo que esto es tuyo.

Le tendió un objeto y, dudosa, Victoria alargó la mano para cogerlo como si de un acto reflejo se tratase. No tardó demasiado en reconocerlo. Era su viejo iPhone, aquel que había dado por perdido en la fatídica noche del encuentro con Alex. Se quedó observándolo, estupefacta, mientras se preguntaba de dónde narices habría sacado aquella mujer su teléfono.

— Por cierto, a primera hora ha llegado al despacho de Alessia la invitación de boda — continuó, mientras sonreía satisfecha y calibraba el grado de asombro en el que se encontraba sumida Victoria — . Felicidades por el compromiso.

El ascensor sonó y las puertas metálicas se abrieron frente a una petrificada Victoria. Se metió dentro y pulsó el menos uno sin decir nada.

— Adiós, Victoria.

Escuchó la voz de Laila mientras el ascensor ya caía.

No había ninguna duda al respecto. Aquel era su iPhone. Reconoció una pequeña mella que le había hecho a la carcasa trasera una hora después de sacarlo de caja. Se le había caído del bolsillo trasero del vaquero a la dura baldosa de la cocina de su apartamento. Victoria lo recogió pensando que “ya

estaba estrenado”, pero cuando vio la pequeña rotura que presentaba, fue inevitable sentirse disgustada. El maldito “aparato” le había costado un ojo de la cara y no había durado ni un solo día entero. Se subió en el coche de Lorenzo con el corazón palpitándole a mil por horas y sintiendo el riesgo de sufrir un infarto.

Encendió la luz de la cabina y observó detenidamente el teléfono, como si mirándolo fijamente éste fuese a comenzar a charlar para contarle cómo narices aquella mala mujer había terminado haciéndose con su poder.

Aspiró y suspiró. Aspiró y suspiró. Aquella última temporada había resultado demasiado perfecta y, como cabía esperar, la felicidad no era eterna. Aspiró y suspiró. Aspiró y suspiró. ¿Qué narices hacia Laila con su teléfono?

Pulsó el botón de encendido y se sorprendió al comprobar que aún le quedaba batería. Es más, prácticamente estaba llena y era evidente que alguien se había tomado la molestia de cargarlo. El iPhone se saltó la parte en la que solicitaba el código pin y pasó directamente a la pantalla del menú principal. Victoria trasteó en la agenda y los mensajes. Alguien se había dedicado a borrar por completo su contenido. Entró en la galería y, por un instante, pensó que estaba a punto de desmayarse.

Echó a llorar sin tomar conciencia de dónde se encontraba.

Su vecina del quinto, María, que había bajado al garaje para rebuscar un viejo cable del fastidioso reproductor de video en el trastero, divisó a Victoria llorando como una magdalena dentro de su coche. Se quedó mirándola, sin saber si acercarse o pasar de largo sin inmiscuirse en aquellos asuntos que no eran de su incumbencia. La chica parecía un animal herido que gemía de angustia y dolor. Decidió dejarla su espacio y continuar su camino, porque tampoco sabía muy bien cómo acercarse a ella sin empeorar la situación.

Cuando regresó al ascensor y subió al quinto, le pareció escuchar un aullido provocado por un gran tormento y se preguntó qué terrible calvario podría llevar a una chica tan joven y alegre como era Victoria hasta aquel lamentable estado.

Vicky tardó más de dos horas en tranquilizarse y, a lo largo de aquel periodo de tiempo, se planteó un sinnúmero de posibilidades que parecía no tener fuerza para llevar a cabo. En un principio, decidió marcharse pitando de aquel lugar y refugiarse unos días en casa de sus padres. Después, reconoció que aquella idea no era del todo buena para resolver la situación. Sus padres, santos de ellos, se habían llevado demasiadas desilusiones y preocupaciones como para seguir

cargándoles con más. Pensó en marcharse a un hotel pero, al final, decidió tranquilizarse, subir a su apartamento y darse un buen baño caliente mientras despejaba la cabeza. Estaba claro que, de alguna manera, su teléfono había acabado en manos de Laila. Estaba claro que ésta lo había manipulado a su antojo y también estaba claro que si había ido a dárselo, no había sido con buenas intenciones. Lo que no sabía era si el contenido de aquel teléfono era o no era real. Si aquellas instantáneas se habían tomado desde su teléfono o desde cualquier otro. Ni cuándo habían sido tomadas. No entendía nada, pero estaba segura de necesitar explicaciones y de que, en vez de huir, por primera vez en la vida se quedaría para esperarlas y darles un voto de confianza, plantándoles cara. Lorenzo le había llamado seis veces aquella mañana. Seguramente, estaría preocupado por ella o se pensaría que se había quedado dormida y que por eso no había asistido a la oficina.

Sintiéndose más serena que hacia unas horas, se acurrucó en la esquina del sofá y revisó su viejo dispositivo. Abrió la galería y fue pasando las imágenes con lentitud, esperando encontrar en ellas alguna incoherencia que delatase que no eran más que un producto del *photoshop*. Pero lo único que encontró fue un sinfín de posturas del *kamasutra* reproducidas con su “querido” Lorenzo y la barbie asquerosa. Cogió su nuevo teléfono y le envió un mensaje de texto a Lorenzo: Ven a casa cuando puedas, tenemos que hablar. Él le respondió con una llamada entrante que Vicky optó por ignorar.

Sentía su voz desquebrajada y no se sentía preparada para mantener una discusión. Por lo menos hasta pasadas unas horas. Al ver que no contestaba a la llamada, Lorenzo respondió con un mensaje de texto: ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Victoria aspiró y suspiró con lentitud todo el aire que sus pulmones contenían. Después respondió: Tu amiga Laila me acaba de hacer una interesante visita. No, no estoy nada bien.

Releyó el mensaje varias veces sin poder creer lo que ponía en él. ¿Qué estupidez había cometido Laila?

El gestor de Innoval Original Agency continuaba presentando las cuentas y las últimas estadísticas sin percatarse de que Lorenzo, a pesar de encontrarse presente, se hallaba muy lejos de allí. El resto de la mesa parecía estar sumida en una profunda concentración.

Lorenzo odiaba que las situaciones se le escapasen al control. Odiaba no entender aquellas circunstancias que le rodeaban y, más aún, si tenían algo que ver con Victoria. Sintió el miedo acelerando sus latidos del corazón. No quería perderla, a ella no. Su vida siempre había sido un tiovivo que giraba y giraba sin detenerse. Arriba, abajo, como una montaña rusa en un parque de atracciones. Solo que, aquel parque de atracciones llamado vida, cambiaba continuamente de ubicación, de personal, de amistades, de cargos profesionales, de familia, de hogar... En su vida nada había sido seguro. Hasta que apareció Victoria y le enseñó que las cosas tenían que ser o blancas o negras. Hasta que le enseñó que las decisiones que uno toma marcan el futuro que le está por venir.

Y había decidido ir a por todas y luchar por ella con todo lo que aquello significase. Había decidido y sabía qué quería.

No era capaz de entender qué podía haberle dicho o contado Laila a Vicky, pero una cosa tenía clara: el asunto era grave. Recordaba la última conversación que había tenido con Laila... No había sido agradable despedirse de ella y sacarla de su vida después de tantísimos años, aunque sí necesario. Cuando le dijo que no volverían a verse, encontró el reflejo del odio y el despecho camuflado en su fría mirada. Laila no lloró. No era de aquellas mujeres que se deshacían en llantos a la primera de cambio, si no de aquellas otras que guardaban y almacenaban todos los sentimientos en sus entrañas para poder fabricar con ellos un cóctel digno de cualquier venganza. Aún con todas, Lorenzo no la imaginaba capaz de provocarle daño a alguno.

— Moretti...

Escuchó lejanamente su apellido y abandonó los pensamientos para centrarse en el presente. Todas las miradas de la mesa se hallaban clavadas en él y un suave murmullo había tomado el control de la reunión.

— ¿Se encuentra bien, señor?

Lorenzo asintió, un poco perdido y desubicado. Miró el power point que había proyectado en la pared: eran las gráficas de los últimos proyectos que se habían realizado en la empresa.

Se levantó de la silla de golpe, censurando cualquier bisbiseo presente.

— Señores, había olvidado un asunto de suma importancia y ruego que se me disculpe — dijo, procurando mantener un tono de voz firme, autoritario y calmado — . Retomaremos la reunión mañana a las diez en la sala de juntas. Gracias.

Sin dar opción a objeciones, Lorenzo abandonó la sala y se dirigió a su despacho.

Llamó al teléfono de Victoria dos veces, pero no obtuvo respuesta.

Suspiró hondo y se dejó caer, abatido, sobre la silla del despacho. No conocía la gravedad de la situación, pero intuía que se trataba de algo considerablemente espinoso.

Tenía que llamar a Laila. Sí, por muy poco que le apeteciese realizar aquella llamada, tenía que hacerlo. No podía plantarse en el apartamento sin saber a qué se estaba enfrentando. Conocía a Victoria y sabía que, si le había dicho que no estaba bien, es que en realidad estaba peor que mal.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Laila que, después de tantos años, conocía de memoria. Los pitidos sucedieron unos tras otros hasta que se cortaron. Probó una vez más, obteniendo la misma respuesta que la vez anterior. Decidió probar suerte en el despacho de su hermana.

— Mio amato Lorenzo — saludó una feliz Alessia.

— ¿Está Laila contigo? — cortó Lorenzo, incapaz de ocultar su irritación.

Alessia tanteó el enfado de su hermano durante unos segundos. Laila y él habían discutido en más de una ocasiones y, generalmente, no había tenido grandes problemas a la hora de encubrirla. Pero sabía que aquella vez se trataba de algo grave, podía intuirlo en el tono de voz de su hermano.

— Alessia, si está contigo, dímelo. Es importante. Necesito hablar con ella ahora mismo y no me responde el teléfono.

— Está en su despacho. Iré a avisarla.

Escuchó el suspiro de su hermano al otro lado de la línea; denotaba alivio. Se dirigió al despacho de Laila y la contempló desde la cristalera mientras caminaba

hacia allí: estaba enredando en el teléfono móvil.

Abrió la puerta, procurando mantener una compostura seria.

— Línea 5, responde ahora mismo la llamada — dijo, y sin darle tiempo a rechistar, cerró la puerta y regresó a su despacho.

Lorenzo escuchó la música de espera de I.O.A y se preguntó si Laila tendría las suficientes agallas para responder la llamada. Supuso que no, al fin y al cabo, había ido a donde Victoria a contar vete tú a saber qué en vez de acudir a donde él. Laila sabía de sobra que, si jugaba con él, acabaría mal.

— ¿Si?

Su voz sonó seria y contundente.

— Dime qué es lo que has hecho, Laila — exigió — y espero que no me mientas.

— ¿Lo que he hecho? — repitió.

Sabía de sobra que estaba intentando ganar tiempo mientras buscaba una buena excusa.

— Ya vale. Quiero la verdad, no me hagas salir de aquí para ir a buscarte.

— ¿La verdad? — volvió a repetir.

Su voz sonaba entera, pero Lorenzo sabía que, tarde o temprano, terminaría por ceder a la presión. No podría continuar con las evasivas demasiado tiempo más.

— Laila, te voy a dar una última oportunidad. Si yo estuviese en tu lugar, la aprovecharía. Si no lo haces, tendré que recordarte con quién estás hablando y quién es el que te paga esa descomunal nómina mensual.

Escuchó a la chica resoplar y después comenzó a gimotear.

— Te llevo esperando tantos años... — murmuró entre gimoteos.

La escuchaba llorar a través del auricular, pero ni siquiera entonces sintió un atisbo de pena por ella. Tan solo quería saber qué era lo que había hecho.

— Toda la vida pensando que acabaría contigo. Que no importaba sufrir porque tarde o temprano te darías cuenta de las cosas. Tarde o temprano madurarías, querrías una familia y me tendrías aquí para ti. Entenderías que yo soy la única que, pasase lo que pasase estaba aquí...

— ¿Qué has hecho, Laila?

Parecía sufrir un ataque de nervios o de histeria. Lorenzo no quería que se fuera por las ramas. Quería saber a qué se enfrentaba y regresar a casa con Victoria. Escuchó a Laila sonarse los mocos, suspirar y gimotear. Lloraba y tartamudeaba, incapaz de pronunciar palabra. Lorenzo sospechó que no era más que una artimaña.

— Cálmate y dime la verdad, Laila.

La mujer volvió a sonarse los mocos. Después escuchó la respiración pausada de aquel que intenta controlarse a sí mismo. Decidió concederle unos instantes para que se recuperase del trago y guardar silencio cuando notó la vibración de su teléfono en bolsillo. Era un mensaje de Victoria: No aguanto más mentiras, no puedo más con esto. Dime la verdad, ¿por qué tenía Laila mi teléfono móvil? Sintió cómo la sangre le hervía en el cuerpo.

— Voy a ir a buscarte ahora mismo como no me respondas. Límate a responderme. ¿Por qué cojones tenías el teléfono de mi prometida?

No se sentía capacitada para aguantar. Lo único que deseaba era aquello con lo que siempre había soñado: una vida familiar, tranquila y sin imprevistos. Aquella situación comenzaba a superarle y se sentía, anímicamente hablando, cada día más insegura e inestable. Daba igual cuantísimas veces se repitiese a sí misma que tenía que ser fuerte y confiar en que, tarde o temprano, todo llegaba para aquellos que se lo merecían. Pero ella se lo merecía, se merecía lo bueno. Y de alguna manera nada terminaba de llegar ni de encajar en su vida. Sus decisiones, acertadas o no, terminaban sumergidas en una especie de laberinto cuya salida, indiferentemente de cuál encontrase, resultaba fatídica y abrumadora.

A las doce del mediodía cogió su bolsa de deporte e introdujo aquellos objetos imprescindibles para su aseo personal, algo de ropa interior y algo de ropa normal. Pidió que un taxi la fuese a buscar al apartamento y, siendo consciente de que posiblemente estuviese cometiendo un error, abandonó aquel lugar. La barbie asquerosa había ganado, pensó. Lo había hecho lo suficiente bien como para sembrar la duda y el malestar en ella. Había conseguido romper una situación y relación consolidada. Había hecho pedazos la confianza que Victoria sentía hacia él. Antes de marcharse, dejó su antiguo iPhone encima de la mesita auxiliar de la sala, con la pantalla encendida en la sección de las imágenes. Quería que Lorenzo entendiese por qué se había marchado.

Sabía que más temprano que tarde tendría que regresar a casa y escuchar su explicación. Él merecía ser escuchado y ella, desde luego, merecía aquellas palabras y algo de paz. Era incapaz de borrar las advertencias de Alessia de su memoria, diciéndole que Lorenzo era así, que le encantaban los juegos, el sexo... que nunca sería de una mujer. Necesitaba estar sola. Necesitaba pensar, despejar la cabeza y quererse un poquito. Al fin y al cabo, pasase lo que pasase, si algo había aprendido aquellos últimos meses es que la vida seguía adelante y que la gente, independientemente de si lo desearas o no, entraba y salía de ella sin pedirte permiso.

Lorenzo procuró ser paciente, pero si de algo escaseaba en aquellos instantes, era de paciencia. Al final Laila confesó. La noche del accidente con el ex de Victoria, Lorenzo había quedado con Laila para aclarar las cosas y cortar la situación que mantenían.

Había decidido estar con Victoria y le había prometido que ella sería la única mujer de su vida. Ella, dolida aún con su última discusión, llevaba días sin dirigirle la palabra y había comenzado a sentirse consumido e infeliz. Invitó a Laila a un restaurante y mientras cenaban, le confesó el amor que le procesaba a Victoria. Le explicó que aquellos juegucitos que se traían entre manos tenían que cesar, que no podía continuar con ellos. Sabía que para que existiese una posibilidad con Victoria, tenía que cortar cualquier lazo con ella.

Ella se tomó la “ruptura” mejor de lo que había imaginado. No montó ninguna escenita, ni se molestó en preguntar absurdos. Simplemente, asintió y continuó cenando como si nada hubiese cambiado entre ellos y pudieran seguir manteniendo la amistad. Cuando terminaron de cenar, habían bebido el suficiente vino como para necesitar despejarse antes de meterse en el hotel y decidieron regresar caminando. Alcanzando ya el hotel, escucharon el tono de voz elevado de un hombre y no tardaron en comprender que dos tortolitos se encontraban en plena guerra amorosa junto a la puerta del hotel. Se cambiaron de acera para no molestar, pero Lorenzo intuyó que aquella discusión sobrepasaba las maneras.

Observó cómo el hombre golpeaba a la mujer mientras ésta se protegía como podía, sin poder hacer más, encajonada contra una pared. Corrió hacia ellos y no tardó en comprender que aquella chica indefensa era Victoria. Era su Victoria. Perdió los nervios. Laila le contó que en algún momento, cuando cruzó la carretera hacia ellos, asustada, un teléfono móvil salió disparado a sus pies. Al principio se pensó que era el de él, o el del agresor. Tampoco imaginaba que la víctima fuese Victoria. Después la cosa se complicó y Laila se olvidó de que tenía en su poder el teléfono.

Lorenzo recordaba perfectamente cómo se había enzarzado con el cabrón del exnovio de Victoria hasta que se fijó en ella. Se dio cuenta de que ésta estaba inconsciente y de que, seguramente, precisase auxilio médico. Soltó al imbécil de turno y se centró en ella. Escuchó a Laila gritar algo, pero no le prestó atención. El agresor de Victoria salió corriendo. Lorenzo sintió que perdía la vida cuando encontró a la mujer que amaba así, herida, dolida, perdida. Llamó a

la ambulancia, la acompañó al hospital y cuidó de ella. Había decidido no dejarla sola ni un solo segundo de su vida.

No supo a dónde o qué había hecho Laila. Tampoco le importaba. En su confesión le contó que aguantó varios minutos en la escena después de que el agresor se marchase pero que, al sentirse ignorada y fuera de lugar, terminó por marcharse. Los días siguientes recibió varios mensajes de ella preguntándole si podían quedar, si podían hablar, diciéndole que le echaba de menos, que quería que se vieran. Lorenzo ignoró todos y cada uno de ellos.

Laila le contó que se sintió despechada, pero que tampoco le dio demasiada importancia. A lo largo de los años le había visto encapricharse con otras mujeres, pero tarde o temprano siempre regresaba a ella y se olvidaba de las demás. Pensó que esta vez no sería diferente, hasta que aquel lunes encontró la invitación nupcial entre el correo.

Le invadió la rabia y sintió que tenía que hacer algo para quitarse a Victoria de encima.

— Nunca te has dado cuenta de lo muchísimo que te quiero — susurró entre sollozos — . No quería perderte.

Entre los juegucitos que habían llevado a cabo todos aquellos años, habían estado muy presentes las fotografías, los vídeos, los juegos de roll... A Lorenzo le resultaba excitante verlos después. Laila le confesó que había llenado el teléfono de Victoria de esas imágenes y se lo había entregado.

En aquel instante Lorenzo sintió que el mundo se le venía encima.

— El lunes te quiero fuera de esta empresa, Laila. Desaparece de mi vida.

Colgó el teléfono sin esperar escuchar una respuesta. Laila acababa de destrozarle la vida y, seguramente, Victoria estaría todavía más destrozada que él. ¿Cuánta maldad podía albergar una persona en su interior para acometer dichos actos?

Cogió su americana y salió corriendo hacia casa. Aquella mañana le había dejado el coche a Victoria y había ido en taxi a trabajar, así que tuvo que esperar cuarenta minutos hasta dar con uno libre. Pensó en aquello que le rondaría en la cabeza a Victoria mientras observaba aquellas imágenes. ¿Pensaría que la estaba engañando? ¿Habría caído en el engaño de Laila? Había sido sutil, sí.

El teléfono móvil, repleto de todas aquellas fotografías, estaba sobre la mesa de la sala. Esperándole como aquel que espera su sentencia. Laila había incluido

las imágenes más morbosas que podía haber encontrado. Odió con todo su alma a aquella mujer y sintió un deseo incontrolable de querer asesinarla.

Vicky no estaba en casa. La maleta seguía en el dormitorio y parecía que no se había llevado ropa. Tan solo el cepillo de dientes y el peine.

Suspiró hondo y les agradeció a los dioses el que no le hubiese abandonado a la primera cambio.

Sabía que estaba dolida, o enfadada, o las dos cosas. Pero tarde o temprano volvería a casa con él. Tenía que hacerlo.

— Tú no lo entiendes. Esta situación me supera, no puedo con ella.

Su voz sonaba rota y dolida.

— No soy capaz de borrar esas imágenes de mi cabeza, no soy capaz de acostumbrarme a esta vida, Lorenzo. Quiero vivir tranquila, quiero ser feliz.

— No te haría daño — murmuró.

Habían pasado dos días y Victoria no había vuelto a casa. La echaba de menos. La echaba de menos tanto que llegaba a dolerle.

— Jamás te haría daño. Laila quería separarnos y parece que lo ha conseguido

— procuró sonar calmado y seguro de sí mismo pero la desesperación tildaba su tono de voz de angustia. Quería recuperar a Victoria y anhelaba volver a tenerla entre sus brazos — No puedo borrar mi pasado, Vicky. Lo que hice, hecho está. Solo puedo pensar en el futuro. En nuestro futuro.

Había detectado agotamiento ella. Parecía cansada.

Seguramente, llevaría días comiéndose y rebanándose los sesos con ese asunto. Laila había conseguido cumplir con su objetivo, pero Lorenzo tenía una cosa clara: aquello no quedaría así. El mal rato y el malestar que les había causado no quedaría impune ni sería perdonado sin recibir castigo a cambio.

— Vuelve a casa y hablemos las cosas, por favor — suplicó.

Pero Vicky no le hizo caso.

Los días pasaban lentos y angustiosos. Había procurado trabajar de más para mantenerse entretenido, pero se veía incapaz de mantener la concentración adecuada más de quince minutos. Necesitaba saber dónde estaba y que se encontraba bien. Dudaba que el imbécil y patético de su exnovio fuese capaz de volver a atacarla, pero tampoco podía despreocuparse por completo del asunto. No quería agobiarla ni presionarla, pero se veía incapaz de pasar cuatro horas seguidas sin saber nada de ella.

El primer día que se marchó, al ver que no regresaba, decidió enviarle un email explicándole lo del teléfono móvil. Le contó, en dicho mensaje, que había mantenido una conversación con Laila y que había aclarado el asunto. Le pedía perdón porque hubiese tenido que pasar el mal trago de ver aquellas fotografías. También le contaba que Laila había sido despedida con efecto inmediato y, por último, le suplicaba repetidas veces que regresase a casa.

No contestó al email. Las llamadas se espaciaron en el tiempo cada vez más y Lorenzo terminó por conformarse con saber, al final del día, que ella estaba sana y salva.

Un dolor en el pecho que jamás hasta entonces había experimentado comenzó por enredarse en su corazón. El malestar de saber que cada día se alejaba y distanciaba más de la persona que amaba comenzaba a tornarse insoportable.

Victoria había dejado de amarle. La había perdido. Y mientras él seguía en su apartamento. Sí, suyo. Aunque lo hubiesen compartido aquellos últimos meses, ella había alquilado aquel lugar por su cuenta y había vivido allí antes de conocerle a él. Se dio cuenta de que todo lo que tenía alrededor era un reflejo angustioso de su presencia y sintió ganas de salir corriendo de aquella cueva. Por un momento, aquel céntrico, pequeño y acogedor hogar se le tornó enorme, gigante, blanco, roto, sin vida, vacío. Le sobraba espacio pero le faltaba aire. Aquel lugar era Victoria, una Victoria que había tenido y no había sido capaz de conservar.

Se tumbó en el sofá y encendió la televisión con el único afán de entretenerse. La gala musical que se celebraba justo antes de la campaña de navidad apareció de la pantalla. Un escenario lujoso repleto de perifollos dorados y plateados apareció en la pantalla frente a Lorenzo. Los artistas, uno detrás de otro, subieron al escenario a cantar sus mejores singles mientras Lorenzo, absorto en sus pensamientos, los observaba sin prestarles atención.

Yo te prometo que yo
Seré quien cuide tus sueños
Y cuando tú estés despierta
El que te ayude a tenerlos...

Despejó sus pensamientos de un plumazo y se quedó helado observando el televisor. Una imagen hipnótica de Victoria invadió su mente. Estaban en el coche, los dos. Prácticamente no se conocían ni tenían confianza alguna, cuando esa misma canción comenzó a sonar y, Vicky, ni corta ni perezosa, comenzó a tararearla para terminar cantándola a pleno pulmón. Una imagen inocente y pura.

(...) Yo te prometo una luna desnuda
Que sea testigo de nuestra locura
Que al final de nuestros días
Nos va a sombrar una sombra
Que no cortare mas flores solo por adornar otras
Que confundirás tus manos con las mías
Yo te prometo amor que eres lo más bonito
Que he visto en mi vida...

Se detuvo a escuchar la melodía y la letra de la canción. A pesar de que, en aquellos primeros momentos de la relación, Vicky la había escuchado ocasionalmente, jamás se había detenido a entender qué era lo que aquel tipo cantaba que tan romántico le parecía a ella.

(...)Te prometo amor que solamente
Yo tengo en mi mente pedirte una noche
Porque no necesitaré más que un muelle de San Blas
Sonando en nuestro coche

Si me das la oportunidad corazón
De que nos besemos a solas
Tu vida será una canción *When a man loves a woman...*

Era una letra de promesas, de amor eterno. De esas cosas locas que se dicen sin pensar cuando uno se enamora total y perdidamente. Era lo que Victoria quería, una vida de promesas, de amor, de sinceridad, de cariño y de respeto. Él lo sabía a la perfección.

(...)Porque cuando un hombre ama a una mujer
Lo sabe desde el momento en que la ve
Y no importa si algo falla
De la mano de quien vaya
Si se ríe o si se calla
Porque cuando un hombre ama a una mujer
Es como si le empezara a parecer
Que lleva tiempo dormido
Pensando que estaba Vivo
Yo te prometo contigo
Envejecer...

Mientras que el tipo, un tal Melendi, se despedía entre júbilos, aplausos y besos lanzados al aire, Lorenzo recordó la única promesa que Victoria desea: que fuese solo para ella. Era lo único que le había pedido. No le había dicho que quería una vida lujosa, ni un amor eterno, ni niños, ni una casa grande, ni unas vacaciones en un crucero surcando el mar Caribe. Lo única que quería, era tenerle para ella. Y sabía de sobra que, si no la recuperaba, jamás encontraría a nadie igual. Jamás volvería a enamorarse.

Agarró su cazadora y, despidiéndose de aquel apartamento que, de repente, se le tornaba frío y nostálgico, salió a la calle. Iba a encontrarla, costase lo que le costara y a cualquier precio. No tenía ni idea de dónde se encontraba y, al parecer, Mónica tampoco. Le parecía inverosímil que su mejor amiga no conociera el paradero en el que se encontraba, así que pensó que aquel podría ser un buen comienzo.

Mónica se había marchado al trabajo y, por primera en dos días, se quedó sola. Estaba harta de escuchar los cuchicheos de Alberto y ella. Alberto parecía haberse mudado al piso de su amiga y lo extraño era no encontrarlos haciéndose arrumacos y carantoñas en el sofá o en la cocina. Si dos años atrás le hubiesen contado que aquello, jamás se lo hubiese creído.

Observó el post it que le había dejado Alessia sobre el escritorio de la habitación de invitados de la que se había apoderado aquella temporada. Los nueve números, dibujados con la caligrafía implacable de aquel a quien no le tiembla el pulso jamás, esperaban pacientemente a que se tomase la decisión de qué hacer con ellos. Aunque la decisión ya había sido tomada y era la única que cabía entre las posibles con final feliz.

Suspiró hondo y, armándose de todas las fuerzas que su interior albergaba, marcó los números y pulsó el botón de llamada.

Los pitidos se sucedieron unos detrás de otros, mientras Victoria intentaba tranquilizar sus implacables nervios. Se dio cuenta de que le temblaba la mano con la que no sostenía el teléfono, así que la aprisionó debajo de sus piernas, aplastándolas contra el sofá para que detuvieran el movimiento. Sabía que llamar a Laila podía verse desde fuera como un acto de “traición” o “desconfianza”. Y si debía ser sincera consigo misma, quizás fuese así. No tenía confianza, ni en Lorenzo, ni en ella. Alessia le había dejado claro en más de una ocasión que, por mucho que quisiera a su “amato fratello”, no le eximía del inhonorable título de mujeriego.

—¿Sí?

La voz de la barbie asquerosa sonó a través del auricular.

— Hola, Laila — saludó cortante. No sabía muy bien qué decirle y esperaba que la conversación tomase su ritmo por sí sola — . ¿Qué tal estás?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Seguramente no habría sido capaz de reconocer la voz de Victoria. Aún así, ésta aguardó silenciosa esperando a que Laila solicitase algún tipo de aclaración.

— ¿Eres Victoria? — preguntó, aparentemente sorprendida.

— Sí, soy yo. Victoria.

Se volvió a hacer el silencio.

— Necesito hacerte algunas preguntas respecto al teléfono que me diste el otro día. Concretamente, sobre la imágenes que contenía su interior.

Laila no respondió, pero Victoria no necesitó escuchar nada para adivinarle una maligna y satisfecha sonrisa en el semblante. Sabía que se arriesgaba a ser engañada, pero también sabía que no tenía más opciones para descubrir la verdad. Si Lorenzo la había engañado, no iba a admitirlo de buenas a primeras. Además, a lo largo de aquel periodo de tiempo, nunca había terminado de ser totalmente sincero con ella. Acababa de enterarse, hacía unos días, que en el momento del fatídico accidente con Alex él se encontraba paseando con la barbie asquerosa. ¿Cómo era posible que hubiese sido capaz de ocultarle algo así? Era incapaz de entenderlo. Así que, evitando sentirse atormentada más de lo necesario, pensó que, si alguien había puesto en jaque la relación y la confianza mutua, había sido él.

— Tú dirás — respondió Laila con tono burlón — ¿Qué es lo que quieres saber?

— Quiero saber de dónde sacaste el teléfono, quiero saber cuándo fueron tomadas esas fotografías.

Laila soltó una risita juguetona mientras a modo de respuesta. El timbre del piso de Mónica resonó anunciando la llegada de alguien y Victoria se sobresaltó.

— No creo que la respuesta sea de tu agrado.

Acababa de decidir ignorar la llamada del característico “din dan don” cuando, por segunda vez, resonó impaciente. Victoria suspiró desesperada.

— Me da igual que no sea de mi agrado. Necesito saberlo — soltó a bocajarro, desesperada — . Necesito saber con quién estoy.

Laila volvió a reír, mientras Victoria se encaminaba hacia la puerta principal.

— Está bien. ¿Por dónde quieres que empiece?

— Por el principio, pero necesito que me des un segundo, tengo que deshacerme de una visita inesperada.

Pensó que, si colgaba el teléfono, quizás no volviese a tener ocasión de hablar con ella. Quizás Laila no respondería la llamada por segunda vez.

Desechó la idea de su cabeza. La barbie asquerosa parecía estar pasándoselo en grande con aquel asunto.

— Cuando quieras — dijo, antes de cortar la conexión.

Abrió la puerta del piso esperando encontrarse con un repartidor de propaganda o algo similar. En realidad, Victoria habría esperado a cualquier persona antes que a él.

— Vicky... — susurró.

— ¿Lorenzo?

— ¿Puedo pasar? — preguntó él, dudando.

También parecía sorprendido por haberla encontrado allí.

Victoria se hizo a un lado para dejarle pasar. Ella le escrutó. Parecía llevar días sin dormir, sin comer y sin darse una ducha en condiciones. No tenía buena imagen y parecía encontrarse realmente abatido. Vicky sintió pena y nostalgia y tuvo que controlar los impulsos para no lanzarse a sus brazos.

— ¿Qué tal estás? — preguntó él, sin atreverse a tocarla o besarla.

Se sentó en el sofá y ella le imitó, aún con el teléfono móvil en la mano. El número de Laila, grabado con la letra de Alessia sobre el post-it amarillo, estaba frente a ellos, en la mesita de la sala. Miró la prueba que le delataba y pensó que, de alguna manera, había sido pillada con las manos en la masa. Él reparó en el comportamiento de ella y siguió su mirada hasta el post it.

— ¿Y eso?

No sabía si había reconocido el número o la letra de Alessia, pero pensó que, dadas las circunstancias, no era buen momento para andarse con rodeos o mentiras.

— Le he pedido a tu hermana el número de... — suspiró hondo. Aún sentía dolor al pronunciar su nombre en voz alta — . Laila.

— ¿Por qué has hecho eso? — preguntó él — , no lo entiendo.

— Necesitaba hablar con ella — confesó Victoria, mientras sentía la culpabilidad invadir sus entrañas.

— ¿Por qué? — insistió él.

— Porque me cuesta creerte. Porque la confianza es algo fácil que cuesta mucho ganarla y tú la has hecho añicos en más de una ocasión. Porque si quiero perdonarte, o volver a tu lado, o como quieras llamarlo, necesito estar cien por cien segura de que estoy tomando la decisión correcta.

Lorenzo repitió aquellas palabras en su cabeza una y otra vez: “porque si quiero perdonarte o volver a tu lado”. Aquellas palabras caían sobre él como una cascada de agua helada, totalmente rejuvenecedora y mágica. Se acercó unos centímetros a su rostro y tanteó la reacción de Victoria. No se apartó, lo cual resultaba ser un descomunal avance. Le apartó un mechón de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. Se fijó en que tenía ojeras y parecía no haber descansado bien.

— Aún no la he llamado — carraspeó ella, mientras se apartaba un poco de él. Desde aquella distancia, podía oler el sensual y embriagador perfume de Lorenzo. Sintió una extraña necesidad de besarle, pero se contuvo. Tenía que ser fuerte, hacer las cosas bien. Hacerse valer y no ponérselo difícil.

Él sonrió, aparentemente satisfecho y feliz.

— Pues entonces, llámala. Aclaremos las cosas — dijo, en lo que a Victoria le pareció una súplica desesperada — . Aclaremos las cosas y volvamos a nuestra casa, Vicky.

Ella asintió, pensativa. ¿Cambiaba algo el llamarla delante de él? En realidad, Victoria tan solo iba a pedirle que le contara de dónde había salido el teléfono y su contenido. Era algo totalmente normal el querer saber si estaba siendo engañada por ella o por él.

Marcó el botón de la rellamada.

— No hables. Si dices algo, si ella te escucha y cambia su versión por ti, colgaré el teléfono, te pediré que te marches y no volverás a verme. Jamás. — amenazó. Él asintió, sonriente. No pensaba decir nada.

— ¿Ya te has desecho de la visita?

— Sí — respondió Victoria.

Se levantó del sofá para no estar cerca de él. Estaba muy nerviosa y no quería que lo notase.

— ¿Y bien? — preguntó.

— Cuéntamelo todo — pidió Victoria.

— ¿Estás segura? — preguntó, burlona —. Creo que no va a resultarte agradable de escuchar.

Victoria no respondió. Pulsó el botón del altavoz, se colocó el teléfono contra el pecho para tapan el micrófono y susurró:

— Recuerda. Da igual lo que diga, no hables. Si te escucha, no volveré a creer en ti jamás.

Él asintió con tranquilidad.

— ¿Victoria?

Lorenzo se sorprendió al escuchar a Laila tan feliz y aparentemente satisfecha.

— Estoy aquí — respondió ella — continúa, por favor.

— Como quieras. El día del incidente con tu prometido...

— Exprometido — interrumpió.

— Bueno, da igual. Parece que se te da bien coleccionarlos, ¿eh? — bromeó ella, divertida — Pues eso. Aquel día Lorenzo y yo habíamos quedado para cenar. Cuando vio que tu ex te estaba pegando, salió corriendo a defenderte. Yo llamé a la ambulancia y cuando todo quedó resuelto, me marché. La verdad, si te soy sincera, no es que te tenga mucho aprecio, así que no creí que fuera necesario acompañarte hasta el hospital. Lorenzo, que ya me había advertido aquella noche de la relación abierta que manteníais, se marchó al hospital contigo. No me sorprendió, ya sé de sobra cómo es él y cómo se preocupa por sus chicas.

Victoria no pasó desapercibido cómo la barbie asquerosa había recalcado en “sus chicas” el tono de voz. Miraba con detenimiento a Lorenzo, que costosamente se mantenía en silencio mientras apretaba el puño y le rechinaban los dientes.

— Con las prisas, ni si quiera nos despedimos. Al día siguiente vino a hacerme una visita a mi hotel y me preguntó si era mi móvil. Me dijo que lo había encontrado en la chaqueta de su americana y que no recordaba de dónde lo había sacado. Yo le dije que no, pero, ya sabes... Una cosa llevó a la otra y nos dieron las tantas. Cuando se fue a marchar, con prisa, se dejó el aparatito en mi casa. Lo encendí para ver qué contenía y me sorprendí con una foto tuya. Pensé que, si no decías nada, significaba que tampoco lo echabas mucho de menos y me pareció que no me vendría nada mal para nuestros juegucitos. A Lorenzo le encantan esas cosas...

Victoria podía ver perfectamente la diabólica sonrisa de la barbie pintada en sus labios.

— ¿Contigo también juega? Podríamos divertirnos un día los tres — continuó

— no sé si lo sabes, pero le vuelven loco los tríos.

Lorenzo se levantó del sofá y, furioso, se acercó hasta Victoria. Tenía los ojos inyectados en rabia, en furia. Vicky pensó se encontraba a punto de explotar y de quitarle el teléfono, pero se contuvo. Apretaba los puños y le temblaba el cuerpo. Ella le tocó un brazo con suavidad y le miró con detenimiento y de manera tranquilizadora.

— Bueno, Laila. Muchas gracias por la información — dijo Victoria, que no sentía la necesidad de entretenerse más de lo necesario con aquella conversación

— gracias por aclararme las cosas.

— Un placer, querida, ya sabes que...

Victoria colgó el teléfono sin dejar que ésta añadiera nada más. Observó a Lorenzo; continuaba temblando y había comenzado a llorar silenciosamente.

— ¿La has creído? — preguntó él, sin encontrar las fuerzas necesarias para mirar a Victoria a los ojos.

— No — susurró ella, mientras apoyaba una mano sobre su mejilla.

Él levantó la cabeza y la observó ensimismado y estupefacto.

— ¿No? — repitió.

Vicky sonrió. De ninguna manera se habría podido creer semejante patraña. Era imposible. Nadie con dos dedos de frente hubiese tomado ni una sola palabra en serio. Desde un primer instante, Vicky detectó en la voz de Laila la intención de dañarla y de romper la relación que mantenía con Lorenzo. Desde un principio tuvo en cuenta que aquella había sido el principal motivo oculto tras las acciones de Laila, pero aquellas fotografías... Era imposible no observarlas sin sentir dolor, sin que sembrasen la duda.

— No, no la he creído.

Lorenzo la observó tras el manto de agua salada que se había creado en sus ojos.

— Te quiero — susurró — . Y no te mentía. Seré solo para ti.

Ella sonrió, feliz. Libre de dudas, de miedos, de inseguridades, de desconfianza, de despecho, de engaño, de angustia. Libre de cualquier sentimiento malo con el que Laila la había intentado envenenar.

— Te creo — murmuró, mientras se lanzaba a sus brazos.

Mónica no podía parar de llorar. Había intuido desde horas tempranas de la mañana que aquello ocurriría, así que, siendo una mujer previsora, había tomado la decisión de no maquillarse. Intentó controlarse y aguantar el llanto, pero no fue capaz. En la peluquería, lloró como una magdalena porque el peinado de Victoria había quedado genial. También lloró porque el maquillaje había salido según lo previsto y sin incidentes. Cuando le ayudó a vestirse, lloró todavía más porque, por alguna extraña razón, el universo había conspirado mágicamente para que el vestido, aquel día tan especial, le quedase todavía mejor que la última vez que se lo probó. Susana, la madre de Vicky, le ajustaba el corsé del vestido mientras ella, sentada frente a la futura novia, la observaba con aires soñadores.

— No puedo creerlo — gimoteó Mónica.

— ¡Por Dios, hija! — le regañó Susana — deja ya de llorar, hombre, que esto parece un funeral.

Mónica sacó un paquete de pañuelos, se secó las lágrimas y se sonó los mocos.

— Además, ya va siendo hora de que te vistas y te maquilles, que se nos está echando el tiempo encima.

— ¡Mamá, por favor! — riñó Vicky, que sentía los nervios palpar bajo su piel

— ¿Puedes concentrarte en el vestido? Mónica ya está mayorcita...

— Ay, ¡es que está tan guapa! — exclamó ella, sin soltar el pañuelo.

Susana terminó de atar el último botón y recolocó la palabra de honor del vestido de su hija. Estaba preciosa, pero no podía permitirse el lujo de andar por las esquinas gimoteando, como Moni. Alguien tenía que organizar el tinglado y llevar las riendas, o llegarían pasadas las doce de la medianoche al altar y encontrarían a un novio petrificado en plena espera.

— ¡Tú! — exclamó Susana, señalando con el dedo índice a Mónica—. Desnúdate ahora mismo y prepara el maquillaje, que como sigamos así, no llegamos.

Mónica, que sabía que su amiga había contratado un stand y una maquilladora para que auxiliase a todas aquellas mujeres lloronas que sufriesen el mal del rímel corrido y los ojos de mapache, se preocupó por la ropa y pensó que, si el tiempo se les echaba encima, se maquillaría en el mismo stand al llegar.

Seguramente, sería la única invitada que acudiese a “retocarse” sin una base previa por debajo.

— ¿Cómo estoy? — preguntó Vicky.

Estaba hecha un mar de nervios. ¿Le gustaría a Lorenzo el vestido? ¿El peinado? ¿Saldría guapa en las fotos?

— ¡Estás guapísima, cuchufleta!

Mónica la observaba con unos enormes ojos de admiración vidriosos y Vicky pensó que no le quedaba más remedio que confiar en su palabra.

— ¡Por Dios, necesito que hoy salga todo bajo lo previsto...!

Lo había dicho en voz alta, pero en realidad había sido una plegaria al cielo.

— Saldrá todo genial, cariño — tranquilizó Susana — , confía en mí, anda.

La boda, que en un principio habían decidido hacerla sencilla y familiar, había terminado desmadrándose con trescientos quince invitados. Lorenzo había invitado a media Italia: primos, tíos, padres, hermano, amigos, etc. También había optado por invitar a una buena cantidad de inversores de la I.O.A. “Será bueno para la empresa”, le había dicho. Vicky, que no conocía tanta gente como él, había invitado a Mónica, a sus padres, sus abuelos, sus tíos sus primos, sus antiguas compañeras del instituto, sus compañeras del trabajo... Total, que la cosa se había terminado por desmadrar entre ambas partes y el restaurante en el que celebraban el evento había tenido que preparar y disponer los jardines enteros para ellos.

Victoria no solo acumulaba los nervios por dar el “sí, quiero”. También iba a conocer a la familia de Lorenzo. A pesar de que llevaban ya varios días en España, con todos los preparativos encima, no habían podido ni tenido la ocasión de coincidir con ellos. La noche anterior, Victoria, con la inquietud grabada en el subconsciente, le había preguntado a Lorenzo a ver qué opinión creía que se llevarían sus padres al conocerla y éste, muy serio, había respondido que lo mejor que podían hacer en aquel día tan especial era ignorar a sus padres. Aunque aquella respuesta no logró tranquilizarla en absoluto, al menos se alegró de haber mantenido una estrecha relación (telefónica) con Luka. El hermano de Lorenzo parecía cariñoso, simpático y agradable. Vicky se sorprendió de lo bien que hablaba en español y del poco acento italiano que éste tenía.

— Brasil, España... — le dijo él cuando ella le preguntó por el acento — llevo tantos años dando tumbos que creo haber cogido un poco de aquí y de allá.

Vicky sospechó que, seguramente, estaría en la suposición correcta.

El teléfono sonó avisando a una novia nerviosa, una madrina mandona y una

dama de honor llorona de que la limusina ya estaba lista para recogerlas.

— ¡Guau!

Victoria observó, perpleja, a su madre y a su mejor amiga; estaban espectaculares. Mónica llevaba un vestido rosa palo de media pierna con unos tirantes de encaje y un escote en pico que la hacían verse fenomenal. Su madre, en cambio, había optado por un *look* más elegante. Llevaba una falda plateada, con una camisa de satén a juego y una americana grisácea. Estaba guapísima y Vicky tuvo la sensación de que, así vestida, aparentaba tener unos cuantos años menos.

La limusina las dejó en la misma puerta del elegante restaurante. Un camarero les condujo hasta la puerta que accedía a los jardines.

— La novia que espere aquí, igual que en el ensayo — indicó — . Las señoras pueden ir acomodándose en sus respectivos asientos.

Vicky las observó, procurando mantener a raya los nervios y no echarse a llorar. Sentía la tensión infiltrándose por cada poro de su piel.

— Todo va a salir genial, cuchufleta — murmuró Mónica, mientras le besaba suavemente la mejilla para no dejarle marcas.

— Eres la novia más bonita que he visto jamás — dijo Susana, sin poder ocultar demasiado la emoción que sentía.

— Gracias, mamá — respondió ella — . Te quiero mucho.

— Y yo a ti, hija.

Las tres mujeres se abrazaron y se despidieron. Vicky aguardó tras la puerta, impaciente, hasta que escuchó cómo música comenzaba a sonar.

Habían hecho el ensaño y sabía que, cuando “El canon” de Pachelbel saltase, tenía que salir al jardín. Allí la esperaría su padre y juntos, debían caminar hasta Lorenzo, que se encontraría ya esperándola en el altar.

Escuchó los primeros violines resonar armónicamente con el resto de los instrumentos de la pieza, pero por alguna razón, sus pies habían decidido no moverse ni un solo centímetro. Notó que comenzaba a hiperventilar y, cuando el pánico entró en escena haciendo puré la poca calma que guardaba en su interior, la puerta se apareció y su padre, con aquella característica tranquilidad de su rostro, apareció tras ella con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Estás lista? — le preguntó.

Ella asintió.

La agarró del brazo y, Victoria, armándose de todo el valor que contenía, salió al exterior. Una sinfonía de aplausos, gritos y silbidos solapó el hermoso “Canon”.

Victoria paseó la mirada por los jardines, que habían sido decorados por enormes bancos blancos que reposaban a la derecha y a la izquierda de la pasarela roja por la que caminaba junto con su padre. Había tantísima gente, que no fue capaz de fijar su atención en una sola persona. Se sintió mareada por los flashes de las cámaras y clavó la mirada en la alfombra roja por la que se deslizaba, por miedo a tropezar.

— Estoy muy orgulloso de ti — le dijo su padre.

— Gracias, papá — respondió, mientras le apretaba el brazo cariñosamente.

Levantó la mirada y sus ojos tropezaron con los de Lorenzo. Estaba guapísimo con aquel traje de tres piezas de Armani. Él sonrió con una de esas sonrisas tontas que solo un hombre el día de su boda puede tener.

Llegaron hasta el altar y el padre de Vicky los dejó a solas.

— Estás impresionante — resopló él, mientras negaba con la cabeza —. No podía haberte imaginado más preciosa que hoy, jamás.

Ella enrojeció. El Canon se extinguió entre aplausos y Lorenzo sacó un papel de su americana. Miró a Vicky y sonrió con nerviosismo. Ella le devolvió una sonrisa cargada de ternura.

— Buenas tardes, estamos aquí para unir en matrimonio a Victoria Román y Lorenzo Moretti. Primeramente, voy a proceder a dar lectura al acta matrimonial.

El oficiante procedió a leer el acta y los respectivos artículos civiles. Después, la muchedumbre guardó silencio y Lorenzo, con el papel aún doblado en su mano, comenzó a hablar:

— Hace muchos años me apasioné a la poesía. Creo que no se lo he contado a mucha gente.

Vicky negó, sin poder borrar de su semblante la inmensa alegría que sentía.

— Me encantaba leer poesía antes de irme a dormir, pero había cierto tipo de poemas que no era capaz de entender. Tú, amada mía, has hecho que cobren sentido esas letras que tan inverosímiles se me hacían al entendimiento. Quería escribirte, de mi puño y letra, todo aquello que significas para mí, todo aquello que quiero en esta vida a tu lado; pero no he sido capaz de conseguir plasmarlo. Por eso, hoy, hago más estas palabras de Luis Cernuda. Porque en ellas encuentro todo lo que significas para mí.

Vicky sintió cómo los lagrimales se le hinchaban amenazadoramente. Notó una lagrimita abandonar su ojo y recorrer su mejilla. Decidió dejarla campar a sus anchas por miedo a estropearse el maquillaje. Lorenzo comenzó a leer:

— “Si el hombre pudiera decir lo que ama,

si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
como una nube en la luz;
si como muros que se derrumban,
para saludar la verdad erguida en medio,
pudiera derrumbar su cuerpo,
dejando sólo la verdad de su amor,
la verdad de sí mismo,
que no se llama gloria, fortuna o ambición,
sino amor o deseo,
yo sería aquel que imaginaba;
aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
proclama ante los hombres la verdad ignorada,
la verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
como leños perdidos que el mar anega o levanta
libremente, con la libertad del amor,
la única libertad que me exalta,
la única libertad porque muero.

Tú justificas mi existencia:

si no te conozco, no he vivido;

si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.”

Cuando terminó de leer, alzó los ojos y encontró a su futura mujer hecha un mar de lágrimas. Recorrió su mejilla con el dedo índice y guardó silencio, mientras la observaba fijamente.

— Yo tampoco he encontrado las palabras apropiadas para expresar lo que siento por ti, así que, simplemente, callaré aquello que ya sabes solo con observar mi mirada. Te diré que seré paciente el resto de mi vida y que en mí encontrarás la calma y el consuelo que precisas en los días más oscuros. Que seré consciente de que aquello sufrido, siempre es merecido y de que cualquier amor necesita ser cuidado y mimado para que perdure en el paso del tiempo. En mí no solo encontrarás a tu mujer; encontrarás una amiga, una compañera en este viaje tan

largo al que hemos decidido llamar “vida”.

Lorenzo agarró su mano y se la llevó a la boca para sellar un beso en ella. El oficiante continuó con la ceremonia:

— Así pues, os pregunto. Lorenzo, ¿quieres contraer matrimonio con Victoria y, efectivamente, lo contraes en este acto?

Él asintió solemnemente, sin apartar los ojos de ella.

— Sí, quiero.

Arrastró las palabras con sumo orgullo y guardó silencio.

— Victoria, ¿quieres contraer matrimonio con Lorenzo y, efectivamente, lo contraes en este acto?

— Sí — murmuró ella con voz ronca — . Quiero.

La emoción de aquel día había dejado sin voz a Vicky, de manera que, aquel “sí, quiero” tan solo lo habían llegado a escuchar el oficiante y el novio. Daba igual, después del inmortal beso que Lorenzo le plantó en los labios, todos los invitados dieron por sentado la respuesta de Victoria y se levantaron de sus asientos gritando “¡viva los novios!” y aplaudiendo enérgicamente.

El oficiante pidió silencio y la gente regresó a sus asientos con formalidad. Lorenzo y Victoria le miraron extrañados.

— Parece que los novios tienen prisa por ser marido y mujer y han decidido quitarme protagonismo — bromeó, aunque el pobre hombre no tenía ni un ápice de gracia — así que, ahora que todos vuelven a prestarme atención, continuaré desde el instante en el que he sido interrumpido — dijo, mientras se cercioraba de que todos los presentes guardaban silencio — . En virtud de los poderes que me confiere la legislación del estado español, os declaro unidos en matrimonio. Enhorabuena, ahora sí... podéis besaros — pronunció, mientras Victoria regresaba a los brazos de Lorenzo y los invitados retomaban los aplausos y los gritos.

2ª PARTE

25

Victoria sabía lo que era el amor. Después de luchar, rendirse, llorar y reír en su busca, por fin podía decir y gritar a los cuatro vientos que lo había encontrado. Hacía pocos días que se había casado con el sexy y atractivo empresario de Innova Original Agency; su jefe. Y la vida, por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, le sonreía. Se sentía afortunada de haber encontrado el cariño que todo el mundo ansía tener en la vida, el compañero de viaje con el que compartir cada uno de los sentimientos que sufría. Y su suerte tenía nombre y apellido: Lorenzo Moretti. Desde hacía varios meses vivía con el estómago repleto de mariposas, la piel erizada constantemente y sentía que no podía ser más feliz de lo que era en ese periodo de su vida.

Mientras terminaba de organizar la maleta para el viaje de bodas, se preguntaba a sí misma qué sería aquello que había hecho para merecer semejante dicha.

—¡He terminado!

Escuchó el grito de Luka desde el salón.

Victoria salió de la habitación, con la maleta aún abierta de par en par, mientras repasaba mentalmente cada objeto y prenda que debía llevar consigo misma.

En el salón de su apartamento estaba su cuñado, Luka, al que había conocido en el mismísimo instante en que dio el “sí, quiero” a Lorenzo, con los ojos vidriosos y enrojecidos y el ordenador colocado sobre sus piernas. Estaba sentado en el sofá junto a su novia, Samara.

Victoria no había tardado demasiado en cogerles cariño a ambos.

Cuando llegaron a Madrid, Luka y Samara decidieron alojarse en un hotel cercano a ellos pero, después de las buenas migas que Vicky había hecho con sus

cuñados, Lorenzo sugirió que se trasladasen a la habitación de invitados del apartamento y a ella le pareció una idea brillante. Lorenzo y su hermano habían pasado los últimos días juntos y Vicky había sido testigo de la buena relación que tenían, a pesar de que hacía muchísimo tiempo que no mantuvieran contacto entre ellos.

—¿Has terminado? —preguntó Vicky, sorprendida.

Samara sonreía tiernamente mientras observaba la pantalla del ordenador.

—¡Guau! Este hombrecito mío es un verdadero artista... —dijo con acento brasileño—. Y un sensiblón, también.

Victoria se sentó junto a ellos, ansiosa por observar el vídeo.

—¿Lo puedo ver ya? —preguntó con nerviosismo.

Luka asintió y pulsó el botón de “play”.

Una impresionante novia vestida de blanco con un traje de palabra de honor inundó la pantalla del portátil. Al fondo, observándola, estaba su marido, Lorenzo. Las imágenes fueron sucediéndose una detrás de otra: la ceremonia con su padre acompañándola hasta el altar, los votos, el cóctel, los aperitivos en el jardín, sus padres abrazándola y felicitándoles, Samara presentándose a ambos por primera vez, su mejor amiga, Mónica, sentada junto a su novio mientras se deshacía en un mar de lágrimas, la tarta, el baile nupcial... Cuarenta y cinco minutos después, Victoria y su cuñado, Luka, se secaban las lágrimas mientras Samara se moría de risa observándoles.

—Sois tal para cual —decía la brasileña entre risitas, mientras les pasaba un paquete de pañuelos—. No seáis así, que no es para tanto.

—Sé que no es mucho —le dijo su cuñado— que no es el regalo que podríais esperar, pero no tenemos para más, así que espero que sea suficiente. Lorenzo es mi hermano y por mucho que pasemos en la familia, siempre le querré. Y ahora tú también eres mi hermana, y no puedo estar más orgulloso ni feliz de que haya encontrado a una mujer como tú para compartir su vida.

Victoria se lanzó a sus brazos.

—No digas tonterías —murmuró llorosa—, es el mejor regalo que nos podrías haber hecho.

Observó a Samara y le agarró de la mano sin deshacerse de los brazos de Luka.

—Muchas gracias a los dos, de verdad —ronroneó, mientras absorbía con la nariz y se secaba las lágrimas—, sois increíbles.

La puerta de la calle, cerrándose de golpe, resonó en el pequeño apartamento que se encontraba hasta entonces sumido en el silencio. Los tres presentes se

giraron para saludar al recién llegado. Lorenzo, vestido con un despampanante traje de Armani, cruzaba el umbral hacia el salón con el maletín del trabajo y una sonrisa de satisfacción en el semblante.

—¡Ya está, se acabó la oficina! —exclamaba, feliz—. ¿Preparada para el viaje, preciosa?

Victoria saltó a sus brazos.

—¡Más que preparada! —respondió eufórica, mientras se fundían en un beso.

—Bueno, bueno, bueno... ¿No pensáis dejar nada para la luna de miel? —rió Samara.

Aquella tarde Luka y Samara regresaban a Brasil y Lorenzo y Victoria comenzaban su luna de miel en México. A las cuatro de la tarde, después de despedirse de la ciudad comiendo un cocido en la mejor tasca de todo Madrid, se dirigieron al aeropuerto.

—¿A dónde más iremos? —le preguntó Victoria en el taxi.

Luka y Samara les seguían en otro.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —ronroneó con voz seductora— dímelo, anda...

Vicky besó el cuello de su marido con delicadeza y ternura.

—No vas a sacármelo. Es una sorpresa y seguirá siéndolo hasta que llegue el momento.

Sentenció Lorenzo, mientras separaba a Victoria de su cuello.

—No vas a conseguir sacarme información.

Victoria resopló y decidió resignarse. Sabía que Lorenzo había preparado algo más que el viaje a México porque le había obligado a llenar seis enormes maletas de ropa. Dos de ellas viajarían en el avión hacia las playas caribeñas con ellos y el resto se habían quedado en el salón del apartamento. Él le había explicado que ya había pensado en todo y que llegado el momento “alguien” las enviaría a su siguiente destino.

—Está todo en orden, no tienes de qué preocuparte —le había dicho.

Pero su preocupación no iba a desaparecer de buenas a primeras.

Observó el espejo retrovisor central del taxi y comprobó que el conductor dirigía el vehículo con la concentración plena en el tráfico mientras tarareaba los últimos éxitos que resonaban en la radio.

—¿No me lo vas a decir? —susurró en su oreja, mientras deslizaba su mano por la rodilla de él.

Notó el cuerpo de su marido tensarse y una sonrisa tonta y traviesa afloró en su semblante. Victoria continuó subiendo la mano hasta acariciar su miembro mientras respiraba roncamente en la oreja de él.

—No es el lugar correcto —respondió Lorenzo con seriedad.

Ella le ignoró.

—¿Quieres que me detenga?

No hubo respuesta.

Observó el gesto de placer que el rostro de Lorenzo reflejaba mientras ella, con suavidad, masajeaba su ya erecto miembro por encima del pantalón. Él abrió los ojos y le agarró la mano para detenerla.

—¿Quiere jugar, señora Moretti? —sonrió.

Ella asintió pícaramente. Le encantaban aquellos jueguecitos que se traían entre manos.

Él, tomando de ejemplo los actos de ella, introdujo la mano entre sus desnudas piernas, bajo el vestido. No se anduvo con tonterías ni preliminares y la dirigió derecha a su ropa interior. Pellizcó su clítoris por encima de las braguitas de encaje y, con un dedo, retiró la ropa interior de su sexo haciéndola a un lado. Se sorprendió cuando la notó húmeda en tan poco tiempo y, después de dedicarle un leve y superficial masaje, introdujo un dedo dentro de ella. Vicky se sobresaltó y tensó sus piernas.

—No te muerdas el labio, preciosa, o tendré que pedirle que pare el taxi —le susurró en el oído.

Lorenzo comenzó a meter y sacar su dedo mientras masajeaba suavemente el clítoris de Victoria. En aquel tiempo que llevaban juntos, había aprendido qué era lo que le gustaba y cómo hacer que alcanzase el orgasmo si él lo deseaba.

—¿Te gusta así? —le preguntó.

Victoria asintió con la cabeza mientras notaba cómo el sensual masaje que su marido le estaba entregando aumentaba de ritmo por momentos. Le miró a los ojos y encontró el deseo ardiente en sus retinas mientras él continuaba con sus movimientos. Sacó los dedos y comenzó un masaje circular y lento por encima de su palpitante sexo. Percibió cómo el calor había inundado su cuerpo por completo de una manera casi dolorosa y sintió la necesidad de colocarse a horcajadas sobre él y tenerle por completo. Recordándose a sí misma dónde se encontraban, contuvo las ansias y suspiró hondo para dominar todo el remolino de sensaciones que se habían adueñado de su sistema nervioso.

—Estamos casi —anunció el conductor.

Victoria y Lorenzo se observaron con complicidad mientras él retiraba con suavidad la mano y colocaba correctamente su ropa interior.

—Tengo otra sorpresita para no aburrirnos en el avión...

Ella le miró con curiosidad.

—¿Te he dicho que odio las sorpresas?

—Ésta te encantará, te lo prometo.

Habían llegado al aeropuerto con unas cuantas horas de antelación para poder acompañar a Luka y Samara. Lorenzo parecía algo taciturno con la marcha de su hermano pequeño aunque, después de todo, era totalmente comprensible que le extrañase.

—Prometo aparecer más pronto que tarde —dijo Luka con un guiño de ojo y una palmadita en la espalda de su hermano.

Él analizó su frase unos instantes y respondió:

—Mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para vosotros dos, de verdad.

Victoria sabía por qué lo decía. Los padres de Lorenzo, que venían de familias poderosas y adineradas, no aprobaban la relación que Luka mantenía con Samara ni aceptaban el estilo de vida que ambos compartían.

—Lo sé —respondió emocionado—, nuestra casa también está abierta para vosotros. Y Brasil es precioso, de verdad.

Samara corroboró la afirmación de su novio con una amplia sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

—Muchas gracias por todo y enhorabuena de nuevo por el compromiso —se despidió ella.

Después de los habituales abrazos, les desearon un buen viaje y Samara y Luka embarcaron rumbo a su país con la promesa de regresar pronto a Madrid en los labios.

—¿Crees que debería de haberle ofrecido dinero? —le preguntó Lorenzo a Victoria uno vez se quedaron a solas.

—¿Por qué crees que deberías haberlo hecho?

—No lo sé. Sé que no tienen gran cosa.

Lorenzo suspiró, sumido en sus pensamientos.

—Yo les he visto bastante felices. Si tu hermano necesitase dinero, ¿no crees que te lo hubiese pedido?

—No, no lo creo. Creo que mis padres le han machacado tanto que por simple orgullo no pediría un céntimo jamás.

Victoria apretó con cariño la mano de su marido.

—Tu hermano está bien y es mayorcito para tomar sus propias decisiones. Si necesitase algo, creo que te lo hubiese dicho.

El asintió, aparentemente complacido con la respuesta de ella.

—¿Me piensas dar mi sorpresa antes de embarcar? —continuó, procurando dejar atrás el tema y pensar en algo más feliz.

Lorenzo sonrió con picardía y sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete de tamaño mediano envuelto con un brillante papel de regalo negro. Atado con un pequeño lacito había una tarjeta. Victoria sonrió y leyó la nota:

Ve al baño. Abre el paquete.

Elevó las cejas y entrecerró los ojos con gesto misterioso.

—¿Ve al baño y abre el paquete? —leyó en voz alta, seductoramente.

Él asintió.

—Exacto. Ve al baño y abre el paquete.

Se levantó silenciosamente y, sin borrar la sonrisa del rostro, se dirigió a los servicios. Lorenzo observó cómo su mujer se alejaba de él y una punzada de felicidad le oprimió el pecho. Era perfecta y era suya.

Como era habitual, los servicios públicos de los aeropuertos siempre estaban hasta arriba. Aunque el baño de los hombres se encontraba semivacío, el de las mujeres contaba con bastante cola de espera. Vicky tenía a tres chicas por delante de ella, así que decidió abrir el paquete mientras esperaba su turno. Lo desenvolvió con cuidado y se encontró con otra pequeña nota pegada con un pedacito de celo sobre una caja negra.

El mando lo tengo yo.

Abrió la caja y se encontró con un pequeño aparato un poco más grande que su dedo gordo. Lo observó con curiosidad y se preguntó qué esperaba Lorenzo que hiciera con aquel “instrumento”.

—Es muy morboso —dijo la chica que tenía tras ella.

Vicky se giró para observarla con los mofletes enrojecidos por la vergüenza. La chica, que aparentaba unos veinticinco años de edad, le guiñó un ojo y añadió:

—Supongo que tu novio se habrá quedado con el mando, ¿no? A mí me lo regaló mi ex —continuó—, y no veas qué gustazo te da... Notas como cosquillitas ahí abajo y es super excitante.

Victoria asintió, sin poder ocultar la vergüenza que sentía al respecto. Suspiró aliviada cuando dos de los baños públicos quedaban libres y llegaba su turno.

—¡Disfrútalo! —le dijo la chica.

Vicky susurró un leve “gracias” y corrió a refugiarse al interior del servicio. Sacó el pequeño aparato de la cajita y lo inspeccionó bien: no era demasiado grande y contaba con una pequeña cuerquita en uno de los extremos. El otro extremo tenía una punta redondeada dotándolo de forma de “bala” de metal. Victoria supuso que la cuerquita sería para facilitar su retirada llegado el momento. Sonó su móvil y comprobó que se trataba de Lorenzo: “¿ya te lo has puesto? Estoy deseando jugar con la señora Moretti.” Respondió con rapidez: “Todavía no. Estoy inspeccionando mi nuevo regalo”. Pulsó el botón de enviar mientras notaba cómo el aparatito comenzaba a vibrar en su mano izquierda. Lorenzo ya había comenzado a jugar sin esperar su respuesta. Se quitó las braguitas y, sentada sobre la tapa del retrete introdujo el aparato vibrando intermitentemente en su interior. No tardó en sentir el placentero cosquilleo del que le había hablado la chica de la cola recorriendo sus extremidades. Experimentó la excitación adueñándose de ella en el mismo instante en el que su nuevo juguete detenía la vibración.

Con las piernas temblorosas por aquella extraña sensación, salió del servicio y regresó a la mesa de la cafetería en la que le aguardaba su marido.

—¿Divertido? —preguntó él.

—Muy divertido —respondió ella con picardía.

—Tenemos demasiadas horas de avión por delante...

Él le guiñó un ojo.

Victoria amaba y odiaba por partes iguales que su marido fuese tan experimentado... en el ámbito sexual. Se preguntaba, en ocasiones, si existía una sola postura del kamasutra que Lorenzo no hubiese probado y se sorprendía a sí misma respondiéndose que seguramente no; no existía. Resultaba muy doloroso imaginarse que todas aquellas “técnicas” las había estudiado con otra mujer que no era ella, pero Victoria solía evitar auto-torturarse y procuraba alejar todos aquellos pensamientos cada vez que le invadían la mente. El episodio de Laila en sus vidas la había marcado por completo y, aún sabiendo que se pertenecían el uno al otro, le costaba confiar totalmente en su marido. Laila, una ex novia rabiosa de Lorenzo, había intentado destruirles en repetidas ocasiones, sin éxito.

—Es nuestra puerta de embarque —anunció, mientras señalaba la pantalla que detallaba los próximos vuelos.

Victoria dejó atrás sus pensamientos y se apresuró a recoger su bolso y su maletita de mano. Lorenzo la imitó y juntos se encaminaron hacia la puerta correspondiente.

—Deberíamos haber traído pastillas para dormir —dijo Victoria, que con tan sólo pensar en el largo viaje que tenían por delante se ponía enferma—, va ser horrible.

—Vamos a estar entretenidos, te lo prometo.

Fueron los primeros en embarcar porque viajaban en la zona VIP del avión. Unos lujosos asientos de cuero grises les sorprendieron en una pequeña cabina apartada del resto de los pasajeros. Lorenzo se sentó con parsimonia y comenzó a revisar las instrucciones de emergencia con concentración.

—¿Sabes que eres la única persona en el mundo que se lee ese papelito? —se burló ella.

—Seré el único superviviente si llega el momento —bromeó—, tranquila, a ti te rescataría.

Vicky, totalmente fascinada por su viaje en la zona business, comenzó a trastear en los mandos del asiento. Se podía tumbar, subir, bajar, mover..., cualquier cosa imaginable. Una de las azafatas acudió a saludarles nada más despegar para ofrecerles comida, champán, etc. Lorenzo aceptó una copa y Victoria pidió un botellín de agua.

Frente a los asientos había colocadas dos grandes televisiones que emitían en ese instante la película de “Grease”. Victoria la había visto millones de veces y aún así, le encantaba. A Lorenzo no le terminaban de gustar los musicales ni acababa de considerarse un hombre romántico.

—Se puede cambiar y poner lo que queramos —dijo, distraído, mientras revisaba un panfleto de “próximos destinos”.

Había terminado de examinar el de las emergencias.

—No pasa nada, por mí está bien así —respondió ella—, además, me he traído un par de libros para entretenerme.

Vicky se acercó a él y estiró la cabeza por encima de sus hombros para poder fisgar aquello que leía.

—¿Ya estás pensando a dónde huir cuando te pida el divorcio?

Él sonrió, travieso.

—Estoy pensando a dónde será nuestro próximo viaje...

Sujetó a Victoria con delicadeza y le besó los labios.

—¿Qué sugieres?

Una imagen del festival de colores de la India captó la atención de ella y lo señaló sin pensárselo dos veces.

—Ya tenemos próximo destino.

Vicky le besó el cuello y regresó a su asiento.

—Entonces, ¿no me dirás a dónde iremos después?

Él negó meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿Ni una pista?

Lorenzo repitió el gesto.

—¿Iremos a la India?

Soltó una carcajada y volvió a negar con la cabeza.

—Una pista pequeña, por favor... —suplicó.

—Vamos a hacer un viaje al pasado —dijo, al fin.

Vicky, aparentemente satisfecha, se quedó pensativa en su asiento mientras los protagonistas de “Grease” danzaban y cantaban frente a ella con sus características chaquetas de cuero negras.

—Por favor, abróchense los cinturones y manténganse en sus asientos hasta que la luz roja que tienen sobre sus cabezas se apague. Les comunicamos que vamos a atravesar una pequeña tormenta y que podríamos sufrir leves turbulencias.

Una de las azafatas apareció en el compartimento.

—¿Tienen los cinturones abrochados?

Lorenzo asintió en silencio y Vicky le imitó.

Definitivamente, odiaba los aviones. Y mientras comenzaba a sentir el malestar y los nervios apoderándose de ella, un leve zumbido inundó el habitáculo. Lorenzo había pulsado el botón de encendido del nuevo juguete y Victoria sentía cómo sus entrañas se deshacían en un cosquilleo de placer.

—¿Nerviosa? —preguntó juguetonamente.

—Un poco —respondió ella.

Lorenzo sonrió, le enseñó el pequeño mando negro que guardaba en la palma de la mano y regresó la mirada al panfleto de viajes.

—Estoy deseando llegar a esa lujosa habitación de hotel que nos tienen preparada... —ronroneó él.

Ella notó cómo aumentaba la vibración que sentía en su interior. Aquel aparatito era muy placentero y excitante y, mientras las turbulencias agitaban el avión, Lorenzo la hacía enloquecer sin siquiera tocarla agitando todo su interior.

El hotel era un sueño hecho realidad. La suite privada que Lorenzo había reservado para la luna de miel era prácticamente más grande que el apartamento en el que vivían en Madrid. Contaba con un lujoso baño, una pequeña salita de estar y una señora habitación con una cristalera que daba a una terraza con vistas al mar. El personal del hotel había decorado la cama con pétalos de rosa y había tenido el detalle de dejar un ramo de flores y una botella de champán lista para disfrute de ambos. Desde allí, no se escuchaba ni un solo sonido a excepción del arrullador murmullo del oleaje arrastrando las arenas blancuecinas del Caribe. Si de algo podían quejarse, era del excesivo calor que hacía. Las temperaturas altas y el porcentaje tan elevado de humedad hacían imposible alejarse de una sombra más allá de unos minutos. Vicky se colocó el bikini y, a pesar del sueño que sentía por el cambio de horario, descendió por las escaleras privadas con las que contaba la terraza de la habitación. Una pequeña piscina con forma ovalada emergía junto a un tramo de selva que, si cruzabas, accedía a un pedazo de playa privada que tenían reservada solo para ellos dos.

Se sumergió en las aguas templadas de la piscina y desde allí llamó a Lorenzo.

—¡Voy! —gritó él, mientras se colocaba un diminuto traje de baño.

Ni siquiera se habían molestado en deshacer las maletas para los próximos diez días. Victoria continuaba preguntándose a dónde le llevaría para culminar la luna de miel, pero sabía de sobra que por mucho que insistiese no terminaría sacándole la información.

—¡Date prisa!

Lorenzo dobló la ropa con rapidez y revisó el teléfono móvil. Le había prometido a Victoria que aquellos días iba a dejar el trabajo de lado, pero se le hacía imposible no preguntarse qué tal iría todo en la empresa con la única supervisión de Alessia, su hermana. Se sorprendió al comprobar que el único mensaje que contenía no provenía de la oficina: “estoy deseando verte, cariño. Se me harán eternos estos once días”. Borró el mensaje para evitar que ella pudiese verlo y guardó el teléfono dentro de la bolsa de viaje.

Descendió las escaleras mientras observaba a su mujer nadando en la piscina. Llevaba un minúsculo bikini de tanga (que sin duda alguna no le permitiría

llevar a una playa pública) y una tira negra que a duras penas cubría sus pechos. Victoria buceó y sacó la cabeza del agua. Parecía una sirena. Una sirenita muy sexy. Justo cuando se iba a introducir en el agua, tuvo una idea y se dio la vuelta para regresar a la habitación.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella mientras chapoteaba y se refrescaba del exorbitante calor que hacía allí.

—Otra sorpresa, cielo —le respondió con un guiño.

No tardó ni dos minutos en regresar con dos copas vacías y la botella de champán en la mano. Colocó todo en el borde de la piscina y se introdujo en el agua junto a ella. Vicky nadó a su encuentro y le rodeó con los brazos y las piernas. Lorenzo la aprisionó contra su cuerpo y la besó con pasión.

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó, mientras le acariciaba la espalda bajo el agua.

—Es impresionante.

—¿Está a la altura de la señora Moretti?

—Desde luego —respondió ella, mientras extendía los brazos—, es el paraíso.

—No tenemos que hacer nada si no queremos. Ni si quiera salir del hotel.

Ella sonrió, complacida.

—Podemos pasar los próximos diez días en esta pequeña playa privada, comiendo, bebiendo y haciendo el amor.

—Me gusta ese plan —ronroneó él.

Victoria se lanzó a sus labios y le besó apasionadamente. Él notaba cómo la lengua de ella le buscaba, excitada. Se echó hacia atrás y, con una mano libre, rebuscó sobre el borde de la piscina. Vicky, que estaba demasiado concentrada en fundirse con su marido, no notó lo que éste estaba tramando hasta que la vibración del juguete se reactivó dentro de ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo y el cosquilleo tan placentero y familiar comenzó a invadirla por completo.

—¿Es acuático? —preguntó ella, asombrada.

—Creo que si no lo fuera, ya lo sabríamos.

Ella asintió y, aún más excitada que antes, retomó su anterior tarea. Lorenzo desabrochó la pequeña tira del bikini que cubría los pechos de su mujer y capturó un pezón con la boca. Estaba hinchado por el contraste del calor del exterior con el agua y aquello le enloqueció. Mordisqueó uno y después el otro. Comenzó a subir lentamente por el cuello de Victoria hasta alcanzar sus labios. Le mordió y ella gimió. Llevó una de sus manos a su tanga y tiró de los lazos laterales que lo mantenían sujeto para liberarlo. Observó, tras ella, el pequeño bikini flotando por la piscina. Contempló a su mujer, desnuda, aprisionada y

enroscada contra su cuerpo y bajó una mano a su sexo. Introdujo un dedo en su interior mientras continuaba mordisqueándole los pechos y sintió la leve vibración de la bala. Buscó el cordón para extraer el aparato y tiró de él para sacarlo. Vicky echó la cabeza hacia atrás disfrutando del gozo mientras se dejaba hacer cualquier cosa por su marido.

—¿Te ha gustado mi regalo? —le susurró al oído.

Ella asintió silenciosamente entre gemidos.

Lorenzo separó los labios vaginales de su mujer y colocó la bala vibratoria entre ellos, moviéndola suavemente hacia arriba y abajo.

—Creo que me encanta —murmuró ella.

Sintió cómo desabrochaba los bóxers de él para igualar la situación. Le ayudó a que le quitase el bañador y, cuando volvió a enroscarse contra su cuerpo, aprovechó para penetrarla con una embestida. Victoria gritó de placer y Lorenzo la dejó disfrutar sabiendo que allí, en mitad de la nada, nadie les estaría escuchando ni observando. Vicky comenzó a subir y bajar suavemente, con su cuerpo pegado al de él. Lorenzo sentía cómo el placer de tenerla le volvía loco y cómo el orgasmo se acercaba lentamente. Aquella situación, el calor, la piscina, los dos cuerpos desnudos juntos, su excitante mujer tomando las riendas de la situación...

La apartó de golpe y la observó.

—No te imaginas lo mucho que te quiero... —ronroneó.

Vicky sonrió a modo de respuesta mientras Lorenzo se sentaba en el borde de la piscina. Ella se acercó, aún en el agua, y se colocó entre sus piernas para poder masajear sus testículos mientras con la boca jugueteaba con su pene sin llegar a introducirlo dentro. Comenzó a lamerlo lentamente mientras masajeaba con las manos la base y observaba cómo Lorenzo entrecerraba los ojos y apretaba los puños por el placer.

Lorenzo la agarró por los hombros y la elevó hasta que quedó a horcajadas sobre él. Ella se sentó en su regazo, mientras notaba cómo su erecto miembro se introducía en su interior hasta alcanzar su vientre. Emprendió los movimientos circulares hacia adelante y atrás que tan loco volvían a su marido y, sabiendo que ambos se acercaban al éxtasis, aumentó el ritmo mientras se agarraba a sus hombros para poder acelerar.

—Lorenzo, Dios... —murmuraba, mientras notaba cómo su cuerpo entero se deshacía—. Oh, sí... ¡Me encantas!

Él entrecerró los ojos y dejó que el placer le envolviese por completo mientras ella jadeaba y alcanzaba el orgasmo.

Abrazados el uno al otro, volvieron a introducirse en el agua y pasaron la tarde al cobijo de la sombra y de la tranquilidad que aquel precioso lugar emanaba.

A las siete de la tarde Victoria se había quedado dormida en una de las tumbonas que había junto a la piscina. Lorenzo la aupó en sus brazos y la llevó hasta la cama de la habitación. Se tumbó junto a ella y, olvidándose de poner el despertador, la acompañó en un sueño puro y reparador.

Luka había echado de menos su hogar y nada más entrar por la puerta se dejó caer en el sofá.

—Estoy destrozado —le dijo a Samara.

—Yo también, así que no seas quejica —respondió ella, mientras le tiraba de un brazo para apremiarle a que se levantase de allí—, aún tenemos que deshacer las maletas.

Él protestó, molesto, y se acurrucó aún más en el sofá.

Viajar siempre resultaba agotador, por muy enriquecedora que hubiese sido la experiencia. Aunque, si debía ser sincero con sus propios pensamientos, aquella escapada a la boda de su hermano no había resultado enriquecedora emocionalmente. Había sido... un cambio en él. Desde que se había despedido de Lorenzo y de Victoria y había cogido el avión de vuelta, no había podido dejar de pensar en ellos y en la vida que tendrían. Quizás se estuviese haciendo viejo y por eso envidiaba aquello que su hermano había empezado poco a poco a construir. Una vida formal, familiar. La vida que sus padres siempre habían querido que él llevase. Un trabajo serio, una mujer de bien, una casa bonita... Ser una persona responsable. Siempre había creído que aquella vida que su familia había deseado y planeado para él desde su infancia llevaba consigo una especie de encarcelamiento a la que, sí o sí, debía someterse para poder disfrutar de sus privilegios. Un encarcelamiento al que hasta entonces, no había estado dispuesto a someterse. Observó a su novia, que vaciaba las maletas en el cesto de la ropa sucia que, por alguna extraña razón, estaba en la pequeña salita de su piso.

—¿Qué hace eso ahí? —preguntó.

—Vete tú a saber... nos fuimos con prisa.

Ella continuó la tarea sin prestarle atención.

Luka observó su pequeño hogar y una punzada de celos hacia su hermano le invadió por dentro. Era un piso modesto, más bien pobre. Samara y él se habían mudado en el último año cuatro veces buscando siempre la mejor ubicación

junto a la playa para encontrar los mejores picos que surfear, sin importarles el estado y la ubicación del piso al que entraban a vivir. Tenían el salón hecho un desastre, repleto de polvo y desordenado por completo. Luka recordó que la mañana que salían a coger el avión habían madrugado para surfear y coger unas olas antes de marcharse de Brasil. Se preguntó cuánto tiempo podrían mantener aquel estilo de vida, trabajando en bares y chiringuitos de playa por una miseria con el único fin de sobrevivir y surfear buenas olas.

Se levantó del sofá con todos aquellos pensamientos taladrándole la cabeza y cogió un traje de baño y la tabla de surf, que ya tenía el invento (cuerda que va de la tabla al pie del surfista para no perderla en las caídas) atado a ella.

—¿De verdad? —le preguntó Samara con gesto de pocos amigos—. Acabo de decirte que hay que deshacer las maletas.

—Deja la mía como está y ya lo haré luego —respondió, mientras salía del piso despidiéndose con un portazo.

No quería pagar todo aquello que sentía en su interior con Samara, pero por alguna extraña razón también estaba enfadado con ella. Consigo mismo y con ella. ¿Por qué no habían decidido formalizar su vida antes?, ¿es qué no tenían ya una edad para tomar ese tipo de decisiones? Le costaba admitir que, quizás, sus padres hubiesen tenido razón en algún momento de aquellos largos años. Recordaba todas las veces que su madre le había dicho que aquellas decisiones que tomaban por él y aquellos consejos que le imponían eran tan sólo porque buscaban su buen porvenir y futuro.

Se desnudó, colocó la ropa hecha un ovillo sobre la arena y, tras ponerse el traje y atarse el invento al tobillo, salió corriendo hacia la orilla. A pesar de que eran más de las ocho de la tarde, todavía hacía calor y sintió refrescante el agua salada contra su piel. Se introdujo en el mar y cuando el agua alcanzó la altura de su cadera, se tumbó sobre la tabla y comenzó a remar al pico mientras pasaba las olas por encima. Se sentó en la tabla de surf y observó el horizonte en el que cielo y mar se perdían para fundirse en una línea azulada difícil de distinguir. Una serie de olas se acercaba a él y comenzó a remar. Allí, en mitad de la nada, se sentía libre y dueño de sí mismo. Tan sólo existían él y la naturaleza salvaje de la que nació la vida humana. Notó la fuerza de la ola arrastrándole junto a ella y se colocó de un salto de pie. Surfeó la pared de aquella derecha kilométrica que tanto le había costado encontrar y, con el subidón de adrenalina a flor de piel, comenzó la remontada al pico cuando la ola le abandonó.

Estaba oscureciendo, pero aún no quería regresar a casa y enfrentarse a la dura mirada acusadora de Samara.

—He encontrado a la mujer de mi vida y es lo mejor que me podía haber pasado jamás —le había dicho su hermano el día de la boda, con los ojos empañados por la emoción—. No tengo miedo de nada, Luka. La vida me sonrío y yo quiero sonreírle a ella. Quiero formar una familia, quiero darle un buen futuro a Victoria. Quiero vivir tranquilo en una casa y ser feliz. Y quiero que en esa familia y en esa vida feliz estés tú, hermano.

La voz de Lorenzo en su cabeza resonó como si se encontrasen el uno frente al otro. Alcanzó el pico y volvió a sentarse en la tabla. Había comenzado a refrescar un poco y notaba los pies fríos moviéndose en el agua. Sin darse cuenta, allí sentado en el mar, había tomado una decisión. Tenía que cambiar de vida. Quería cambiar su estilo de vida. Deseaba una familia, deseaba cosas buenas que también le hiciesen sonreír. Y si Samara quería formar parte de ellas, se alegraría.

Salió del agua cuando prácticamente había anochecido por completo. Un grupo de chicas adolescentes había comenzado a hacer una pequeña hoguera junto a sus pertenencias. Se acercó hasta allí y, con cuatro pares de ojos clavados en su espalda, se desnudó y se secó al aire libre. Escuchó las risitas de las chicas y un pequeño silbido que decidió ignorar. En sus años más jóvenes, seguramente, habría optado por seguirles el juego. Se vistió, aunque aún estaba un poco húmedo y, con la tabla agarrada bajo el brazo y el invento enroscado en las quillas, tomó el camino hacia su hogar provisional. Había decidido que, a pesar de lo libre que se sentía llevando aquella vida, debía cambiarla y comenzar a pensar en un futuro. La decisión estaba tomada.

Se despertó con el sonido arrollador y envolvente del oleaje. Lorenzo estaba a su lado, con un brazo estirado sobre ella y dormido profundamente. Se preguntó cómo había llegado hasta la cama la noche anterior y no fue capaz de recordarlo. Lo que no había olvidado era el chapuzón de la piscina. Se deshizo de la sábana y tomó un sorbo de agua de la botella que tenía en la mesilla. Procuró no hacer demasiado ruido ni movimientos bruscos para no despertar a su marido mientras salía de la cama. Se calzó unas sandalias cómodas y se tapó el cuerpo con un fino pareo que evitaría que pasase calor.

Estoy en la playa.

Te quiero,

Vicky

Dejó la nota sobre la mesilla de él y salió de la habitación. El asfixiante calor del Caribe inundó sus pulmones y sintió cómo su cuerpo comenzaba a sudar. Se dio cuenta en aquel instante de que en la habitación se estaba genial. Cruzó el tramo de selva que separaba su suite de la playa privada; era un pequeño paseo de madera rodeado de vegetación y fauna animal que el ser humano había decidido mantener y conservar tal y como correspondía. La playa estaba desierta y la arena era virgen. Kilómetros y kilómetros hacia ambas direcciones se extendían sin el rastro de ningún otro hombre o vida. Victoria se acercó a la orilla y dejó que las cálidas aguas del mar jugasen con sus tobillos. Sin duda alguna, aquel lugar era el verdadero paraíso. Se sentó en la orilla para contemplar su alrededor, con los pensamientos volando en algún lugar muy lejos

de allí.

Una mano acarició su espalda y Vicky se sobresaltó. Era Lorenzo.

—Buenos días, preciosa —susurró él, mientras se sentaba en la orilla junto a ella—. ¿Has dormido bien?

Ella asintió.

—Mejor que bien —respondió—, esto me encanta.

—A mí también —confesó— creo que va a ser nuestro pequeño rincón.

—¿Nos podemos permitir que este sea nuestro pequeño rincón? —preguntó con una risita.

—Nos podemos permitir todo lo que queramos.

Victoria apoyó la cabeza en el hombro de su marido. A veces se olvidaba de lo adinerados que eran. Aunque, en realidad, ni siquiera era consciente ni sabía a ciencia cierta hasta dónde ascendían la cantidad de ahorros que poseían. Lorenzo tenía un gestor que le administraba todos aquellos asuntos y Victoria nunca se había entrometido en ellos. No les faltaba de nada y el nivel de vida que llevaban era... más alto de lo que jamás había podido soñar.

—Hoy iremos de excursión —dijo Lorenzo, distrayéndola de sus pensamientos.

—¿De excursión? —repitió, mientras jugaba con la arena entre sus dedos y observaba las aguas cristalinas de las que estaban rodeados—. ¿A dónde?

—A una isla semidesierta. Te encantará.

—¿Y cómo iremos hasta allí?

—No te preocupes por nada. Antes de venir le pedí a Manuel que nos preparase una lancha. La tenemos disponible las veinticuatro horas del día durante la estancia.

—¿A Manuel?

—Manuel es mi contacto aquí.

—¡Ah!

Victoria no se sorprendió de que su marido tuviese contactos hasta en el mismísimo edén. A aquellas alturas, nada le sorprendía.

—¿Vamos a desayunar? —le preguntó.

Lorenzo se levantó del suelo y agarró a Vicky de la mano. La observó aquella mañana y, una vez más, fue consciente de la belleza tan singular que ella poseía. Había engordado unos cuantos kilitos aquellos últimos meses, pero estaba todavía más guapa que antes. Tenía los mofletes sonrojados por el calor y el pareo pegado a su cuerpo sudoroso transparentando sus desnudas curvas y sus pechos. Se estremeció y sintió que comenzaba a excitarse con tan solo

observarla.

—Venga, anda, vamos —le apremió ella, que había notado el deseo en su mirada—, me muero de hambre.

Caminaron abrazados hasta la habitación a pesar del calor que hacía. Vicky se deshizo del pareo, se colocó un bikini, unos shorts y una camiseta de tirantes. Lorenzo se vistió con un traje de baño y otra camiseta de tirantes bastante fresca y finita, acorde con ella.

—Tenemos que comprar viseras o nos moriremos de una insolación —dijo, recordando que no habían llevado ni un solo gorro para protegerse de los rayos UVA.

Ella asintió. Desde luego tenía razón.

Bajaron a desayunar al restaurante VIP del hotel y un enorme buffet les recibió. Devoraron el desayuno sin mediar palabra entre ellos y Victoria se sorprendió al comprobar que todo aquello estaba riquísimo. Siempre había escuchado que la comida no era muy buena en sitios como aquel, pero tanto el zumo de naranja, como las tostadas, el revuelto y el bacón... Todo tenía un sabor impresionante. Subieron a la suite y Lorenzo llamó a Manuel para que les acercase la lancha. Mientras éste acudía a su encuentro con ellos, la pareja aprovechó para vaciar las maletas, poner en orden aquel espacio en el que convivirían los próximos días y comprar un par de viseras en la recepción del hotel (que tenía de todo lo habido y por haber).

Manuel resultó ser un hombre cincuentón de lo más encantador. Les acercó la lancha hasta la playa y antes de marcharse les hizo prometer que aquella noche cenarían en su casa con su familia. Se notaba por cómo hablaba a Lorenzo que le adoraba, seguramente por el buen sueldo y las buenas propinas que le daba mientras se encontraba instalado en aquel lugar de vacaciones. Se subieron a la lancha tras despedirse y, con una mochila cargada de provisiones y un capazo hasta arriba con crema solar y toallas se dirigieron a la isla semidesierta, llamada Holbox.

—Es una reserva natural y prácticamente no tiene habitantes —le contó él, mientras manejaba la pequeña embarcación.

Victoria, tirada al sol y disfrutando de la brisa marina, prestaba atención a lo que su marido le iba narrando.

—Es prácticamente virgen, aunque en los últimos años ha comenzado a ser bastante explotada por el turismo —continuó—, la zona a la que te voy a llevar todavía es natural y salvaje.

Y así fue. Treinta minutos después estaban en mitad de una preciosa isla

desierta rodeada de selva, arenas blancas y aguas cristalinas.

Colocaron las toallas y una sombrilla y se sentaron en la arena virgen. Antes de comer, nadaron en las aguas de Holbox y disfrutaron de todas las especies marinas con las que compartieron aquel pequeño entorno natural del que eran parte. Pasaron el día allí y regresaron por la tarde para poder darse una ducha tranquilos y despejarse un poco en la suite antes de ir a cenar a casa de Manuel.

Victoria se vistió con un discreto y sencillo vestido blanco ibicenco y Lorenzo le hizo juego con una camiseta de algodón muy finita. Para sorpresa de Vicky, Lorenzo no solo había reservado una lancha, también un coche. Condujeron hasta Playa del Carmen y Victoria se quedó fascinada por lo bien que se desenvolvía su marido allí. La familia de Manuel, su mujer y dos hijas pequeñas, resultaron ser tan encantadoras como él y la velada transcurrió sin incidentes. Vicky quedó encantada con la humildad y el cariño que desprendía aquella gente y no tardó mucho en enamorarse de los habitantes de aquel lugar. Tomaron algo en un local que Manuel les había recomendado encarecidamente y regresaron a la suite agotados por aquel intenso día.

Samara se deshizo de las sábanas y abrazó el cuerpo desnudo de su novio. Desde que habían vuelto de Madrid, lo notaba extraño y distraído. Quizás, como tantas veces le había explicado antes de aquel viaje, su familia le afectaba demasiado y de mala manera. Le besó con suavidad la nuca y siguió bajando con una escalera de besos por su espalda. Samara se preguntó si seguiría dormido o tan solo se encontraba fingiendo. Estiró la mano por encima de su cadera para dar con su miembro, que todavía no había terminado de endurecerse. Lo masajéó suavemente, provocándole. Luka se removió y se apartó de ella.

—No me apetece. Tengo sueño.

Samara sonrió, traviesa.

—Creo que tu aparato no está demasiado de acuerdo contigo —señaló.

—No me apetece —repitió con seriedad.

Suspiró hondo y sintió cómo la angustia removía su pecho. ¿Qué le pasaba a Luka? No entendía por qué se comportaba así con ella ni qué se le pasaba por la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Necesitaba poder entenderle para que aquella situación no la superase.

—Ya te lo he dicho, tengo sueño.

La voz de su novio sonó distante y cortante y Samara sintió que se le helaba la sangre brasileña que corría por sus venas. Se consideraba una mujer de carácter difícil de entristecer o angustiar, pero Luka siempre había sido su punto débil. Su kryptonita.

—¿Me vas a decir qué ocurre o no? —insistió.

Él se incorporó y se vistió los calzoncillos. Ella se mantuvo inmóvil, tumbada en la cama, expuesta y desnuda.

—No quiero seguir viviendo aquí —respondió él.

Samara resopló.

—¿Por eso te estás comportando tan raro?

Luka movió la cabeza de un lado a otro sin pronunciar una sola palabra.

—¿No? —preguntó, mientras sentía cómo aquella conversación comenzaba a crisar sus nervios.

No respondió, se puso en pie, se vistió los pantalones y un niqui y salió de la habitación. Samara se envolvió con la sábana de la cama e, irritada con la situación y la rabia hirviéndole la sangre, le siguió.

—¿A dónde vas? —preguntó, elevando su tono de voz más de lo que pretendía.

Notaba que comenzaba a comportarse de una manera histérica y descontrolada. Luka sabía que no estaba obrando adecuadamente, pero... ¿cómo iba a decirle que quería regresar a Italia? Necesitaba pensar la manera adecuada para enfrentarse a esa conversación y todavía no se sentía capacitado para soltar la noticia a bocajarro. Seguramente, Samara intentaría persuadirle y hacerle cambiar de opinión. Pero él había tomado la decisión y la mantendría hasta el final. Aquello iba a destrozarla, lo intuía.

—Me voy a dar un paseo.

Samara se adelantó y se colocó frente a la puerta del piso.

—No vas a ninguna parte —sentenció con un hilillo de voz—. Te vas a quedar aquí y vas a hablar conmigo.

Se conocían desde hacía demasiados años y Luka sabía muy bien que estaba muy afectada. Si salía por la puerta, la dejaría allí sola, destrozada y dolida. Pero si se quedaba, la conversación empeoraría muchísimo y terminaría peor.

Sin mediar palabra, la apartó con fuerza pero, a su vez, con suavidad, y se marchó del apartamento.

Samara era incapaz de entender nada. Cuando la dejó sola, cogió su teléfono móvil y buscó en la agenda el número de Victoria. Marcó la llamada y el contestador le informó de que “el teléfono al que llamaba no estaba disponible o se encontraba fuera de cobertura en esos momentos”. Suspiró agobiada, necesitaba que alguien le ayudase a entender la situación, pero no tenía la confianza suficiente como para llamar a Lorenzo. En cambio, aquellos últimos días en Madrid había estrechado lazos con Vicky y sentía que, tal vez, ella podría ayudarle a entender qué era lo que le había cambiado tanto a su novio mientras habían estado allí. Recordó que se encontraban en plena luna de miel y, resignándose, dejó de insistir. Esperaría a su regreso para hablar con ella y mientras tanto, procuraría llevar lo mejor posible aquella situación.

Luka caminó hasta el rompeolas y se sentó a observar el mar. Sacó el teléfono móvil y, haciendo gala de todo el valor que almacenaba en su interior, marcó el

número de teléfono que tanto había llegado a detestar y se tragó el orgullo. La pasiva voz de su madre le respondió al otro lado de la línea.

31

Lorenzo se despertó asfixiado por el calor. Pasaban los días y no terminaba de acostumbrarse a él. Victoria, en cambio, parecía haberse adaptado con mayor rapidez.

Se despabiló temprano para poder llamar por teléfono a Manuel sin que ella se percatase. Aquel día, le había organizado otra “pequeña sorpresa” con la que esperaba asombrarla. Quería que jamás olvidase la luna de miel que habían pasado en el Caribe.

Vicky se despertó a media mañana, un poco decepcionada con la hora tardía. Tenía la sensación de desaprovechar los días durmiendo, pero le era imposible levantarse antes después de acumular tanto cansancio durante el día y de acostarse a altas horas de la madrugada. Se puso un vestido largo y unas sandalias y salió en busca de su sexy italiano, que leía un libro tirado en una tumbona, bajo el cobijo de una enorme sombrilla.

—¿Ya te has despertado, dormilona?

Ella sonrió. Odiaba tener que admitir que él era mucho más madrugador que ella. En realidad él solía ser mucho más perfecto de lo que ella era en casi todo.

—Haberme despertado... —protestó con un mohín.

Lorenzo observó a su mujer de hito a hito. ¿Cómo podía estar tan guapa nada más despertarse?

—Cámbiate de ropa, cielo —le pidió—, hoy tengo otra sorpresa para ti y no

vas apropiada para la ocasión.

—¿Otra sorpresa? —repitió, mientras recordaba la bala vibratoria que le había regalado en el aeropuerto.

Él sonrió y volvió a centrar la atención en la lectura.

—Vístete como si fuésemos a ir a la selva —gritó, mientras Vicky regresaba a la suite.

¿A dónde narices pensaba llevarla Lorenzo? Viniendo de él podía esperarse cualquier cosa. Aquel viaje, que había esperado que fuera de lo más normal y común (playa, hamaca, sol, relax) estaba resultando bastante emocionante y diferente. Un paraíso perfecto que jamás lograría abandonar completamente, pues sentía que una pequeña parte de ella ya se había quedado arraigada en aquellas playas tan únicas y especiales.

Mientras se cambiaba de ropa, observó una enorme bolsa junto a la cama colocada. Seguramente, la habría preparado Lorenzo para la “excursión” que iban a realizar. Estuvo tentada de inspeccionar lo que contenía su interior pero, a pesar de todo, se contuvo y decidió no desilusionar a su marido fastidiándole la sorpresa. En el fondo, aquellos pequeños detalles que tenía con ella le encantaban.

Lorenzo subió justo en el mismo instante en el que terminaba de vestirse.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Pues vámonos.

Victoria era incapaz de creer que Lorenzo hubiese preparado todo eso para asombrarla. ¡Aquello no lo habría podido imaginar ni en sus mejores sueños! Después de cuarenta minutos de coche, llegaron a un pequeño aeropuerto donde una avioneta les esperaba en un hangar. Era pequeña y biplaza, ¡y estaba reservada para ellos dos! Resultaba que el guapo y perfecto italiano que tenía por marido también sabía pilotar avionetas...

El vuelo fue impresionante, con unas preciosas vistas de los acantilados de Yucatán. Mientras surcaban los cielos, Victoria sintió la necesidad de hundirse en el pecho de su marido y echarse a llorar. Jamás habría podido imaginar que un hombre le concedería aquel placer en la vida.

Para sorpresa de Vicky, aquello no terminaba allí. Aterrizaron en una pequeña isla donde un enorme quad (también biplaza) les esperaba para recorrer la jungla y descubrir nuevos paisajes. Lorenzo colocó la bolsa que cargaba en la parte trasera del vehículo y ayudó a subir a su mujer.

—Ponte el casco —ordenó.

Vicky obedeció. ¿De verdad iba a recorrer la selva maya en un quad? Suspiró hondo y se recordó a sí misma que poder vivir aquello era mucho más que un privilegio que no cualquiera podía contar. No era el momento de convertirse en una cobarde.

Lorenzo se subió en él y cogió los mandos del vehículo. Notaba cómo Victoria se aferraba con fuerza y nerviosismo a su cintura y tuvo que reprimir una pequeña risita. Arrancó el quad y salió disparado hacia la selva. Sintió la adrenalina subir por su columna vertebral mientras su mujer se aferraba con fuerzas y pegaba su cuerpo contra él. La tierra virgen e inexplorada se levantaba polvorienta al paso de ellos y Lorenzo sentía cómo sus ropas se iban llenando de barro hasta arriba. Llevaban diez minutos de viaje en quad, atravesando ramas, arbustos, charcos y todo aquello que les aparecía en el camino.

—¿Quieres que pare? —preguntó alzando la voz por encima del ruido del motor.

—¡No! —respondió Victoria con una sonrisa de oreja a oreja.

¡Se lo estaba pasando en grande! Le encantaba cómo aquel trasto de cuatro ruedas se elevaba en el aire cada vez que pasaban un bache y un subidón le recorría por completo la columna.

Alcanzaron un pequeño claro entre cedros rojos y negros y Lorenzo paró el quad.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

Observó su alrededor sin atisbar nada más que la vegetación que los rodeaba. Allí no parecía haber nada en absoluto por lo que detenerse.

—Casi, casi —respondió él, divertido.

Se bajaron del quad y lo dejaron “aparcado” junto a una descomunal palmera. Lorenzo abrió la bolsa que había colocado en la parte trasera y comenzó a sacar artilugios de ella: gafas de buceo, neoprenos, chapines, linternas acuáticas, etc.

—Toma —dijo, mientras le entregaba a su mujer un traje corto de buceo—, pónitelo sobre el bikini.

—¿No me vas a decir a dónde vamos, no?

—Si te lo cuento, no será una sorpresa.

Caminaron unos metros entre la maleza y Victoria comenzó a sentir cómo se asfixiaba de calor dentro de aquel traje de neopreno. Agradeció enormemente que la cueva a la que Lorenzo la llevaba no se encontrase demasiado lejos del “lugar de aparcamiento”. Efectivamente, el asombroso y sorprendente emplazamiento al que la llevaba era una pequeña cueva alejada de la población

en mitad de la jungla.

—Manuel colabora con un equipo de espeleólogos y me ayudó a dar con su ubicación. Estoy seguro de que te encantará.

Vicky asintió. Estaba convencida de que así sería.

En la entrada, Manuel (que había sido avisado de ante mano) les había dejado una canoa rojiza y un par de remos.

—Tienes que cogerla por detrás y ayudarme a cargar con ella. Será un poco incómodo al principio. La cueva está oscura y embarrada por la humedad y no hay demasiado espacio, pero tan solo serán unos minutos y habremos pasado el tramo de mayor dificultad.

—Lorenzo, ¿me estás hablando en serio?

Victoria se quedó plantada en la entrada de la cueva con los brazos en jarras. El único pasadizo que podía vislumbrar desde allí, era estrechísimo y estaba sumido en la total oscuridad. Pensó que de ninguna manera podrían pasar esa canoa por aquel estrecho.

—¿Confías en mí?

Ella negó con la cabeza, muy seriamente, y él le respondió con una carcajada. Dejó la canoa que había comenzado a mover y se acercó hasta su mujer para atraparla por la cintura.

—Jamás olvidarás este lugar —murmuró en su oreja, mientras apretaba su cuerpo contra el de ella—, confía en mí, por favor.

—¡Qué remedio! —rió, con poca seguridad—. Creo que no quieres que sobreviva a la luna de miel...

Ayudó a su marido a aupar la canoa y, en fila india, cada uno agarrándola por cada extremo, se adentraron en el tétrico y oscuro agujero subterráneo. El techo, decorado de estalactitas, resultaba amenazador. Lorenzo tenía que caminar de costado y con la cabeza gacha para no chocar contra ninguna. La canoa debían llevarla de costado y el angosto pasadizo parecía ceñirse más a ellos por cada paso que daban. El agua había comenzado a filtrarse en el suelo y alcanzaba las rodillas de Victoria. Lorenzo caminaba decidido de frente, con una linterna en la cabeza que iluminaba el pasadizo.

—Deberíamos haber traído casco... —se quejó ella, mientras notaba cómo las aguas seguían aumentando de nivel y prácticamente alcanzaban sus caderas.

—Ya casi estamos.

Lorenzo se detuvo en seco y observó a Vicky, que comenzaba a estar hundida de pies a cabeza y agradecía por primera vez el traje de agua que su marido le había dado.

—Este es el peor tramo de todos. No es tan estrecho, pero el agua alcanzará el nivel de nuestros hombros y es un poco complicado caminar por aquí. Arrastraremos la canoa por la superficie hasta llegar al final, donde encontraremos un pequeño orificio. Lo pasaré yo primero y me ayudarás a transportar la canoa hasta el otro lado. Luego pasarás tú. ¿Entendido?

—¿Nos damos la vuelta?

Lorenzo sonrió, aunque temía que no fuera una broma.

—Último esfuerzo, cielo. Confía en mí.

Vicky puso los ojos en blanco y asintió con desesperación.

Continuaron caminando y, como bien había predicho Lorenzo, el nivel del agua alcanzó sus hombros y la barbilla de Victoria. Tenía que caminar de puntillas para no tragar aquella agua templada. La oscuridad resultaba pesada y pensó que, si la obligaba a caminar por allí otros diez metros más, terminaría por desmayarse. Llegaron hasta el agujero del que Lorenzo le había hablado y, a horcajadas, su marido lo atravesó. Aupó con todas las fuerzas que pudo la canoa por encima de su cabeza y pasó la pequeña embarcación al otro lado. Después se introdujo en el agujero y cayó sobre Lorenzo. Estaban hundidos de pies a cabeza...

—Cariño, espero que este lugar sea tan mágico para ti como lo va a ser para mí —murmuró su marido, mientras se apartaba con los brazos abiertos para mostrarle aquel espacio a su mujer.

Victoria se quedó petrificada. Estaban en un enorme cenote de aguas cristalinas donde la luz se colaba por pequeños orificios creando un efecto parecido a pequeñas lucecitas que flotaban por doquier en todas las direcciones. El cenote era inmenso e impresionante y Victoria notó cómo los ojos se le encharcaban sin poder contener las ganas de llorar.

—Te quiero... —susurró emocionada.

Lorenzo la abrazó, complacido y satisfecho con su reacción.

—Ven, vamos a subir —le dijo, mientras colocaba los brazos en la canoa y se metía dentro de ella.

Ayudó a su mujer a subir detrás de él y sacó los remos que había guardado en un lateral. Se quitó el traje de neopreno y ella le imitó. Comenzaron a remar con suavidad, dejando que la canoa se arrastrase a su antojo entre las aguas sin corriente. Victoria no podía decir una sola palabra; estaba impresionada. Aquel, desde luego, era el mejor regalo que Lorenzo le había hecho jamás. Hacía unos días habían visitado otro cenote de gran tamaño y fama, pero el turismo había

hecho mella en él. En cambio, en aquella brecha sagrada se sentía una diosa privilegiada.

—Dicen que estas aguas son curativas, rejuvenecedoras, mágicas...

—Desde luego que siento la magia...

Vicky se acercó hasta su marido y le abrazó por la espalda.

—Gracias, de verdad.

El se giró, soltando los remos en el bote. La besó con pasión y apremio mientras ella se colocaba cómodamente sobre su regazo. Comenzó a mecerse suavemente sobre él, mientras el beso se alargaba en un baile frenético entre sus labios y sus lenguas. Vicky le acarició el fuerte y duro torso y él sintió cómo la excitación que su atractiva mujer le causaba comenzaba a crear su efecto en sus terminaciones nerviosas. Ella notó cómo su miembro se endurecía y la pasión aumentó. Le desató el bikini con suavidad y la apartó de él para que se levantase.

—Desnúdate del todo, cariño —suplicó, con los ojos inyectados en el deseo.

Aguantando el equilibrio en la canoa, se sacó la parte de abajo del bañador y le observó.

—Eres perfecta... —murmuró con voz ronca.

Le agarró de una mano y la atrajo hasta él. Con la yema de los dedos, recorrió cada parte ardiente de su cuerpo y se detuvo a jugar en sus pequeños pero firmes pechos. La besó con pasión y después se levantó en la balanceante embarcación manteniendo el equilibrio y evitando realizar movimientos bruscos. Colocó a Vicky de rodillas en el suelo, con los pechos apoyados sobre diminuto banco de la canoa. Se colocó, también arrodillado, justo tras ella y después de comprobar que se encontraba húmeda y preparada para recibirle, la embistió. Tal vez fuese por el ambiente o quizás por el lugar mágico en el que se encontraban, pero notaba cómo la excitación que sentía había aumentado descontroladamente y con rapidez y, mientras observaba la desnuda espalda de Victoria y apretaba con las dos manos su trasero, notaba cómo el orgasmo comenzaba a apoderarse de su cuerpo. Escuchó los gemidos de su mujer y se dio cuenta de que ella se encontraba en la misma situación.

—No puedo más... —murmuró con voz ronca, mientras apretaba las uñas en sus nalgas.

—Lorenzo, Lorenzo... —sollozó Victoria en un suspiro mientras el clímax la alcanzaba.

Se tumbaron uno junto al otro, desnudos, en la canoa y dejaron que ésta se deslizase a su antojo mientras contemplaban aquel pedazo de cielo que el cenote

filtraba entre la maleza y las columnas que formaban las estalactitas y estalagmitas que se unían entre sí.

—Jamás olvidaré este lugar, cariño —ronroneó Victoria.

—Yo tampoco —respondió, mientras acariciaba con delicadeza la cabeza de su mujer.

Una vez en el taxi, Victoria sintió cómo se le empañaban los ojos. No quería marcharse de aquel lugar tan especial y tampoco quería que su luna de miel terminase aún. Sabía que Lorenzo había planeado otro viaje para ellos, pero por muy especial que ése resultase, jamás igualaría las experiencias que había vivido junto a él en aquellas aguas caribeñas.

—¿Me dirás a dónde vamos?

Él sonrió con picardía y con gesto de niño travieso.

—¿Qué me darás a cambio si te lo digo?

—Lo que el señorito quiera...

Se dieron un pequeño beso suave y superficial y Lorenzo añadió:

—Nos vamos a Milán.

—¿A Milán?, ¿a Italia?

Él asintió.

—Pensé que te gustaría conocer la tierra de tu marido —dijo, mientras estudiaba la reacción de Victoria—. Por eso lo de “viajar al pasado”.

No parecía muy contenta con la respuesta.

—¿No te apetece ir?

—Sí, claro... —murmuró pensativa—, es que Milán es completamente diferente a esto y...

—No te preocupes —interrumpió, mientras apretada su mano—, aquí vamos a volver muy a menudo.

—Está bien —admitió— ¡A conocer Milán!

Nada más pisar el aeropuerto, Victoria sintió la angustia apesándole el pecho. No podía decirle a Lorenzo que no quería visitar su ciudad, pero si debía de ser sincera consigo misma, tener que volver a ver a los padres de su marido le

provocaba verdadero pavor. Recordó su boda y cómo éstos la habían despreciado (tanto a ella como a su familia) y se habían marchado de allí sin despedirse de nadie. Sabía de sobra que no era del agrado de los padres de él.

Vicky regresó en sus pensamientos al instante en el que todo el mundo quería dar la enhorabuena y charlar con los novios y, entre tanto ajeteo de por medio, seguía sin haber tenido una sola ocasión para conocer a sus suegros. Los primeros en acercarse a ellos para felicitarles habían sido, para sorpresa de ambos, unos emocionados y alegres Luka y Samara. Lorenzo abrazó a su hermano pequeño con emoción y éste le devolvió unas palmaditas de apoyo. Vicky se sorprendió de lo mucho que se parecían, aunque Luka era bastante más moreno y un poco más bajito que su esposo. Samara, la novia brasileña de Luka, resultó ser un encanto de mujer.

—No me hagas llorar hoy, hermanito —bromeó Luka— que para una vez que nos vemos...

Recordó que Alessia, la otra hermana de Lorenzo, había aparecido junto a ellos, con el rímel corrido de llorar y los ojos rojos e hinchados. Felicitó a los novios con el corazón y después se lanzó a por Luka y lo llenó de besos. En aquel instante Victoria no necesitó demasiado para comprender que toda la distancia que había entre los hermanos estaba formada por sus padres.

—Quiero conocerlos —le pidió a Lorenzo, mientras los camareros servían cócteles y aperitivos en el jardín—. Se van a sentar en la mesa presidencial con nosotros y aún no les conozco. Son mis suegros.

Lorenzo asintió.

Los encontraron apartados del resto, charlando en una esquina de los jardines con unos primos segundos de Lorenzo a los que había invitado a la ceremonia por simple compromiso.

La madre de Lorenzo, Alessandra, vestía un vestido granate con una enorme pabela de alas desproporcionalmente anchas que le hacía juego. Era delgada y de rasgos finos. Los ojos, ligeramente achinados, quedaban perfectamente armónicos con una pequeña nariz afilada. Filippo, su padre, llevaba un discreto y elegante traje azul marino que parecía costar un dineral. Un pelo canoso peinado con sumo cuidado a un lado y una barba perfectamente afeitada delataban el tiempo y el dinero que tenían para cuidarse bien. Cuando Lorenzo les presentó a su mujer, éstos se mantuvieron entre la indiferencia y el pesar. Ninguno de los dos parecía querer que la conversación fluyera, así que, hastiado con la

situación, Lorenzo agarró a Vicky por la cintura y se dio media vuelta.

—Hijo —dijo Filippo, en un exquisito y perfecto español—. Jamás entenderé cómo has podido llegar a juntarnos con esta gente.

Lorenzo suspiró hondo y Victoria creyó que se le saltaban los ojos de las cuencas.

—Vámonos, Vicky —respondió, mostrándose impertérrito ante las palabras de su padre—. Es la misma historia de siempre.

Vicky le siguió, consternada por aquello que acababa de escuchar. Y aquella fue la última vez que los vio en la ceremonia.

Pisó el suelo al bajar del avión y sintió que las piernas se le deshacían como si fueran un flan. En realidad, su cuerpo entero parecía hecho gelatina. Lorenzo no paraba de preguntarle qué era lo que le sucedía y por qué estaba tan callada, ¿pero cómo iba a decirle que no quería estar allí ni ver a sus padres? Era obvio que iban a quedar con ellos, lo sabía de sobra. Después de la boda, Lorenzo le había dicho que con el tiempo la cogerían cariño y entenderían porqué la había escogido para compartir su vida.

Salieron del aeropuerto y encontraron un enorme todoterreno negro de ventanas tintadas esperándoles, cargado con las maletas que habían dejado en la sala del apartamento de Madrid.

—Te prometo que lo pasarás genial, de verdad —dijo Lorenzo, que parecía realmente preocupado con el súbito estado de ánimo taciturno de ella.

—Claro... —murmuró sin convicción.

Se subieron al vehículo y Lorenzo comenzó a circular con soltura.

—Tenemos un piso cerca de Montnapoleone —le dijo, sonriente—, estoy seguro de que te encantará estar allí.

—¿Montnapoleone? —preguntó ella, pues no conocía nada de aquel lugar y todo le sonaba extraño.

—Es una de las principales calles de compras que hay en Milán. Estoy seguro de que te lo pasarás bien por esa zona; hay de todo.

Vicky notó cómo su marido se esforzaba por animarla.

—Prada, Gucci, Versace... Cualquier firma que puedas imaginar, la encontrarás allí.

Ella sonrió a modo de silenciosa respuesta.

No tenía ganas de ir de compras. En realidad, no tenía muchas ganas de nada.

—Creo que deberías habérmelo contado —dijo, al fin.

—¿Contarte el qué?

—Que veníamos a Milán. Creo que debería haberlo sabido de antemano.

Lorenzo suspiró con la mirada fija en la carretera.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó irritado.

Era obvio que ambos sabían qué era lo que ocurría.

—Después de cómo reaccionaron tus padres en nuestra boda, creo que deberías haber hablado conmigo de un viaje como éste. Y creo que deberíamos haberlo dejado para otro momento y no para nuestra luna de miel.

Lorenzo resopló de nuevo, mientras marcaba el intermitente y arrinconaba el coche en una esquina de la cuneta.

—No tenemos que verles si no quieres —sentenció—. Sé que no se comportaron correctamente, pero también sé cómo son y que no tienen maldad. Victoria puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Mira, te voy a ser sincero —dijo, al final—, pensé que te iba a gustar conocer mi ciudad, el lugar donde nací, mis raíces. Además, tenía que venir sí o sí para resolver un pequeño asunto de la empresa y no quería que eso entorpeciera nuestro viaje de luna de miel.

—¿En serio? —repitió, completamente indignada—. ¡¿Estamos aquí por trabajo?!

—No —respondió Lorenzo, cortante—. Estamos aquí porque quería que conocieses Milán. No me ausentaré más que unas horas en los próximos días, así que creo que decir que estamos aquí por trabajo es bastante inadecuado. Podía haber esperado a regresar a Madrid y haber hecho el viaje nada más llegar, pero quería hacerlo contigo. Quería que los dos estuviésemos aquí. Esto es especial para mí, Victoria.

Vicky apretó los dientes con ira. Se sentía engañada. ¿Así que aquel era su asombroso viaje? ¡Pues menuda sorpresita! Decidió no responderle más para que la conversación no empeorase.

Lorenzo apretó el volante y retomó la circulación. No sabía por qué Victoria se había tomado tan mal aquello. Realmente había resultado un fracaso total y después de los maravillosos días que habían pasado en México no sabía muy bien cómo afrontar aquella situación. Antes de subirse al coche, justo después de bajarse del avión, había revisado su teléfono móvil en el baño. Mientras conducía, recordó las palabras que su madre le había escrito en el mensaje: “estoy deseando verte. Te espero hoy para cenar”. Sintió que la situación se le

escapaba de control y notó la rabia creciendo en su interior. Sabía que Filippo, su padre, no se había comportado bien con su mujer, pero en realidad, jamás se había comportado bien con nadie que no fuera de la familia. Su madre, Alessandra, no tenía la culpa de nada. Además, Victoria ahora era de la familia y le gustase o no a su padre, tendría que aceptarla como a uno más. Después de aquella reacción, ¿cómo iba a decirle a Vicky que habían quedado con su madre para cenar?

Suspiró hondo y condujo sumido en el silencio hasta llegar al garaje subterráneo de la vivienda que poseían allí.

—¿Diga?

Luka tragó saliva antes de contestar.

—Hola mamá, ¿cómo estás?

Escuchó la respiración entrecortada de su madre y por un instante pensó que ésta iba a colgarle el teléfono.

—¿Cómo estás tú, hijo? —preguntó, aturdida todavía por escuchar la voz de su hijo más pequeño.

El día que Luka salió disparado con aquella mujer, Alessandra creyó que jamás volvería a hablar con él.

—Estoy bien, mamá. Creo que tengo que volver a casa.

Se hizo el silencio unos segundos y después escuchó el llanto de su madre al otro lado de la línea y algo en su interior se retorció de dolor. Sabía que, a pesar de todo, sus padres jamás dejarían de ser su familia y que muy en el fondo él les había causado demasiada angustia.

—Il mio bambino piccolo...

Luka sonrió con ternura mientras recordaba aquellos buenos momentos que había pasado junto a su madre y sus hermanos a lo largo de su niñez. No habían sido demasiados, pero los pocos que poseía los conservaba con sumo cariño.

—No tengo dinero para volver, mamá. Me he dejado todo en la boda de Lorenzo.

La conversación duró una hora y diez minutos. Cuando colgó, supo que no podía demorarse en hablar con Samara y regresar a Milán. Su padre, Filippo, había sufrido un infarto y estaba gravemente hospitalizado. Alessia estaba allí, en Milán, ayudándole a su madre y encargándose de la empresa lo mejor que podía. Cuando Luka preguntó por su hermano, su madre le contó que estaba de camino a Italia, pero que desconocía el estado tan delicado de su padre. Había preferido darle la noticia en persona nada más llegase allí. Luka sintió que algo

estallaba en su interior al escuchar todas aquellas palabras. La familia Moretti volvía a reunirse y le fue imposible no recordar el último encuentro en el que su padre le había echado de casa junto con su novia, Samara.

Intentó borrar los malos pensamientos de su cabeza mientras regresaba a casa. Sabía que iba a encontrar a Samara llorando desconsoladamente después de la última discusión que habían tenido, pero no podía seguir rehuendo la situación; debía enfrentarse a ella lo antes posible.

Subió las escaleras hasta la tercera planta con parsimonia, como si los pies le pesasen muchísimo y tuviese la suela de los zapatos repleta de plomo. Cada paso hacia arriba le suponía un reto. Escuchó el sonido del edificio: el llanto de un bebé, una pareja discutiendo en la lejanía, los Rolling Stones sonando de fondo en alguna vivienda no muy lejana...

Abrió la puerta y encontró a Samara en el sofá sentada. Estaba vestida y tenía una pequeña bolsa de equipaje sobre el regazo. Luka sintió las lágrimas a punto de estallar, pero se contuvo. Sabía de sobra lo que le estaba por venir; una escenita en toda regla con la amenaza de marcharse.

—Me voy —dijo Samara con seriedad.

Había hecho aquello en numerosas ocasiones y Luka sabía de sobra que no era más que una técnica para captar su atención. En una o dos ocasiones había cumplido su palabra y se había marchado un par de días a casa de alguna amiga, pero por lo general, todo terminaba en simples amenazas. Luka solía querer evitar aquel tipo de discusiones y, al final, cedía por el simple hecho de eludirlas.

—Yo también —respondió.

Samara lo miró fijamente sin entender a qué se refería.

—¿Te vas? —preguntó aturdida.

Tenía el rostro manchado de desconcierto.

—Sí, vuelvo a Italia.

Se quedó en silencio, mirándole de hito a hito. Seguramente, preguntándose si estaba hablando en serio o era una amenaza más al igual que la de ella. Luka se esforzó por guardar la compostura mientras observaba el gesto de dolor que marcaba el rostro de su novia.

—¿Vas a venir conmigo? —preguntó en un pequeño impulso de valentía.

En realidad, conocía perfectamente la respuesta.

—No.

Samara se levantó del sofá mientras las lágrimas se deslizaban descontroladamente por sus mejillas. Dejó la bolsa en el suelo del salón y caminó hasta el dormitorio. Se encerró con un remarcado portazo y dejó a Luka

allí plantado, en silencio.

La siguió hasta allí y abrió la puerta. No podía marcharse y dejar las cosas de esa manera tan horrible. Después de tantos años juntos, ni Samara ni él se merecían aquello.

Estaba hecha un ovillo debajo de las mantas. Luka se tumbó a su lado y la abrazó en silencio.

—Ven conmigo, por favor —susurró, mientras escuchaba el llanto intermitente de su novia—. Tenemos que cambiar nuestra vida, los años empiezan a...

—Me gusta nuestra vida —le interrumpió.

Luka suspiró.

—Quiero poder tener y poder darte una buena vida.

—¿Y necesitas a tus padres para eso?

Se quedaron en silencio, abrazados. Por alguna extraña razón, Samara sentía en su interior que daba igual lo que dijera o dijese a su novio, pues éste ya había tomado la decisión y nada podría hacerle cambiar de opinión. Le conocía demasiado bien.

—Mi padre ha tenido un infarto. Está grave.

Ella sollozó, dolida, y le suplicó:

—No me dejes, por favor.

De alguna extraña manera, Lorenzo siempre conseguía animarla y cambiar su humor. Habían llegado al piso que poseían allí y había logrado dejarla completamente estupefacta. A Vicky se le hacía raro pensar que aquel desconocido habitáculo también le pertenecía a ella.

—Quiero redecorarlo todo—dijo, nada más entrar.

Él se deshizo en una carcajada que inundó el piso.

Tenía ciento cincuenta metros cuadrados. Nada más entrar, a la izquierda, había una cocina en forma de “L” y todas las modernidades que se pudieran imaginar. Si continuabas de frente, encontrabas un salón enorme que se dividía en dos: una pequeña sala de estar con un sofá cheslong con su correspondiente televisor de pantalla plana, y un espacio reservado para un impresionante piano de cola negro que se extendía ocupando todo el ancho del lugar.

—¿Tocas el piano? —preguntó, anonadada.

—Lo tocaba de pequeño —contestó Lorenzo— mi madre nos obligaba a mis hermanos y a mí a asistir a clases de música. Mi hermana se decidió por el arpa, mi hermano pequeño quería tocar la guitarra y yo..., bueno, el piano siempre me ha parecido un instrumento muy elegante.

Vicky estaba anonadada. No conocía aquella faceta de su marido.

Si continuabas el pasillo de frente, encontrabas dos baños y tres habitaciones: un enorme dormitorio con un vestidor, un pequeño gimnasio y una biblioteca.

—Podemos adaptar una de ellas para la niña —bromeó Lorenzo.

—¿Para la niña? —Vicky soltó una carcajada.

Desde luego, no se sentía ni remotamente preparada para ser madre, así que agradeció que tan solo se tratase de una broma.

—Entonces, ¿qué habitación redecoramos primero?

—Ninguna —respondió con sinceridad—. Me encanta tal y cómo está, la verdad. Es perfecto.

Lorenzo la atrapó entre sus brazos y la aupó mientras giraba en su propio eje. La besó en el aire y volvió a recordarse a sí mismo la fortuna que le había tocado

con aquella mujer.

—Te quiero —susurró— te quiero mucho.

Ella le respondió con un beso en la punta de la nariz. Aquel gesto tan peculiar, había sido la forma de expresar lo que el uno sentía por el otro cuando se conocieron.

—Siento haber decidido venir aquí sin consultártelo antes —admitió.

No quería estar enfadado con ella.

—Siento haberme enfadado contigo —cedió Victoria—. Por cierto, si nos vamos a quedar aquí, creo que va siendo hora de que active el teléfono en el extranjero... Supongo que Mónica y mis padres querrán saber cómo estamos.

Él asintió.

—Sí, es buena idea. Yo ya tengo activadas las llamadas y no me ha entrado nada estos días pero... Aún así, activa el tuyo. Quiero quedarme aquí una temporada..., me gustaría que conocieses tantísimos lugares...

Lorenzo bajó a su mujer al suelo y ésta agarró su bolso.

—Voy a darme una ducha de mientras —dijo, mientras observaba cómo Vicky caía inmersa en su iPhone.

Ni una, ni dos, ni tres llamadas. Necesitó cinco intentos para que los imbéciles de su compañía telefónica le activasen la línea de teléfono en Italia. Ocho mensajes invadieron la pantalla de su teléfono móvil y procedió a revisarlos. La mayoría eran llamadas perdidas de sus padres y alguna que otra de Mónica. Se sorprendió cuando encontró un mensaje de Samara: «necesito hablar contigo, es importante. Llámame cuando leas esto». También tenía llamadas perdidas suyas. Respirando profundamente y evitando pensar cuánto le cobrarían por llamar desde el extranjero al otro lado del charco, marcó su número y pulsó el botoncito verde de llamada.

—¿Victoria?

La voz de Samara sonaba extraña, ronca.

—Sí, Samy, soy yo —respondió, mientras apretada el teléfono con el hombro contra su oreja para poder liberar las manos—. ¿Qué ocurre?, ¿estáis bien?

Abrió las maletas de par en par en la cama de matrimonio de uno cincuenta que había en mitad del dormitorio. ¿Dónde narices iba a meter tantísima ropa?

—No... no estoy nada bien —respondió su cuñada, mientras se sorbía la nariz.

¿Estaba llorando?

—¿Qué ocurre? Cálmate y cuéntame...

—Luka me ha dejado —le interrumpió Samara, mientras comenzaba a

sollozar.

Vicky suspiró hondo y se preparó para aquella larga y dolorosa conversación. Por lo general había sido ella la que se deshacía en un mar de lágrimas al otro lado de la línea, pero en las pocas ocasiones en las que le había tocado escuchar y dar consejo, nunca se le había dado del todo bien. No servía para decirles a las personas qué hacer o cómo actuar, porque, si debía ser sincera, cuando se encontraba perdida ni si quiera ella sabía qué hacer consigo misma.

—Cuéntame qué ha pasado, Samy...

Abrió los armarios de la habitación. Sabía que iba a ser una hora de llamada (como poco) y decidió ir avanzando con la tarea mientras hablaba con Samara. Para su suerte, se sorprendió al comprobar que Lorenzo no tenía mucha ropa allí guardada; tan solo un par de trajes y camisas.

—No tengo ni idea. Volvimos de Madrid y él empezó a comportarse de una manera un poco extraña... Pensé que, quizás, el haber visto a sus hermanos, a sus padres... No lo sé, puede que de alguna manera le habría afectado, pero...

—Cálmate y no llores —le susurró Victoria en tono tranquilizador—, no puedo entender qué es lo que dices si no dejas de llorar y te tranquilizas un poco...

Mientras colocaba las camisetas de tirantes en las cajoneras, escuchó la respiración descompensada de Samara al otro lado del teléfono. «Pobrecita», pensó, se la veía realmente afectada. Victoria había pasado por bastantes malos tragos hasta encontrar a su marido y sabía perfectamente qué se sentía al ser traicionada por alguien que amabas. En realidad, incluso con su marido le había tocado sufrir.

—Me ha dejado, después de todo lo que hemos pasado juntos, se vuelve a Italia...

—¿Cómo? —preguntó Vicky, sorprendida—. ¿Viene a Italia?

Samara parecía más calmada.

—Sí, está de camino. El padre de Luka y Lorenzo ha tenido un infarto y está muy grave, y...

—¡Samy, para! —exclamó, consternada—. ¿Filippo ha tenido un infarto?

—Sí...

Soltó la ropa que tenía en la mano y la dejó caer al suelo. Se sentó en los pies de la cama, procurando pensar y procesar la noticia que Samara le estaba dando.

—¿Está muy mal?

—No... yo no..., yo no sé si..., no sé nada más.... —tartamudeó Samara

entre sollozos— pero me ha dejado y...

—Samy, tienes que calmarte —suspiró Vicky, que no sabía qué decir a todo eso—. Quizás Luka necesite aclarar la cabeza, creo que es comprensible que venga a Italia si su padre ha tenido un infarto. ¿No te ha pedido que vengas con él?

—Sí..., sí, pero..., yo...

—Es normal que quiera venir —le tranquilizó Victoria—, completamente normal. Además, las relaciones son complicadas. Tú deberías de saberlo después de tantos años con Luka. Recuerdo que los primeros meses con Lorenzo fueron horribles... Incluso le dejé —rió Victoria al recordar aquellos momentos, aunque en su día habían resultado dolorosos—. Nosotros estamos en Italia, aunque Lorenzo creo que no tiene ni la menor idea de lo que ha sucedido con su padre.

—¿Estáis allí?, ¿vas a verle?

—¿A Luka?

—Sí.

—No tengo ni idea, Samy. Por ahora, tengo que contarle a mi marido que su padre ha sufrido un infarto... —Vicky suspiró, aquella llamada se había complicado más de lo imaginado—. Así que supongo que sí.

Escuchó el secador en el baño y supuso que Lorenzo estaba terminando.

—Tengo que colgarte, Samy. Te prometo que hablaré con Luka en cuanto le vea.

—Vale, gracias.

—Estate bien, ¿vale?

—Sí... —murmuró Samara, sin convicción.

—Te llamo mañana. Adiós.

—Adiós.

¿Cómo narices iba a decir a su marido que Filippo había tenido un infarto? Se preparó hondo para darle la noticia y pensó que, seguramente, conllevaría el salir corriendo a un hospital... Adiós luna de miel. Se agachó para recoger los calcetines que había tirado al suelo; una buena parte de ellos, hechos bolita, habían rodado debajo del armario. Estiró la mano para recogerlos y notó algo sólido, metálico, allí abajo. Tiró de aquel objeto para sacarlo. Era un maletín negro de cierres plateados. ¿Por qué tenía Lorenzo un maletín escondido debajo del armario?

Escuchó la puerta del baño cerrarse de un portazo y volvió a esconder el maletín en un gesto de auto-reflejo. Terminó de recoger los calcetines y la ropa, metiendo cada prenda en cualquier parte del armario. Ya se preocuparía por

organizar eso después.

Lorenzo apareció en la puerta con una sonrisa traviesa y una toalla blanca enroscada en la cintura.

—¿Te apetece que volvamos a la ducha?

Victoria suspiró.

—Tengo que hablar contigo, cariño.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido.

—Samara acaba de llamar —le contó, nerviosa—. Tu padre, Filippo, ha tenido un infarto.

Lorenzo odiaba los hospitales. Siempre los había odiado. Recordaba de pequeño haber sufrido una amigdalitis aguda que le había llevado a padecer más de cuarenta grados centígrados de fiebre. Antonella, la niñera, le había llevado al hospital y los médicos le habían suministrado antibióticos diversos sin resultado aparente. Recordaba que le habían bañado en agua muy fría y que, aquellos días que había estado ingresado, se había sentido muy solo. Sus hermanos continuaban con su ritmo de vida habitual: colegio, clases particulares... Y sus padres estaban demasiado ocupados.

Apretó el volante entre las manos mientras conducía en silencio. ¿Por qué su madre no le había contando nada hasta entonces?, ¿por qué había tenido que enterarse por mediación de la novia de su hermano?, ¿por qué su familia siempre le ocultaba todo?

Miró a Victoria de reojo, parecía sumergida en sus propios pensamientos y decidió no molestarla. Sabía de sobra que estaba haciendo un gran esfuerzo por él y que debía agradecersele. Pensó que nada más regresar a Madrid se lo compensaría con una buena cena romántica. Desde luego, jamás había imaginado que su viaje a Milán comenzaría de aquella espantosa manera.

Aparcó en el parking privado del hospital, que exceptuando su coche y el monovolumen grisáceo de su madre, estaba vacío. Era de noche y aquel centro hospitalario solo admitía visitas familiares hasta las siete de la tarde. Como siempre, hacían una excepción por la familia Moretti. Mientras se bajaban del vehículo sacó el teléfono y pulsó la rellamada.

—¿Mamá?

—Lorenzo, ¿estás ya aquí?

—Sí, mamá. Estamos aparcando.

—Habitación 326. Te espero aquí arriba.

Le sorprendió que su madre estuviese allí a aquellas horas de la noche. O bien su padre estaba realmente grave o bien su madre había cambiado por completo su forma de ser en aquel último año que se habían mantenido distanciados.

Subieron hasta la habitación en silencio. Vicky parecía consternada. Caminaba sigilosa a su lado sin levantar la mirada del suelo y Lorenzo se preguntó qué sería aquello que se le pasaba por la cabeza a su mujer.

Abrió la puerta de la habitación mientras su madre, preparada, se lanzaba a sus brazos deshecha en un mar de lagrimones.

—¡Oh...! Menos mal que estás aquí...

—¿Por qué no me habías dicho nada antes, mamá?

—No quería preocuparte por teléfono y como sabía que venías...

Alessandra se quedó inmóvil unos segundos mientras inspeccionada de hito a hito a Victoria, que se mantenía en el umbral de la puerta de la habitación.

—¡Ah! Ella también ha venido...

—Claro que ha venido —respondió de inmediato Lorenzo—. ¿Con quién iba a venir, si no?

Vicky le sostuvo la mirada mientras Alessandra la repasaba de arriba abajo con descaro. Desde luego, quedaba patente que no era bien recibida en aquel lugar.

—Un placer volver a verte, querida —dijo Alessandra, en un finísimo español que no guardaba ningún tipo de acento—. Benvenuto a Italia.

Aunque Lorenzo parecía no haberse dado cuenta, el tono de desprecio no pasó desapercibido. Victoria fingió una sonrisa con sus mejores galas y apartó la mirada lo antes posible. Aquella mujer era totalmente despreciable.

Observó a Filippo, postrado en la cama con una mascarilla de oxígeno en la cara. Estaba pálido y ojeroso y no tenía el buen aspecto con el que le había conocido en la ceremonia.

—¿Quién se está haciendo cargo de todo aquí? —preguntó su marido—, ¿cuándo ha ocurrido esto?

Su madre suspiró y volvió a echarse sobre los brazos de Lorenzo.

—¡Oh, mi niño! —lloriqueó—, hace solo unos días. Alessia ha venido corriendo para encargarse de todo.

—Tenías que haberme avisado antes, mamá. ¿Cuál es el diagnóstico?

Victoria pensó que era invisible y que sobraba en aquella conversación.

—Ha sufrido un infarto de miocardio. Una parte bastante grande de su músculo cardíaco ha muerto y la otra parte se mantiene bombeando lo necesario para mantenerlo con vida. Dicen que será una recuperación larga y no saben decirnos aún las secuelas que conllevará...

Lorenzo observó a su padre postrado en aquella camilla de hospital. Filippo

siempre había sido un elegante hombre de negocios, un hombre de hierro que no se había dejado debilitar por nada en ninguna ocasión. Ni si quiera era capaz de recordarle una sola vez enfermo...

—Os dejaré charlar tranquilos —dijo Victoria, mientras se dirigía hacia la puerta—. ¿Queréis que os traiga un café?

Lorenzo la abrazó por la cintura y la besó con delicadeza en la frente.

—Gracias por todo, cielo —susurró.

—No le daría un café de esa máquina ni a mi peor enemiga... —murmuró con desprecio Alessandra.

Vicky suspiró y salió de la habitación. Cuando cerró la puerta tras ella y se quedó a solas, sintió cómo se liberaba de un enorme peso que la estaba asfixiando. Aquella familia era horrorosa, venenosa. Y lo peor de todo es que Lorenzo no era consciente de hasta qué punto podía llegar a odiarla aquella mujer.

—Necesito que cuides de tu familia ahora, hijo —murmuró, mientras apretaba el musculoso brazo de Lorenzo—, es el momento de que estés aquí, a mi lado. Alessia está haciendo todo lo que puede pero sabes que ella sola no dará abasto. Luka también está de camino, pero lleva tanto tiempo fuera que...

—¿Luka está de camino? —preguntó sorprendido.

Victoria no le había contado nada.

—Sí, estará aquí mañana a primera hora. Creo que es importante que estemos todos juntos, como la familia que somos.

—No voy a marcharme si me necesitas, mamá. Victoria lo entenderá.

Alessandra asintió con la cabeza, lentamente.

—De eso también quería hablarte... ¿Va a quedarse en Milán contigo?

—Claro, mamá.

—Hijo, no sé qué pensará tu mujer de todo esto... Necesito que vuelvas a casa conmigo, me siento sola y destrozada con todo lo que nos está sucediendo...

—Ya te he dicho que me quedaré el tiempo necesario. No voy a marcharme.

—No me refiero a que te quedes en Milán.

Alessandra tomó asiento con la delicadeza propia de aquellos seres humanos que han recibido una educación distintiva. Cruzó las piernas con parsimonia y levantó la barbilla para clavar la mirada en su hijo.

—Me refiero a que vuelvas a casa, a tu hogar. Quiero que estemos todos juntos de nuevo.

Lorenzo perdió la palabra. No podía responder que sí sin antes hablarlo con Victoria, y algo en su interior le decía que no aceptaría aquella proposición de buenas a primeras después de todo lo que había pasado en la boda con ellos.

—Yo no soy tu padre, Lorenzo. Lo sabes bien.

Sí, sabía que su madre tenía un buen corazón, pero intuía que Victoria todavía no había sabido verlo del todo.

Su mujer entró por la puerta con dos cafés en vasos de plástico y le tendió uno a Lorenzo, que había enmudecido y que no sabía muy bien hacia dónde dirigir la conversación.

—¿Todo bien? —preguntó ella, mientras le acariciaba el rostro con la mano libre.

—Sí —respondió de la misma.

—Victoria —dijo Alessandra—. Te llamabas Victoria, ¿verdad?

Ella observó a aquella mujer con rasgos de aguilucho que la observaba, aún estando sentada por debajo de ellos, con superioridad celestial propia de una deidad.

—Sí, eso es. Victoria —respondió cortante.

—Estábamos hablando sobre vuestra estancia en Milán. Tanto Lorenzo como yo pensamos que lo más apropiado sería que os trasladaseis a Gli Angeli una temporada hasta que este asunto esté más calmado...

Victoria miraba a su marido asombrada. ¿Gli Angeli?, ¿qué narices era eso? Alessandra continuaba hablando pausadamente, con una seguridad innata en su tono de voz, aunque hacía varios segundos que Vicky había dejado de escucharla.

—¿Lorenzo? —preguntó, aturdida.

—En realidad, le estaba diciendo que tendría que consultarlo contigo antes de tomar ninguna decisión.

—¿Qué es Gli Angeli? —repitió, sin poder ocultar la ofensa que sentía.

—Es la casa en la que mis hermanos y yo nos criamos —explicó.

El ambiente comenzaba a tensarse por momentos.

—¿Quieres que pasemos la luna de miel con tu madre? —preguntó consternada.

—Creo que es un momento delicado para ella y que debería estar a su lado.

Entró tras él y cerró la puerta con un estrepitoso portazo. Sabía que debía ser comprensiva y procurar entender la situación, pero en su cabeza no entraba el hecho de tener que mudarse con esa mujer. ¿Tan poco importaba ella en la ecuación que lo había decidido en su ausencia?

Suspiró hondo y se dirigió al dormitorio, decidiendo si enfrentarse a su marido o dejarlo estar tal cual. Lorenzo estaba frente al galán de noche desabrochándose la corbata cuidadosamente.

—Vete —pidió Victoria con tono de voz mordaz—, sal de la habitación ahora mismo.

Lorenzo resopló, abatido, mientras colocaba la americana negra del traje con cuidado en el perchero.

—¿Y a dónde quieres que vaya?

—Me da igual. Vete al sofá —replicó—, o a casa de tu madre. Pero lárgate de aquí ahora mismo.

Estaba furiosa; por mucho que hubiese pensado y tratado de contener su ira, había sido imposible de retener. Lorenzo pasó por delante de ella con gesto abatido y cerró la puerta del dormitorio al salir.

Dejó la maleta que había colocado sobre la cama en el suelo y se tumbó con la mirada clavada en el techo beige de la habitación. Pensó que debía de llamar a Samara para contarle lo sucedido y que Luka, con seguridad, llegaría la mañana siguiente a Italia, pero no se vio con fuerzas para llevar a cabo dicha tarea. Su estado anímico estaba peligrosamente hundido y no pensaba que combinarlo con el llanto de Samy fuese a resultar una buena idea. Se tumbó lateralmente, hecha un ovillo y abrazándose el cuerpo con sus propios brazos. Detectó el maletín negro debajo del armario; lo había introducido de vuelta con tanta prisa que una de las esquinas había quedado sobresaliendo al exterior. Se levantó de la cama con sigilo y culpa, como si por sentir curiosidad estuviese traicionando la privacidad de su marido. Lo cogió, se sentó y lo colocó sobre su regazo. Era un maletín con una clave de cuatro dígitos, así que comenzó probando la fecha de nacimiento de su marido, su aniversario, el día en el que se conocieron... Sin éxito. Desesperada, lo intentó con el clásico “1,2,3,4” sin obtener resultados y terminó por resignarse. Quería saber qué era lo que Lorenzo escondía ahí, pero

después de la pelea que habían tenido, decidió que mejor era preguntárselo en otro momento.

Se tumbó en la cama y, despejando todos aquellos pensamientos negativos que surcaban su mente, le dio la bienvenida a Morfeo con los brazos abiertos.

Atravesaron el portón principal de los terrenos de Gli Angeri con el monovolumen cargado del equipaje que tenían al completo. No habían dejado ni una sola prenda en el piso, así que Victoria supuso que su marido no había tenido en consideración regresar de nuevo allí. La villa Gli Angeri era impresionante desde la mismísima entrada. Una carretera rodeada de vegetación te daba la bienvenida, seguida de cuatro grandes invernaderos y un pabellón de tamaño considerable. Se sintió tentada de preguntar qué era todo aquello, pero el orgullo le impidió pronunciar palabra alguna en voz alta.

—Gli Angeri fue construida para mis tatarabuelos, que eran señores de gran importancia en la ciudad de Milán. Es una de las construcciones con mayores metros cuadrados en terrenos y ajardinado que existen aquí. Mi padre reformó la estructura principal cuando yo era un niño, manteniendo la fachada enladrillada que tenía en su origen —explicó Lorenzo, sin apartar la vista de la carretera.

Alcanzaron una enorme mansión que, como bien había explicado Lorenzo, contaba con amplias columnas enladrilladas que la dotaban de un estilo arquitectónico más clásico que chocaba con una moderna estructura. Una imponente piscina dividida en dos se introducía en la casa a través de una cristalera que decoraba un lateral completo de la mansión. Sobre una pequeña terraza ornamentada de amplias tumbonas se alzaban unas extraordinarias escaleras que rodeaban la estructura hasta perderse de vista.

—¡Guau! —exclamó Victoria, impresionada.

Lorenzo sonrió ante su reacción.

Vicky alzó la vista y chocó con una figura oscura colocada tras la cristalera del alto de la mansión. Se quedó observándola unos instantes hasta que la mancha oscura desapareció detrás de unas cortinas blanquecinas.

—Ésa es la habitación de mis padres —aclaró, siguiendo la mirada de su mujer— no he vuelto a entrar en ella desde que con seis años mi padre me pilló trasteando entre sus pertenencias y me propinó quince azotes con el cinturón.

Victoria le miró consternada.

—No puedes hablar en serio...

Él asintió, mientras la atraía hacia su cuerpo.

—De eso hace demasiados años, cielo —aclaró.

Suspiró hondo y absorbió el aroma de los cabellos castaños de su mujer. Le encantaba aquel olor a almendras que siempre le caracterizaba.

—Odio estar mal contigo.

Ella le respondió apretando aún más el abrazo en el que se habían envuelto.

—Te prometo que estarás bien aquí y que no será mucho tiempo —dijo con poca convicción.

Ella asintió. También odiaba estar de malas maneras con él.

Mientras sacaban las maletas del monovolumen, Vicky volvió a divisar la silueta en el alto de la mansión, escondida entre las sombras.

—Aquí trabajan, o trabajaban antes por lo menos, dieciocho personas. Cuidan de la casa, de los jardines, se ocupan de la cocina, de la limpieza...

Lorenzo iba enumerando con detalle cada parte del personal.

—La que más tiempo lleva trabajando para mis padres es Antonella, que ahora se encarga de la cocina y antes se dedicaba al cuidado de los niños.

—¿Al cuidado de los niños? —repitió ella.

—Sí. Fue como una madre para nosotros. Nos despertaba cada mañana, nos hacía el desayuno, nos vestía, nos duchaba, nos llevaba al colegio, al parque, nos daba de cenar, nos arropaba por las noches... Prácticamente era a la única que veíamos en el día a día.

—¿Y tus padres?

—Los veíamos en algunas comidas o cenas especiales y en los periodos vacacionales. Mi madre estaba bastante más presente que mi padre, pero prácticamente no veíamos a ninguno de los dos...

Victoria pensó que aquello era una de las cosas más tristes que podía pasarle a un niño pequeño. Entraron en la mansión por la puerta principal, que daba acceso al enorme salón. Un sofá de tamaño descomunal atrapaba el ancho completo de la pared. Una pantalla que se acercaba más a un cine que a un televisor flotaba frente a él y entre ambos había colocada una isleta de cristal. El suelo estaba embaldosado y a su izquierda entraba dentro de la vivienda parte de la piscina del exterior, que era separada por la cristalera que había visto nada más llegar.

—Fue un capricho de mi padre... —explicó Lorenzo—, si te gusta, podemos construir una nosotros.

Vicky soltó una carcajada descomunal.

—Por ahora me conformaré con comprar una casa con jardín, ya hablaremos de las piscinas en un futuro...

Él agarró su mano y tiró de ella hacia unas escaleras de caracol que

compartían el mismo decorado enladrillado que tenían las columnas del exterior de la casa.

—Deja las maletas aquí —le dijo, mientras subían hacia arriba—, ya le pediré a Matteo que nos las suba a la habitación.

—¿Matteo?

—Es el encargado de mantenimiento y otro de los empleados que más tiempo lleva en este lugar.

Mientras escuchaba aquellas palabras, pensó que jamás podría llegar a acostumbrarse a vivir en un lugar como aquel. Llegaron al dormitorio y Victoria se sorprendió al encontrar un espacio tan impersonal, aunque a su vez elegante, que no parecía pertenecer a nadie. Las paredes mantenían los mismos tonos apagados y clásicos que el resto de la vivienda, la ropa de cama era blanca e impoluta, los armarios empotrados pasaban desapercibidos y el único adorno que podría llegar a contar algo del huésped de aquel lugar era el pequeño piano de pared que sobresalía en una esquina de la habitación.

—Fue el primer piano que me compraron de niño y decidieron conservarlo tras mi marcha —explicó—, el resto de la habitación la reformaron por completo y..., bueno, mis pertenencias se marcharon conmigo, así que no queda nada de mi infancia en este lugar.

Vicky pensó en el dolor y sufrimiento que había sentido al descubrir la frialdad de Lorenzo cuando se conocieron. Su marido en aquel entonces era un hombre de hielo incapaz de amar o sentir nada por otro ser y, después de descubrir la familia de la que provenía, sintió que de alguna manera estaba totalmente justificada la falta de sentimientos y empatía que tenía entonces.

—Luego quiero que conozcas a Antonella —dijo, por primera vez emocionado desde que habían entrado en aquel lugar—, estoy seguro de que te encantará.

—¿No vamos a saludar a tu madre?

—Ya nos ha visto al llegar, así que supongo que estará con nosotros a la hora de la comida.

Bajaron a la cocina y Lorenzo le presentó a una regordeta y simpática Antonella. A Victoria le sorprendió encontrar en ella la viva imagen de la alegría. La cocina era la típica clásica de baldosas amarillas y blancas y cortinas a juego. Vicky le calculó a la mujer unos cincuenta y muchos muy bien llevados, pues sus kilitos demás le dotaban de un rostro ovalado prácticamente sin arrugas visibles.

—¡Lorenzo! —gritó, nada más entraron en la cocina.

Antonella saltó a los brazos de él y se echó a llorar emocionada sobre su pecho. Era bajita, su cabeza no alcanzaba los hombros de él.

—¿Come non avvisi? —murmuró entre exagerados sollozos.

Victoria supuso que querría decir “¿cómo no has avisado?”.

Lorenzo atrapó su cara entre las yemas de sus dedos y le regaló un beso en la frente. A Vicky no le pasó desapercibido aquel gesto tan cariñoso e íntimo que no había tenido en el hospital cuando vio a su madre.

—Nani, ésta es mi mujer. Victoria.

Vicky se adelantó unos pasos y alargó su mano en forma de saludo, pero la mujer se acercó hasta ella y la estrechó dulcemente entre sus brazos.

—Incantata, Vittoria —le dijo alegremente.

Lorenzo se rió.

—Nani, es Victoria, no Vittoria —corrigió—, y no sabe hablar italiano.

—Perdona, Victoria —se disculpó con un exagerado y marcado acento.

—No pasa nada, Antonella —se apresuró—, puedes llamarme Vittoria si quieres.

La mujer les apremió a sentarse en la redonda mesa de la cocina mientras les preparaba un café. No dejó de hablar ni un solo segundo, cosa que Vicky agradeció enormemente. Por primera vez, en la familia de Lorenzo, alguien la hacía sentirse querida y valorada. Les sirvió el café y se sentó con ellos a tomar una taza caliente de té.

—Gracias por cuidar a mi bambino —le dijo emocionada.

Vicky se preguntó por qué nadie había invitado a aquella encantadora mujer a la boda y decidió anotárselo e investigarlo más adelante. Por alguna razón, sospechaba que a los padres de Lorenzo no les hubiese hecho ninguna gracia. En mitad de la animada tertulia, un joven de unos quince años de edad irrumpió en la cocina; parecía haber llegado hasta allí de una carrera, pues hiperventilada y no podía hablar. Se apoyó en sus rodillas y guardó silencio unos segundos mientras recuperaba el aliento.

—Éste es el nieto de Antonella, Leandro —explicó Lorenzo, permitiéndole al muchacho recuperarse del ejercicio.

—Lorenzo —dijo al fin, con la respiración aún agitada— la señora Alessandra ha pedido hablar con usted, señor.

—¡Leandro! —regañó Antonella poniéndose de pie de un salto—, saluda ahora mismo a la señorita Vittoria y no seas maleducado.

Después de pedir perdón agachando la cabeza, se acercó hasta Vicky y le

agarró de la mano.

—Vittoria —dijo, mientras le besaba el dorso de la mano—, un placer conocer a la bella señorita.

Lorenzo saltó en carcajadas y Antonella comenzó a manotear exageradamente en el aire.

—¡Oh, il mio Dio! Este muchacho además de maleducado me salió descarado...

Lorenzo se acercó a su mujer la agarró por la cintura mientras la besaba con dureza en los labios.

—No tardaré en volver —prometió.

Vicky sonrió. Allí, con aquella mujer, se sentía a gusto.

—No te preocupes —le tranquilizó, mientras volvía a sentarse en la mesa de la cocina.

Nada más marcharse Lorenzo, Leandro besó a su abuela y se despidió de Victoria.

—Quédate y come algo, que estás muy delgado y así no puedes trabajar.

—Hoy no puedo quedarme, nonna —respondió él—, el águila no quita ojo de la ventana y si ve que me quedó aquí me volverá a castigar.

—Espérate ahí un segundo —instó Antonella.

Corrió a la nevera y sacó una bolsa de embutido de mortadela. Partió un pan de hogaza y preparó un bocadillo con la destreza y la rapidez de quien lleva demasiados años en la cocina. Lo envolvió en una servilleta de papel y se lo dio a su nieto, que esperaba impaciente en el umbral de la puerta para echar a correr.

—¿El águila? —repitió Vicky, mientras se abanicaba con una revista que había encontrado encima de la mesa.

—Aquí siempre hace calor, bella. Una con los años termina acostumbrándose a estar entre fogones todo el día... —murmuró mientras rebuscaba en un cajón y sacaba un abanico desgastado por el uso—, toma, aquí tienes.

Vicky lo aceptó y agradeció el detalle.

—¿Quién es el águila? —repitió, intrigada.

—La señora Alessandra —le contó Antonella—, aquí todos los trabajadores la llaman así. Se pasa los días asomada en esa ventana, día y noche, vigilando todo y a todos.

Vicky recordó la imagen de su suegra asomada en lo alto de la cristalera de la mansión.

—¿Por qué ha dicho Leandro que le volverá a castigar?

—La mia bella... Esa mujer tiene el corazón de hielo. Ni si quiera a sus hijos los quiso, ¡cómo imaginar que tratará al resto de nosotros...!

Victoria agudizó sus sentidos y concentró toda su atención en el mal español de la mujer; pues le costaba entender aquello que quería expresar.

—Hace unos días, mi Leandro fue llamado por Alessandra mientras se encontraba limpiando las cuadras. Llovía muchísimo y el establo no termina de estar cerrado del todo, así que mi bambino se dirigió a la casa hasta arriba de barro. Dejó las botas embarradas y el chubasquero en la entrada y cuando llegó al despacho doña Alessandra estaba reunida con un señor trajeado. Salió corriendo de la habitación agarrando a mi Leandro por la oreja y echándolo a la calle —Antonella, indignada, meneó la cabeza en gesto negativo mientras le relataba lo sucedido—. Le gritó de todo y le dijo que le había avergonzado, que cómo se atrevía a entrar descalzo y embarrado...

—¡Madre mía! —suspiró Vicky—. Esa mujer es peor de lo que imaginaba.

—La cosa no terminó ahí —continuó la mujer—. Leandro regresó para terminar las cuadras de los caballos y la señora llamó a Matteo y le pidió que cerrase con candado todas las puertas externas del establo. Matteo me dijo que le pareció realmente extraño porque cuando la señorita Alessia está en Gli Angeri nunca se deja cerrado el establo para que tenga total disponibilidad a él. Matteo cerró las puertas pensando que nadie quedaba allí y mi Leandro tuvo que dormir en las cuadras... ¡Con la lluvia y el viento que hizo aquella noche! —exclamó, indignada—. No fue hasta entrada la primera hora de la mañana cuando llegué a la casa y comencé a buscarlo. Su madre me había avisado de madrugada de que el muchacho no había regresado, así que sabía que tenía que haber pasado la noche aquí. Lo encontré durmiendo con los caballos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, tapándose la boca con la mano para ahogar un grito de horror—. ¡Esa mujer es el diablo! Antonella asintió.

—No hay nada bueno en ella.

Victoria se sentó en el borde de la cama y se apretó el estómago fuertemente con las manos. Escuchó cómo sus intestinos rugían con ferocidad y sintió el tiramisú que Antonella le había preparado de aperitivo subiéndole por la garganta. Procuró controlar la respiración y las náuseas que sentía, pero una serie de arcadas la atacó en el último momento y tuvo que correr hasta el retrete para no vomitar el suelo. Lorenzo entraba en aquel mismo instante en la habitación con un rostro más pálido aún que el de su mujer.

Le agarró el pelo mientras echaba todo el tiramisú en el inodoro y después la llevó hasta la cama.

—¿Qué es lo que te ha dado nani de comer? —bromeó—, ¿cianuro?

Vicky sonrió débilmente. Tenía los ojos enrojecidos del esfuerzo y la frente sudorosa.

—Creo que el tiramisú no me ha sentado bien.

—Le diré a mi madre que mejor dejamos la comida para otro momento.

Ella negó con la cabeza, pero él insistió.

Desapareció unos instantes del dormitorio y después de avisar a Matteo de que no bajarían al comedor, regresó.

—Ahora vamos a preocuparnos por ti —ronroneó, mientras le quitaba los zapatos con voz seductora—, no puedo permitir que mi preciosa mujer enferme y no estar para ocuparme de ella —continuó, mientras tiraba de sus pantalones.

Vicky sonrió tiernamente en el mismo instante en el que otra serie de arcadas y náuseas tomaban el control de su cuerpo. Descalza y en braguitas, corrió al baño y vomitó de nuevo.

—Creo que tendremos que llamar al médico —dijo Lorenzo, preocupado. Ella negó.

—Es por el cambio de horario y de comida —explicó—, creo que se me pasará.

Corrieron las cortinas y se metieron en la cama. Un poco de sueño tal vez fuese suficiente para recuperarse de tanto viaje y ajeteo. Vicky no tardó más de dos minutos en quedarse dormida hecha un ovillo sobre el pecho de su marido, y

Lorenzo, con la cabeza a mil vueltas por segundo, se quedó despierto con la mirada clavada en la oscuridad del techo de la habitación.

Su madre le había enseñado el testamento que su padre había redactado unos meses antes de sufrir el infarto y, para su sorpresa, no solo dejaba la dirección de la empresa a su cargo, si no el porcentaje más alto de acciones e inversiones que tenía a su nombre. Sabía que Luka no había estado demasiado presente los últimos años y que su padre era de la vieja escuela y no iba a dejarle la parte mayoritaria a Alessia, pero aún así, le parecía demasiado pronto para la redacción de un testamento semejante y de la toma de aquellas decisiones tan importantes hacia el futuro. «Ahora que Filippo está enfermo, es tu responsabilidad hacerte cargo y tomar las riendas de todo lo que tenemos», le había dicho su madre, «ya eres lo suficientemente adulto para manejar la situación». Aquello conllevaría, con probabilidad, el tener que trasladarse a Milán a vivir y sabía de buena mano que Victoria no iba a dejar su querida Madrid de buenas a primeras.

Tardó dos horas en despertarse y para entonces el cielo italiano había cogido un color anaranjado digno de cualquier atardecer de película. Lorenzo, que parecía no haber conseguido conciliar el sueño, se había dedicado a ordenar las maletas y el equipaje. Le esperaba despierto, sentado junto a ella, con el maletín que había encontrado en el piso de Milán.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó muy serio.

Vicky pensó que aquel era un buen momento para ser tragada por la tierra o abducida por los extraterrestres. Había metido el maletín entre el resto del equipaje para investigarlo un poquito más allí, pero no se había parado a imaginar qué podía contarle a Lorenzo si por casualidad daba con él... Desde luego, parecía estar metida en un grave lío.

—Lo encontré en el piso —explicó— creí que podría ser importante. Tal vez era algo relacionado con el trabajo, así que lo bajé con el resto del equipaje.

—¿Lo encontraste en el piso? —repitió él.

—Exacto.

Lorenzo arqueó las cejas e insistió.

—¿Dónde lo encontraste?

Victoria sintió que si pronunciaba una sola mentira más en voz alta, terminaría desmayándose del malestar. Desde luego, no había nacido para engañar a nadie.

—Bueno, lo encontré por casualidad —se corrigió—, estaba debajo del armario del dormitorio...

—Y pensaste que la mejor idea era sacarlo de allí sin consultarme nada antes

—sentenció con dureza.

—Bueno... —repitió, intentando defenderse—, creí que podría ser algo importante y sentí curiosidad.

Se acercó a Lorenzo y notó como éste, tenso, se apartaba de ella.

—Con todo lo que ha pasado con Filippo pensé que no era el mejor momento para preguntar nada... Teníamos otros asuntos más serios que tratar.

Lorenzo se tapó el rostro con las manos y resopló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Victoria, que por segundos estaba más asustada.

¿Qué narices contenía aquel maletín para que su marido hubiese reaccionado de aquella manera?

—Tenía que haberme deshecho de él hace mucho tiempo, pero ni siquiera lo recordaba... No creí que fueras a encontrarlo tú.

Ella le acarició la espalda con ternura.

—¿Me cuentas qué ocurre?

Él negó.

—No es nada.

—¿Qué hay en ese maletín, Lorenzo? —instó.

—No te gustará....

Vicky sintió la angustia apoderarse de su estómago. ¿Qué podía ser tan horrible?

—Cuéntame. No me enfadaré contigo, cariño.

Él introdujo una clave numérica que Victoria no fue capaz de detectar y abrió el maletín. Lo colocó encima de la cama para que ella pudiese inspeccionarlo: esposas, cinta adhesiva, bridas, unas extrañas pinzas, látigos, fustas...

—Es un maletín de juegos. Desde que te conocí no he vuelto a utilizarlo pero...

—¿Qué narices hacías con todo esto? —preguntó, incrédula.

¡Pero qué era todo aquello! Victoria se imaginó a su marido secuestrando gente y torturándola hasta la muerte, en plan asesino en serie. Tuvo que reprimir una risita para no restarle seriedad al asunto.

—Jugar con mujeres —declaró.

Vicky pegó un respingó en la cama, asombrada. Alargó la mano y agarró el mango de una fusta que elevó en el aire con parsimonia.

—Torturar mujeres, querrás decir.

Él negó con un movimiento de cabeza, muy serio.

—¿Entonces ellas te torturaban a ti?

Volvió a negar.

—Jugaba con ellas, y disfrutábamos.

Vicky sintió el nudo de su estómago apretándose cada vez más.

—Disfrutábamos... —repitió ella en un susurro—. ¿Lo hacías con Laila?

Él le miró a los ojos, seguramente preguntándose si debía mentir o no.

—Sí —admitió— pero también con otras muchas mujeres.

Vicky soltó la fusta como si hubiese sentido un calambrazo y observó con desprecio el maletín. Sabía que su marido había probado muchas cosas, pero jamás había llegado a imaginarle como un sádico... Suspiró hondo recordó la escena sexual entre él y Laila que había presenciado en el hotel de Bilbao cuando tan solo se estaban conociendo. Recordó la dureza con la que le penetraba, la fuerza con la que la sujetaba y tiraba de la barbie asquerosa aquella. Lorenzo jamás se había comportado así con ella en la cama.

—Quiero probarlo —soltó a bocajarro.

Ni siquiera estaba muy segura de querer someterse al maletín de las torturas, pero sentía curiosidad por saber qué era lo que había hecho su marido con aquellas otras mujeres.

—No te gustará, Vicky —advirtió él.

—Entonces haz que me guste —respondió muy seria.

Él la miró fijamente a los ojos, preguntándose si realmente estaba hablando en serio.

—Está bien —dijo, al fin—, si es lo que quieres, lo probaremos.

Se acercó a ella y le besó con delicadeza la frente.

—Pero no te gustará.

Ella sonrió.

—Lo quiero probar ahora —dijo, mientras se quitaba la parte de arriba del pijama para dejar sus pechos al descubierto—, quiero hacerlo ahora.

Él la miró con detenimiento, preguntándose de dónde narices habría salido aquella belleza de mujer y qué era lo que había hecho en la vida para merecerla. Victoria se acercó hasta él y lo rodeó con los brazos desde atrás, apretando los senos contra los músculos de su espalda. Le dio un húmedo y largo beso en el cuello y le apremió a quitarse la camiseta.

Él le sujeto los brazos y tiró de ella hasta tumbarla en la cama, bocarriba.

—Esto no se juega así —le dijo, completamente excitado—, tienes que estar muy quieta y ser una chica muy buena si no quieres que te castigue...

Ella sonrió, divertida.

—¿Me vas a castigar? —preguntó con voz de niña inocente—. ¿Cómo me vas a castigar?

Él tiró de ella y la colocó boca abajo. Pasó la yema de su dedo por su espalda

desnuda, recorriendo sin prisas su marcada columna vertebral. Se detuvo al alcanzar sus pantaloncitos de pijama y se los arrancó de un tirón. Vicky se sobresaltó, un poco sorprendida por la brusquedad de sus actos, pero se mantuvo inmóvil en la cama.

—Te voy a castigar de muchas maneras si no te portas bien.

Ella soltó una risita juguetona y él le respondió con un seco azote en su nalga. Ahogó un gemido de dolor y evitó llevarse la mano al trasero para masajearle el lugar donde le había propinado el azote. No había sido un golpe ligero, pero tenía que admitir que le había excitado. Lorenzo tiró de su tanga de encaje mientras se tumbaba sobre ella.

—Vas a estar muy calladita —le dijo en un susurro—, y no vas a moverte más que cuando yo te lo diga.

—¿Cómo vas a conseguir que me quede quietecita? —bromeó ella—, ¿para eso son las bridas?

Él sonrió con picardía.

—No tienes ni idea de para qué son las bridas.

Se levantó de la cama y se dirigió al armario empotrado de la habitación. Sacó de uno de los cajones la corbata azul que Victoria le había regalado el mes pasado para desearle suerte en una importante reunión con una empresa japonesa. Se dirigió a la cama mientras tiraba de ella y sonreía pícaramente.

—Ponte de rodillas y estira las manos hacia mí.

Ella obedeció, sumisa.

Lorenzo, con agilidad, procedió a atarle las manos con un veloz nudo de corbata. Victoria, excitada, pasó sus brazos por encima de su cabeza y los colocó sobre los hombros de su marido.

—Me gusta jugar —le dijo, encantada con la situación.

Él se apartó, retirando sus brazos y tirándola contra el colchón.

—Si no te estás quieta, te ato al cabezal.

Ella sonrió, juguetona.

—Claro, señor Moretti...

Lorenzo se tumbó sobre ella y le pellizcó primero un pezón y después el otro. Observó cómo su mujer gemía y se retorcía sobre el colchón y se preguntó si la situación estaba resultando demasiado dolorosa o ruda para ella. La miró con detenimiento; parecía tan excitada como lo estaba él.

Volteó y dobló su cuerpo contra la cama, dejando su trasero alzado y a la vista mientras que sus pequeños pechos rozaban las sábanas. Apretó con fuerzas su nalga derecha, la masajéó y después la azotó con un golpe fuerte y seco. Vicky

tuvo que morder la almohada para ahogar un grito de dolor. Notó la mano de Lorenzo acariciando con apremio su sexo ya húmedo y dispuesto a recibirle y, sin demorarse demasiado, procedió a penetrarla con una enérgica embestida. Sintió cómo el duro y grande miembro de su marido la llenaba por completo hasta hacer temblar sus entrañas. La excitación y el calor que sentía comenzaban a aumentar descontroladamente junto con las feroces embestidas de él. Sintió otro fuerte azote en la misma nalga y no pudo evitar un pequeño aullido. Lorenzo se detuvo en seco y, sin salir de su interior, agarró sus manos y las enganchó en el cabezal. Vicky, arrodillada, sentía cómo todo su cuerpo estaba expuesto a las travesuras de él. Se sintió, por unos instantes, débil y expuesta, hasta que el fuerte ritmo de embestidas se reanudó haciéndola olvidar cualquier pensamiento posible. Lorenzo rodeó con sus manos la espalda de su mujer, apoyando todo el peso de su cuerpo contra ella y apretando fuertemente sus pequeños pechos mientras continuaba entrando y saliendo de ella una y otra vez, una y otra vez, sin detenerse, sintiendo cómo el placer llenaba todo su cuerpo y el éxtasis le invadía.

Vicky dejó que le soltase las muñecas con suavidad y que le masajeara la rojez que sentía en su nalga derecha. Su marido la observó con una media sonrisa y aquellos ojos azules capaces de derretir a cualquier mujer.

—¿Te ha gustado? —preguntó él, inseguro.

—Sí —admitió ella—, no ha estado mal.

Él se acercó hasta Victoria y le besó con dulzura la punta de la nariz.

—Te quiero con locura —confesó, con los ojos azules encharcados.

—Yo también a ti.

Pensó que por mucho tiempo que pasase, había cosas que nunca cambiaban ni terminarían de cambiar en aquel lugar. Soltó las maletas en la entrada de la casa, junto a las tumbonas de la piscina, y se dirigió, como si fuese lo más natural, corriendo hasta la cocina.

—¡Nani! —gritó.

Antonella soltó el cazo con el que estaba removiendo el cocido y se giró asombrada. «¡No podía ser cierto!» , pensó.

—¿Luka? ¿Mi bambino Luka?

Antonella abrazó a su niño pequeño con emoción. Hacía tantísimos años que no le veía que sentía que aquel día un milagro se había obrado en la tierra... Le dio las gracias a Dios por haberlo llevado hasta ella y haber juntado a su familia una vez más. Aunque no compartían la misma sangre, Antonella los había querido y cuidado como si fueran hijos suyos de verdad.

—Te he echado tanto de menos, mi piccolo...

Él sonrió, feliz. También la había echado mucho de menos.

Lorenzo y Victoria, que habían visto el taxi llegar hasta la casa, habían bajado de su habitación para recibirle. Se pararon en la puerta de la cocina, abrazados, sonriendo los dos, contemplando aquella tierna escena que estaba teniendo lugar en aquel instante.

—¡Hermano! —saludó Luka, que parecía tener muy buen aspecto a pesar de las horas de viaje que había tenido que soportar.

Lorenzo le propinó unas palmaditas en la espalda y Victoria se acercó para abrazarle.

—¡Hermanita! —bromeó con cariño Luka.

—Ella es Sarah —dijo Antonella, señalando a una joven que hasta entonces había pasado desapercibida en un rincón de la cocina—. Y la niña bonita que la acompaña se llama Valentina.

Todos los presentes se giraron para inspeccionar a la joven, que había

levantado la mano en forma de saludo y se mantenía silenciosa y tímida en una esquina de la cocina.

—Es su primer día aquí—explicó Antonella—. Como veníais todos a la casa la señora la ha contratado para unas semanas.

Vicky sonrió y le guiñó el ojo a la niña pequeña que, supuso, sería la hija de Sarah.

—Encantada de conoceros —dijo, intentando romper el hielo—. ¿Cuántos años tienes, Valentina?

La pequeña estiró la mano y le mostró cuatro dedos.

—¡Guau! —exclamó—. Cuatro años son muchos años...

La niña sonrió divertida y se apretó contra su madre. A Vicky no le pasó desapercibido el gesto de preocupación y de ansiedad que delataba su semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada.

Tanto Lorenzo como Luka se giraron hacia ella sin comprender la pregunta, pero Antonella resopló y respondió con rapidez:

—La señora ha dejado bien claro que la niña no podía venir aquí —explicó—, pero el trabajo le ha salido tan rápido que Sarah no ha encontrado con quién dejar a la criatura hoy.

—Necesito el dinero y no sé...

—No pasa nada, Sarah —le cortó Luka—, nosotros no diremos una sola palabra.

Ella sonrió, agradecida.

Vicky observó el gesto de terror que expresaba la joven y sintió un punzante odio hacia su suegra. Odiaba estar en aquel lugar y odiaba el menosprecio con el que el águila podía llegar a tratar a los demás.

—Ahora, sentaros todos a la mesa mientras termino de preparar la cena y contarme con detalle todo lo que habéis estado haciendo —pidió Antonella—. Sobre todo, tú, señorito—añadió, señalando con el dedo índice a Luka—, que no has venido a darme un beso en los últimos tres años...

Aquella noche, mientras cenaban con Alessandra en el comedor principal de la casa, Victoria se alegró de ver tan unidos a los dos hermanos. Pero aquella bonanza no era capaz de solapar la angustia que se retorció en su interior. Lorenzo le había dicho que la mañana siguiente tendría que acudir a las oficinas centrales con su hermano para ayudar en la dirección a su hermana Alessia, que también estaba en Milán, y enseñarle las instalaciones a su hermano pequeño. Le había hablado de la herencia que iba a caerle de su padre, aunque no había

especificado muy bien en cuánto iba a afectarles a ellos.

Con la incertidumbre del qué iba a ser de ella en aquel lugar, cerró los ojos y se despidió de su primer día en Gli Angeris.

Cuando se despertó, las arcadas y las náuseas habían regresado. Algo en su interior no estaba bien y Victoria sintió cómo la enfermedad crecía en ella. Debía de haber cogido algún virus en el avión y al parecer, ya estaba campando a sus anchas y haciendo travesuras en su organismo.

Te voy a echar de menos.

No olvides lo mucho que te quiero,

Lorenzo

Releyó la nota de su marido; ella también iba a echarle mucho de menos. Los últimos meses habían pasado tantísimo tiempo juntos que no estaba acostumbrada a separarse de él. Era algo nuevo, extraño y casi doloroso.

Sintió otra oleada de arcadas todavía peor que la anterior y corrió hasta el baño, sin poder contenerse, para echar lo poco que su estómago contenía en el inodoro. Le gustase o no, tendría que llamar a un médico. Seguramente se tratase de una indigestión, pues era bastante propensa a sufrirlas.

Se dirigió al lavabo para enjuagarse la boca y una sonrisa de oreja a oreja afloró; Lorenzo le había dejado otra nota allí.

Estoy deseando torturarte con todo
lo que hay en el maletín.

Te quiero,

Lorenzo

P.D: me encanta esta corbata. Creo que me dará buena
suerte.

Sonrió al pensar en aquella corbata y las travesuras que habían hecho con

ella...

Se sentó en la cama con el estómago hecho un asco y pensó que podía aprovechar aquel momento para llamar a Samara. Sabía que también tenía que hablar con Luka, pero hasta entonces había sido imposible encontrarle a solas. O había estado pegado a Antonella, o no se había separado de Lorenzo. Pensó que el estilo de conversación que tenía pendiente con él no era apropiado para mantener en presencia de nadie. Marcó el número de la brasileña y pensó en la terrible factura que le estaría por llegar.

—¿Vicky?

Su voz sonaba muchísimo más calmada.

—¡Samy! —exclamó con entusiasmo, intentando contagiarla la alegría—, ¿estás mejor?

Rezó porque así fuera.

—No lo sé —confesó—, si me preguntas si he dejado de llorar, pues sí. Pero no sé si estoy bien.

Vicky escuchó un suspiro lento y supo que se estaba conteniendo.

—Pero le echo de menos y me siento perdida.

Podía entenderla perfectamente. Ella también se había sentido así con Lorenzo y, si debía ser sincera, en aquel instante estaba aguantando todo aquello por no volver a pasar aquel mal trago. Si algo le faltaba a Victoria Román era valentía.

—Tienes que ser fuerte y aguantar, ya verás cómo todo se soluciona.

—No lo sé, Vicky... Algo en mi interior me dice que no...

Se quedó pausada unos instantes y añadió:

—¿Qué tal está Filippo?, ¿mejor?

—Creo que la cosa va para largo. Lo tienen entubado en el hospital y, según nos ha contado Alessandra, aún no hay un diagnóstico definitivo.

Samara se echó a llorar sin poder contener las ganas un solo segundo más.

—Hasta que ese viejo no se recupere o se muera de una vez, Luka no volverá....

—Cálmate y no digas esas cosas, Samy... —le pidió, horrorizada.

No quería ni pensar en algo semejante.

Sopesó aquellas palabras con detenimiento y algo en su interior le dijo que la brasileña estaba totalmente equivocada. Luka ni si quiera había ido a visitar a su padre, seguramente porque el rencor que sentía hacia él aún no había terminado de sanar. Luka, en realidad, había vuelto a casa. Nada más. Pensar en el motivo de aquel acto podía llegar a parecer incluso absurdo; tal vez porque echaba de

menos su tierra, quizás porque había madurado. Tan solo él lo sabría.

Mientras la escuchaba llorar al otro lado de la línea, se preguntó si debía o no contárselo. Pensó que si ella se encontrase en su situación, le gustaría encontrar a una persona franca y con la verdad por delante; igual que Alessia le había puesto las cartas sobre la mesa cuando conoció a Lorenzo.

—Creo que Luka no ha vuelto a Italia por su padre —confesó.

Guardó silencio para examinar la reacción de Samara. Continuaba llorando desconsoladamente, sin prestarla ninguna atención.

—Samy, llama a alguna amiga y márchate con ella unos días —le aconsejó, mientras escuchaba el sollozo intermitente al otro lado de la línea—, no puedes estar sola en ese estado.

—Le..., les..., les he pedido a mis padres —comenzó a tartamudear— el dinero... el dine, dinero..., para ir a Italia.

Vicky se quedó estupefacta. ¿Qué estaba dispuesta a hacer aquella mujer por Luka? Se notaba que le amaba con todo el corazón.

—Vale, ahora cálmate y piensa las cosas con la cabeza. Tienes que estar calmada si quieres solucionar algo. ¿Crees que vas a mejorar las cosas viniendo hasta aquí? Ni si quiera eres consciente de la situación que hay ahora mismo en Gli Angeri.

—¿Gli Angeri? —repitió la brasileña.

—Samy, solo llevo un día en esta casa y quiero salir corriendo para no volver —le contó—. Alessandra es horrible y los chicos, intuyo, no pasarán mucho tiempo por aquí...

—¿Luka no está allí?

Victoria guardó silencio, consciente de la importancia de las palabras que acababa de pronunciar. Con total seguridad, Samara no conocía los deseos de su novio de reincorporarse en la plantilla de la empresa.

—Sí, está aquí. Pero ahora mismo ha ido a las oficinas de la sede de Milán con Lorenzo.

—¿Para qué? —preguntó sorprendida.

Victoria pensó que, al menos, había dejado de llorar.

—Se va a incorporar en la empresa. Lorenzo le está enseñando...

—¿Cómo? —repitió, incrédula—. ¡Eso no puede ser! ¡Él odia todo aquello!

—Pues sí, Samy. Parece ser que así es —murmuró en voz baja.

Aquella situación tampoco estaba resultando sencilla para ella.

—Alessia estaba encargándose de todo hasta que hemos llegado, pero alguien tiene que regresar a España y la dirección de Milán no puede quedarse vacía —

se explicó Vicky—. Hemos tenido que suspender nuestra luna de miel, así que, ¡qué puedo decirte yo...! Lorenzo se ha marchado a trabajar con Luka.

—Luka odia esa empresa —repitió Samara.

A Victoria le pareció que lo decía para sí misma.

—Pues parece que es su deseo regresar...

No quería hacerla sufrir, pero había tomado la decisión de ser sincera con ella y, a pesar de la dureza que podrían implicar sus palabras, sería franca hasta el final.

—Tengo que ir, Victoria —dijo, conmovida—, si no voy a buscarle, creo que éste será el final.

—Samy, escúchame —respondió seriamente—, si pudiese marcharme de aquí, saldría corriendo ahora mismo. Esto es el infierno.

—¿Y por qué no te marchas?

«Buena pregunta», pensó Victoria. ¿Por qué no se marchaba?, ¿por qué no le decía a Lorenzo que no soportaba aquella situación?

—Estoy aguantando esto por él —confesó.

—Te aseguro que si cojo un avión hasta allí, será por él, no por mí.

Colgó el teléfono y se quedó pensativa en la cama. Sentía el estómago, aún, revuelto y las náuseas no se habían detenido. Tenía tantos pensamientos en la cabeza..., que no sabía cómo ordenarlos. Una cosa sí estaba clara: allí no iba a quedarse. No por mucho tiempo, al menos.

Se dio una ducha rápida y se vistió con los vaqueros más cómodos que tenía en el armario. Se había tomado su tiempo en secarse el pelo y arreglarse porque sentía un extraño pánico a abandonar la habitación. ¿Y si se cruzaba con el águila? Aquella no era su casa y la madre de Lorenzo había dejado bien claro que de ninguna manera era bienvenida. Dadas las circunstancias, decidió que lo mejor que podía hacer para pasar el rato era visitar a Antonella.

Bajó las escaleras hacia la cocina en sigilo, procurando no hacer ningún ruido que llamase la atención. Antes si quiera de alcanzar la puerta, el intenso olor a tomate casero inundó sus fosas nasales.

—Buenos días —saludó al entrar.

Efectivamente, Antonella estaba agitando un enorme puchero de tomate mientras la pequeña Valentina dibujaba en la mesa de la cocina.

—¿Come stai, bella? —preguntó alegre— ¿qué desayuas, Vittoria?

Recordó las náuseas y el sabor a vómito de hacía unas horas y negó con la cabeza.

—Creo que no voy a desayunar, pero gracias —dijo, mientras tomaba asiento junto a la niña.

—No puedes quedarte sin desayunar —le reprendió Antonella—, eso no es bueno.

Vicky se masajeó el estómago, pensativa, mientras observaba la casa que la pequeña estaba dibujando. Se parecía bastante a la mansión de Gli Angeris y supuso que de ella había adquirido la inspiración.

—Es preciosa —le dijo con ternura.

La pequeña alzó la mirada del folio y le respondió con una sonrisa.

—Vittoria, tienes que desayunar algo —insistió Antonella.

—Está bien. ¿Una manzanilla? —preguntó, mientras se masajeaba el estómago con un gesto de dolor.

—¿Te duele el estómago?

Ella asintió.

—Los cambios de horario son horribles. Odio el Jet lag.

Antonella soltó la cuchara en el puchero y se colocó tras la espalda de Vitoria.

—¿Seguro que es el jet lag? —preguntó, mientras le masajeaba los hombros cariñosamente.

Vicky dudó.

—Quizás algo que haya comido —supuso—, siempre he tenido un estómago muy delicado y quejica.

Antonella, pensativa, se dirigió a un armario y sacó una bolsita de té que Victoria supuso que sería manzanilla.

—Recuerdo que en mi primer embarazo no era capaz de pasar cinco horas seguidas sin vomitar —le contó, mientras ponía agua a hervir—, siempre necesitaba estar cerca de un servicio y no aguantaba los olores fuertes ni la carne.

—Tuvo que ser un embarazo horrible —apuntó Vicky.

—Desde luego querida...

Antonella sonrió, se volvió a acercar hasta ella y le acarició la barriga.

—Ya me contarás —dijo con convicción y una sonrisa lateral.

Victoria soltó una enorme carcajada que distrajo a la pequeña de la pintura.

—No estoy embarazada, Antonella. Simplemente, algo me ha sentado mal.

Ella no respondió.

Sirvió una taza de agua hirviendo, colocó en su interior la bolsita y la dejó frente a ella.

—Estoy segura de que no estoy embarazada —repitió, cada vez menos

convencida.

Escuchó un murmullo y unos pies arrastrándose en la habitación, pero se sentía tan cansada que fue incapaz de abrir los ojos para comprobar de qué se trataba. Simplemente, optó por ignorar el sonido, mantenerse en aquella posición tan cómoda y continuar abrazando el sueño. Ignoró un golpe seco, unos pies arrastrándose y el armario cerrándose de golpe. Era Lorenzo, había regresado ya. Observó el despertador de la mesilla y se percató de que eran más de la una de la madrugada. ¿Dónde narices había estado su marido hasta entonces?

Había terminado de desvelarse, pero estaba demasiado enfadada para hablar con él, así que optó por continuar fingiendo estar dormida. Notó su cuerpo hundir el colchón a su derecha y su mano fría pasar por encima de su cadera.

—Cariño, te he echado mucho de menos —susurró en voz baja.

No contestó.

Llevaba todo el día sola, encerrada en aquella horrible habitación. Exceptuando el buen rato que había pasado con Antonella y Valentina por la mañana, no había vuelto a salir del cobijo de aquellas cuatro paredes. Sabía de sobra que el águila había estado al acecho y había decidido evitar cruzarse con ella. Leandro le había llevado un solomillo con patatas y guarnición de verdura a la habitación y se había encargado de llevarse un plato de vuelta más tarde. No había cenado, pues el solomillo también había terminado fuera de su estómago, flotando en el agua del inodoro.

—Vicky... —insistió entre susurros.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó sin girarse.

Lorenzo, complacido, le acarició el cabello.

—Trabajar —respondió de inmediato—, estoy agotado.

—¿Has estado trabajando hasta ahora? —contraatacó—, no sé cómo esperas que me crea eso...

Él le apartó el cabello y le besó con suavidad la nuca. Victoria adoraba aquel tierno gesto; era su beso habitual de “buenas noches” cuando se acomodaban para dormir.

—He estado tomando algo con Luka —le contó—. Necesitaba hablar con alguien y no he sabido decirle que no.

—No me has mandado ni un solo mensaje.

—Creí que aquí estarías bien, así que me he despreocupado.

Victoria suspiró hondo y se giró, enfadada, para poder mirarle aquellos ojos azules.

—Tú ya sabías dónde estaba, pero yo no. No tenía ni idea de dónde estabas ni qué estabas haciendo. Yo sí estaba preocupada.

Lorenzo le besó la nariz juguetonamente.

—¿No vas a disculparte? —instó.

Olía a cerveza rancia y tuvo que concentrarse para retener una arcada y no vomitar de nuevo. Aquel olor era espantoso... ¿Dónde había estado metido su marido? Sintió cómo otro ataque de arcadas ascendía por su garganta y corrió hasta el baño.

Lorenzo encendió las luces de la habitación y se acercó a ella. No sabía qué podía pasarle a su mujer, pero algo estaba mal.

—Tenemos que llamar a un médico —dijo, mientras le sujetaba el cabello y le acariciaba la espalda—, estoy preocupado por ti.

Echó todo lo que su estómago contenía, que era poco más que bilis. Se sentó en la tapa del inodoro procurando recuperar las fuerzas.

—Creo que se me pasará...

—¿Podemos llamar a un médico? —insistió de nuevo con voz exasperada.

Parecía realmente preocupado por ella.

—Por favor —suplicó.

—Está bien —dijo, al final—, pero tienes que meterte en la ducha ahora mismo, cielo. Hueles fatal...

Él se acercó a ella con una sonrisa traviesa de niño pequeño.

—¿Qué huelo fatal, dices? —preguntó, mientras alzaba uno de sus mechones de pelo—. Creo que no te has visto.

Vicky agarró el mechón y lo inspeccionó: estaba pegajoso y mojado. Vomitado.

—¡Venga, a la ducha los dos!

Se colocó frente a su mujer y la observó detenidamente. Estaba preocupado por ella, por su estado. Sabía que no quería estar en aquel lugar, que estaba sufriendo con todo lo sucedido y que nadie en su vida había sido capaz de regalarle tal amor incondicional. Estar en Milán le había hecho recordar demasiados sentimientos y sensaciones del pasado, algunos buenos y otros

malos. Le había hecho extrañar sus noches de desenfreno y libertad, sus excesos en todo. Pero también le había recordado que Victoria era lo único que merecía la pena y le hacía ser feliz. Y a pesar de todo, aún sabiendo qué opinaba ella de aquel lugar, no podía marcharse. No podía, ni debía, eludir sus responsabilidades.

Le besó la punta de la nariz y le sacó la camiseta de pijama por la cabeza lentamente. Ella, inmóvil, frente a él, colaboró dejando que sus pantalones de corazoncitos cayeran al suelo. Desnuda, inmersa en sus ojos, en silencio, repitió el gesto de su marido, le quitó la camiseta y bajó sus pantalones, dejándolos caer. Él la aupó en sus brazos y ella enroscó las piernas en su cadera, mientras una sonrisa tonta afloraba en sus labios. Lorenzo se metió en la ducha sin soltarla y encendió los grifos.

—¡Ouch! —exclamó Victoria cuando sintió el agua helada recorriéndole la espalda.

Esperaron a que el agua se calentase y se introdujeron bajo el chorro templado. Él la bajó al suelo con suavidad y ella rodeó su cuello con los brazos mientras aprisionaba sus labios en un beso mordaz. Se apartó un paso para poder observar el cuerpo de su mujer que se encogía bajo el agua caliente. Posó las manos en sus pechos y dejó que éstas descendieran suavemente hasta llegar a sus caderas, donde se detuvo para rodearlas y alcanzar sus perfectas nalgas. Apretó ambas con dureza y tiró del cuerpo de ella para acercarlo hasta él. Notó su miembro, duro, y las ansias por penetrarla aumentaron. Se tomó su tiempo, procurando aguantar el impulso por hacerla suya, y descendió la mano hasta su húmedo sexo. Vicky echó la cabeza atrás mientras se mordía los labios y jadeó. Lorenzo aprisionó entre los dedos su clítoris y lo pellizcó, mientras observaba a su mujer gemir excitada. Se agachó lentamente, seduciéndola con una escalera de besos que bajaba hasta su monte de Venus y se detuvo unos segundos para inspeccionar el gesto de placer que su mujer expresaba. Introdujo una mano entre sus muslos y separó sus piernas, dejando hueco para colocarse bajo ella. Deslizó su lengua entre sus húmedos e hinchados labios vaginales mientras escuchaba de fondo el jadeo ronco de su respiración. Atrapó su clítoris, lo succionó y lo mordió suavemente. Notó las piernas de su mujer tambalearse de placer bajo él. Vicky se agarró con fuerza a los hombros de su marido para no derretirse mientras éste continuaba chupando y lamiendo su humedad, succionando y tirando de su clítoris para volver a atraparlo, pellizcarlo, y repetir el proceso... una, y otra, y otra vez... Haciéndola enloquecer de placer.

—¡Oh Dios...! —gimió con voz ronca—¡Oh, Lorenzo...!

Él introdujo un dedo dentro de ella, después dos. Estaba tan húmeda... Observó su cuerpo mojado bajo el chorro del agua de la ducha mientras continuaba entrando y saliendo de su humedad, sin detenerse, aumentando el ritmo mientras observaba el éxtasis que reflejaba el rostro de Victoria... Ella se apartó con brusquedad y sin previo aviso.

—No puedo más...

Él sonrió, satisfecho con el resultado.

Subió, para quedarse frente a ella y le agarró del pelo mientras la besaba, en un gesto salvaje e íntimo que demostraba su desesperación por poseerla. Ella le imitó, moviendo su lengua contra la suya frenéticamente mientras notaba el pequeño choque de sus dientes, de sus labios, que se apretaban los unos contra los otros extasiados. La aupó en sus brazos de nuevo, clavando las uñas en sus nalgas y haciéndola gritar de placer. La penetró de una embestida mientras atrapaba con la boca su pezón y lo aprisionaba entre sus dientes. Vicky, aplastada contra la pared de la ducha, notaba cómo su musculoso y fuerte marido la elevaba y bajaba mientras la embestía más y más rápido... Moviéndola como una muñeca, un títere que manejaba a su antojo...

—No puedo más...

—Aguanta un poco...—suplicó él, ronco de placer.

Quería que aquel instante fuese eterno.

Continuó subiendo y bajando con más fuerza mientras notaba cómo las paredes vaginales de su mujer se contraían y aprisionaban su miembro, haciéndole enloquecer de placer. El orgasmo sacudió sus cuerpos en el mismo instante.

Terminaron de ducharse, enjabonándose el uno al otro, recordándose el cariño y el amor que se procesaban entre tiernas caricias y suaves besos.

Cuando se despertó, Lorenzo ya se había marchado a trabajar y la angustia había regresado. Se sentía tan sola en aquel lugar... Le había dejado un zumo de naranja en la mesilla y una nota apoyada en el vaso.

He llamado al médico de la familia.

Te verá hoy a las 11:15 en Gli Angeris.

Te quiero,

Lorenzo

En cuanto tomó un sorbo del zumo, las arcadas regresaron peor aún y Victoria, por primera vez, agradeció que Lorenzo se comportase

sobreprotectoramente.

Aquella mañana, por alguna razón, se había despertado con una mentalidad diferente y, tras meditar unos minutos, decidió que, dadas las circunstancias y teniendo en cuenta que no iban a marcharse de allí en una larga temporada, lo mejor era acostumbrarse a aquella vida. Tenía que hacerlo, sí o sí, o acabaría sumida en una profunda depresión. Pensó que debía de mantener una pequeña conversación con su suegra y que ésta no debía demorarse demasiado. No podía andar por la casa con pies de plomo temiendo constantemente encontrarse al águila y a su mirada acusadora en alguna esquina.

Sintiéndose de súbito asfixiada, abrió la ventana del habitáculo y corroboró que hacía más calor de lo habitual; así que Victoria se vistió unos shorts y una camiseta cómoda de manga corta y bajó a la cocina a saludar a Antonella y a pedirle una de esas ricas manzanillas que preparaba. Decidió que, por primera vez desde que había llegado, no andaría por la casa como un gato. Abrió la puerta de su habitación, suspiró hondo, y armándose de aquel valor que no solía poseer, salió al exterior.

No se había alejado ni dos pasos de la puerta de la habitación, cuando escuchó un par de voces provenir del piso de abajo. Estuvo tentada de darse la vuelta y encerrarse entre aquellas paredes seguras, pero manteniéndose firme en la decisión tomada, bajó las escaleras.

Victoria no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Sintió que el aire le faltaba y que, de pronto, se le había olvidado a su cuerpo cómo respirar. Se sentó en mitad de las escaleras y se quedó plasmada, sin poder decir nada, con una mirada acusadora anclada en el semblante.

—¡Ah! —dijo Alessandra con un tono tan divertido que Victoria casi fue capaz de sentir la puñalada en su espalda— Buon Giorno...

Laila, alias “la barbie asquerosa”, saludó con un gesto de mano y sonrió ampliamente. Parecía estar disfrutando del regocijo que sentía y de la impresión que le había logrado causar a Victoria.

—¿Qué hace ella aquí, Alessandra? —respondió, histérica.

Su suegra, que continuaba agarrada del brazo de Laila, arqueó las cejas en un gesto de sorpresa e impasividad y respondió, con total calma:

—¿Os conocéis?

Era obvio que el águila estaba al tanto de toda la historia que aquella despiadada mujer y ella habían tenido en un pasado.

—Laila es una vieja amiga de la familia —continuó, mientras se deshacía del brazo de la barbie asquerosa y caminaba unos pasos para plantarse al frente de

las escaleras, de manera que le entorpeciera el paso a Victoria si ésta decidiera marcharse de allí—. Se ha enterado del delicado estado de Filippo y ha venido a darme su apoyo.

Vicky, devastada, sintió cómo la rabia invadía su cuerpo y cómo los ojos se le encharcaban. Contuvo todos sus sentimientos y, recordándose quién era, respondió:

—¡Quiero que se marche de aquí ahora mismo!

Escuchó la gozosa carcajada de la barbie y Alessandra la acompañó con una sonrisa despiadada:

—No seas grosera con mis invitados...esto... —se detuvo unos segundos, pensativa—, era Victoria, ¿verdad?

Ella no respondió. Las lágrimas habían comenzado a brotar, pero la rabia era aún peor; controlaba su cuerpo por completo haciéndolo temblar. Sentía la cabeza embotellada y experimentó la extraña sensación de que, si no conseguía recuperar el aliento y tomar aire fresco, terminaría por desmayarse en cualquier momento.

—¡Quiero que se marche de esta casa ahora mismo! —gritó descontrolada.

—Victoria —repitió Alessandra con calma y parsimonia—, si no te tranquilizas y guardas un poco de respeto, la que se tendrá que marchar “ahora mismo” —enfaticó—, serás tú, querida.

Observó la risita de regodeo de la barbie asquerosa e, impulsada por la ira, subió hasta su habitación. Rebuscó en su bolso hasta dar con su teléfono móvil. No podía creer lo que estaba pasando. ¿De verdad su suegra acababa de comportarse así? ¿Cómo había sido capaz de menospreciar a la mujer de su hijo de aquella manera tan horrible? Le temblaban las manos y era incapaz de sostener el aparato. Abrió la ventana y sintió un refrescante soplo de aire inundar sus pulmones. Pegó un salto asustada cuando, de repente, su iPhone comenzó a sonar en la temblorosa palma de su mano.

—¿Vicky?

La voz de Samara llegaba lejana entre el alboroto de una gran muchedumbre.

—¿Vicky, estás ahí?

—Samy... —musitó, mientras las lágrimas descontroladas inundaban su rostro— Samy, tengo que salir de aquí ahora mismo.

—¿Dónde estás? —preguntó con preocupación—, acabo de llegar al aeropuerto de Milán.

Victoria condujo hasta el aeropuerto de Malpensa doblando la velocidad permitida. La adrenalina le proporcionaba cierto consuelo a toda aquella ansiedad que reprimía. Cuando llegó, se lanzó a los brazos de Samy, envolviéndola en un abrazo desesperado y alegrándose, por primera vez en muchísimo tiempo, de no encontrarse sola en aquel lugar.

—No puedo volver a esa casa—le había dicho—, por favor, no me dejes sola.

Samara, que tampoco es que tendría los ánimos por las nubes, decidió que no corría prisa para enfrentarse a su situación personal. Si debía ser sincera, sentía que la esperanza de recuperar a Luka era realmente baja así que, sin pensárselo dos veces, agarró sus maletas y decidió seguir el camino de Victoria hasta tomar una decisión.

Las dos amigas habían tomado la absurda decisión de conducir sin rumbo alguno hasta alcanzar un lugar que les resultase acogedor, donde olvidar a la familia Moretti y todo el daño que ésta les había causado.

—Vas a tener que hablar con Lorenzo y explicarle lo que ha sucedido —le decía Samara, mientras ella, furiosa, apretaba los dientes y conducía en silencio—, tampoco le puedes hacer responsable de las decisiones y los actos de su madre.

—Ha invitado a Laila solo para fastidiarme, Samy...

—Esa mujer siempre se ha salido con la suya. El único que les había plantado cara era Luka y eso ya les repateaba a más no poder. Imagínatelo, un hijo en Brasil, con una brasileña de clase media, y otro en España, con una española de clase media... ¡La mujer debe de estar viviendo su peor pesadilla!

Las dos amigas se echaron a reír a plena carcajada.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí...

—Tengo que intentarlo, Vicky. Si no lo hago, sé que lo perderé para siempre.

Victoria suspiró hondo, procurando concentrarse en las palabras de su amiga y de olvidar a la barbie asquerosa. ¿Ella también debía intentarlo? ¿Debía salvar su matrimonio? Todo había ido viento en popa hasta que habían aterrizado en aquel espantoso lugar. Victoria sabía de sobra lo enamorada que estaba de Lorenzo y lo feliz que éste era capaz de hacerla sentir..., pero, ¿podría el amor con aquella crisis? La familia estaba implicada y representaba un punto de inflexión demasiado importante. Y una cosa tenía clara, no podía seguir allí. Mejor dicho, no quería seguir allí. Quería recuperar su vida, su apartamento, Madrid, su empleo, olvidarse de todo lo que había sucedido y quedarse con el bonito

recuerdo de la luna de miel que había vivido en México. Por un instante, mientras los altos edificios de Milán iban quedando a su paso, pensó en la libertad y la unión que experimentó en el desértico cenote y una sonrisa afloró en sus labios. Amaba a Lorenzo, lo amaba con locura. Sabía que estaban hechos el uno para el otro y que, realmente, podían llegar a tener la vida que tanto habían soñado ambos. Pero no allí. No en Milán. Y no podía continuar siguiendo un camino que no le pertenecía.

—No te merece, lo sabes, ¿verdad? —le dijo Victoria, segura de sí misma.

Y supo de inmediato que ya había tomado una decisión. Tenía que volver a encauzar su vida.

Samara aferraba la taza de café caliente entre sus manos, aunque ésta se había quedado fría hacia ya varios minutos. Estaban en una cafetería de Milán y habían decidido hacer noche en uno de los hoteles del centro; necesitaba con urgencia desconectar de Gli Angeris. A Samara, que desde que había pisado suelo italiano tenía los nervios a flor de piel, le pareció una muy buena idea para poder planear cómo abordar a Luka. ¿Reaccionaría bien al verla?, ¿se sorprendería?, ¿la había echado de menos tanto como ella a él?

—Supongo que Lorenzo me llamará en cuanto llegué a casa —dijo Vicky, mientras revolvía su taza de té con la mirada ausente en algún punto del local—, le diré que estoy contigo y que hemos decidido dormir fuera.

Samara asintió.

—¿Crees que se lo dirá a Luka?

—No lo sé —respondió, pensativa—, ¿prefieres que no le diga nada y darle una sorpresa?

La brasileña suspiró hondo y dejó la taza de café sobre la mesa.

—No, díselo. Lorenzo se preocupará menos por ti si sabe que estás acompañada y, además, no creo que me afecte negativamente que se lo cuente. Creo que incluso podría venir bien, ¿no crees?

Victoria se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿En qué estás pensando?

—No creo que sea lícito aparecer sin previo aviso, estoy segura de que él también tendrá que pensarse ciertas cosas y tomar una decisión.

—Y prefieres que lo consulte con la almohada —añadió Vicky, pensativa.

—Exacto.

Ninguna de las dos tenía hambre. Ni siquiera habían sido capaces de ingerir el líquido de las tazas que reposaban sobre la mesa de la cafetería, pero necesitaban sentirse ocupadas y subir a la habitación del hotel para sentarse sobre la cama y mirar el techo blanco en silencio no parecía una ocupación demasiado productiva. Así que, cada cual absorta en sus propios pensamientos, se levantaron a pedir otras dos tazas, muy calientes, y regresaron a la mesa en la que habían ocupado sillas con anterioridad. Llevaban diez minutos sumidas en el

completo silencio cuando el teléfono de Victoria comenzó a sonar en su bolso.

Se apresuró a buscarlo, con nerviosismo, pues estaba convencida de que sería su marido.

—¿Si? —respondió.

Efectivamente, era Lorenzo.

—¿Dónde se supone que estás? —preguntó.

Por su elevado tono de voz, Victoria supuso que estaba muy enfadado. Se separó el teléfono móvil de la oreja para observar la hora que reflejaba la pantalla: eran las diez y media de la noche. Reprimió una risita al pensar que aquel día no llegaba tan tarde a casa, ¡qué ironía!

—Estoy con Samara —respondió con aparente calma.

En realidad, tenía ganas de echarse a llorar. Pero tenía que aguantar sus impulsos y mantenerse firme por una vez. Desde que se habían conocido, había sido ella la que siempre había cedido en todas las situaciones. Había sido ella la que le había perdonado una y otra vez. Había sido la débil de la pareja y la que cedía en todas las ocasiones.

—¿Está Samara aquí?

Notó su timbre más calmado y Victoria supuso que Samara había dado de lleno en el clavo; saber que estaba en su compañía le calmaría un poco los nervios.

—Sí, ha llegado esta misma tarde a Milán —respondió, cortante.

Tenía que ser fría, dura; mantenerse inalterable. Debía aguantar los impulsos de su corazón y pensar con la cabeza. ¿Qué ganaban si ella se lanzaba a sus brazos al de dos segundos? Nada, absolutamente nada.

—Bueno, pues dime dónde estáis que voy ahora mismo a recogeros —gruñó, aliviado.

Vicky expulsó todo el aire que contenía en sus pulmones y observó a Samara, que se mantenía en total silencio intentando captar los matices de la conversación.

—No quiero que nos recojas. Vamos a dormir en un hotel y, sinceramente, Lorenzo, no creo que regrese a Gli Angeris.

Sintió cómo el nudo de su estómago se retorció apretando sus entrañas y tuvo que contener las lágrimas con gran esfuerzo para no derrumbarse.

—¿Qué estás diciendo, Victoria?

—No voy a volver —repitió con convicción—, si quieres saber qué ha sucedido, pregúntaselo a tu madre.

—Victoria, ¡dime ahora mismo dónde estás!

Su voz sonó como un grito ahogado de dolor que la sobresaltó.

Mantenerse firme. No ceder. Inalterable. Inamovible. Seria. Pensar con la cabeza...., mantenerse firme.

—No.

Se hizo el silencio en la línea. Samara apretó la mano de su amiga con gran preocupación; era patente el dolor en su rostro.

—¡Joder, Vicky! ¿Pero qué narices te pasa? —gritó con desesperación—, no me hagas esto, por favor. No voy a poder pegar ojo si no sé dónde estás..., si esto es una especie de castigo, hablemos las cosas..., no sé... Dime, ¿qué he hecho?

—No has hecho nada, Lorenzo. Pero yo no puedo volver a esa casa —se reafirmó—, no puedo seguir así. Pasaré la noche con Samara y pensaré qué hacer.

—¿Qué hacer? No entiendo nada...

La voz desesperada de su marido le partió el corazón.

—Dime qué ha pasado y lo solucionaremos, pero esta no es la manera. No puedo estar así.

—Voy a colgar —advirtió—, ya te lo he dicho, voy a pasar la noche aquí y tomaré una decisión. Mañana hablamos, te lo prometo. Estaré bien.

—Dime dónde estás, al menos. No me hagas sufrir...

—Adiós, Lorenzo —cortó Vicky.

Colgó la llamada y soltó el teléfono encima de la mesa como si éste le hubiese provocado un repentino calambre. Aquel acto fue suficiente para desatar todos los sentimientos que había procurado mantener reprimidos y, sin siquiera darse cuenta, se echó a llorar desconsoladamente sobre la mesa, mientras se cubría el rostro con las manos para no llamar la atención en el local.

Samara corroboró que los clientes del establecimiento que tenían a su alrededor se mantenían en sus tareas sin fijar su interés en ellas y se acercó a su amiga para poder consolarla.

—Lo solucionaréis, tienes que estar tranquila —susurró en su oreja.

Y en el mismo instante en el que Samy pronunciaba aquellas palabras, Victoria notó cómo el nudo del estómago se deshacía para atacarla con una oleada de arcadas nauseabundas. Tuvo que levantarse de la mesa de un salto, cruzar la cafetería con los ojos enrojecidos e hinchados y la cara empapada, mientras se tapaba la boca con la mano para retener el vómito. Por desgracia,

aquella medida no fue suficiente y todo lo que contenía su estómago fue expulsado en la misma puerta de los retretes. Vicky, que tenía todos los ojos del restaurante clavados en ella, se miró las manos cubiertas de aquel líquido asqueroso y pegajoso y se sintió totalmente ridícula y abo-chornada.

Samara no tardó en aparecer a su lado y le ayudó a entrar en los lavabos para que se asease.

—¡Qué vergüenza! —decía Victoria, deshecha en un mar de lágrimas.

Lo de contener el llanto había terminado por resultar algo imposible.

—No te preocupes, es normal —le tranquilizó Samara—, los nervios pueden jugar malas pasadas.

Mientras se enjuagaba la boca con agua, pensó si realmente aquello eran nervios. ¿A caso no había estado vomitando toda la semana? Y desde luego, no se sentía enferma. Si hubiese sido resultado de haber comido algo en mal estado, hacía tiempo que lo tendría que haber expulsado de su interior. Entonces...

—Iré a pedir una fregona —le dijo Samara—, tendremos que avisar a algún camarero para que nos ayude con la faena.

Antes de que pudiese darse la vuelta, Victoria agarró su mano y tiró de ella para retenerla a su lado.

—Samy, creo que estoy embarazada.

Samara la observó ojiplática, procurando procesar con rapidez aquella información.

—¿Segura? —respondió, mientras se tapaba los labios con la mano en un gesto de estupefacción.

—Creo que sí, Samy —Victoria suspiró—, estoy embarazada.

Victoria Román se sentó sobre el colchón de su habitación de hotel preguntándose cómo narices había terminado allí. Hacía un año, o dos quizás, jamás hubiese podido adivinar qué era lo que el futuro le depararía... Pero allí estaba; sentaba sobre una cama con colcha de flores verdes y rosadas observando un pulcro e impoluto techo blanco. En aquellos instantes, se sentía realmente perdida y conmocionada y, si hubiese existido, habría necesitado un manual de autoayuda con instrucciones detalladas para enfrentarse a la vida y las decisiones a tomar. La situación era la siguiente: estaba casada y embarazada. ¿Estaba segura de querer todo aquello? ¿Había tomado las decisiones más correctas, o simplemente se había dejado llevar y arrastrar? Ya era esposa, ¿también quería ser madre? Y la pregunta más importante: ¿estaban Lorenzo y ella preparados para ser padres? Después de todo, no podían pasar más de dos semanas sin que ninguna discusión interrumpiera sus buenos momentos. Y sabía de buena mano que criar un niño no era pan comido, ni mucho menos. Era un reto, pero uno de los grandes. Un reto capaz de cambiarte totalmente la vida. ¿Estaba preparada para cambiar total y radicalmente su vida en nueve meses? Se detuvo un instante en aquella pregunta: no. No iba a cambiar su vida en nueve meses, su vida comenzaría a cambiar en aquel instante, cuando los pechos y la barriga comenzasen a aumentar de tamaño, cuando sufriese un altercado con sus hormonas y se echase a llorar desconsoladamente sin motivo aparente, cuando... En definitiva, ¿se veía capaz de pasar por eso? Y si era así, ¿se veía capaz de sufrir y soportar un parto? Sabía que era una de las cosas más dolorosas por las que las mujeres tenían que pasar. Por mucha epidural de la que te hablasen, dar a luz seguía provocándole un miedo atroz. Y luego llegaría él, o ella, y tendría que cuidar de aquella vida cada instante. Victoria dejaría de ser lo importante. Lorenzo dejaría de ser lo importante. Su relación, daría igual. Todo lo que pasase en su vida se reduciría a la pequeñita o el pequeñín. Todo. ¿Estaba preparada? Y aún con todas, ¿cómo narices pensaba cuidar y criar a un crío, si ni siquiera sabía cuidar de sí misma?

Suspiró hondo. Hacía tan solo unas horas todas sus dudas e inquietudes se habían dirigido a su matrimonio. ¿Estaban bien?, ¿iba a ser capaz de soportar a la familia de Lorenzo?, ¿podría ella seguir aguantando vivir en Milán? Lorenzo

la amaba, sí, estaba segura de ello. Pero, ¿la quería tanto como para dejar todo por ella y regresar de vuelta a Madrid? Independientemente del estado de su padre, claro. Y ahora todas esas preguntas habían dado un vuelco y se les había añadido una ecuación más que valorar y resolver.

¿Y si no estaba embarazada?

Escuchó ligeramente el sonido de unos nudillos golpeando la madera de la puerta de la habitación y Vicky se levantó, aún absorta, para comprobar quién era.

—¿Samy? —se sorprendió al abrir.

Se giró y comprobó que eran las dos de la mañana. Seguramente tendría problemas con el cambio de horario.

—Estabas despierta, ¿verdad? —inquirió en un susurro para evitar desvelar al resto de los huéspedes del hotel—, he visto la luz por debajo de la puerta.

—Sí, tranquila. Con todo esto que está pasando, es imposible conciliar el sueño...

Samara sacó una bolsita blanca del bolsillo y la agitó en el aire.

—¿Salimos de dudas?

—¿Cómo? —preguntó Victoria, sorprendida, mientras su amiga sacaba un paquetito.

Era un test de embarazo. Victoria se sorprendió pensando que, por alguna extraña razón, no había querido hacerse uno. Quizás temía que sus sospechas se confirmasen; y si se confirmaban tendría que enfrentarse a ellas de verdad.

—Háztelo, y saldremos de dudas —insistió Samara.

Victoria suspiró a modo de respuesta.

Ella tenía razón, lo mejor era salir de dudas y enfrentarse de forma adulta al problema.

Vicky se sentó sobre la taza del inodoro y comenzó a leer las instrucciones del aparatito en voz alta y de manera superficial.

—¿De verdad no sabes cómo funciona un test de embarazo? —le preguntó su amiga brasileña, con una ceja arqueada.

—No, de verdad de la buena, que no tengo ni la menor idea —respondió con una sonrisa.

—Es fácil —continuó Samy, mientras le quitaba el aparatito— tienes que agarrarlo de esta manera, después quitas la capucha, ¿ves? Haces pis en la puntita y lo vuelves a tapar. Luego tienes que dejarlo reposar unos minutos en la encimera y aparecerán las rayitas

Vicky asintió y realizó los pasos explicados con sumo cuidado y delicadeza.

Después colocó la tira sobre el lavabo y se sentó en la esquina de la bañera, junto a su amiga. Se agarraron las manos y, con los nervios a flor de piel, observaron el aparato. Ninguna raya..., nada..., vacío..., sin rayitas...

—¡UNA RAYA! —gritó Victoria, al mismo tiempo que agarraba la caja en busca de las instrucciones que había visto al sacar la tira.

Los dibujos lo dejaban bien claro; una raya, no embarazo. Dos rayas, había embarazo.

Entonces, ¿no estaba embarazada? Sonrió, mientras se lanzaba a los brazos de su amiga, repleta de felicidad. Realmente, se alegraba en su totalidad del resultado, porque, siendo sinceros, ¿cómo iba ella a cuidar de otra criatura?

—¿Ni siquiera te apenas un poco? —preguntó la brasileña, que parecía feliz por la reacción de su amiga, pero triste por el resultado.

—No, ni un poco. Creo que no estábamos preparados —añadió Vicky, mientras que, aliviada, se colocaba el pelo sudoroso detrás de la oreja—. Creo que tengo suficiente con salvar mi matrimonio, y las cosas por separado siempre se hacen mejor.

Samara no respondió. Vicky la observó; de repente, parecía haber adquirido un tono blanquecino y tenía los ojos abiertos como platillos.

—¿Samy? —preguntó, preocupada.

No respondió. Había enmudecido totalmente.

Clavó la mirada en Victoria sin mediar palabra.

—¿Samara, estás bien? Me estás asustando...

—Creo que..., creo que... —repitió, indecisa—, creo...

—Samy, ¿qué pasa?

La brasileña, aparentemente en shock, se levantó de la bañera para coger de nuevo la tira del lavabo y mostrársela a Victoria.

—Creo que sí estás embarazada.

Vicky la sostuvo y la contempló estupefacta. Ahora mostraba dos claras y marcadas rayas de color rosado.

—Sí —dijo, pensativa—, creo que sí estoy embarazada.

Antes de marchar de Gli Angeris, se había llevado con ella una pequeña maleta con provisiones de ropa. Victoria, por alguna extraña razón, sintió la necesidad de plantarse los tacones más altos que tenía allí y de tomarse mucho, muchísimo tiempo en maquillarse. Samara la esperaba sentada sobre la cama en la que las dos habían compartido una noche de lágrimas y alguna que otra risa. Victoria, necesitaba sentirse guapa, necesitaba verse atractiva. Pensó que, con seguridad, dentro de unos meses tan solo luciría una enorme barriga, unos pies hinchados y una cara regordeta. Todo eso si decidía continuar adelante con el embarazo... Aunque, ¿tenía más opciones? No se veía del todo capaz de pasar por un aborto. Desde luego, le parecía una buena opción para aquellas personas que no estaban preparadas, pero..., ¿podría ella, o estaba dispuesta ella, a sufrir un aborto? No. No se veía capaz.

Terminó con el maquillaje y, vestida con un traje granate con encajes blancos y unos tacones de infarto, salió del lavabo.

—¡Guau! Desde luego, más le vale a Lorenzo suplicar de rodillas... —se rió Samara.

Habían tomado la decisión de plantarse a primera hora en las oficinas de la empresa y enfrentarse a sus respectivas parejas. Había sido una larga noche para tomar decisiones y, tanto una como la otra, parecían tenerlas muy claras. Victoria había decidido que tenía que resolver la situación con su marido. Tenían que dialogar y arreglar todo, y ella estaba dispuesta a ceder. Si él necesitaba quedarse, temporalmente, en Milán, ella se quedaría a su lado el tiempo que fuera necesario. Eso sí, quedaba descartada en su totalidad la opción de continuar en Gli Angeris. Necesitaba salir de allí y no quería volver a ver a Alessandra, su suegra, en la vida. Si él la quería, también estaría dispuesto a ceder. Samara había tomado la decisión de plantarse ahí y ser sincera. ¿Luka quería formalizarse?, ¿llevar una vida más tranquila? Bien, lo harían. Pero no allí, en Italia. Podían empezar de cero en cualquier lugar del mundo. Si bien, Victoria sabía perfectamente que las únicas razones por la que Samara quería huir de Italia tenían nombre: Alessandra y Filippo.

Viajaban en el coche en total silencio, mientras la robótica voz del GPS les iba indicando el camino a tomar. Las dos, absortas en sus propios pensamientos y

preocupaciones, observaban los edificios del exterior y el nublado día con el que los cielos italianos habían amanecido. A Victoria siempre le había gustado que el tiempo acompañase sus sentimientos y emociones y, aquel día, sintió que se encontraba tan revuelto como sus entrañas.

Aparcaron dentro del parking de la empresa y, hechas un flan, con las piernas temblorosas por los nervios, se dirigieron al interior. Las oficinas centrales de Innova Original Agency eran enormes, dotadas de unas elegantes características que a Victoria le recordaban la sede de Madrid. Los suelos abaladosados y las paredes grises le daban un aspecto serio, mientras que las enormes lámparas de araña que cubrían los techos le aportaban cierto glamur.

Una joven rubia de ojos azules, que desde luego no parecía nacional, les atendió en el mostrador con un perfecto español.

—¿En qué puedo ayudarles?

Vicky se pensó unos segundos qué responder.

—¿Podría indicarme dónde encontrar el despacho de los señores Moretti?

La joven frunció el ceño y observó a las dos amigas con detenimiento, de hito a hito.

—Lo siento mucho, pero el señor Filippo Moretti se encuentra ahora mismo en...

—Queríamos hablar con Lorenzo y Luka —atajó Victoria, con seriedad.

La recepcionista, descolocada, las miraba con inquietud. Seguramente, preguntándose qué hacer.

—Lo siento mucho —repitió, al fin—, pero ambos se encuentran reunidos y no pueden atender visitas. Si quieren concertar una cita...

—No —interrumpió Vicky con los nervios crispados—. Soy Victoria Román, la esposa de Lorenzo. Y si he acudido hasta las oficinas, es porque debo de tratar un asunto de grave importancia con él —Victoria clavó la mirada en ella con total seriedad—. Le aconsejo que me ayude con este incidente si espera mantener su puesto de trabajo en tiempos venideros.

Con las manos temblorosas, la joven rubia agarró un bolígrafo y comenzó a escribir...

—Si me dan unos segundos...

—No. Le repito que es un asunto importante que debo tratar sin demora con mi marido.

—Pero es que... —hizo una pausa—. Déjeme hacer una llamada a su despacho, por favor.

Vicky asintió, poco convencida. ¿Tan difícil resultaba dar un par de

indicaciones?, ¿pero qué narices se creía la gente en aquella empresa?

Samara se mantenía inmóvil a su lado. Pensó que su amiga se las estaba apañando bastante bien y que no precisaba ayuda alguna para resolver la situación.

—El señor Lorenzo aún no ha..., no ha llegado a su despacho.... — tartamudeó—. Puede que continúe en la cafetería de la primera planta. Le he visto cuando entraba...

Vicky suspiró.

—Está bien, gracias por la ayuda.

Cuando las dos chicas se dieron la vuelta, la recepcionista, aliviada, soltó el bolígrafo y se enganchó al teléfono. Seguramente, intentaría avisar a Lorenzo o a Luka de la presencia de ambas para asegurarse de haber cumplido con la responsabilidad de su trabajo. A Vicky no le costó demasiado desenvolverse por aquel edificio, al fin y al cabo, era bastante similar en estructura a su sede de Madrid. Mientras caminaban hacia la cafetería, un centenar de personas trajeadas se cruzaban con ellas a su paso y no pudo evitar preguntarse cuántos empleados trabajarían allí. Pensó que, con total seguridad, doblaría la cifra de Madrid, pues el edificio también le doblaba en número de plantas y despachos disponibles.

—¿Estarán en la cafetería o nos habrá engañado para poder asegurarse mejor de que somos quien decimos ser? —preguntó Samara, mientras observaba las mesas abarrotadas de gente tras el cristal.

La cafetería estaba a rebosar y no cabía ni un solo alfiler más allí.

—No creo, parecía nerviosa y desconcertada —expuso Victoria, que también buscaba los ojos azules de su marido entre la muchedumbre—, supongo que habrá dicho la verdad.

Decidieron entrar para continuar la búsqueda, pues entre tanto movimiento les resultaba imposible inspeccionar todas las mesas. La cafetería, para sorpresa de ambas, era inmensa. Mucho más de lo que aparentaba ser desde el exterior. Tenía siete enormes barras de desayuno con sus respectivos taburetes esparcidos tanto a su derecha como a su izquierda. En las esquinas, se repartían las mesas redondas con pequeño silloncitos que parecían de lo más cómodo. La barra de pinchos y cafés se extendía a lo largo de pared y media, y todo el personal de la empresa parecía haberse puesto de acuerdo para tomar el café a la misma hora de la mañana.

—¡Vámonos! —gritó Samara, bastante más alto de lo que había pretendido.

Vicky sintió la mano de su amiga aprisionando su muñeca y tirando de ella

hacia afuera.

—¿Qué pasa?

—No están —repitió con nerviosismo—, así que vámonos...

Notó la tensión en sus gestos y se plantó en seco. No quería ser el centro de atención de la cafetería, así que evitó alzar la voz.

—¿Pero qué te pasa, Samy?

Ella no respondió; se limitó a señalar la salida de la cafetería con nerviosismo. Victoria decidió salir con ella, ya le explicaría en otro instante qué era lo que la había puesto tan nerviosa. Cuando cruzaban la puerta, Vicky se percató de que la mirada de Samara volada fugazmente en cada instante al mismo punto del bar.

—No puede ser... —murmuró Victoria, impactada.

—Déjalo, no es el lugar —repitió Samara—, vamos a esperarles en su despacho.

Vicky sintió que se mareaba por la falta de oxígeno y Samara tuvo que sostenerla con firmeza cuando le flaquearon las rodillas.

—¿Qué lo deje? —repitió, impactada por lo que veían sus ojos—. ¿Cómo lo voy a dejar, Samy? ¿Cómo?

Vicky se zafó de la mano de su amiga y corrió al interior de la cafetería con paso firme y decidido. Allí estaban los tres. Luka, Lorenzo... y..., y... Laila. ¿Qué narices hacía la barbie asquerosa con su esposo? No podía creer que aquello fuese real. Después de todo lo que habían pasado por ella, después de todo el sufrimiento que habían soportado... Los veía, frente a ella, sentados en una de las mesas lateral redondeadas. Se había quedado, por alguna razón, plantada en mitad del bullicio, con los pies anclados al suelo de tal manera que parecía estar allí colocada, atornillada y expuesta al personal. No podía moverse. No podía creer que aquello fuese real... ¡Estaban casados! ¡Estaba embarazada! Y él..., él estaba ahí, con ella. Con la persona que tanto daño les había causado. La mujer que había intentado romper su relación en repetidas ocasiones hasta consumir a Victoria y hacerla replantearse todo. De pronto, su mirada chocó con los ojos azules que tantísimo tiempo había amado y adorado y algo, algo pequeño, se rompió en su interior. Notó cómo estallaba, quizás, parte de su amor hacia él, y fue suficiente para echar a correr de vuelta a los brazos de Samara.

—¡Vámonos! —gritó Victoria— ¡Necesito salir de aquí!

Mientras regresaban al parking, Vicky soportó la angustia y evitó llorar. Siempre había sentido que las cosas no iban a ser así de sencillas. Después de todo, la lucha de Laila por recuperar a Lorenzo no iba a cesar tan fácilmente y de

la noche a la mañana. Y creía en Lorenzo, confiaba plenamente en él y en el amor mutuo que se procesaban pero... la había engañado. Una vez más, había caído en la red de sus mentiras. ¿Por qué no le había contado que Laila y él habían retomado el contacto? Sí, desde luego, jamás hubiese procesado bien aquella noticia, pero... ¿cómo había sido capaz de ocultarle algo así? ¿Cómo era capaz de perdonarle a aquella barbie asquerosa todo el daño que les había causado? No. No estaba dispuesta a seguir manteniendo aquella farsa, a luchar por alguien que no quería luchar por ella.

Se detuvieron frente al monovolumen negro, meditando si huir de allí o no.

—Toma —le dijo Victoria, mientras le tendía las llaves del vehículo—, voy a pedir un taxi.

—¿Por qué? ¿Me vas a dejar aquí tirada?

Vicky, abatida, suspiró.

—Esto me supera. Me superó hace tiempo y vuelve a hacerlo. No estoy preparada para vivir un culebrón de mentiras y verdades. No soy capaz de llevar esta vida.

Samara la miraba muy preocupada, sin comprender qué era lo que quería decir en realidad.

—Me marcho a Madrid, Samy —anunció Victoria, mientras realizaba un gran esfuerzo para no echarse a llorar en los brazos de su amiga—, no tengo nada más que pensar.

Samara la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Vete a buscar a Luka y habla con él —murmuró—, mucha suerte.

—Vale, gracias. Lo haré.

Victoria se dio la vuelta y comenzó a caminar por el parking. No quería hablar más, no quería estar con nadie. Quería estar sola y llorar y si se quedaba un solo minuto más en compañía de la brasileña, terminaría totalmente deshecha.

—¡Vicky! —gritó, mientras observaba la espalda de su amiga alejarse— ¡Llámame en cuanto llegues a Madrid!

Victoria levantó la mano en señal de conformidad.

Las lágrimas ya habían comenzado a deslizarse sin control sobre su semblante.

Una punzada de felicidad le atravesó el pecho cuando pisó suelo español. Por fin estaba en casa, en su ciudad, en su lugar. Pensó, mientras esperaba un taxi en el aeropuerto, si debía llamar a su oficina de Madrid e incorporarse inmediatamente en sus tareas laborales. Desechó la idea al pensar que, con seguridad, su marido habría avisado hace tiempo de la ausencia temporal de Victoria en su puesto.

En Madrid llovía y hacía un frío helador. Vicky agradeció el aire helado que se colaba por sus orificios nasales provocándole cierta sensación de estar viva. Lo agradecía porque, si debía ser sincera, estaba asustada y se sentía sola. ¿De verdad había sido capaz de abandonar a Lorenzo? Sospechaba que aquella no había sido la decisión más correcta. Tenían que haber hablado, haber solucionado las cosas. Pero, ¿cómo? No se sentía capaz de perdonarle semejante traición. Sí, aquella era la palabra adecuada para la situación: traición. El taxi paró frente a ella y Victoria se introdujo en él. Tan solo llevaba consigo una pequeña maletita de mano que metió en la parte trasera del vehículo. Debía de llamar a Samy y pedirle que solucionase el asunto de su equipaje; necesitaba tener su ropa de vuelta en Madrid.

Se encontró su pequeño apartamento, sito junto al parque del retiro, sumido en la más absoluta oscuridad. Las persianas llevaban mucho tiempo cerradas y el olor a polvo campaba a sus anchas. Vicky, abrió la casa entera para ventilarla y se metió en la ducha.

Mientras el agua caliente se deslizaba por su cuerpo enjabonado, Victoria sopesó si realmente se sentía cómoda en aquel apartamento. Al fin y al cabo, aquel lugar lo había alquilado después de su ruptura con Alex y el único hombre que había entrado en él había sido Lorenzo. Habían construido toda su relación y su vida en aquellos metros cuadrados y, por mucho dinero que tuviesen, lo habían mantenido y habían evitado mudarse a una casa más grande por el cariño

que le procesaban a aquel espacio acogedor que juntos habían terminado de construir. No, no quería estar ahí. En realidad, no quería estar en ninguna parte. ¿Qué había hecho para lograr descarrilar su vida de tal manera? Si no hubiese aparecido Lorenzo con aquel cochazo para atro-pellarla y enamorarla, ahora mismo su vida sería diferente. Estaría soltera, con un trabajo que siempre le había gustado y ninguna preocupación más allá de a qué lugar salir de cañas el fin de semana. Pero le gustase o no, Lorenzo había aparecido para arrebatarse todo, para arrasarse con su corazón, con sus sentimientos. Sí, ¿y todo lo que éste le había dado? Victoria no era estúpida, sabía que lo amaba. Y lo amaba con todo su corazón. Lo quería tanto que, en aquel mismo instante, sentada en la ducha bajo el chorro de agua caliente cayendo sobre sus hombros, se sentía más sola y perdida que nunca. Sentía que sin él, la vida no merecía la pena en absoluto.

Por la tarde, se despejó paseando en el parque del retiro y observando a las felices parejas enamoradas que habían alquilado una pequeña embarcación para disfrutar de la tarde. Lorenzo la había llamado un millar de veces, pero Vicky se había negado a responderle el teléfono.

No estaba preparada para hablar con él. No estaba preparada para volver a humillarse. No estaba preparada para volver a perdonar.

¿Perdonar? ¿Acaso podría llegar a perdonarle algún día? Mientras su propia cabeza le respondía que no, que aquella desconfianza se había anclado demasiado al fondo, sintió la ansiedad oprimiéndole el pecho y la angustia creando el nudo de su estómago que tan bien conocía desde hacía tiempo. Una cosa tenía clara: no iba a viajar a Milán.

Cuando regresó al apartamento y observó su iPhone, se sorprendió al comprobar que tenía cinco llamadas perdidas de Mónica, su mejor amiga. Mónica y ella siempre habían sido inseparables, pero, por circunstancias de la vida, aquella última temporada se habían distanciado más... Cada una había encontrado su lugar en la vida, o eso había querido pensar Victoria. Se sentó en el sofá y encargó a una empresa de comida rápida una pizza familiar de cuatro quesos y una tarrina de helado de chocolate. Necesitaba ahogar penas y, además, estaba antojosa («¡cosas del embarazo!», pensó, lo que le hizo preguntarse cómo iba a criar un bebé ella sola).

Cuando terminó de devorar la pizza y media tarrina de helado, Victoria se acurrucó hecha un ovillo en el sofá y, con “El diario de Bridget Jones” sonando de fondo en la televisión, se quedó dormida por el cansancio en mitad de un profundo y doloroso llanto.

—¡No me puedo creer que estés viviendo en esta pocilga, cuchufleta! —le regañó su amiga, mientras iba retirando los envases de comida rápida en una bolsa de basura que había rescatado de la sucia cocina.

Había pasado una semana desde su regreso y no había logrado levantar cabeza. Victoria sentía que el mundo se había hundido a sus pies.

—¿Sabes que no es sano alimentarte de estas porquerías, no? —continuó Mónica, aparentemente enfadada—. Vas a terminar enferma...

En realidad, Victoria sabía perfectamente que todo era una pantomima; Mónica no tenía capacidad de enfadarse con nadie, al igual que ella.

—Si ese cerdo que tienes por marido quiere seguir así, pues él sabrá...

Victoria había dejado de escucharla y se había vuelto a acurrucar en el sofá. Quería dormir. No quería hablar de Lorenzo ni pensar en el bebé que crecía cada día más en su interior.

—Pero tienes que darle una lección, Vicky, una en condiciones. Tienes que dejarle clarito que no puede hacer lo que le dé la real gana y que tú estarás detrás.

—No estoy detrás —murmuró, mientras se tapaba la cabeza con la manta.

Mónica había elevado las persianas y el sol le hacía daño en los ojos.

—Pues entonces, levántate de ahí, date una ducha y vamos a limpiar esta ciénaga...

Victoria no respondió. No quería limpiar la casa, ni comer sano; lo único que deseaba era estar sola.

—¡Por Dios, cuchufleta! —exclamó molesta—. ¿Cómo tengo que decirte que no puedes seguir así?

Mónica esperó unos segundos y, al comprobar que no obtenía respuesta, tiró de la manta y la destapó.

—¡Quiero dormir! ¡Quiero estar sola!

Suspiró y procuró armarse de paciencia antes de continuar.

—¿Habéis vuelto a hablar? —inquirió.

Vicky se sentó, abrazó sus rodillas que estaban dobladas sobre su pecho y hundió la cabeza. Mónica se horrorizó al comprobar las ojeras y los ojos hinchados que lucía el rostro de su amiga.

—Sí.

—Vale, ¿cuándo?

Suspiró y aspiró, sopesando cuánto debía contar para poder terminar lo antes posible con aquella conversación. Hablar de Lorenzo era una tortura.

—Ayer, por la tarde.

—¿Y qué? —insistió Mónica, que no iba a darse por vencida con facilidad.

—Nada.

—¿Nada? —repitió—. ¡Vicky, por Dios! Habla conmigo, por favor...

Victoria se sentó en el sofá y observó a su amiga mientras notaba cómo las lágrimas regresaban amenazantes.

—No va a volver. Tiene que quedarse en Milán.

—Cuéntamelo todo, ¿te ha pedido perdón por lo de Laila?, ¿qué explicación ha dado al respecto?

Su amiga suspiró resignada y negó con la cabeza, incapaz de continuar con aquella conversación. Mónica, que jamás la había visto tan hundida hasta entonces, se acercó a ella y la abrazó en silencio.

—Tienes que desahogarte y contármelo, cuchufleta. Te sentirás mejor después...

Victoria ni siquiera sabía por dónde empezar a contarle todo. No le había dicho a nadie que estaba embarazada y por ahora, la única persona en el planeta que conocía su secreto era Samara.

—Es todo culpa de Alessandra, la madre de Lorenzo. Laila fue a su casa y le pidió trabajo, le dijo que quería regresar y le hizo un breve resumen de lo que había sucedido entre nosotras —guardó silencio unos segundos, procurando ordenar bien todos los acontecimientos que habían tenido lugar—. Así que entró a trabajar al día siguiente y fue a la cafetería para pedirles perdón y sentirse aceptada.

Hizo una larga pausa.

—O eso dice ella.

—Pero tú no te lo crees —puntualizó Mónica.

—No. Desde luego que no.

—¿Lorenzo si le cree? —quiso saber.

Vicky comenzó a llorar. No, no quería hablar de él. No podía hablar de él.

Su amiga se levantó en busca de un paquete de pañuelos y regresó a su lado

para calmarla.

—Venga, cuéntamelo... Ibas muy bien.

Se sonó los mocos y, haciendo un gran esfuerzo, continuó:

—No sé si le cree o no. Él me ha dicho que no se acercará a ella si es lo que quiero, que Laila no le importa.

—¿Entonces cuál es el problema?

Mónica no entendía nada. Hacía tiempo que mantenía una relación estable con Alberto (su primera relación estable, para ser precisos) y las cosas habían resultado mucho más simples entre ellos. Aunque habían tenido un inicio muy difícil y tormentoso, con el tiempo, habían dejado de discutir.

—No quiere regresar a Madrid. Dice que no puede, que su padre está enfermo..., que no puede cargar todo el peso en su familia —hizo una pausa para sonarse la nariz y secarse las lágrimas—, y que me estoy comportando de una manera egoísta por no ser capaz de comprender la difícil situación que están pasando.

—¿Y por qué no vuelves a Milán, pero con la condición de no vivir en la casa de tus suegros?

Vicky negó con la cabeza, moviéndola de un lado a otro con lentitud, como si sopesase la tontería que su amiga acababa de soltar.

—Yo no pienso volver a Milán. Ya he aguantado bastante y no quiero vivir sabiendo que la barbie ésa, Laila, está allí todos los días. No me gusta Milán. No me han tratado bien —Victoria rompió a llorar y añadió—, y no pienso volver.

Mónica la abrazó con fuerza y dejó que su amiga se tranquilizase entre sus brazos. Aquella situación era mucho más complicada de lo que le había parecido en un principio. Mientras la estrechaba, notó los marcados huesos de la cadera de Victoria y se sobresaltó.

—¡Pero qué narices! —exclamó, soltándola de golpe y porrazo.

Vicky la miró extrañada, sin comprender a qué se refería.

—¡Levántate! —ordenó Mónica, que tenía el espanto grabado en el semblante.

Su amiga obedeció y, en cuanto se dio cuenta de su real estado, tuvo que ahogar un grito de estupefacción. Victoria había adelgazado, al menos, seis kilos desde que la había visto por última vez. Si no era más, claro...

—¡Estás en los huesos!

Vicky se sentó de nuevo en el sofá y agradeció que el pijama que llevaba puesto desde hacía días fuese tan ancho. Si Mónica la vería desnuda, entonces sí que se asustaría...

—Llevo unas semanas complicadas, ya lo sabes.

—¡Pero estás delgadísima! —continuó, impresionada—. ¿Dónde narices has metido toda esa comida basura? —preguntó, mientras señalaba la bolsa de envases que había recogido.

—La he vomitado, últimamente no retengo nada en mi interior.

Su amiga levantó las cejas, extrañada, y Victoria pensó que aquel parecía un buen momento para soltar la noticia.

—Estoy embarazada.

Mónica se había tomado la noticia del embarazo con sorpresa y alegría. De repente, parecía que la persona que esperaba un bebé era su amiga y no ella. Mientras Victoria se duchaba, ella le esperaba sentada en la taza del inodoro mientras planeaba el día que tenían por delante. Había decidido que limpiar el piso era una prioridad, acudir al médico también era otra prioridad y salir a despejarse, otra más. Mónica no podía creer que todavía no hubiese ido a hacerse una analítica..., además, había perdido muchísimo peso y no podría ser sano toda esa comida basura.

—Tendrás que hablar con Lorenzo y contárselo —le dijo, mientras se secaba el pelo—, no puedes guardarte un secreto así. No es justo y, además, el tiene el mismo derecho que tú a saberlo. También es su hijo.

Victoria sabía perfectamente que su amiga tenía razón, pero había evitado darle la noticia porque no quería que el bebé influenciara en su decisión. ¿Iba a volver a Madrid por el simple hecho de que su esposa se había convertido en una carga? No tenía sentido. Necesitaba que las cosas se enfriasen y pensar con claridad para poder decírselo.

—Y tienes que volver al trabajo. Dile a Lorenzo que, le guste o no, te vas a reincorporar en la oficina. Necesitas mantenerte ocupada, Vicky.

Ella asintió. Como siempre, Mónica tenía razón.

Por primera vez desde hacia muchísimo tiempo, Victoria pasó una tarde medianamente agradable. Sentía que, más o menos, había logrado organizar un poquito su vida: había pedido cita con la matrona, le había escrito a Lorenzo para avisarle que se reincorporaría en el trabajo y tenía la casa limpia y recogida. Quizás, después de todo, podría seguir adelante...

Lorenzo recibió el mensaje de texto de Victoria y fue capaz de sentir cómo se le partía el alma. La echaba de menos y sabía que aquella situación no era justa.

Había planeado con tanto esmero el viaje de la luna de miel..., que le costaba asimilar que había terminado de aquella manera tan horrible. Pero también sabía que su mujer podía llegar a ser muy infantil y caprichosa y que, en aquellos instantes, no estaba siendo coherente. Entendía a la perfección que hubiera podido sentirse traicionada al verlo con Laila, pero ya había tenido una explicación y la falta de confianza que le demostraba resultaba dolorosa para él. Además, no podía marcharse y ahí no había nada que discutir. ¿Cómo iba a marcharse con su padre entubado en una camilla y su hermano poniéndose al día de los quehaceres empresariales después de tanto tiempo? Sí, definitivamente, Victoria se estaba comportando de una manera un tanto caprichosa y tarde o temprano tendría que ceder y regresar. Si algo le consolaba es que sabía que aquella situación terminaría por arreglarse... No era como las anteriores broncas que habían vivido en el pasado, no. Aquella era diferente y la situación entre ellos era completamente distinta: estaban casados y la pareja consolidada. Lorenzo sabía de sobra que eran muy capaces de superar cualquier bache, pero la echaba tanto de menos... ¿Cuánto tiempo pasarían separados?

Pulsó el botón que le bajaba a los garajes con aquellos pensamientos rondándole en la cabeza. Observó su reloj y comprobó que ya habían pasado las diez de la noche. Seguramente, sería el último en abandonar las oficinas, como siempre. Se preguntó si debía llamar a Victoria o no. ¿Qué resultaría mejor? Dejarle su espacio para que meditase, hacerse el duro hasta que regresase a Milán... ¿Qué debía hacer? Mientras caminaba a hacia su monovolumen, un sonido extraño, parecido a pequeños golpes de amortiguación, le distrajo de sus pensamientos. Había alguien más en el parking. Caminó deprisa y una vez dentro del vehículo inspeccionó su alrededor. El sonido provenía del todoterreno de su hermano Luka. Lorenzo reprimió una risita y una sonrisa de oreja a oreja afloró en sus labios cuando comprendió qué era lo que ocurría. Divisó una mano sudorosa recorrer el cristal desempañando una buena parte y la excitación recorrió su cuerpo. Llevaba tanto tiempo sin mantener relaciones sexuales... y lo peor era que, desde que Samara y su hermano habían hecho las paces, se pasaban el día y las horas haciéndose arrumacos y recordándoles al mundo lo felices que estaban. Lorenzo divisó los enormes senos de la novia brasileña de su hermano subiendo y bajando a un ritmo compensado... Otra mano, ansiosa, recorrió el cristal y supuso que sería la de Luka. Sabía que no era correcto lo que estaba haciendo: espiarles. Pero, al fin y al cabo, los que estaban haciendo el amor en un lugar público eran ellos, ¿no? ¿Acaso no tenía derecho de estar allí? Escuchó los gemidos de placer de Samara atravesando los cristales de los coches y notó

cómo su erección se endurecía de golpe. Aquello le excitaba mucho, era innegable. Les observó cómo se movían y se desplazaban a los asientos traseros, y Lorenzo supuso que se encontraban cambiando de postura. La imagen dio un giro, de manera que, desde la ventana trasera que quedaba a la vista, tan solo podía observar los senos y el rostro de Samara, que parecía encontrarse en la postura del perrito, agitándose hacia adelante y hacia atrás mientras su rostro dibujaba un gesto de placer.

Lorenzo despejó la cabeza, moviéndola de un lado a otro, y arrancó el coche. Decidió abandonar el parking por el lado contrario para no molestar a su hermanito..., al menos, uno de los dos podía pasárselo bien. Condujo hasta Gli Angeri sumido en el silencio y concentrado en la carretera; ni siquiera se molestó en poner la radio. Mientras la excitación por la escena sexual quedaba en un segundo plano y volvía a subirle la sangre hasta la cabeza, Lorenzo, una vez más, se preguntó cuánto tiempo duraría aquella situación.

Aún no había aparcado el coche en el garaje cuando recibió un mensaje de texto de su hermano en el móvil: mañana por la mañana tenemos que hablar. Es importante.

Al parecer, le habían “cazado” por fisgón.

Victoria se sentía muchísimo más liberada después de la tarde que había pasado junto a su amiga. Además, después de todo, el sol brillaba en Madrid y las ganas por salir de su apartamento y disfrutar del exterior habían aumentado un poco.

«Todo saldrá bien», pensó, mientras decidía qué momento era el más indicado para llamar a Lorenzo y darle la noticia. Una cosa tenía clara y era inamovible: no regresaría a Milán. Nunca, jamás. Y la segunda cosa que tenía clara era que no iba a renunciar a su bebé. Sabía que podía llegar a ser duro y una enorme responsabilidad, pero algo en su interior había cambiado y le decía que estaba preparada para enfrentarse a ello y dar ese importante salto en la vida. Estaba preparada para ser madre.

Aquella mañana, después de abandonar la consulta del médico, había salido a pasear y se había detenido en cada tiendita de ropa de bebés que había encontrado en la gran vía. Pensó que podía comprar un montón de patucos y peleles y cargárselos todos a la tarjeta de Lorenzo. Soltó una enorme carcajada que captó la atención de los transeúntes que pasaban a su alrededor, mientras Victoria se imaginaba la cara de Lorenzo al comprobar aquellos cargos bancarios. Le pareció una buena manera de dar la noticia y poder evitar una discusión que, con seguridad, no le haría ningún bien ni a ella ni al bebé. La matrona le había dicho que las pequeñas pérdidas de sangre que había sufrido no eran para nada normales y que, seguramente, se debieran al estrés. También se había preocupado por la falta de peso que tenía y, para su sorpresa, le había informado que ya llevaba dos meses de embarazo. También tenía que darles la noticia a sus padres, pero aquello no la incomodaba en exceso. Sabía que, desde hacía años, su madre soñaba con ser abuela; estaba jubilada y tenía demasiado tiempo libre que no sabía a qué dedicar. Un nieto que maleducara y mimar era lo mejor que podría pasarle.

Compró un bucito de color rosa que le había entrado por los ojos desde un primer momento e, instintivamente, se llevó la mano a la barriga. Algo en su

interior le decía que iba a ser una niña.

Regresó al apartamento cansada del ajetreo, pero feliz por haber sido capaz de salir de allí y continuar con su vida. Observó la lucecita roja que parpadeaba en su teléfono, indicándole que tenía mensajes y llamadas perdidas pendientes. Lo había dejado cargando toda la mañana y se había olvidado por completo de él, cosa que agradeció enormemente. Desde que había regresado a Madrid, había sido incapaz de soltar el teléfono. Se había pasado día y noche con el aparato en la mano esperando recibir una llamada de disculpa de él. Pero la llamada, que llegaba espaciada y sin demasiados ánimos, no había sido de disculpa en ningún momento. Lorenzo estaba convencido de que, muy a su pesar, actuaba correctamente y debía quedarse donde estaba. Se acercó hasta el aparato y desbloqueó la pantalla. Tenía, nada más y nada menos, que setenta y siete llamadas perdidas... ¡setenta y siete! ¡Y todas eran de Lorenzo! ¿Y si le había pasado algo? Pulsó el botón de rellamada al último número y espero al otro lado de la línea con los nervios a flor de piel. ¿Por qué le había llamado tantísimas veces?, ¿qué podía haber sucedido? En un principio, pensó que, quizás, Filippo hubiese fallecido. Podría ser, pero... ¿Y si le había sucedido algo grave a Lorenzo?

Intentó borrar aquellos pensamientos de su cabeza mientras volvía a llamar de nuevo. No respondía nadie. Desistió y colgó, decidiendo que lo mejor era dejarle un mensaje de texto y esperar que éste contestara cuando pudiera. Se metió en la aplicación y se sorprendió al comprobar que también tenía un mensaje de Lorenzo que había pasado desapercibido entre tanta llamada perdida: creo que tenemos que hablar, ¿no? Samara me lo ha contado. Llámame.

Vicky suspiró hondo, agobiada. ¿Samara le había contado lo de su embarazo? Aquello era imposible, no podía creerlo. ¿Cómo había sido capaz de darle una noticia tan importante así?

Soltó el teléfono, asegurándose previamente que éste se encontrase en sonido y se dispuso a hacer la comida con la cabeza funcionándole a mil vueltas por segundo. ¿Qué iba a decirle? “Lo siento, Lorenzo, pero he decidido no contártelo hasta ahora porque...” Ninguna excusa ni razón era lo suficientemente buena, lo sabía de sobra. No le quedaría más remedio que asumir las consecuencias y enfrentarse a los hechos.

Lorenzo abrió las cortinas y se sentó sobre el colchón. Aquella mañana había decidido no ir a trabajar y quedarse dando vueltas en la cama; no se sentía con demasiadas fuerzas. Había llamado repetidas veces a Victoria pero ésta no le

había contestado. Iban a ser padres, y aquella frase no dejaba de repetírsele en el subconsciente una y otra vez, una y otra vez. ¿Cómo había sido su mujer capaz de ocultarle una noticia semejante?

Había decidido que, si ella no regresaba, tendría que ser él quien viajase a Madrid para solucionar la situación, pues parecía que se estaba desmadrando más de lo que podía haber imaginado en un principio. Se lavó los dientes y se metió en la ducha. Padres; papá y mamá. Iban a tener un bebé, y eso implicaba una necesidad coherente de estar unidos y juntos en todo momento. Iban a traer una vida al mundo; una vida que cuidar y proteger de todos los peligros patentes. Sabía que tendría que ir y volver lo antes posible, que le necesitaban en la empresa. Así que cuando se propuso hacer el equipaje, no metió nada más que un par de vaqueros y camisetas para pasar el fin de semana y se dispuso a bajar a la cocina para desayunar. Le sorprendió no encontrar en ella ni a Antonella, ni a Sarah, ni a la pequeña Valentina. ¿Dónde se había metido todo el mundo?, ¿por qué habían desaparecido? Se preguntó si sufría algún tipo de “cambio de horario” y había pasado por alto alguna festividad o similar... No, era miércoles, día laborable.

Se dispuso a prepararse un vaso de leche él mismo cuando la sombra de Leandro pasó de prisa por delante de la puerta que daba al exterior. Lorenzo salió corriendo y le siguió.

—¡Leandro! —gritó, mientras observaba cómo el muchacho frenaba en seco y se giraba hacia él—. Entra aquí un momento que tengo que hablar contigo.

—Sí, señor Lorenzo.

El muchacho entró deprisa; no tenía buena cara y parecía preocupado.

—¿Qué te pasa, Leandro?

Él negó con la cabeza.

—No me pasa nada, estoy bien, señor.

Lorenzo suspiró, si no quería contárselo tampoco iba a obligarle.

—¿Y Antonella? ¿Dónde se ha metido todo el mundo? —inquirió, mientras tomaba un sorbo del vaso de leche.

—La señora Alessandra les ha echado, señor. Creí que lo sabía. Esta mañana ha encontrado a Valentina en las cocinas y...

—¿Perdona? —interrumpió, anonadado—. ¿Cómo que les ha echado? ¿A dónde?

—Las ha despedido, a las dos. Con efecto inmediato.

Lorenzo se quedó mudo sopesando aquella información.

—He de volver al trabajo. La señora Alessandra está vigilándonos hoy más

que nunca y si no...

—Tranquilo, Leandro. Vete tranquilo, yo hablaré con mi madre.

¿De verdad había sido capaz de despedir a Antonella? ¿Después de todo lo que aquella mujer había hecho por la familia? ¿Después de haberle criado a él y a sus hermanos? Llevaba toda la vida trabajando para ellos y jamás había cometido ni un solo error. Jamás había faltado por enfermedad ni había dejado de cumplir con sus quehaceres.

Lorenzo subió hasta la habitación de su madre con pasos decididos. Estaba muy enfadado con ella, no solo por haber echado a Antonella, si no por el encuentro que había provocado entre su mujer y Laila. Por mucho que le jurase y perjurase que había sido fortuito y sin maldad, a Lorenzo le costaba creer en sus palabras. Tocó la puerta dos veces seguidas y sin esperar respuesta pasó al interior. Su madre, como siempre, estaba de pie junto al ventanal observando todo aquello que ocurría en Gli Angeri, controlando a cada trabajador que iba y venía.

—¿Has despedido a Antonella? —preguntó sin rodeos.

Ella se giró con parsimonia y le observó, preguntándose qué era lo que debía responder.

—Dejé muy claro que no iba a admitir a la niña en mi cocina.

Lorenzo la observó de hito a hito y se preguntó de dónde podría salir tantísima maldad en alguien que poseía todo en la vida.

—Vuelvo a Madrid, mamá.

Lorenzo la había llamado, pero Victoria había sido incapaz de comprender por completo lo que había querido decirle en aquella conversación. «Estoy en el aeropuerto, vuelvo a Madrid. Pero tenemos que hablar, creo que tenemos un grave problema con el futuro», le había dicho. Ella no había sido capaz de contestarle. ¿Iba a dejarla? ¿Se refería a eso? Es cierto que también se había planteado si merecía la pena seguir adelante o no, pero sabía de sobra que no era capaz de vivir sin él. No habría podido dejarle. Lo único que había pretendido había sido mantenerse firme en su decisión y no ceder. ¿A caso no merecía que, de vez en cuando, él también cediera por ella? ¿A caso no merecía que fuese él quien acudía detrás? No quería perderle, y desde que le había escuchado pronunciar aquellas palabras, se sentía muy asustada. Lorenzo le había dicho que llegaría sobre las nueve o diez de la noche, así que, se le había ocurrido (para poder así suavizar la situación) preparar una cena romántica. Además, quizás cocinar lograra mantenerla lo suficiente ocupada para evitar la recaída y el malestar.

Sacó el librito de cocinas y se dispuso a preparar una buena cena, con velas y todo.

Le dolía el estómago, los ánimos habían recaído y, además, había perdido las ganas de todo después de la conversación telefónica. Aún con todas, Victoria escogió una receta de champiñones, cebolla pochada y espárragos trigueros con una cama de tomate frito casero cubierto con queso mozzarella. Sabía que aquel plato era uno de los favoritos de Lorenzo y pensó que, después de tanto tiempo sin verse, se ablandaría un poco después de percibir el esfuerzo y la dedicación que le había prestado.

Mientras troceaba las cebollas, las náuseas y el malestar aumentaron desmesuradamente. No sentía la necesidad de vomitar (las anteriores veces había sido imposible controlar aquellos impulsos) pero algo en su interior iba mal. Le dolía la barriga demasiado, comparándolo con los últimos días.

Recordó las palabras que le había dicho el médico aquella mañana y, un poco

más tranquila, se dispuso a continuar. Había logrado, con éxito, pochar la cebolla y se encontraba triturando los tomates fritos en el mismo instante en el que las punzadas de dolor comenzaron. Victoria soltó la batidora y se sentó en el suelo, con una capa de sudor frío en la frente y un dolor punzante a la altura del vientre. Respiró y aspiró hondo, intentando calmarse y que la cabeza no le jugase una mala pasada. Pero era imposible; el dolor iba en aumento. Soltó un aullido, incapaz de contenerse, y se arrastró encogida hasta llegar a su bolso. Estaba empapada en sudor y le temblaba todo el cuerpo. Marcó el teléfono de Mónica y contuvo la respiración mientras los tonos se sucedían uno detrás del otro.

—¿Mónica? —preguntó nada más escuchar que descolgaba el teléfono.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió ella, que no había tardado demasiado en detectar el tono de angustia que timbraba la voz de su amiga—. ¿Estás bien?

—Ven a casa, por favor —respondió Vicky mientras hacía un esfuerzo por incorporarse y levantarse del suelo—. No me encuentro bien...

Su voz sonaba temblorosa.

—Voy enseguida —respondió Mónica, acongojada.

Aquello no sonaba nada bien.

Las punzadas aumentaron, tornándose un verdadero calvario, y Vicky tuvo que contenerse para no gritar de dolor.

—No me cuelgues el teléfono, Moni —suplicó—, estoy asustada.

Algo iba mal, lo sabía. El médico ya le había advertido de una posible amenaza de aborto y...

—Seguro que no es nada, tú tranquila —respondió su amiga, como si le hubiese leído los pensamientos—, no voy a colgar, pero cálmate.

Guardaron silencio unos instantes.

Vicky escuchó a través de la línea cómo su amiga cerraba la puerta de su casa y el eco de sus pasos mientras ascendía hasta el portal.

—Estoy llegando al coche —le dijo, intentando aparentar estar calmada—. ¿Quieres que llame una ambulancia?

Victoria lo sopesó. No, no quería una ambulancia y no quería estar sola.

—Ven tú, por favor, Moni. Te necesito.

En realidad, necesitaba a Lorenzo. Necesitaba su abrazo y su cariño, su mano paseándose por su espalda. Recordó aquella pequeña estancia en México y sonrió; había sido el mejor viaje de su vida. Y ahora todo estaba mal y parecía no tener solución... ¿O sí? ¿Qué habría querido decir con eso del futuro? ¿No quería a la niña? Porque era una niña, de eso estaba segura. Lo sentía en sus entrañas.

—Estoy llegando a tu calle —dijo Mónica, distrayéndola de sus pensamientos—. ¿Puedes bajar al portal?

Se lo pensó unos segundos. Seguía tirada en el suelo y el dolor no había cesado ni un solo segundo... ¿Podía levantarse del suelo?

—No, no puedo yo sola —murmuró con el rostro bañado en sudor—. No puedo moverme, Moni.

—Tranquila, ahora subo a buscarte.

Aminoró la marcha cuando divisó el portal de Victoria. La calle estaba abarrotada de coches y ni siquiera había quedado libre el pequeño hueco de carga y descarga que solía encontrar para emergencias. Pero aquello sí era una emergencia, una verdadera, además. Y no podía permitirse el lujo de andar dando vueltas por Madrid buscando sitio. Redujo hasta primera y tiró del freno en cuanto alcanzó la altura del portal. Era una calle de único sentido y, si dejaba el coche ahí, nadie más podría atravesarla. Pensó que, dadas las circunstancias, aquello era lo de menos.

Corrió hasta el portal y mientras rebuscaba en su bolso las llaves de emergencia del piso de Vicky, observó al primer vehículo que se quedaba atrapado tras su destartalado Renault Megane. El conductor, nervioso, miró a ambos lados en busca del propietario, pero no encontró a nadie a quien llamar la atención. Mientras subía a toda prisa las escaleras, escuchó el sonido de al menos dos bocinas protestar.

Abrió la puerta del apartamento, agotada por la carrera, y observó su alrededor.

—¿Vicky?

No hubo respuesta. Entró corriendo y dejó las cosas en el salón. La casa estaba en calma y la habitación de ella vacía. Escuchó el sonido de un puchero chisporrotear y se acercó a la cocina: ahí estaba, inconsciente, tendida en el suelo con las piernas ensangrentadas. Mónica ahogó un chillido tapándose la boca y se acercó hasta su amiga.

Eran las doce de la noche y aún no le habían dado una respuesta. Estaba impaciente y realmente preocupada por saber el estado de su amiga, pero, por mucho que insistiese, nadie le decía nada.

—Por favor, siéntese y espere pacientemente —le dijo, malhumorada, la recepcionista—. No hace nada molestando al personal, señorita. En cuanto se sepa algo, el médico acudirá para avisarles.

—Pero...—insistió.

—El médico le llamará —cortó, hastiada—. Ahora, siéntese, por favor.

Mónica obedeció. Estaba tan nerviosa, que se había devorado las uñas por completo. No le quedaba ni un solo pedacito de ninguna que morder. Observó el reloj y se preguntó cuánto tardaría Alberto en llegar hasta allí; hacía ya cuarenta minutos que le había localizado y contado lo sucedido. Alberto, el novio de Mónica, había sido un gran amigo de Victoria. Es más, antes de que ellos consolidasen su relación, Alberto había estado detrás de Victoria una larga temporada. Moni sabía muy bien que a su novio le importaba tanto como a ella que se encontrase bien. Comenzó a dar vueltas sin sentido por la sala de esperar, impacientándose cada vez más. ¿Habría perdido Victoria el bebé?

Lorenzo entró en el apartamento y se encontró la vivienda bajo la penumbra. Excepto la luz de la cocina, todo estaba apagado. Pensó que, quizás, Victoria habría tenido que salir corriendo a hacer algún recado y se la había dejado encendida. Daba igual, tomaría una copa de vino para calmar los nervios y la esperaría relajándose en la sala. Escogió una botella de vino tinto y una pequeña copa del mueble del salón y se sentó en el sofá. «Bueno», pensó, «ahora tengo tiempo para pensar qué le voy a decir exactamente».

Pero cuando ya llevaba más de dos horas esperándola, comenzó a impacientarse. ¿Dónde estaba? Le había dicho que llegaría para la cena y aquello no era muy propio de su mujer. Por muy enfadados que estuviesen, le resultaba realmente extraño que se habría marchado de súbito. Además, ¿Victoria dejándose una luz encendida? Miraba con mucho ojo tanto a las compañías telefónicas como a las de electricidad y luz. Sacó su teléfono y decidió que ya era hora de llamarla. La característica melodía del móvil de Victoria resonó en la cocina y Lorenzo, extrañado, se levantó del sofá. Encendió la luz y rebuscó la procedencia; estaba tirado en el suelo junto a su bolso. Por un instante, se quedó helado y perdió la respiración. ¿Aquello que había en el suelo, junto al bolso, era sangre?

Agarró el aparato con la mano temblorosa... No, no podía ser cierto... Si le había pasado algo, jamás se lo perdonaría. Rebuscó en las últimas llamadas y comprobó que había una de Mónica a las ocho y media pasadas. Pulsó el botón de rellamada.

Mónica escuchó su teléfono vibrar y respondió sin siquiera mirar la pantalla, pensando que sería Alberto:

—¡Dónde estás, joder!

Lorenzo sopesó unos instantes qué responder.

—Mónica, soy Lorenzo...

—¡Oh, Lorenzo!

Y sin decir nada más, se echó a llorar. Lorenzo procuró guardar la calma, pero cada vez estaba más nervioso. ¿Qué estaba pasando?, ¿dónde estaba Vicky?

—Mónica cálmate y dime dónde está mi mujer, por favor.

No sabía ni siquiera cómo había llegado hasta allí. ¿Había conducido él?, ¿había llamado a un taxi? Sentado en aquella fría sala de espera del hospital, pensó que nada tenía sentido ni merecía la pena sin ella. Nada, absolutamente nada. Por un instante, recordó cada una de las discusiones que habían sufrido y la mirada, herida, traicionada, de Victoria cuando le había encontrado con Laila en la cafetería y se había marchado de Milán. Se preguntó cómo era posible que hubiese dejado pasar tantísimo tiempo así, sin arreglar la situación.

Él la quería, y la iba a querer toda la vida. Miró a los amigos de su mujer, que estaban sentados a su lado. Mónica hundía su cabeza en el pecho de Alberto mientras gimoteaba. La pobre no había parado de llorar en todo ese tiempo y parecía agotada con la situación.

Observó su reloj y comprobó que ya eran las tres de la mañana. La sala de espera estaba semivacía (al menos aquella) y se alegró de la intimidad que emanaban las paredes blanquecinas del habitáculo. Se entretuvo leyendo los carteles de “Fumar mata” y “¿Quiere perder peso? Consulte a su médico de cabecera” mientras imitaba a Mónica y se trituraba las uñas. Jamás había tenido la fea costumbre de mordérselas, pero debía admitir que resultaba relajante en situaciones de alto estrés.

—¿Familia de Victoria Román?

Un médico de bata blanca apareció en la entrada de la salita. Los tres se levantaron de golpe y se dirigieron hasta él.

—Doctor, soy Lorenzo Moretti, su marido —saludó, mientras le tendía la mano con impaciencia—, ¿podría decirnos cómo está mi mujer?

Él médico les observó de hito a hito y frunció el ceño.

—Está estable, que no es poco. Pero su situación es muy delicada, ha estado a punto de perder al bebé.

Lorenzo sentía tal inquietud que no era capaz de procesar la frase y su significado. Situación delicada..., perder al bebé... ¿No había perdido a su hijo? Al ver la sangre en el suelo de la cocina y al escucharle lo sucedido a Mónica, había dado por hecho que así era. Una pequeña sonrisa de esperanza afloró en

sus labios.

—Entonces... —dudó—. ¿Ella y el bebé están bien?

El médico carraspeó.

—Decir que están bien es decir mucho, pero sí. Lo estarán cuando Victoria termine de estabilizarse. Este tipo de pérdidas son causadas por situaciones de estrés extremo y malos hábitos, así que de aquí en adelante tendrá que cuidarse mucho.

—Descuide, doctor. Yo me encargaré —respondió con rapidez.

El médico, un señor de unos cincuenta años y pelo canoso, le sostuvo la mirada unos segundos a Lorenzo, sin saber si creerle o no.

—Bueno, ya la han trasladado a planta y pueden verla si lo desean —anunció—, pero de uno en uno, por favor, y sin alterar a la paciente.

Los tres amigos asintieron con la cabeza, solemnes.

Encontró a una Victoria pálida y delgaducha tendida en una camilla con un gotero hasta su brazo izquierdo. Ella le vio y sonrió, y los dos se miraron sin mediar palabra, sabiendo que, a pesar de todo, por fin estaban juntos.

—No pienso volver a dejar que salgas de casa en los próximos siete meses, señora Moretti.

Ella sonrió con un gesto tierno y apagado. Lorenzo se acercó y le besó la punta de la nariz.

—¿Eso significa que ya no estás enfadado?

Él negó con la cabeza.

—No, no lo estoy.

—¿También significa que quieres al bebé? —dijo, mientras se acariciaba la barriguita.

—Sí, y no te dejaré volver a ponerle en peligro.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Y también significa que te quedarás en Madrid conmigo?

—También —suspiró él—, pero no es tan fácil...

El rostro de Victoria se ensombreció y a Lorenzo le preocupó de inmediato; aquel tema no era apropiado para la situación... Quizás lo mejor era dejarlo aparcado hasta otro momento.

—No —replicó Vicky, leyéndole el pensamiento—. ¿Qué no es tan fácil?

Él suspiró y aspiró hondo, liberándose de todo el aire que contenían sus pulmones.

—Mi madre me ha desheredado —soltó a bocajarro. De todas maneras, no

sabía cómo suavizar aquella noticia—, y te ha despedido.

Vicky le observó estupefacta.

—¿Me ha despedido? —repitió.

—Sí, te ha despedido. Y lo peor es que a mí también.

Lorenzo la observó con preocupación; no sabía cómo iba a afectarle aquella noticia. Pero Vicky, de repente, comprendió las palabras de su marido con exactitud y se echó a reír como una loca. Él la examinó, sin entender aquel repentino ataque de alegría.

—¿Qué ocurre, Vicky?

Ella, aún entre risitas, respondió:

—Es usted un desempleado, señor Moretti. Me encantará verle hacer cola en el paro.

Lorenzo ensanchó la mejor de las sonrisas, se sentó junto a Victoria y la besó con pasión. A su lado todo en la vida tenía solución.

FIN



**CHRISTIAN
MARTINS**

SERÉ SOLO

para ti

D.J.57

EPÍLOGO

Lucía correteaba de un lado al otro de la casa con el triciclo que Lorenzo le había comprado por navidad. Victoria odiaba aquel trasto y se preguntaba cuándo llegaría el momento en el que la niña creciera y le quedase pequeño para poder tirarlo a la basura de una vez.

Se colocó los pendientes y se pintó los labios de un granate intenso. Antes de abandonar la habitación, echó un rápido vistazo a su imagen en general y le gustó el resultado. Sí, todavía le quedaban un par de kilitos que no había podido perder del embarazo, pero no estaba nada mal en comparación con otras mamás primerizas. Lucía acababa de cumplir dos años de edad y, aunque Lorenzo jamás lo fuera a admitir, era la niña mimada de la casa.

—¡Mami! ¡Mami!

Su hija había aparecido en el umbral de la puerta del dormitorio con el vestido azulado que su padre le había comprado para la ocasión especial y con el triciclo bajo ella.

—¡Mami! —gritó, impaciente, mientras daba pequeños saltitos presa del nerviosismo—. ¿Has visto la trenza que me ha hecho nonna?

Victoria sonrió en el mismo instante en el que aparecía Antonella.

—Nonna hace las trenzas más bonitas que he visto jamás, sí —dijo, mientras le guiñaba el ojo a la mujer.

Antonella llevaba en Madrid desde antes de que su hija naciera, y no podía haberse adaptado de mejor manera; se alegraba de haber podido escapar de Gli Angeri. Victoria, no había tardado demasiado en cogerle muchísimo cariño. Antonella era la suegra que no había tenido nunca.

—¿A qué hora es la inauguración, Vittoria? —preguntó con su marcado acento italiano, mientras aupaba en brazos a la pequeña Lucía—. Mónica ha llamado para avisar de que ya están de camino.

Vicky miró su reloj de muñeca. Iban a llegar tarde.

—En quince minutos...

Efectivamente, había acertado por completo. Cuando llegaron al edificio, la presentación de las oficinas había terminado y la gente se había lanzado a devorar el lunch. Encontró a Lorenzo y a Luka charlando animadamente con uno de sus socios y, aprovechando que su hija corría para abrazar a la tía Samara, se

acercó a saludarles.

—Siento llegar tarde... —musitó en un susurro—, tu hija no quería salir de casa sin el odioso triciclo.

Él la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Ha ido todo bien? —se preocupó Victoria.

Sabía de primera mano que aquel día era muy especial para su marido.

—¿Cómo no iba a ir bien? —respondió Lorenzo, sonriente—, llevo la corbata de la suerte.

Llevaba la corbata azul que le había regalado hacía años para una reunión importante que había tenido en la empresa de su padre. Una sonrisa afloró en su semblante; era la misma que había formado parte de todos sus secretos de dormitorio.

Lorenzo sintió, mientras agarraba la mano de su preciosa mujer, que la vida le había compensado con un sueño hecho realidad. Alzó la vista para contemplar todo lo que había construido junto a su familia. Victoria le había dado el regalo más importante de todos: a su pequeña. Y junto a Luka, había conseguido escapar del imperio Moretti y abrir su propia empresa de publicidad. Le apenaba que Alessia, su hermana, hubiera tomado la decisión de quedarse en Milán atendiendo los negocios de su padre (que aún no había terminado de recuperarse) y cuidando de la compañía de su madre... La echaba de menos. Pero pensó que cada cual era dueño de sus decisiones.

—¡Papi!

Su hija apareció corriendo y se lanzó a sus brazos.

—¡Tío Luka! —gritó, al ver a su tío junto a ellos.

Luka agarró a la pequeña y le besó la frente.

—¿Quién es mi princesa? —le preguntó, mientras rozaba su nariz con la de la niña.

—¡Yo, yo, yo!

Lorenzo se echó a reír divertido, observando con ternura la estampa.

—¡Y yo que pensaba que eras solo mía!

Conclusión

Por último...

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola.

Antes de despedirme de ti, lector, agradecería poder leer tu opinión en Amazon, ¿te tomas dos minutos en escribirla?

¡Agradeceré muchísimo descubrir qué te ha parecido esta novela!

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.





UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado inglés le comunica que su rico y poderoso t o Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendr  que solucionar la lista de "requisitos" que ha confeccionado su tío para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendr  que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, está junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón. Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida... Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Witley?



LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien. Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma.

Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



Bilografía “Yo no soy tu vampiresa”

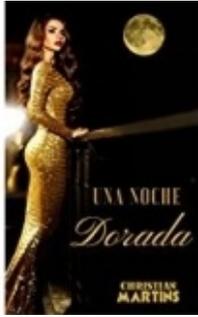
Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampiresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?



SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse.

Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

**CHRISTIAN
MARTINS**

Nosotras



NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»